

ALEXANDRA RISLEY

*Un verano en*  
**CHATSWORTH**

---



*Un verano en*  
CHATSWORTH



ALEXANDRARISLEY

## UN VERANO EN CHATSWORTH

©Alexandra Risley

1º Edición, junio 2017

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita del titular del Copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo.

Diseño de interior: Alexandra Risley

Diseño de cubierta: H. Kramer

Fotografía: Irina Alexandrovna /Shutterstock.com

Twitter: @AlexRisley

Instagram: @AlexandraRisley

Facebook: <http://www.facebook.com/alexandrarisley>

Goodreads: <http://www.goodreads/alexrisley>

*Para Sora*

*"Ya que la mujer es la razón primera del pecado, el arma del demonio, la causa de la expulsión del hombre del paraíso y de la destrucción de la antigua ley, y ya que en consecuencia hay que evitar todo comercio con ella, defendemos y prohibimos expresamente que cualquiera se permita introducir una mujer, cualquiera que ella sea, aunque sea la más honesta, en esta universidad".*

Decreto de la Universidad de Bologna, 1377.

## Capítulo 1

*Londres, verano de 1883*

Clifford Lilly se abanicó el rostro sudoroso con un fajo de cartas antes de encaminarse hacia la última hilera de casas de aquel barrio londinense de clase media. El trabajo de cartero era exigente, especialmente para alguien que pisaba los setenta años, cincuenta y cinco de los cuales había dedicado esmeradamente a la oficina postal británica; pero él siempre había creído que el suyo era un oficio que exigía una verdadera vocación y, para su completa satisfacción, no estaba desprovisto de cierto encanto romántico.

Era bien sabido que las jovencitas enamoradas aguardaban la llegada del cartero con gran ilusión. El viejo sacudió la cabeza, socarrón, recordando aquellos rostros ansiosos que le asediaban en la calle, como los niños al conductor del coche de helados, con la esperanza de que hubiera alguna cartita que solazara sus corazones sollozantes. Cliff encontraba aquello tremendamente divertido, porque cuando les entregaba la ansiada misiva del pretendiente, las muchachas se deshacían de júbilo, para luego perderse dentro de sus casas, impacientes por devorar las apasionadas líneas que sus delicadas personas habían inspirado.

Aquellos momentos eran los que le otorgaban un significado casi poético a su trabajo. ¡Sí, señor!, pensó inflado de un orgullo no exento de agotamiento, mientras levantaba la tapa del buzón de la última casa de la calle.

—¡Buenos días, señor Lilly!

El saludo le sobresaltó como si le hubieran soltado una bandada de pájaros en el rostro. A punto estuvo de desparramar la correspondencia de los Thorton por los adoquines. Cliff se volvió para descubrir a la señorita Stephanie Thorton, que le miraba con aquella expresión hartamente conocida: una mezcla de dulce ilusión con atolondrada impaciencia.

El cartero rio alegremente, una vez recuperado del susto.

—Caray, señorita Thorton —canturreó—. Buenos días. Una hermosa mañana veraniega, ¿eh? El sol brilla como una joya impagable, los pájaros...

—Sí, sí, ya lo creo. ¿Tiene algo para mí?

Al parecer no le gustaba andarse por las ramas a la chica.

Aquella era la única hija del señor Clive Thorton, un próspero y respetable trabajador del Banco de Inglaterra. El señor Thorton y su esposa habían criado a una adorable muchacha. A Cliff le resultaba extraño que no estuviera casada ya, siendo tan bonita. Además, se encontraba en la edad adecuada, o eso le parecía. Quizá aquella fuera la razón para esperar la carta de su pretendiente con tanta inquietud; el tiempo se le acababa, junto con las posibilidades de hallar un buen marido. La garganta de Cliff se constriñó de pena. Esperaba de corazón que hubiera alguna misiva para ella.

Las manos de la muchacha se estrujaban la una a la otra mientras la ansiosa mirada color café se clavaba en el fajo de cartas. A Cliff le recordaba a una pequeña lechuza acechando a su primer roedor.

—Quizá... déjeme ver —le dedicó una divertida mirada de complicidad. Comenzó a hurgar en la correspondencia de la familia hasta dar con una carta que tenía escrito por una cara el nombre de la señorita Stephanie Thorton—. Aquí est...

Fanny agradeció que su antigua institutriz, la señorita Penélope Andersen, no estuviese allí para presenciar el incivilizado comportamiento de su otrora refinada pupila. Antes de que el bueno del señor Lilly terminara de tenderle la carta, ella se la había arrebatado, como una mujer hambrienta haría con una hogaza de pan...

Bochornoso.

Pero en su defensa, la ansiedad que la había poseído los últimos meses —o los últimos dos años, para ser exacta— había sometido sus buenas maneras; la había transformado de una juiciosa y correcta damisela a una mujer con pocas esperanzas. Su vida parecía reducida a una exasperante cuenta regresiva; una que terminaba con la llegada del cartero y la consumición de unas frías líneas que podían hacerla mortalmente feliz o sumirla en la más lacerante desdicha.

Dejó que una sonrisa irónica se le dibujara en el rostro mientras estrujaba el cuadro de pergamino contra el pecho. Incluso aquellas reacciones eran increíblemente novedosas para ella. Nunca había sido muy proclive al drama, ni a la impulsividad. La misma señorita Andersen había alabado su temperancia, incluso su garbo; le había augurado un matrimonio con algún respetable burgués o tal vez un lord. Era una pena que su alumna más prometedora estuviera demasiado urgida por tomar un camino alterno.

Aun en medio de sus cavilaciones Fanny se percató de la risa bonachona del cartero.

—Caray, señorita Thorton. ¿Se va a quedar ahí abrazando ese sobre? ¿Por qué no regresa a casa y lee su carta de una vez?

—Yo...

La joven observó dudosa el preciado cuadro de papel. Debía reconocer que los momentos en los que recibía la correspondencia eran tan deseados como temidos. De inmediato se percató de que su corazón bombeaba sangre con una inusitada potencia y que sus manos sudorosas comenzaban a humedecer el pergamino.

—Vamos, querida. No sea cruel haciendo esperar a ese pretendiente suyo —continuó el viejo entre risas—. El pobre esperará una respuesta, ¿no es verdad?

Los ojos de Fanny volaron incrédulos de la maltratada carta al rostro picaresco del señor Lilly. Debió haberlo visto venir, pensó apretando los dientes. El muy tonto había sacado conclusiones al ver su reacción.

—Apuesto a que el caballero pasó la noche en vela tratando de escribirle una poesía. Eso hacía yo a su edad, le escribía poesías a la señora Lilly, pero no eran muy buenas. De hecho, me dijo que se casaría conmigo solo si le prometía jamás volver a intentar tal cosa.

Fanny suspiró, haciendo un esfuerzo descomunal para no poner los ojos en blanco.

—Claro —masculló—. Voy a leer la carta de mi... «pretendiente».

—Espero que sean buenas noticias —el viejo le guiñó un ojo.

Y entonces respondió ella muy seria:

—Santo cielo, yo también.

Tras entregarle el resto de la correspondencia de los Thorton, el señor Lilly se despidió de Fanny; se marchó calle abajo, silbando animadamente una canción de amor.

¿Pretendiente? Válgame Dios, ¿en qué momento había ella dado la impresión de ser una dama hambrienta de alabanzas masculinas? ¿Acaso no podía haber otro asunto en este mundo, además del amor, que pudiera quitarle



el sueño a una mujer?

Se deshizo de aquellos pensamientos y de inmediato se perdió en el interior de la casa.

No reunió la paciencia para subir las escaleras y llegar a la intimidad de su dormitorio para conocer el contenido de la recién llegada carta; allí mismo, con la espalda apoyada contra la puerta de entrada, rasgó el papel con la resolución de un espadachín, al tiempo que luchaba contra el temblor de sus dedos.

Las primeras líneas eran formalmente cordiales y más extensas de lo que hubiera esperado, así que voló sobre ellas, ansiando llegar a la parte que más le importaba, aquella que contenía la respuesta que había esperado por dos años y que devoraba vilmente su paciencia. Supo que había llegado allí justo cuando el texto se volvía más frío y las líneas se agotaban irremediabilmente. Una riada de palabras odiosas y familiares apareció en su campo visual, como grises nubarrones en el cielo.

Y entonces la temida negativa se dejó ver, constriñendo el pecho de Fanny:

*Lamentamos informarle que su solicitud para ingresar a esta ilustre universidad ha sido desestimada.*

Todo el aire que había contenido salió expulsado de su boca, dejándole un doloroso vacío, justo en la mitad del pecho, donde su corazón, cansado de detenerse y acelerarse en vano, comenzaba a recuperar su monótono ritmo.

Fanny pensó que si ella fuera un hombre ahora mismo estaría mascullando una palabrota o buscando algo que romper; pero como era una mujer, ella solo tenía ganas de llorar. Deseaba abrazar su almohada y fundirse con ella.

Y era esa, precisamente, la razón por la que Cambridge no la quería en sus aulas.

Aquella era la novena universidad que la rechazaba, al menos formalmente, porque otras ni siquiera habían tenido el buen gusto de enviarle una carta tan gentil como la que aún sostenían sus manos.

A la par de sus sesiones de estudio en solitario y un largo pero efectivo entrenamiento empírico de casi dos años, Fanny había enviado solicitudes de ingreso a varias casas de estudio en el Reino Unido. Su sueño era recibirse como médico, pero ninguna de las universidades la había tomado en serio. A

los ojos de Oxford, su experiencia no era precisamente «deslumbrante»; para Edimburgo, su edad y falta de conocimiento la descalificaban y para Glasgow, la disponibilidad de recursos suficientes para costear una carrera tan demandante estaba en entredicho. Algunas no esgrimían razón alguna para negarle la posibilidad de tomar los exámenes de ingreso, tal era el caso de Cambridge. Fanny, sin embargo, no necesitaba que le ofrecieran ninguna razón. Estaba claro que mientras menos faldas se pasearan por los *colleges*, más tranquilos dormirían los ancianos académicos, esos pomposos caballeretes a los que se imaginaba vestidos de negro, como aborrecibles buitres, mirando con desdén cada solicitud y disfrutando rechazar cada una.

Por aquellos tiempos, sus congéneres podían sentirse orgullosas de haber ganado unas cuantas batallas en lo que concierne al derecho a la educación, pero todavía existían barreras inamovibles, muros más altos que montes. Pese a todos los avances de su época, las mujeres aún no eran bien vistas en los *colleges*, a no ser que estudiaran para maestras o botánicas. Para el resto de las especialidades el acceso a estudiantes del sexo femenino estaba extremadamente restringido.

¿Y por qué razón? ¿Acaso los hombres sentían temor de verse superados?

Había quienes dudaban de la aptitud de las mujeres para desempeñar ciertas profesiones, ponían en tela de juicio su inteligencia, su capacidad de raciocinio, y lo que Fanny consideraba todavía más ofensivo: dudaban de su compromiso. Pero lo cierto era que aquellos falsos argumentos no lograban amilanar al llamado sexo débil.

Algunas damas habían llegado al límite de la persistencia para lograr ser admitidas en Derecho y Farmacia; otras, amparadas por los contactos y el dinero de sus familias, habían sido recibidas de buena gana en Matemáticas, Literatura y Periodismo, y otras más habían peleado incansablemente, hasta el punto de armar soberanos escándalos públicos para hacerse un lugar entre los aspirantes a médicos.

Y es que aquella última era la carrera más inaccesible, la más elitista, el último bastión de la hegemonía masculina, y como tal, los académicos la defendían con especial vigor.

La población estudiantil femenina en las escuelas de medicina era tan minoritaria en todo el país que bien podría considerarse inexistente. Fanny había oído que, no conforme con ello, las mujeres eran hostigadas

constantemente por los estudiantes del sexo masculino, incluso por los profesores, y que se les exigía mayor rendimiento académico que a los varones, con el único propósito de quebrantarlas moralmente y forzarlas a claudicar. Las que podían soportar aquella forma de tortura hasta culminar los estudios debían enfrentar otras trabas, como conseguir que se les entregase el título o que se les permitiese ejercer formalmente la carrera. Fanny conocía casos de doctoras reputadas que habían pasado por todo aquel viacrucis y con sorpresa había evidenciado que cada una de ellas había forjado un carácter de piedra.

La joven recordó con resquemor su propia situación. No era posible que, en una carrera de obstáculos para la que se había preparado obstinadamente, ella se hubiera quedado delante del primero. Por un breve instante se sintió tan pequeña, tan desvalida. Un breve instante... porque inmediatamente se enjugó los asomos de lágrimas y tomó una bocanada de aire.

Fanny supo desde el primer momento que aquel camino estaría lleno de baches, pero aun así se determinó a recorrerlo. Había puesto sus esperanzas en Cambridge, la última carta que esperaba, ante la negativa de todas las demás universidades de renombre en todo el Reino Unido.

¿Y si enviaba una aplicación para una universidad francesa? Su francés era impecable, dicho por la misma señorita Andersen.

*Sí... Podría mudarse a París y...*

—Hija...

Temerosa de dejar traslucir una sola evidencia de llanto, Fanny se envaró y aclaró la garganta en presencia de la señora Thorton, que la observaba con preocupación desde lo alto de la escalera.

—Madre... El cartero acaba de traer la correspondencia.

—Ya lo veo.

Cecelia Thorton descendió forzando todavía más su pronunciado ceño; su mirada podía leer de lejos la desazón de su hija. Era una mujer joven, pero no precisamente hermosa. Su cabello era una fusión de grises canas, con las que parecía conforme, y un castaño oscuro, muy parecido al de su hija. De resto, ambas mujeres no podían ser más distintas. Fanny había heredado los rasgos mediterráneos de su abuela paterna, que había sido griega: la piel cremosa, los

pómulos elevados, la nariz recta, un tanto prominente, y los ojos de un marrón oscuro brillante, bordeados por largas y pobladas pestañas oscuras. La madre, en cambio, era muy pálida y sus ojos fríos, de un azul casi transparente. Nunca había sido afecta a la moda y a lo que consideraba «frivolidades de las mujeres ociosas». Cecelia había sido educada en la austeridad con el único propósito de convertirse en una esposa, una madre, y aquello lo había cumplido a pie juntillas.

—No me digas... ¿Otro rechazo? —adivinó.

Fanny asintió con la cabeza.

—Cambridge.

—Cariño, lo siento tanto.

La mujer se acercó para mesar la cabellera castaña ondulada de su única hija, y ésta le respondió cayendo rendida en su hombro. Era imposible mantener la compostura todo el tiempo, más aun cuando su sueño estaba hecho pedazos. Quizá el cálido abrazo de su madre, de momento, pudiera ofrecerle el consuelo que tanto precisaba.

Cecelia siempre había sido estricta pero, al mismo tiempo, tierna y protectora. Como era de esperarse, había estado a punto de enloquecer de indignación cuando Fanny le habló de sus planes para el futuro. Desde luego, ella había esperado que su hija viviera una vida dedicada a la familia, como era el «deber de una mujer», o así le había gritado con los ojos salidos de sus órbitas en más de una ocasión. Se había opuesto de un modo tan denodadamente enfermizo a las intenciones de su hija que ésta, asustada y preocupada, había estado a punto de abandonar sus prácticas en el dispensario del doctor Travis en Whitechapel. Pero gracias a la intervención del señor Thorton —bendito fuera su padre— la joven logró convencer a su progenitora de que su verdadera vocación estaba muy lejos de lo que ella había imaginado.

—Supongo que eso te deja sin opciones.

Y así como podía ser dulce y compasiva, Cecelia a veces también podía ser cruel.

—Bueno, no lo sé —masculló Fanny reincorporándose y deshaciendo las pequeñas lágrimas que le habían humedecido los rabillos de los ojos—. Tal

vez debería comenzar a tomar clases de enfermería en el Hospital de Middlesex. Si consigo ganar experiencia fuera del dispensario podría volver a aplicar el próximo año o... quizá podría enviar una solicitud a una universidad francesa.

—¿Francia? —repitió Cecelia con ojos brotados—. No hablas en serio, ¿verdad?

Ahí estaba de nuevo. Otro muro que creía haber derribado hacía tiempo se volvía a levantar contra ella: su propia madre.

—¿Qué más puedo hacer, mamá? Nadie aquí me da una oportunidad, tengo que seguir intentándolo.

—¿Pero Francia, Fanny? ¿No has pensado que allá también te impedirán ingresar a las universidades? ¿O es que crees que los hombres franceses son menos sectarios? París es un antro de perdición; la gente es amoral, libertina. No es un lugar adecuado para una muchacha sola.

—No pienso pasearme por las calles de París a medianoche, mamá. Solo quiero que me dejen estudiar para ser médico. De hecho, iría a cualquier lugar donde me dejaran intentarlo, aprendería cualquier idioma, ¡me disfrazaría de hombre de ser necesario!

Cecelia la miró con creciente horror.

—No hables así. Me asustas.

—¡A mí me asusta más quedarme de brazos cruzados y no lograr lo que quiero!

—Hija, ¿no crees que ya es suficiente? —La señora Thorton, que la miraba como si estuviese demente, había suavizado su tono—. Te esforzaste demasiado... dos años, y todos estamos orgullosos de ti por eso pero... ¿Cuándo parará todo esto?

Las ganas de llorar volvieron a invadirla, pero Fanny se contuvo. Cecelia le hablaba como si ella fuera una niña encaprichada con un juguete que no podía comprarle.

—Parará cuando entre a una respetable universidad y pueda obtener un título de médico, mamá. Parará cuando tenga un consultorio propio y pueda practicar cirugías, cuando pueda devolverle la salud a la gente y aprender a

evitar las enfermedades.

—Quieres todo eso solo porque te está vetado. Lo tuyo parece más un caso severo de vanidad. ¿Cuándo entenderás que esas son cosas de hombres, Fanny? No es que yo lo diga. Es así y punto. ¡El mundo es como es!

La muchacha sintió que sus puños se cerraban fuertemente, como haciendo uso de una voluntad propia.

—¡Quizá el mundo esté mal!

—Si tanto valoras la ciencia deberías saber que la naturaleza no puede estar mal. Las mujeres estamos para cuidar del hogar, para criar, para enseñar valores a los hijos. Los hombres son los proveedores. A ellos les corresponde salir a la calle a trabajar. Así es y así ha sido siempre. No sé de dónde sacaste esas ideas...

—Ya basta, madre —gruñó—. No quiero volver a tener esta discusión contigo. Pensé que te habías puesto de mi lado. Pensé que respetabas mi deseo, pero todo este tiempo me has mentado. Jamás me has apoyado, solamente te has callado lo que piensas.

—Fanny, por el amor de Dios —Cecelia sollozaba—. Todo esto es una causa perdida, hija. Acéptalo. Agradece a Dios porque aún eres joven y tu momento no ha pasado. Todavía puedes encontrar un buen marido, alguien que cuide de ti, que te ofrezca la vida que mereces.

—Mamá, si alguna vez tengo un marido él tendrá que aceptar que mis aspiraciones...

—Por favor, Fanny, ¡no seas ingenua! Ningún hombre querrá desposar a una mujer obsesionada con competir con él, porque eso es lo que él pensará de tus benditas aspiraciones —Ella guardó silencio mientras masticaba aquella amarga verdad—. Sanarás a tus propios hijos, a tu esposo, a tus padres, si Dios nos da vida suficiente. Eso tiene que bastar, hija. No busques lo que no es para ti. No intentes ir adonde nadie te quiere.

Fanny contuvo las lágrimas con denodado esfuerzo.

—Siento mucho decepcionarte, mamá —musitó—. Pero esa no es la vida que yo deseo.

—¡No puedes tener todo lo que deseas!

Cecelia le miró con tristeza, pero no la detuvo cuando se marchó escaleras arriba.

Fanny se dio licencia para llorar una vez alcanzó la seguridad de su habitación y cerró la puerta tras ella. No podía creer que su madre le tuviera tan poca fe; que sus miras fueran tan cortas. Quizá todo ese tiempo solo se había sentado a esperar a que ella fracasara, como de hecho había sucedido, para luego recordarle lo que ella consideraba sus verdaderos deberes como mujer.

¿Acaso tenía razón? ¿Acaso lo que deseaba estaba muy lejos de su alcance?

Sintiéndose completamente derrotada y compungida, Fanny miró la carta que amenazaba sus sueños. Se dirigió hasta su hermoso secreter de palo de rosa, atiborrado de gruesos tomos de medicina, guías de estudio y folletos que su padre había comprado para ella. Abrió el último cajón y depositó la carta junto al legajo de papeles con los que las demás universidades también le habían dejado claras sus intenciones.

El dispensario del doctor Travis estaba situado entre la capilla de Saint Mary Matfelon y la populosa calle de los burdeles de Whitechapel; el delgado linde entre el cielo y el infierno, como solía decir su jefe.

Aquella era una de las zonas más caóticas del East End, un barrio de baja estofa donde convergían la lujuria y la pobreza más decadente; la violencia descarnada y un cúmulo de enfermedades tan variopintas que las autoridades sanitarias de la ciudad vivían desconcertadas. Los crímenes que aparecían reseñados en los diarios locales se suscitaban mayormente en Whitechapel, igual que los cuentos de terror que los padres contaban a los niños para disuadirles de jugar en las calles. Ninguna mujer que se preciara de ser una dama pisaría «el basurero de Londres», como la gente llamaba a aquel lugar.

Nadie, excepto Fanny Thorton, quien trabajaba como ayudante del doctor Glenn Travis desde hacía poco menos de dos años.

La actividad en la pequeña clínica gratuita era frenética. Por allí, cada día desfilaba una multitud de niños desnutridos o preñados de parásitos; prostitutas golpeadas por sus impetuosos clientes y hombres heridos en riñas callejeras. Fanny solo acudía en las mañanas, cuando el doctor Travis atendía consultas, pero no pocas veces había visto a maleantes llegar con el pellejo

abierto por el filo de un cuchillo o descosidos a tiros por los miembros de bandas enemigas. El doctor Travis atendía a todos sus pacientes con el mismo esmero, no importaba si fueran carteristas, policías, mujeres de la calle o ejemplares ciudadanos, y por ello la gente de Whitechapel cuidaba del dispensario como de un territorio sagrado.

En aquel modesto y ocupado ambulatorio, Fanny había aprendido más sobre fracturas, quemaduras, heridas de bala, envenenamientos y contusiones que lo que un estudiante promedio podía aprender en los foros de una pomposa universidad.

—¡Me duele como el demonioooo!!!!

—¡Vamos, Jo! ¡Que has traído heridas peores! —riñó Travis a su quejumbrosa paciente mientras examinaba la diminuta navaja hundida en el muslo derecho—. ¡Quédate quieta, mujer!

—Maldito bastardo —lloriqueaba—. Voy a matar a ese Quincy cuando salga de aquí. Voy a tomar su navaja y le voy a rebanar el pito como a un pepinillo agrio, lo juro sobre la tumba de mi padre. Ese hijo de puta me las va a... ¡ayyy!

Jo Morris era una prostituta de la calle Hanbury que había pasado por el dispensario una docena de veces. Quincy, su proxeneta —y un rufián sin corazón con el que vivía peleándose por dinero o por cualquier otro asunto por el que Fanny no osaba preguntar—, le había propinado un navajazo en su más reciente encuentro. La hoja, hundida hasta la cacha, aún permanecía incrustada en la carne sin permitir la hemorragia, por lo que Jo había podido llegar al dispensario por sus propios medios. El doctor Travis intentaba determinar si la arteria no estaba comprometida para luego sacar la navaja con cuidado. Atenta y un tanto nerviosa, Fanny esperaba para hacer frente a la inminente fuga de sangre que se suscitaba a continuación.

—Ni siquiera llevo un milímetro. Quédate quieta ya, mujer...

—Cariño, ¿tienes un poco de alcohol? —le preguntó Jo a Fanny.

La joven estaba a punto de negarlo pero Travis le señaló un cajón al fondo de la habitación. Ella procedió a abrirlo, un tanto escéptica. Descubrió dentro una botella que contenía un líquido marrón y espeso. Quitó el corcho que lo protegía, e inmediatamente sus fosas nasales se vieron invadidas por un apestoso olor.



—Dámelo, chiquilla —Jo le arrebató la botella. Le dio un profundo sorbo y luego se puso a gemir de placer—. Oh, Travis, esto está bueno...

Fanny miró al médico con ligero reproche, y este se encogió de hombros.

Para cuando la navaja salió del muslo de Jo, ésta ya se encontraba más borracha que una cuba. Gemía y maldecía lánguida, aferrada a la botella, lo que le permitió a sus sanadores actuar con soltura. El doctor Travis y su ayudante detuvieron oportunamente la hemorragia, desinfectaron la herida y ahora se preparaban para suturarla.

—Qué bonito, doctor —murmuró la muchacha mientras preparaba el hilo—. ¿También les daremos alcohol a los niños para que reciban la vacuna sin llorar?

—No es alcohol, querida —rio el viejo acomodándose los anteojos sobre el puente de la nariz—. Es un sedante natural. Está hecho con hierbas de lo más inofensivas y, a las pruebas me remito, más efectivas que los tónicos que venden esos comerciantes agresivos de las farmacéuticas. Te enseñaré a prepararlo un día de estos...

Había olvidado que su jefe le tenía muchísima fe a las plantas medicinales y a los tratamientos naturistas, pues había ejercido en la India unos cuantos años, e incluso había tomado un curso de medicina ayurvédica.

—Dime una cosa, Fanny —dijo Travis con los ojos puestos en su labor—. ¿Recibiste otra de esas horrendas cartas?

La aludida pestañó repetidamente.

—¿Cómo lo supo?

—No hace falta que nadie me lo diga.

—¿Tan evidente soy?

—Por fortuna eso no te distrae del trabajo, pero sí, se nota que hay algo que te afecta —continuó con la mirada fija en la aguja que entraba y salía de la piel de Jo—. Es una pena que mis cartas de recomendación valgan tan poco para esas estiradas autoridades universitarias.

—Como si eso tuviera algo que ver. Usted y yo sabemos que aunque el mismísimo papa me recomendara para una plaza, sus excelencias seguirían haciéndose la vista gorda —meneó la cabeza, intrigada y enfadada a partes

iguales—. ¿Qué es lo que les sucede a los hombres? ¿Por qué no pueden soportar la idea de que una mujer tenga una oportunidad de aprender lo que ellos hacen?

—Querida, no me lances a ese saco —murmuró dándole otra puntada al pellejo de la atontada Jo—. Te compré el discurso hace dos años, ¿recuerdas?

El doctor Travis, un viejo cascarrabias de buen corazón, la había admitido como aprendiz en su consultorio, pero no sin ponérsela muy difícil al principio.

Tras pasar por primera vez frente a aquel viejo edificio, luego de dejar a su amiga Harmony en la que fuera su casa, la joven había pasado todo un mes rogándole al médico que le recibiera en su consultorio como observadora. Para Travis, la sola idea de admitir a una señorita «ociosa y fisgona» en su sagrado lugar de trabajo era la más grande ofensa que había recibido, y aunque ella le juró que sus intenciones eran benignas, el encolerizado médico le prohibió cruzar la puerta de su consultorio, a no ser que estuviera agonizante. Palabras más, palabras menos.

La forma que Fanny encontró para conseguir colarse en el dispensario fue hacerse con el empleo de recepcionista. Ella, la hija del respetable señor Clive Thorton, pasó a ganarse la vida llevando la agenda de una medicatura en el East End. Se había burlado de sí misma cuando le tocó trapear los pisos de la pequeña sala de espera, el mismo día que la criada de limpieza abandonó el empleo para marcharse al campo.

Fanny se había adjudicado, además, la tarea de brindar ánimo a los pacientes que aguardaban afuera del consultorio. A menudo medía la temperatura, recomendaba buenos hábitos de salud y escuchaba los lamentos de la gente, especialmente los de los niños, que asumían que el doctor era alguna clase de monstruo ansioso de su sangre, hasta que Travis o alguna de las enfermeras la descubrían y la reñían.

Una mañana de invierno llegó su gran oportunidad. Ninguna de las enfermeras consiguió llegar a trabajar pues, una profusa nevada había caído sobre las calles de Londres, creando el caos e impidiendo el paso del tranvía. Fanny y el doctor Travis se vieron rodeados de una larga fila de pacientes, unos más necesitados que otros. El médico no tuvo otra alternativa que aceptar la ayuda de la joven.

Aquel fue un día para recordar pues, ¡una mujer había llegado para dar a luz! Fanny había estado más nerviosa que la madre, pero por suerte consiguió dominarse. Siguió las instrucciones del médico al pie de la letra, como un mero instrumento sin voluntad y no presumió de conocer ningún método aprendido en sus libros.

Ese día, sus escasos conocimientos previos le sirvieron de muy poco, prácticamente de nada; la experiencia que tanto había anhelado, y que ahora recibía de manos abiertas, se encargó de renovar su mirada, de echar por tierra muchas ideas que había albergado sobre la ciencia, sobre la vida en general y sobre sí misma. Ese día comprendió que los libros que se había pasado años leyendo no le ayudarían en nada, que la medicina era una experiencia vivencial y que valía la pena cualquier sacrificio si éste le procuraba los sueños que tanto acariciaba. Y por eso lloró de felicidad cuando tuvo al niño entre sus brazos, todavía húmedo e hinchado, ante los ojos inexpresivos de la madre, que al haber parido ocho más ya no consideraba el hecho una novedad.

A Travis no le pasó por alto aquella adorable reacción de la joven aspirante.

Después de eso no pasó mucho tiempo antes de que Fanny comenzara su periplo como aprendiz y después como ayudante del doctor Travis. Con su impagable guía, había experimentado de primera mano todos los procedimientos que un médico debe conocer en su primer año.

—Un doctor sabio, para variar —sonrió la muchacha con nostalgia.

—Fanny, no quiero que te sientas frustrada, pero este asunto de la universidad es más complicado de lo que parece. Aunque técnicamente tus congéneres pueden matricularse hay intereses superiores que lo seguirán impidiendo.

—Y sus excelencias dejarán entrar a solo una por cada cien varones para que no se diga que incumplen las normas.

—Yo no lo entiendo, pero es así.

—¡Es ridículo! —Jo Morris, que seguía aletargada sobre la camilla dejó escapar un gemido. Fanny lo interpretó como una muestra inconsciente de solidaridad femenina—. Quizá deba hablar con alguien que no sea un burócrata. Si consigo llegar a la persona correcta puede que las cosas sean un

poco más simples.

—En este punto descartes nada, querida —suspiró—. No pierdas la fe. Sería una pena que un talento como el tuyo termine al servicio de un marido absorbente y mandón.

Fanny recordó la conversación con su madre. Se mordisqueó el labio, pensativa.

—Doctor Travis, ¿usted cree que una mujer es poco adecuada si...? — Sintió un impulso repentino por confirmar lo que Cecelia le había gritado con tanta certeza. Debía admitir que aquella idea la había atormentado un poco, porque si resultaba ser cierto, entonces también debía tachar el matrimonio de la lista de cosas a las que habría de renunciar para lograr su objetivo de convertirse en médico—. Es decir, ¿si una dama tiene el propósito de...?

El médico achicó los ojos, atento a su pregunta. Era un tanto vergonzoso tener que tocar semejantes temas con su jefe pero, aparte de su padre, ¿a quién más podría preguntarle?

Pero justo en ese momento Jo volvió en sí. Soltando un hipido, la mujer levantó medio cuerpo de la camilla.

La labor del médico estaba culminada, así que fue cuestión de que Fanny le ayudara a levantarse y que Travis le prometiera que la vería en su casa mañana. Dos de las colegas de Jo de Whitechapel Road, que esperaban fuera, se la llevaron cargada, no sin antes dedicar una retahíla de insultos para el tal Quincy.

—Esta noche no habrá guardia —le informó Travis más tarde, mientras Fanny recogía sus cosas para marcharse a casa—. Sería bueno que dejaras un cartel en la puerta antes de irte.

—¿Por qué no vendrá, doctor Travis?

—Iré a Hampshire —se acomodó las gafas con aquel gesto profesional tan suyo—. Esta mañana recibí una nota de mi hijastro. Helen, su esposa, está muy enferma, Fanny. Charles quiere mi opinión.

—Oh. Lo siento mucho. Espero que pueda ser de ayuda.

—Volveré mañana a la hora de siempre.

—Pero, doctor Travis, ¿qué pasa si alguien necesita atención?

El doctor se encogió de hombros.

—Tendrán que ir hasta Brick Lane.

—¡Yo podría hacer su guardia!

—Olvídalo —soltó Travis de inmediato.

Fanny se cruzó de brazos, un tanto ofendida.

—¿Duda de mi capacidad?

—Por supuesto que no. Yo mismo te enseñé todo lo que sabes. Pero venir a Whitechapel y quedarte sola, de noche... es un riesgo que no puedes correr.

—Vendré con el cochero de mi padre. Si se lo pido me esperará afuera toda la noche. Además, tenemos un policía a mitad de manzana, ¿ya lo olvidó?

—Pero, de noche...

—Me iré a las diez. Se lo prometo.

—¿Tu padre te lo permitirá?

—¡Lo hará sin dudar! —mintió. Suerte que él estaba fuera del país y no podía preguntárselo—. Doctor Travis, nada malo me sucederá. Se lo prometo...

—No lo sé...

—¡Por favor! —insistió con fervor—. ¡La gente nos necesita! Quizá no puedan llegar hasta Brick Lane. Estará orgullo de mí, doctor, se lo prometo.

El viejo Travis miró a su asistente entre indeciso y esperanzado; ella sabía que a su jefe le preocupaba la gente de Whitechapel pues, además de médico era un cristiano ejemplar, por ello hacía guardias seguidas y no pocas veces había obsequiado medicamentos a sus pacientes más desposeídos y eso era, prácticamente, a casi todos.

—Volverás a casa a las diez —le miró con seriedad paternal, apuntándola con el dedo índice—. Ni un minuto después, ¿entendido? El velador de la calle sabrá que estás aquí y se asegurará de que abandones este dispensario a la hora acordada, aunque tenga que sacarte de la oreja.

Soltó más y más advertencias, a las que Fanny asintió sin vacilar.

Esa noche atendió a un muchacho que acababa de ser mordido por un perro callejero. El pobre chico, cuya mano sangraba inconteniblemente, se lamentaba diciendo que perdería su trabajo en la fábrica de botas de Spitalfield no bien sus patrones le vieran llegar con una mano vendada. Lo que ignoraba por completo era que su vida podía estar en peligro si el animal que le había encajado los dientes tenía rabia.

La diligente sanadora lavó la mano herida y procedió a curarla, al tiempo que le explicaba al chico el temible riesgo de someterse a las mordeduras de animales callejeros. No había cura para tal cosa, Dios lo sabía, por ello la gente debía cuidarse. Después de cerrarle la herida y ponerle una venda limpia, le pidió que volviera en diez días, esperando de corazón que para entonces no estuviera enfermo, y que no lo hubieran echado de su trabajo.

También recibió a una mujer cuyo hijo de tres años se había tragado una pequeña llave. Fanny había leído casos similares en sus libros; sabía que un objeto pequeño en el tracto intestinal podía ser inofensivo si el niño no manifestaba síntomas. Si el infante era alimentado correctamente, el objeto podría ser expulsado por vías naturales en cuestión de pocos días.

Adicionalmente debió calmar a la joven madre, que lloraba inconsolable, aguardando a que su hijo cayera muerto en cualquier momento.

—¿Así que estaba muy sabrosa esa llave? —Bromeó la muchacha, a lo que el niño le contestó con un fresco encogimiento de hombros—. Ay, pequeño —le dijo tocándole la panza—. Daría lo que fuera por hallar el modo de echar un vistazo acá adentro.

Lo único que alcanzó a hacer por el niño fue recomendar a su madre que le alimentara bien, y antes de irse le administró una cucharada de jarabe de higos. Por suerte, la madre pareció recobrar la calma. Convencida de que la mujer no estaba en condiciones de proveerle al niño una alimentación adecuada, Fanny le entregó una vianda con su propia cena, que no había tocado pues, no tuvo ni un respiro en toda la noche.

Por suerte, ningún bandido acuchillado se había aparecido por la puerta de la medicatura, lo que Fanny agradeció infinitamente. El reloj de péndulo en la pared le confirmó que faltaban tan solo quince minutos para las diez de la noche. La joven se felicitó por el éxito de su primera guardia en solitario, aunque en el fondo sabía que era muy poco lo que podía hacer con tan rudimentaria preparación. Allá afuera, en los hospitales y en los institutos de

investigación había médicos de verdad, cirujanos que podían extraer un tumor, eminentes científicos descubriendo el bacilo de la tuberculosis o tratando de hallar la cura para las enfermedades.

Comenzó a recoger los instrumentos y a poner un poco de orden. Seguro que Travis estaría orgulloso de su labor por la mañana.

Justo cuando apagaba la última lámpara escuchó un ruido afuera. Pisadas y jadeos de esfuerzo. Intrigada, se asomó por la puerta y vio a Tim, el cochero de su familia, intentando arrastrar a un hombre por la estrecha sala de espera. Fanny entrecerró los ojos, rogando al cielo para que no fuera uno de esos casos a los que temía: los hombres acuchillados, baleados o cualquier caso que no estuviera en condiciones de asumir.

—Señorita Thorton, encontré a este hombre afuera. Parece que le dieron una buena tunda —jadeó Tim, que a duras penas levantaba un cuerpo alto y fornido, pasándose uno de sus brazos alrededor del cuello—. Fue eso o se cayó de un décimo piso.

Fanny echó un vistazo al hombre en cuestión. Estaba inconsciente y su rostro lucía sucio y ensangrentado.

—Tráelo.

Tim obedeció. Llevó al herido hasta el interior del pequeño consultorio y lo depositó sobre la silla de exámenes. Mientras tanto, Fanny tuvo que volver a encender la lámpara de gas. Maldijo en silencio por el tiempo perdido en aquella menudencia.

Entonces, cuando la luz bañó parcialmente la habitación, pudo mirar mejor al acontecido sujeto. Su rostro era un amasijo de sangre y lodo. Lo habían golpeado brutalmente, para robarlo, no había dudas.

—Vaya que se ensañaron con él... —murmuró Tim.

—Fue un asalto, seguramente.

—¿Por qué lo dice, señorita? Los hombres en Whitechapel no solo reparten puños para robar. A veces lo hacen por deporte.

Fanny arrugó la nariz, percibiendo un extraño tufo en su paciente, no precisamente del tipo que deja el alcohol en la piel y en la ropa, pero se obligó a ignorarlo.

—Ve a ver si el policía de la calle puede acercarse un momento —ordenó mirando a su paciente—. Necesitará que le tomen una denuncia y que lo escolten a casa después que haya terminado con él.

—Sí, señorita.

Tim se marchó presto.

Sin perder más tiempo, Fanny corrió a la mesa, humedeció una toalla limpia y la usó para remover los restos de sangre y suciedad del rostro herido. El hombre seguía inconsciente, así que pensó en usar algún olor fuerte para ayudarlo a volver en sí, pero luego se lo pensó mejor.

¿Y si era un borracho agresivo? ¿Y si era un criminal? En Whitechapel había gente buena, auténticos mártires, pero el barrio también estaba lleno de bandidos. ¿Y si este era uno de ellos?

Tragó saliva. De pronto se arrepintió de haber enviado a Tim a la calle.

Haciendo un esfuerzo por ignorar sus prejuicios, Fanny continuó su labor. Limpió la piel con extremo cuidado hasta que el rostro quedó despejado. Entonces identificó una herida de cuidado en la mandíbula, contusiones en el pómulo y en la ceja derecha, y una cortadura en la comisura de la boca... Se preparó para desinfectar la herida dejando caer una solución antiséptica sobre un trozo de gasa. Lo presionó sobre ellas con cuidado. El hombre gimió al contacto de las heridas frescas.

Fanny se fijó más detenidamente en el paciente que ocupaba su silla. Ladeando la cabeza en actitud apreciativa notó que, a pesar de los cardenales y la hinchazón, era un caballero bastante atractivo.

Si aquel hombre había participado en una pelea callejera, a todas luces la había perdido, sonrió divertida. Luego se preguntó por qué no había despertado aun, y entonces se percató de que había olvidado revisarlo por completo.

Se levantó de un brinco de la silla, pero no se atrevió a quitarle ropa. Con manos temblorosas comenzó a tantear a su paciente, buscando algún signo de dolor que pudiera revelar más sobre su estado; alguna costilla abollada, un músculo lesionado o alguna hemorragia interna. Por Dios, esperaba que no tuviera aquello último.

Pasó las manos a lo largo y ancho del pecho, los brazos y los costados. Era



tan incómodo aquel manoseo... incómodo pero necesario. Para su propia consternación, no le pasó por alto la dureza de aquellos miembros, lo que ponía en evidencia que su paciente, quienquiera que fuera, se ejercitaba con regularidad. Los hombros, fuertes y redondos; el vientre, firme y marcado. ¿Practicaría esgrima? ¿O quizá boxeo? Descartó el boxeo al comprobar lo mal que le habían dejado sus atacantes.

¿Cómo es que no había podido defenderse contando con semejantes cualidades físicas? Quizá lo habían atacado entre tres, o cuatro... *Pobre hombre.*

Fanny se hincó en el piso para examinar las piernas, fuertes y largas pero debilitadas. Pasó sus manos, un tanto ansiosas, por los muslos, hundiendo los dedos ligeramente para tratar de generar alguna reacción. ¡La que fuera! Tan solo deseaba que el hombre despertara de una vez.

Entonces, el estático paciente se removió con un gruñido de abandono. Luego, una pícara y perezosa risita brotó de sus labios, como la que sobreviene a un sueño agradable... o a una estimulación muy eficiente.

Fanny se detuvo pasmada, habiendo entendido a la perfección lo que había causado sin querer. El rostro le ardió con violencia.

Pero antes de que pudiera alejarse de su paciente con un mínimo de decoro, éste hizo un movimiento. Le tomó de la muñeca con rudeza, levantándola y acercándola a él. Lo hizo tan rápido que Fanny no fue capaz de reaccionar a tiempo. En una fracción de segundo, se vio cara a cara con aquel desconocido, que detrás de sus heridas la observaba furioso y desconcertado.

—Maldita sea... ¿ha sido el cochero tan estúpido como para traerme a un burdel en lugar de a un hospital?

## Capítulo 2

Fanny no consiguió deshacerse del agarre de aquella poderosa mano, ni rehuir a la dura mirada que la taladraba, como si hubiera sido ella quien había enviado a los maleantes a apalearse a aquel hombre.

El desconocido, con los ojos desorbitados, seguía esperando una respuesta, pero Fanny seguía sin poder decir palabra. Estaba atardecida, demasiado avergonzada para despegar los labios siquiera. Suponía que era natural que aquel hombre pensara que ella era... Santo Dios. Jamás se había sentido tan humillada. Y había sido su responsabilidad. ¿Qué le había movido a hacer algo tan irracional como manosearle? No había sido adecuado, ni profesional. Que estúpida era...

Quizá jamás debió pedirle al doctor Travis que le permitiera hacer la guardia esa noche. Después de todo ella no era médico; ni siquiera una estudiante. Ella no sabría qué hacer ante una urgencia real, ni estaba capacitada para manejar a pacientes difíciles e iracundos. Pacientes como aquel.

Mientras la joven se fustigaba interiormente, el hombre comenzó a escrutar el lugar que le rodeaba. A juzgar por su expresión, no le tomó mucho tiempo descubrir que se hallaba en una modesta medicatura y no en una de esas casas de placer que poblaban los rincones de Whitechapel. Su ánimo comenzó a aplacarse, al tiempo que soltaba la muñeca de Fanny.

Intentó levantarse, pero ella lo disuadió.

—No se mueva. Necesita puntadas.

La joven rebuscó en el cajón de los instrumentos médicos, situado junto a la silla. Se hizo con el hilo de suturar y una aguja que desinfectó. La tarea fue útil para apartar la mirada aguda de su paciente y disimular la vergüenza que la corroía. Pero no importaba cómo se sintiera, lo correcto era olvidar el incidente y empezar a hacer su trabajo.

—No quería asustarla —murmuró él al cabo de un momento. Su voz, sin el aliciente de la ira, era cálida—. Esto no parece un burdel, y usted...

—Haga silencio, por favor —lo riñó ella. Se acercó al paciente con la

aguja preparada en mano, rogando al cielo para que el pulso no le temblara—. Quizá le duela un poco, pero le ruego que se quede quieto.

El paciente obedeció. Ella le remendó el pellejo de la sien empleando una técnica de bordado que años antes había aprendido en las clases de costura de la señora Bonifonte, la institutriz de su amiga Sally Withfield. Entonces había encontrado la labor mucho más útil para cerrar una herida que para adornar tapetes. El procedimiento tomaba un poco más de tiempo que el modo clásico, pero garantizaba una curación pronta y una cicatriz limpia, pequeña y discreta.

—Es muy joven para ser una enfermera —observó él.

—No soy enfermera.

—Y tampoco una ramera —soltó burlón. El hombre se estremeció cuando Fanny le pinchó negligentemente; un castigo infantil pero justo por su horrible vocabulario—. ¡Maldición! ¡Lo hizo a propósito!

—Por supuesto que no. Le dije que no se moviera.

Sonrió para sus adentros. Se sintió bien poner en su lugar a un hombre estúpido y vulgar que debería estar agradecido de que ella no se hubiese largado a casa temprano.

—Usted es mala —protestó, pero le dejó continuar.

—Soy su mejor opción en este momento. Cuando llegó parecía que le hubieran lanzado por un precipicio. Y no es que haya mejorado mucho, pero al menos saldrá de aquí curado.

—Oiga, le dije que lo siento.

—No, no me parece haber escuchado ninguna disculpa.

—En ese caso... —Fanny le miró achicando los ojos, esperando una disculpa sincera. Una disculpa que no llegó, porque aquel grosero apretó los labios en un gesto arrogante—. ¿Dónde está el hombre del coche? —La joven sacudió la cabeza para hacerle saber que no tenía idea de lo que estaba hablando—. ¿Quién rayos me trajo entonces?

—Mi cochero —la muchacha resaltó la primera palabra con pedantería—. Señor, usted fue hallado en la calle, herido y sin ninguna compañía.

—Joder...

—¿Cuántos fueron? ¿Tres? ¿Cuatro?

El otro hesitó, al tiempo que Fanny volvía a pasar la aguja a través de la carne.

—Sí, cinco... o seis, no lo sé.

—Whitechapel no es un parque de juegos, señor...

—Seymour —precisó, mirándole encantadoramente y casi le hizo perder la concentración—. Pero usted llámeme Gabriel.

*Gabriel*, repitió una voz incómoda en su fuero interno.

—Señor Seymour, apuesto a que existen fumaderos de opio en otras zonas menos peligrosas que el East End. Le sugiero que inicie una búsqueda o la próxima vez podría salirle todavía más caro su pasatiempo.

El hombre inspiró al verse descubierto, pero ningún signo de vergüenza acudió a su rostro. En lugar de eso, se dedicó a observarla con curiosidad, como si deseara descifrarla. Fanny rehuyó a su mirada.

—¿Y qué me dice de usted? Una joven mujer trabajando en este cuchitril... Y según sus propias palabras, no es enfermera. Presumo que si puede permitirse un cochero no está precisamente necesitada del empleo.

—Solo estoy ayudando al doctor Travis, el médico encargado de este «cuchitril» —recalcó malhumorada, clavando la vista en su trabajo—. No pudo venir a hacer su guardia. Tenía un compromiso y yo... me ofrecí a cubrirlo.

El señor Seymour le miró elevando una de sus oscuras y pobladas cejas.

—Es una aspirante a médico —lo había adivinado, ese rufián. Comenzó a observarla como si fuera ella una extraña criatura, una rareza que azuzara su curiosidad—. Que interesante... Dígame, ¿a qué escuela va?

Fanny se mordió el labio inferior, presa de los nervios. No se atrevía a mirarle. Lo último que deseaba era que aquel tipejo petulante se burlara de ella y de su fracaso. Había terminado su trabajo, y lo único que restaba para despachar a aquel mequetrefe entrometido era ponerle una venda.

—Vamos... No sea tímida conmigo —insistió, zalamero—. Tengo algunos amigos en Cambridge y solo quería saber si usted los conocía. Va a uno de los *colleges*, ¿no es así? O tal vez estudia en algún hospital...

—Le pondré una venda —dijo secamente por toda respuesta.

Se puso de pie para buscar otro trozo de gasa en el cajón del fondo. Tras encontrarlo, se dispuso a cortarlo con las tijeras, esperando que aquella conversación se agotara de un momento a otro.

—¿Por qué es tan poco amigable? —la confrontó, sarcástico—. Hace un rato parecía más... alegre. Creí que después de cómo me tocó ya estábamos en confianza.

Fanny bufó cuando la paciencia se le resquebrajó.

—Señor Seymour, me estaba asegurando de que no tuviera usted una lesión seria. De ninguna manera yo... —terminó aquella desesperada frase con un gruñido.

—¡Pero tenía que haberme desnudado! ¿Dónde aprendió eso? ¿En la escuela de señoritas impúdicas? —se burló, entonando una risita de lo más atorrante.

—No voy a ninguna escuela, ¿entiende? —gruñó—. Quise entrar a una, la que fuera, pero nadie me dio la oportunidad. Tengo una colección de cartas de rechazo en un cajón de mi escritorio, incluida una de Cambridge. ¿Contento?

Gabriel Seymour se quedó sin palabras. Todo rastro de humor se desvaneció de su rostro.

—Lo siento... ¿Puede al menos decirme su nombre?

Ella le taladró con la mirada y luego dejó caer la vista en el trozo de gasa que tenía en su mano, lista para ser colocada.

—Fanny. Es decir... Stephanie Thorton —dijo tras aclararse la garganta.

—*Fanny*... Es que hay muy pocas aspirantes y por eso...

—Eso no es verdad. Solo hay pocas plazas para mujeres. ¡No nos quieren allí! —Sacudió la cabeza, resentida—. No lo entiendo. Soy tan capaz como cualquier hombre.

—*Ma cherie*, no creo que esos alegatos feministas le permitan llegar muy lejos —le miró con seriedad—. No me malinterprete, pero si está decidida a abrirse paso en un mundo de hombres, desafiarlos puede resultarle contraproducente. Por lo general nos sentimos más cómodos si se nos hace creer que tenemos el control.

A Fanny le pareció un estupendo consejo, así que le dedicó a Gabriel Seymour un conato de sonrisa.

—Quizá todo este asunto me ha vuelto un poco resentida —reflexionó.

A continuación le acercó la venda a la sien, asegurándola muy bien, con lo que su trabajo estaba prácticamente culminado.

—¿Puede decir que lo ha intentado usted lo suficiente?

—He hecho todo. Se lo aseguro.

—¿Ha tomado clases particulares?

—No, son muy costosas, pero he sido aprendiz y después asistente del doctor Travis por dos años. Él me ha enseñado bien. Y estudio en casa, por mi cuenta, con los libros que me compra mi padre.

—¿Y ha considerado buscar una audiencia con el duque de Devonshire?

William Cavendish, el duque de Devonshire, era el canciller de la Universidad de Cambridge y uno de los aristócratas de mayor influencia en el país. Fanny chasqueó la lengua, convencida de que antes de coincidir con Devonshire vería a la reina Victoria y a su madre tomar el té en el *parlour* de su casa.

—Eso es imposible.

—Devonshire es un hombre amplio y progresista. No se negará a que una mujer ingrese al alumnado de medicina de alguno de los *colleges*; de hecho, sé que ha abogado por la admisión de algunas jóvenes destacadas en diferentes carreras. Usted solo necesita convencerle de que es merecedora de semejante privilegio.

—¿Convencerle? ¿Qué se supone que haga? ¿Romperle la nariz y cosérsela? —soltó Fanny, que había escuchado atenta el discurso de Gabriel.

—No es una mala idea —rio de un modo un tanto siniestro, mostrando unos dientes blanquísimos y perfectos, para nada atribuibles a un opiómano—. Usted no parece el tipo de persona que se da por vencida tan fácilmente. Y, además, ¿qué sería de la vida sin los propósitos? Y más aún, sin los visionarios.

Un ruido en el pasillo les hizo volver las cabezas hacia la puerta. Alguien entró al consultorio atolondradamente, por lo que Gabriel Seymour se puso de

pie en el acto.

Era un hombre joven, vestido con una librea y pantalón negro; el uniforme que utilizaban los empleados de una conocida compañía de alquiler de coches de la ciudad.

—¡Oh, señor! —balbució el muchacho al verle golpeado y vendado—. Dios del cielo, ¿está usted bien?

—No gracias a ti —Gabriel le dedicó una mirada fría y volvió a centrar su atención en Fanny—. Pero voy a celebrar tu torpeza, porque de no ser por ella no habría caído en las beatíficas manos de la señorita Fanny Thorton, mi salvadora.

—Por favor, señor Seymour —Fanny evitó poner los ojos en blanco.

Detrás del muchacho estaba Tim, que le hizo una discreta seña para que mirara el reloj. Ella lo hizo y casi se desmayó al constatar que eran más de las diez de la noche. Las doce y treinta minutos, para ser exacta.

¡Maldición! No quería hacer enfadar a Travis, ni a su madre, a quien había mentido diciendo que visitaría a su amiga Harmony para justificar su ausencia aquella noche.

—Caray señor, lo han dejado como un garabato —dijo el cochero mirándole con un rastro de pena—. Tenemos que poner una denuncia ante las autoridades.

—El policía de la calle no estaba, para variar, señorita —informó Tim.

—No se preocupen —dijo el señor Seymour en un despliegue de forzada dignidad mientras se acomodaba la ropa—. Los otros dos quedaron peor, y yo siempre digo «que las pérdidas materiales me deparen nuevas y mejores cosas».

—Traeré el carruaje, entonces. Con su permiso, señor. Señorita... —el muchacho le hizo una reverencia a Fanny y salió del consultorio como una exhalación.

—Creí que habían sido seis —dijo la joven burlona, cuando se quedaron a solas.

Gabriel le dedicó una pequeña sonrisa culpable.

—¿Ve lo que le digo? Un caballero jamás admitiría ante una dama que un

solo un par de hombres le ha propinado una paliza. Y jamás admitiría que una dama puede hacer lo que él... a menos que ésta lo ponga en evidencia.

Fanny sintió una ligera presión en el bajo vientre, como un cosquilleo deliberado de sus sentidos, que estaban vergonzosamente alerta ante la presencia de Gabriel Seymour. Ahora que estaba de pie y erguido podía ver que era alto, atlético y muy guapo.

—¡Vuelva mañana! —Una parte de ella, la menos cabal, se impuso en ese momento, porque la Fanny estudiosa, medida y centrada, nunca habría pedido tal cosa—. Tengo que llevar el control de sus heridas.

Él solo sonrió.

—Le agradezco lo que ha hecho esta noche por mí, Fanny —dijo, y su voz había adquirido un matiz mucho más cálido—. Le deseo suerte en su búsqueda; toda la suerte que pueda ocurrirle a alguien.

Al cabo de un momento se había marchado, y Fanny, aun sabiendo que debía hacerlo también —ni siquiera se molestó en volver a ver el reloj—, se quedó de pie, contemplando la silla que hacía un momento había ocupado aquel caballero.

¿Qué acababa de suceder?, se preguntó en medio del silencio.

—¡Te atrapé!

El niño se removió en sus brazos, atacado por las risas y la euforia que le provocaba su juego favorito. Fanny le besó compulsivamente, conteniendo las ganas de morder sus abultadas mejillas, como bollitos recién salidos del horno. Era un pequeño muy guapo, el consentido de sus tres madrinas, de sus abuelitos, y ni hablar de sus orgullosos papás, que se desvivían por él y lo atendían diligentemente, muy a pesar de las dos competentes niñeras a su disposición.

—Válgame Dios, lord Sudeley, es usted un pícaro incorregible. Mire que hacerme correr hasta el bosque para encontrarle.

Tras sacudirle el polvo de la ropa se lo llevó en brazos a través de una profusa arboleda de Waldegrave Terrace. En aquella época del año, Hampstead Heath lucía sus mejores atavíos. Los árboles eran de un colosal



verde; había sauces llorones, alegres tilos y espinos a punto de florecer por doquier. Los setos estaban cubiertos de bayas y flores, y los bojs habían sido prolijamente cortados por los jardineros de la propiedad ducal para asemejar las siluetas de delfines y aves. El clima estival de mediados de julio también complacía a Fanny.

Harmony, la duquesa de Waldegrave y madre del pequeño lord Sudeley, les esperaba en el jardín, ataviada en su precioso vestido de algodón color crema con botoncitos de nácar. Sonriente y alborozada, como era ella, recibió a su adoración con otro torrente de mimos.

—¿Puedes creer lo grande que está? Un buen día se irá a Eton y a mí se me romperá el corazón —decía con un puchero, pese a que Jacob Alexander aún no cumplía los dos años.

El pequeño barón cayó rendido en los brazos de su mamá tras una ocupada tarde de juegos con su madrina favorita.

—Es un niño maravilloso —musitó Fanny—. Me alegro que esté mejor de su oído.

Harmony acarició a su hijo con gesto protector.

—Es curioso porque Martin me dijo exactamente lo que tú cuando le examinaste —Se refería al doctor Martin Bradshawe, el marido de su suegra y un médico de gran prestigio que había asumido el cuidado del pequeño barón desde el mismo momento de su nacimiento—. Me pidió que te enviara sus felicitaciones por tan buen diagnóstico. Está impresionado por lo mucho que has avanzado en tus estudios; y me dijo que si necesitas una tutoría estaría encantado de recibirte en el Hospital de Winchcombe.

—Eso sería grandioso —respondió ella tratando de poner un semblante amistoso—. Espero poder agradecerle en persona su consideración.

Tras el rechazo de Cambridge sus esperanzas habían empezado a mermar, por ello había puesto toda su atención en la lectura de sus libros y en trabajar hasta fundirse en el dispensario o hasta que el doctor Travis le reñía y la enviaba a casa.

Harmony, su mejor amiga en el mundo, era consciente de su esfuerzo.

—Querida, ya llegará tu oportunidad.

—No lo sé —suspiró pesadamente—. Estoy empezando a creer que mi madre tiene razón. Quizá ser médico no sea algo para mí. Quizá todo esto no es sino una muestra de mi vanidad.

Caminaron por un sendero de grava, bordeado por macizos rebosantes de caléndulas y lavandas. Los jardines de Waldegrave Terrace eran conocidos, además, por sus estatuas de yeso, fuentes de agua —donde crecían espectaculares nenúfares— y el magnífico invernadero, donde se cultivaban plantas, flores e incluso árboles procedentes de diferentes lugares del mundo.

—Ayudas a gente pobre, salvas vidas, curas a niños enfermos y solo quieres aprender a hacerlo mejor. ¿Cómo puede ser eso vanidad?

—Podría hacer todo eso como una enfermera —dijo con desgana—. Es mucho más fácil y bien visto. Pero por alguna razón no es suficiente para mí.

—Eres una mujer excepcional. ¿Por qué habrías de conformarte con lo que otros dicen que es lo adecuado para ti? —ella la obsequió con una sonrisa débil—. ¡Por Dios! Si hasta has ido en contra de lo que la señorita Penélope Andersen auguraba para ti.

Las dos muchachas se habían conocido siendo muy jóvenes, cuando la señorita Andersen, la institutriz, solicitó a los padres de Fanny hacer un lugar en las clases privadas a una joven humilde y reservada que, según sus propias palabras, estaba lastimosamente urgida de la más elemental educación. Los Thorton no pusieron objeción, y Fanny encontró una oportunidad inmejorable de tener una compañera de estudios y alguien con quien hablar, además de su madre y la institutriz.

Al principio, Harmony era esquiva y tímida, pero pasó muy poco tiempo antes de que se volvieran inseparables, y que incluso se hicieran confidencias. Fue así como supo que los padres de Harmony habían muerto cuando ella era una niña, por lo que su tutoría había quedado en manos de los Talbot, sus abominables tíos. Fanny no tardó en comprender el porqué del carácter reservado de su amiga. Sus tíos eran viles y no la amaban en absoluto; le hacían sentir fea y poco valiosa... y la muy tonta les creía. Aunque la señorita Andersen apreciaba a Harmony, tampoco alimentaba su estima personal; en lugar de eso le exigía y le disuadía de seguir sus sueños, inspirados en los viajes de la señora Ida Pfeiffer, la autora del controvertido libro *Viaje de una mujer alrededor del mundo*. En secreto, Andersen le había confesado a Fanny su preocupación por Harmony y lo que, según ella, sería su futuro. Sus

augurios no le favorecían en absoluto. Para Andersen, Harmony sería una eterna solterona, sin dinero ni las más primordiales habilidades para ganarse la vida.

Por fortuna, la vida de Harmony había dado un giro inesperado, y la más maravillosa historia de amor le había ocurrido hacía un par de inviernos. Ahora estaba casada con un hombre noble y bondadoso. El otrora soltero más guapo y apetecible de Londres: el duque de Waldegrave, quien le amaba con manifiesta devoción. Ahora tenían un precioso hijo y una vida que a menudo hacía aflorar la envidia de mucha gente.

—Yo no he sido la única en desafiar los designios de Andersen —le dijo a su amiga alzando una ceja.

—Lo sé —rio ella—. Apostaba a que yo me convertiría en una sufragista, ¿cierto?

—Más bien en una viajera loca y solterona.

Ambas rieron.

Llegadas a la flamante Waldegrave Terrace, una de las niñeras recibió a Jacob Alexander, que se había quedado dormido, y lo llevó a su habitación.

Una doncella les ofreció té cuando se instalaron en la salita privada de la duquesa, una preciosa habitación con paredes empapeladas en tonos dorado y rosa y cortinajes ligeros de color rubí oscuro. Los muebles, fabricados en nogal y tapizados en terciopelo rosa con motivos de roleos, eran hermosos y confortables. La alfombra de cachemira exhibía un diseño tan laberíntico y minucioso que a veces Fanny se descubría a sí misma observándolo fijamente. En el centro de la habitación una araña de luz, forjada en bronce, pendía desde un techo ornamentado con frescos y molduras.

El espacio rezumaba vida, por ello era una de las habitaciones favoritas de Fanny en toda la mansión, y donde siempre que podía se reunía con Harmony y sus otras amigas, Sally Withfield y lady Esther Allington para ponerse al día.

Harmony tenía una pila de libros dejados al descuido sobre la mesita auxiliar. A ella le encantaba leer historias sobre mujeres que se aventuraban a conocer lugares exóticos, y ese siempre había sido su más grande sueño; un sueño cumplido, porque hacía tan solo unos meses, los duques y el pequeño barón habían regresado de un *Grand Tour* por Europa, y antes de eso habían

estado en Turquía, Grecia y Egipto, como lo evidenciaban las fotografías enmarcadas en pan de oro y situadas sobre la chimenea de piedra caliza.

—Fanny, recuerda lo que hablamos el otro día —sugirió su amiga con delicadeza mientras servía el té—. Devlin podría enviar una solicitud...

—No quiero conseguir mi ingreso con contactos, Harmony. Sé que tienes las mejores intenciones y te lo agradezco, pero necesito ganarme el respeto del consejo y de los demás estudiantes desde el principio, y me temo que no lo conseguiré si me apalanco de la influencia del duque.

La duquesa siseó una maldición poco apropiada para una mujer de su rango. Harmony George, cómo no, le había puesto su toque personal al título. Fanny sonrió con ternura y le dio un sorbito a su humeante taza de té.

—Mejor dime cómo está todo por aquí.

—Estupendo —suspiró la otra. Su sonrisa fue tan luminosa que los rayos solares que entraban por las puertaventanas palidecían en comparación—. Devlin y yo estamos en nuestro mejor momento. Y Jake... Oh, Dios... él es una auténtica bendición.

—Estoy tan contenta por ti.

—La semana próxima nos iremos a Sudeley a pasar el verano —hablaba del mítico castillo solariego de los Sawyer en Winchcombe, Gloucestershire—. Extraño tanto a Corine, a Martin y al abuelo... ¿Crees que podrías acompañarnos?

—No tengo planes para el verano —se encogió de hombros.

—Me aseguraré de que Devlin invite a sus amigos solteros e intelectuales más guapos a pasar una temporada con nosotros —esbozó una pequeña sonrisa conspiradora—. ¿Qué tal un biólogo? ¿O un talentoso científico de la Real Sociedad? Para ti estarían mejor que un diputado conservador. ¿Qué opinas?

—Si estás buscando un nuevo pasatiempo como casamentera —rio ella—, te ruego que no lo intentes conmigo.

—Pero, ¿con quién rayos más lo voy a intentar? Esther ya se casó y Sally pasa tanto tiempo viajando que terminará prendada de algún extranjero.

Su amiga empezó a hablarle uno por uno de los colegas científicos del duque que había conocido en el último tiempo, naturalmente, con la única

intención de tentarla con la idea del amor y el matrimonio. Por alguna razón, la imagen de Gabriel Seymour tomó forma en su mente.

Desde aquella lejana noche en el dispensario de Whitechapel no le había vuelto a ver. Fanny le había esperado en la consulta para asegurarse de que su herida evolucionaba satisfactoriamente, pero el muy ingrato no se había presentado, aun cuando ella le había pedido que regresara. La decepción que experimentó al saber que ya no le volvería a ver le asombró y espantó a partes iguales.

Fanny separó los labios para hablarle a Harmony de Gabriel, pero al comprender lo absurdo de su intención volvió a cerrarlos de golpe. No tenía caso hablar de alguien que había sido tan fugaz en su vida; un fumador de opio desvergonzado; un paciente huraño que inexplicablemente terminó comportándose zalamero. A lo mejor se lo había imaginado todo, pensó apretando los labios con forzado cinismo.

—...y en las mañanas podrás acompañar a Martin al hospital y hacer tus prácticas —continuó la duquesa antes de llevarse el borde de la taza de té a los labios—. Será un verano maravilloso. Ya verás...

—¿Y esos colegas científicos tolerarán a una sanadora frustrada?

—Fanny, solo quiero que te diviertas un poco —exclamó mientras le ponía terrones de azúcar a su taza de té—. Válgame Dios, es pronto para considerar la frustración —le miró de nuevo, colmada de empatía—. Quisiera que hubiera un modo de que entraras a una maldita universidad. El mundo necesita más doctoras, abogadas, y... no lo sé... ¿domadoras de leones?

Las dos compartieron una pequeña carcajada.

—Es en serio, si seguimos dejando el mundo en manos de los hombres continuarán arruinándolo todo.

Entonces Fanny recordó lo que Gabriel le había sugerido. Ahora mismo le parecía una buena idea. No. Era una idea perfecta.

—Harmony, ¿conoces al duque de Devonshire?— inquirió como si tal cosa.

—Pues... —pestañeó repetidamente— no. No aun. ¿Por qué me lo preguntas?

—¿Sabías que Devonshire es el canciller de la Universidad de Cambridge?

—Diantre... ¡es verdad! —Harmony se dio un golpecito en la frente con la palma de la mano—. ¡Por supuesto! Devlin lo mencionó alguna vez, antes de que le prohibiera hacer algo por lo que nos odiarías por toda la eternidad.

—Harmony, por favor, recuerda que no deseo ningún tipo de recomendación...

—¡Ya lo sé! Quedó claro las primeras doce veces que lo mencionaste — Puso los ojos en blanco—. Con toda seguridad deberíamos llevarte con ese hombre. No sería una recomendación, solo una afortunada casualidad que se cruzaran en el mismo lugar, a la misma hora. Si Devonshire te conoce... si se entera de lo preparada que estás para entrar a la universidad, te abrirá las puertas para que puedas matricularte.

Era lo que Gabriel le había dicho. Fanny estuvo a punto de reírse, pero habría tenido que contarle a Harmony que un paciente algo peculiar, de ojos exquisitamente azules, que había atendido durante una inesperada guardia, le había sugerido exactamente lo mismo. Y después habría tenido que justificar por qué sonreía como una tonta al hablar de aquel sujeto... No, no estaba dispuesta a eso.

—Pero, ¿dónde lo conoceré? —Se puso de pie con movimiento enérgico, que la otra imitó—. ¿Y qué le diré? ¿No estarás sugiriendo hacerme una cita?

—¡Nada de eso! El sábado dará un baile en su casa de Picadilly para agasajar a su hija más pequeña, por su puesta de largo —Harmony daba saltitos de emoción, como una niña ante la posibilidad de cometer una travesura memorable—. Estamos invitados. No pensábamos ir, pero dadas las circunstancias, estaremos encantados de llevarte delante de ese hombre y hacerle saber que serás la mejor médica de toda Inglaterra.

—¿Así de fácil...? —Se cruzó de brazos con rudeza y una pizca de nerviosismo que jamás admitiría—. Me presentaré y le pediré al duque de Devonshire que me deje entrar en ese santuario de hombres. Harmony, no quiero parecer una desvergonzada oportunista. No creo que esto...

Su débil discurso se fue apagando a medida que la expresión de su amiga se endurecía, para variar. Fanny tragó saliva, porque la dulce y alocada Harmony George que recordaba no tenía nada que ver con la mujer que ahora tenía frente a sí.

—Stephanie Thorton, no tenía idea de que fueras una cobarde —ella trató

de replicar, pero la duquesa no había terminado—. ¿Dónde narices está la joven que viaja todos los días a Whitechapel, sorteando toda clase de peligros para atender a pobres cristianos enfermos? ¿Dónde está la chica que me dijo que si fuera necesario iría a Oxford y se disfrazaría de hombre para presenciar las clases? ¿Dónde está mi amiga, la que desafió a su madre para conseguir su sueño? —La otra no dijo nada; se quedó tiesa, apretando los dientes—. Creí que deseabas ser médico más que nada en el mundo, y supongo que eso implica enloquecer un poco y hacer cosas que jamás creíste hacer, y en lugar de eso estás aquí, quejándote, dándote excusas.

Fanny bajó la cabeza, avergonzada. Ella había sido justo como Harmony la había descrito, había hecho todo aquello, pero quizá había olvidado como ser apasionada y resuelta. Quizá las constantes negativas habían hecho que sus aspiraciones palidecieran.

—Harmony, estoy tan harta de recibir rechazos...

—¿No fue Shakespeare el que dijo «No es digno del panal de miel aquel que evita la colmena porque las abejas tienen agujones»?

La otra asintió, sintiéndose completamente derrotada.

—No quiero seguir fracasando; no sé si lo resista...

—Tu madre ha vuelto a intentar convencerte de claudicar —adivinó cerrando los ojos, como si intentara contener su furia—. ¡No la escuches, por el amor de Dios! Ella es de otra época. Jamás ha visto...

—Lo sé. Lo sé... Es lo que me digo para tratar de entenderla —se deshizo de las lágrimas como pudo—. Pero no puedo culparla de mi fracaso.

Harmony pacificó su ánimo. Le rodeó los hombros con un abrazo.

—Querida, no has fracasado. Solo estás viviendo. Y si dejas de intentarlo, te apagarás por completo. Por favor, Fanny, deja de ser esa damita perfecta que Andersen hizo de ti y conviértete en una cazadora —su voz se volvió un gruñido al pronunciar la última palabra—. Cariño, me temo que estás ante la batalla más complicada de tu vida, una batalla que puedes ganar con talento, pero ni siquiera eso no te bastará a no ser que saques esas garras que están escondidas en algún lugar de ti.

Fanny estudió en silencio las palabras de su amiga. Estaba en lo cierto, reconoció. No deseaba dejar de luchar, pero tampoco estaba dispuesta a

cambiar su estrategia, y ello no le traería más que otro torrente de rechazos y momentos angustiosos. Si realmente quería ser médico, debía buscar sus oportunidades, no esperarlas sentada frente a su secreter. A diferencia de lo que se había hecho creer, no lo había intentado todo; había intentado las vías regulares, sin éxito. Pero, ¿y qué pasaba con las vías alternas?

Si quería resultados, debía ir más allá de los límites establecidos, romper las reglas, pelear por aquello que solo estaba destinado a un hombre y, ¡santo cielo! arrebatarse lo que ansiaba, si era necesario.

—Entonces... ¿el sábado?

La duquesa sonrió.

—Pasaremos por ti a las ocho.



### Capítulo 3

A pesar de no tener ni la más remota idea de cómo persuadir al duque de Devonshire de que le admitiese como estudiante de medicina en la Universidad de Cambridge, Fanny se alistó para aquel baile y, unos minutos antes de las ocho de la noche, se asomó, ansiosa, por la ventana de su habitación para tratar de avistar el coche de los duques de Waldegrave.

Vestía un impresionante modelito de la casa Worth que su madre le había obsequiado recientemente, en uno de sus fallidos intentos por introducirla al mundo de los bailes de sociedad y la consiguiente y frenética búsqueda de marido. Cecelia no cabía en su asombro y alegría cuando Fanny le contó que acompañaría a los duques a un distinguido evento de puesta de largo en el lujoso barrio de Picadilly; había sacado el costoso trazo sin estrenar del armario y después había cacareado por toda la habitación, tratando de decidir qué tipo de peinado y qué joyas le venían mejor a su atuendo. La pobre estaba convencida de que Fanny había renunciado a sus propósitos y ahora se disponía, como era su deseo, a buscar un esposo.

Mirándose al espejo oval de su dormitorio, la joven reconoció que aquel era un vestido hermoso, confeccionado en satén azul zafiro. El corpiño, cubierto de tul negro y tachonado con cuentas y lentejuelas, dejaba ver sus clavículas y la forma elegante de su cuello. Las mangas cortas, ligeramente abombadas, le venían perfectamente a la época estival. Tal como lo dictaba la moda, la falda era mucho menos voluminosa que las que solían usarse hasta unos años antes, cuando el polisón era tendencia. Un par de pliegues en la parte delantera de la falda le brindaban la correcta amplitud y una caída elegante, para culminar en un delicado enjambre de cuentas azules. Su padre debió haber pagado una pequeña fortuna por semejante modelo, pensó frunciendo el ceño.

Para complementar su atuendo, la doncella le recogió el cabello, sellándolo con pasadores adornados con pedrería. Una cascada de tirabuzones castaños le caía a la espalda, despejando su rostro ovalado, de bonitos y exóticos rasgos. A Fanny le correspondió usar las joyas que su madre había heredado de sus antepasados, pero que jamás había usado, dado que rechazaba la vanidad.

Cecelia la despidió con sendos besos en cada mejilla antes de que los duques se la llevaran al baile. Fanny se sintió un poco culpable. Si ella supiera que todo aquello era un nuevo intento por perseguir sus sueños quizá no se hubiera mostrado tan solícita.

Poco después arribaron a Devonshire House, la majestuosa mansión palladiana del duque. El baile había dado comienzo para cuando cruzaron las puertas dobles principales del exquisito *saloon*. La música de una orquesta invadía cada rincón del lugar, donde las parejas ejecutaban un moderno vals.

Fanny echó un vistazo al techo oval del salón, levantado a unos diez metros del suelo y hermosamente elaborado con frescos dorados de estilo italiano. Una gran profusión de arañas de cristal se repartía a lo largo del techo, bañando el espacio de luz eléctrica, igual que todas las casas de las familias más pudientes de la ciudad. Divisó hermosos cuadros y espejos de marcos dorados a lo largo de los muros, decorados con acendrados frisos. El espacio tenía más bien el aspecto de una galería, concluyó.

Devlin llamó al mayordomo discretamente para darle una instrucción, a lo que éste asintió. A continuación, el hombre presentó al duque y a la duquesa de Waldegrave y a la señorita Thorton. Las miradas de los invitados que se encontraban cerca de la puerta volaron hasta los tres recién llegados. Waldegrave, que siempre despertaba admiración y respeto, recibió a un raudal de personas que deseaban saludarlo a él y a la duquesa. Fanny fue presentada a todos ellos.

Concluidos los saludos, los tres se formaron para mostrar sus respetos ante el anfitrión.

Devonshire era un caballero formidable que despuntaba entre la concurrencia con su manifiesta aura de poder. Su elegancia y pulcritud saltaban a la vista; el cabello, las patillas y la acicalada barba entrecana eran sus rasgos más característicos, junto con su nariz, redondeada y de grandes proporciones. Los ojos, de un azul claro y afable, suavizaban su expresión adusta, que Fanny había encontrado un tanto intimidante.

El duque estaba flanqueado por tres muchachos que, dedujo, eran sus hijos y una menuda y rubia belleza juvenil a la que identificó como la debutante.

Devonshire dejó de lado su acartonada postura caballeril cuando Devlin le saludó.

—¡Waldegrave, muchacho! —Se estrecharon las manos, un gesto que solo se permitían los hombres del más alto rango que se guardaban afecto y confianza—. ¡Hasta que se digna a venir a uno de mis eventos!

Fanny captó el momento exacto en el que la hija de Devonshire se comía a Devlin con los ojos. Era natural que las muchachas recién insertadas al mercado matrimonial estuvieran obsesionadas con los hombres guapos y de buena cuna, pero aquella reacción le había parecido en exceso inapropiada. Grotesca, si cabía. Esperaba que Harmony no hubiera reparado en la osadía de la muchacha.

—Devonshire, ¿acaso no recuerda que juré venganza contra todos los diputados que no me apoyaran en mi proyecto de Ley de Alumbrado Público? —bromeó—. Sabía que privarle de mi compañía le iba a pesar.

—Santo cielo, pero que rencoroso... —rió mirando a sus hijos, quienes también le saludaron—. ¿No le basta con haber ganado la mayoría de los votos de la cámara? Y yo que le atribuía sus desplantes a la vida de casado.

—Pues, no niego que el matrimonio es la más placentera de las distracciones —admitió el otro, echando una mirada tierna a su esposa.

—¡Oh, ya lo creo! —exclamó Devonshire con un rastro de picardía masculina.

Devonshire saludó y besó los nudillos enguantados de la duquesa, al tiempo que le prodigaba algunos cumplidos caballerosos.

Seguidamente, y como lo dictaba el protocolo, Devonshire presentó a su hija, lady Melanie. La muchacha, que agitaba el abanico con un compulsivo movimiento, saludó a los duques con una perfecta genuflexión, pero sus ojos seguían posados en Waldegrave.

—Permítame presentarle a la señorita Stephanie Thorton —dijo Devlin con toda solemnidad—, una buena amiga mía y de mi esposa —Entonces, Fanny recibió la atención de Devonshire, que le saludó con entusiasmo, poniendo un beso en sus nudillos—. La señorita Thorton es una aficionada a las ciencias. De hecho, es más bien una estudiosa.

—¿En serio? ¿Qué clase de ciencias? —el duque elevó las cejas.

—La biología, excelencia —musitó Fanny—. De hecho me interesan los procedimientos médicos y los nuevos avances para prevenir las enfermedades.

—Fascinante —Devonshire se volvió para mirar a su hija—. A Melanie le gusta la frenología, pero yo no estoy convencido de que eso sirva para algo. ¿Qué opina usted, señorita Thorton? ¿Debemos creer eso de que la configuración del cráneo de uno es responsable de las cualidades y talentos que podamos manifestar?

Fanny se tensó, no porque no pudiera responder a aquella pregunta, sino porque su respuesta de seguro le granjearía una indeseada enemistad. Menuda prueba le había puesto el duque, se dijo apretando los dientes.

Deshaciéndose de todo pensamiento lastimero, se envaró y optó por la sinceridad.

—A decir verdad, la frenología ni siquiera ha reunido méritos suficientes para ser considerada una ciencia.

Melanie le fulminó con la mirada, al punto que Fanny experimentó un ligero estremecimiento en la nuca; el efecto de la maldición de una bruja. Los dos muchachos, en cambio, disimularon unas risillas traviesas, evidentemente divertidos de que alguien hubiera fastidiado a su hermanita. Devonshire, que parecía muy conforme, e incluso divertido con la respuesta, les dio la bienvenida formal al baile.

Fanny dedicó su primer baile a un joven que había conocido nada más entrar al salón, y que Waldegrave le había presentado. Rupert Marsden acababa de graduarse con honores como físico en el Pembroke College, y había sido invitado a aquel baile como una cortesía del duque de Devonshire, que acostumbraba a agasajar a sus estudiantes más destacados.

Fanny intentó contener el torrente de preguntas que afloraron en su mente y comportarse como la señorita Andersen hubiera esperado, pero fue una tarea inútil. Mientras daba vueltas por el salón, prendida del muchacho rubio, delgado y de sonrisa fácil, quiso saber cómo era la universidad, las aulas de clases, la biblioteca, el campus... No creyó prudente interrogarle sobre las estudiantes del sexo femenino, cuántas había en su clase, y cuántas de ellas se habían graduado junto con él, para no polemizar. Rupert respondió todas las preguntas de buena gana. Le habló de sus intenciones de convertirse en profesor y de involucrarse en un par de investigaciones que llamaban su atención, entre ellas, algo que llamó la teoría de Crookes de los Rayos X.

Pero justo cuando Fanny se disponía a preguntarle qué era aquello de «Rayos X», una imagen más adelante la extrajo de golpe de su embebecimiento. Forzó la vista, hizo un paneo visual por el salón atestado de gente y de pronto, lo que creyó haber visto, había desaparecido.

Que extraño. Juraría que un rostro conocido había rutilado en medio de aquel mar de invitados vestidos de gala.

El baile continuó, igual que la animada charla con Rupert Marsden, pero por alguna razón Fanny empezó a sentir un persistente cosquilleo en la nuca, como el que se manifiesta cuando se está siendo observada.

Cuando la pieza culminó, Marsden le invitó una bebida en la mesa de refrigerios. Allí había otros dos muchachos elegantemente vestidos que le saludaron con una gentil inclinación de cabeza. Rápidamente entendió que aquellos también eran graduandos de Cambridge. De hecho, en aquel instante fue informada de que todo el salón estaba atestado de graduandos y estudiantes destacados; y entonces distinguió a su alrededor a un hatajo de muchachos pálidos, de apariencia intelectual y mirada reflexiva.

—Señorita Thorton, ¿es usted una debutante? —quiso saber John Radford, un suspicaz licenciado en periodismo de abombados rizos pelirrojos y ojos azules.

La palabra «debutante» sonó burlona, pero ella prefirió ignorar aquel hecho. Estaba claro que a su edad las damas ya habían pasado por el ritual de la puesta de largo.

Los demás muchachos le observaron atentos, esperando una respuesta.

—Esto... no —Se sintió un poco torpe bajo la mirada de aquellos tres académicos, y comenzó a jugar con el ribete de su guante izquierdo. De seguro habían comenzado a verla como a una triste solterona en busca de su última oportunidad—. Esa etapa ha quedado atrás, supongo.

—Entiendo —dijo Radford por toda respuesta.

—Le he visto llegar con el duque de Waldegrave —musitó Owen Durrington, un joven alto y regordete que no lograba sostenerle la mirada el suficiente tiempo como para que Fanny pudiera responderle sin sentirse un poco incómoda. El tímido Durrington acababa de obtener el título de matemático con matrícula de honor, y había sido nombrado *senior wrangler*,

una distinción otorgada a todo aquel que obtiene la máxima puntuación en los exámenes finales—. ¿Es su pariente, o algo así?

—Oh, no —ella sonrió—. Su esposa, la duquesa, y yo solíamos estudiar con la misma institutriz. Somos buenas amigas... ¿No les parece un baile estupendo? —musitó con la intención de desviar la atención de sí misma.

—Totalmente —adhirió Marsden—. Los eventos sociales en Devonshire House son legendarios por su majestuosidad. Me pregunto si será lo mismo en Chatsworth House.

—¿Vendrá usted al retiro de verano en Chatsworth House? Por favor diga que sí —soltó el matemático con una expresión un poco atolondrada.

—¿Retiro de verano...? —Fanny sacudió la cabeza, esbozando una sonrisa gentil—. ¿A qué se refiere?

—¡Si serás zoquete, Durrington! —Masculló Radford—. El retiro de Chatsworth House es solo para alumnos y exalumnos, y la señorita Thorton no es ninguna de las dos cosas.

—Podría tratarse de una agradable excepción a la regla —se defendió el otro.

—¿Puedo saber de qué se trata ese retiro o acaso es un secreto de los alumnos de Cambridge?

—Oh, no es ningún secreto, señorita Thorton —sonrió Marsden—. El retiro de Chatsworth House es un agasajo que el duque de Devonshire dedica a los mejores alumnos y exalumnos de todos los *colleges* de la universidad. Cada año, una cuarentena de virtuosos son invitados a pasar el verano en su fabulosa mansión en Derbyshire. Quienes han estado allí aseguran que no hay nada comparable en todo el país.

—Lo que significa... ¡vacaciones de primera! —prorrumpió el alegre Radford mientras despelucaba a Durrington—. Los afortunados pueden utilizar los caballos del duque, cenar cada noche en su mesa, ir de caza con él y participar de sus exclusivos eventos. En fin. El viejo sabe cómo divertir a un cristiano que se ha pasado años metido de cabeza en los libros.

—Y lo mejor de todo es que también están invitadas las mentes más brillantes del país —continuó Marsden en tono más comedido, pero el brillo en sus ojos delataba un entusiasmo casi infantil—. Podríamos conocer a la

gente más interesante de nuestras profesiones. ¿Se imagina la calidad de las conversaciones? Una noche podríamos estar cenando junto a James Prescott Joule y la siguiente jugando ajedrez con lord Kelvin.

—Se dice que han surgido alianzas científicas históricas en aquellas reuniones —intervino el matemático abriendo los ojos desmesuradamente—. Y cualquiera que haya sido honrado con una invitación a Chatsworth House ya puede apostar a que todas las puertas le serán abiertas en su carrera.

Fanny escuchaba todo aquello esbozando una sonrisa descomunal.

—Y nosotros estaremos allá, por supuesto —añadió el inquieto y vivaz Radford abrazando a Durrington y a Marsden a la vez.

—Que afortunados —musitó ella, condenándose por albergar tantos celos hacia aquel trío—. Y que generoso por parte del duque.

—Si llegara a recibir una invitación como esa, considérese muy honrada, señorita Thorton. Son muy codiciadas —añadió el físico.

—Eso si fuera una estudiante, ¿verdad? —soltó una risita nerviosa.

—Sí, pero una muy buena. ¡La mejor!

Fanny se percató vagamente de la mirada reprobatoria que un grupillo de damas de edad avanzada le dedicó al pasar; matronas, naturalmente. No bien detectaron que estaba charlando con tres caballeros sin ningún acompañante del sexo femenino, las mujeres ejercieron su trabajo de custodia de las buenas costumbres.

A todas luces estaba rompiendo todas las reglas del decoro, y ello le preocupaba tan poco que se horrorizó. La conversación con aquellos tres universitarios era lo más interesante que le había ocurrido en semanas.

—¿Entonces admiten damas en el retiro de Chatsworth House?

Todos se miraron, algo contrariados, como si intentaran ponerse de acuerdo en silencio para ofrecer una respuesta unánime.

—Desde luego que las admiten, querida —convino Marsden.

—¿En serio? —la sonrisa se le iluminó.

—Sí, casos muy particulares, como las amigas de la duquesa, las esposas de los exalumnos —dijo Radford—. Aunque ello último no sucede desde hace

mucho, mucho tiempo, debido a lo que sucedió con aquella condesa, ¿cómo se llamaba, Rup?

—¡No tiene nada que ver, Johnny! ¡Vamos!, que ni siquiera estamos seguros de que aquello hubiera ocurrido realmente.

—¿Me pierdo de algo? —preguntó Fanny, curiosa, mirando alternativamente a los dos caballeros.

Radford inclinó la cabeza hacia ella y bajó la voz al decibel de un susurro.

—Se dice que hace unos cuantos veranos Devonshire sedujo a la esposa de un exalumno, un conde pueblerino que estaba entre los invitados, y éste al descubrirlo le retó a un duelo. El conde pasó a mejor vida. Devonshire se las arregló para no ir a la cárcel. Como sabrá, para entonces los duelos ya no estaban permitidos. Pasó un par de años sin convocar al retiro, y desde entonces ninguna dama que tenga que ver con la universidad, y que no haya sido aprobada por la duquesa, ha sido invitada. Una manera de asegurarse de que ello no vuelva a suceder.

Fanny parpadeó perpleja.

—Es un vulgar rumor —Durrington hizo una mueca de disgusto—. No estás haciendo honores a tu profesión, Radford.

—Te aseguro que sucedió. He hablado con gente que estuvo allí...

—Dejen de abrumar a la dama, por el amor de Dios.

Radford se volvió cuando una voz grave y punzante llegó desde sus espaldas. Fanny reaccionó al sonido con un ligerísimo respingo, una extraña sensación de reconocimiento que la envolvió y puso a su corazón a latir con un persistente *staccato*.

Se abrió paso un caballero alto, de cabello negro como el carbón y ojos tan azules como el mar gélido de invierno. Su aspecto era mucho más pulcro de lo que ella recordaba; llevaba el cabello perfectamente peinado, sin pomada; las patillas cortas y las cejas, perfectamente acicaladas. Sus mejillas planas, libradas de los cardenales y el rastro de su propia sangre, lucían un saludable color. La mandíbula, fuerte y de estructura simétrica, lucía prolija y bien afeitada.

Y la herida profunda en la sien, que ella misma había cosido como si se



tratara de un pañuelo que necesitara de remiendos, era ahora una minúscula zanja rosa.

Gabriel Seymour le miró fijamente sin llegar a traslucir el mínimo atisbo de sorpresa o reconocimiento tras aquel encuentro.

—Disculpe usted a estos payasos —le dijo sin parpadear—. No socializan demasiado; usted ya se habrá imaginado por qué, y cuando lo intentan demuestran el tacto de una manada de elefantes.

—Seymour, que gracioso... —le saludó Radford con una falsa risa desdeñosa—. ¿Qué diablos haces aquí? Creí que despreciabas cualquier acto público de la aristocracia. Creo que utilizaste la palabra *circo* si mal no recuerdo.

—Lo hice, y mi dictamen sigue siendo el mismo, pero incluso un bastardo cínico como yo necesita cambiar de aires de vez en cuando.

Tras decir aquello, dio un sorbo prolongado a su copa de champaña hasta que se la acabó. Fanny frunció el ceño, intrigada por su gesto desfachatado y beligerante. Le costó encontrar en aquel caballero al mismo con quien había hablado brevemente de su carrera, al mismo que le había animado a perseguir sus sueños.

—Seymour, ¿ya conoces a la señorita Thorton? —Señaló Rupert Marsden de mala gana—. Es amiga de los duques de Waldegrave.

La mirada del caballero voló otra vez a Fanny que, sin darse cuenta, se había detenido a observar su cicatriz. Había hecho un buen trabajo y se felicitó por ello en silencio.

Estaba claro que se había atendido con un médico. Ella le había pedido que regresara pero no volvió a asomar el rostro por el dispensario de Whitechapel, quizá convencido de que alguien con tan escasa experiencia no sería capaz de atenderlo adecuadamente.

—Sí. La he visto entrar. Es un placer... señorita Thorton —hizo un gesto respetuoso pero distante, igual que las palabras que pronunció—. Gabriel Seymour, a sus órdenes.

—¿Usted también acaba de recibirse? —preguntó ella, presa de un repentino ataque de curiosidad.

—Así es.

Fanny apretó los labios. Una sospecha de lo más incómoda comenzó a atizar sus sienes y le imprimió una nota de nerviosismo a su voz.

—¿De qué... si puede saberse?

Gabriel vaciló un instante, pero al final le contestó con firmeza.

—De médico.

## Capítulo 4

Fanny apretó con tanta fuerza la base de la copa que Marsden le había entregado que fue un milagro que no se rompiera en su mano.

La humillación que sintió en aquel momento le produjo una ola de calor que trepó por su rostro, alcanzándole el cuero cabelludo. Fanny se sintió impulsada a apartar la mirada pero milagrosamente logró resistir.

—Buena elección —farfulló Radford, sin contener una risita—, así tendrá modo de atenderse cada vez que le revuelquen en una pelea. Lo que sucede bastante a menudo. No es verdad, ¿Seymour? —Echó una mirada despreciativa al aludido—. Ya veo que has sanado de tu último encontronazo. Espero que el marido de la señora Froste no haya sido muy rudo contigo.

—Más suerte para la próxima, amigo —añadió Durrington tímidamente.

—Gracias, pero no ha sido el marido de nadie —dijo Gabriel con serenidad, dejando su copa vacía sobre la bandeja de un mesero, al tiempo que se hacía con una nueva.

—¿Entonces quién? ¿Sinclair de nuevo?

—¿O una pandilla de matones del East End? —soltó Fanny.

Los caballeros rieron asombrados ante lo que parecía una broma deliberada, brotada de la persona menos esperada. Gabriel guardó silencio y le miró insistentemente, como si le hubiera fastidiado su comentario insidioso. Sus ojos azules se oscurecieron y su mandíbula se endureció.

—¿El East End? —Ladeó la cabeza y entornó los ojos con socarronería—. ¿Qué sabe una damisela como usted del ala más peligrosa y pestilente de la ciudad? —Ella se quedó callada, pero encaró su mirada—. ¿Acaso ha estado allí? Si es así no debería.

¿Pensaba aquel idiota ponerla en evidencia después de lo que había hecho por él? Fanny se envaró y lo miró como si estuviera retándolo a duelo.

—Usted tampoco debería ir... si no sabe cómo salir ileso.

—Sé cómo cuidarme. Y no es asunto suyo... señorita Thorton.

Fanny apretó los dientes, sin llegar a comprender su desdén.

—Basta ya, Seymour —intervino Marden taladrándolo con la mirada—. ¿Ahora quién se comporta como elefante en cacharrería? Mídete, aunque solo sea por hoy.

—Lo siento, no era mi intención mostrarme grosero con usted —se disculpó el otro tras dar un largo suspiro, no obstante, no había sonado sincero—. Después de todo ni siquiera le conozco. Espero que siga disfrutando del baile...

Hizo amago de marcharse, pero Fanny le detuvo con sus palabras.

—Felicidades por su grado —dijo, pero aquello a sus propios oídos se escuchó más bien como una acusación—. Felicidades a todos. Caballeros, no saben lo afortunados que son. Espero que el privilegio de la educación los haya engrandecido.

Gabriel asintió con un movimiento sereno, que el resto de los hombres imitaron.

—Es usted verdaderamente amable —musitó Radford—. ¿Me reserva la siguiente pieza, señorita Thorton?

—Con gusto.

Sin haber probado la bebida, Fanny dejó la copa sobre la bandeja que un mozo le acercó. Se atrevió a levantar los ojos hacia Gabriel, cuyo rostro había mutado en una severa máscara de indiferencia. Una parte de sí deseaba que él también la invitara a bailar; deseaba reclamarle por haberle ocultado una pieza de información tan valiosa, es decir, el hecho de que era un médico recién recibido de Cambridge; por un instante esperó que sucediera...

Pero en lugar de eso, el caballero le dedicó una apresurada inclinación de cabeza y se marchó de allí con paso presuroso.

El baile se le había antojado un espacio de tiempo pesado y carente de diversión. Su mente tozuda se enfocaba, a su pesar, en el breve intercambio que había mantenido con Gabriel Seymour. Su omisión, su frialdad, su mirada desprovista de reconocimiento o simpatía, le habían causado una profunda decepción, y quizá algo más. Algo que no estaba dispuesta a admitir del todo.

Se odió al reconocer que había soñado con aquel encuentro, que había deseado volver a verlo. Ella le habría preguntado cómo estaba y le habría reñido por no haber regresado al consultorio... y él le habría presentado una excusa de lo más convincente. Fanny le habría disculpado y entonces él la habría invitado a bailar.

La realidad no podía parecerle más desagradable. Se había comportado como un imbécil hostil e incluso había querido fastidiarla. ¿Por qué?

—¿Qué sucede con el señor Seymour? ¿Por qué se comporta como un patán? —le preguntó a Radford mientras bailaban un enérgico vals que ella conocía a la perfección pues, su entrenamiento como señorita refinada incluía la danza y las conversaciones vacías y lisonjeras con los caballeros que parecían ser buenos prospectos.

—Porque lo es, querida —concedió él—. Es un resentido insolente que jamás ha encajado en Cambridge, pero con ignorarlo tiene. Y eso sí: jamás permita que semejante bellaco le atienda como médico, por su propio bien.

Radford siguió hablando, pero Fanny le prestó poca atención. No parecía conocerlo demasiado. ¿Había alguien que le conociera en verdad?

Cuánto se habría burlado Gabriel Seymour de ella, de sus torpes procedimientos, de sus quejas, de su impotencia ante la dificultad de acceder a una educación como la que él mismo había recibido. Cerró los ojos brevemente, condenándose, porque de seguro él, que estaba más curtido en el oficio, podría haber hecho un trabajo más eficiente que el suyo. Aunque, naturalmente, en su estado no habría podido atenderse solo; la había necesitado a ella, que para bien o para mal había sido su sanadora aquella noche en Whitechapel. No se merecía su desdén.

Al detenerse la música se despidió de Radford. Otras parejas más entusiastas aguardaron a que comenzara una nueva pieza y, cuando la orquesta retomó su concierto, se enzarzaron en un alegre vaivén a lo ancho del atestado salón.

Fanny atisbó a Waldegrave y a Harmony, que bailaban y se miraban embelesados el uno en el otro, como si fueran inconscientes de la presencia de otros tres centenares de almas a su alrededor. El amor que se profesaban los duques era tan patente que Fanny, que había sido testigo y compañía desde el mismo inicio de aquella relación, se sentía incómoda a menudo y, ¿para qué

negarlo? un tanto envidiosa.

Era una verdad harto conocida que pocos matrimonios podían gozar de aquel tipo de felicidad. La misma señorita Andersen le había repetido hasta el cansancio que el mejor matrimonio era el que se concertaba con la cabeza y no con el corazón.

Por otro lado, Devonshire bailaba con su esposa, Elizabeth, una mujer rubia y, pese a su edad, de apariencia lozana y estilizada figura. La duquesa lucía un deslumbrante vestido color borgoña de corte moderno, otro Worth, sin duda, que se ondulaba con cada grácil movimiento de sus faldas.

La joven se preguntó si aquella noche encontraría la forma de cumplir su cometido de conversar con el duque y una contundente negativa retumbó en lo más profundo de su cabeza.

Vencida, se encaminó por los amplios y relucientes pasillos de la mansión hasta llegar a los cuartos de baño de señoras. Tras refrescarse un poco, regresó al gran salón, unos minutos más tarde.

Entonces se encontró con un cuadro que la descolocó casi por completo: Gabriel Seymour bailaba con lady Melanie. Para su completo asombro, aquel rostro cínico se había perdido tras una riada de sonrisas de complacencia. La hija del duque también parecía encantada con la compañía del huraño e ingrato graduando de medicina. La forma en que la tomaba entre sus brazos, la giraba y la conducía por la pista, como si se desplazara de una delicada nube a otra, le resultó irritante.

Fanny se dio la vuelta con un airado frufnú mientras intentaba no pensar en la razón por la que la proximidad de aquellos dos la ponía de tan mal humor.

Caminó por el salón hasta acercarse a un área de hermosos espejos montados en marcos dorados en donde se reflejaba toda la actividad en la pista de baile. Fue allí donde vio a un joven rubio, increíblemente alto y atractivo, en una actitud que parecía imitar la apostura de las estatuas de los dioses griegos: rígida y sensual.

Sin pretenderlo, Fanny se quedó observando aquel bello perfil. Poseía la constitución de un atleta, lo que alcanzaba a adivinarse bajo su traje de etiqueta hecho a la medida. Llevaba el cabello dorado y abundante atado en una corta coleta. Su rostro mostraba unas elegantes facciones: la mandíbula cuadrada, los pómulos altos y una nariz que parecía esculpida con prolijidad.

Pero Fanny aun no había conseguido identificar el color de sus ojos. ¿Azules? ¿Verdes? ¿Grisés?

Abandonó su atrevida observación antes de que el caballero la pillara y decidió seguir a un grupo de invitados fuera del gran salón, donde la concentración de personas era menor y el aire fresco, más accesible.

Cerca del *hall* de entrada se hallaba una gran escalera por donde los invitados ascendían hacia la terraza mientras charlaban animadamente. Fanny los siguió.

Al llegar a la escalera se detuvo al pie, y mirando hacia arriba, se dio cuenta de que no era cualquier escalera, sino una obra de arte en toda la regla. Tenía una forma curva, de mármol bellamente trabajado, con balaustrada de metal dorado y una barandilla de... ¿cristal?

—Así es... cristal —Fanny dio un respingo al percatarse de que había estado pensando en voz alta—. Una excentricidad innecesaria para mi gusto, pero sin duda que se ve bonito.

La voz provenía de un anciano risueño que se había detenido junto a ella, con las manos apoyadas sobre su bastón. Vestía con soberbia elegancia, como el resto de los caballeros, aunque el cabello, plateado y abundante, lucía un tanto desaliñado, lo que le confería un aire excéntrico. Tenía las mejillas caídas, los ojos muy azules y unas motas cafés, propias de la edad, le manchaban la frente pálida y amplia.

Fanny le devolvió la sonrisa.

—Espero que no se rompa muy fácilmente —respondió ella.

—Lo hará, pero no tardará en reponerse. Le sorprenderá saber que en esta mansión casi todo se reforma y sustituye con alarmante rapidez... Bueno, casi todo —apretó los labios, lisos y níveos, antes de presentarse—. Me llamo lord Piggott, a sus órdenes, *mademoiselle* —se inclinó con dificultad, lo que le produjo a Fanny una sonrisa compasiva.

—Lord Piggott, es un gusto conocerle, soy Fanny Thorton —Fanny echó un vistazo a la intimidante escalera y supo de inmediato lo que debía hacer—. ¿Me acompañaría arriba? Me temo que no es adecuado vagar por la casa sin escolta y creo que esta noche he rebasado mi cuota de reglas a romper.

—Sería un honor servirle de cortejo, pero le ruego que no confie

demasiado en mis habilidades como espadachín —le mostró el bastón con un gesto apocado.

Fanny se llevó la mano al rostro para reír. Aquel era un viejo muy simpático.

—Creo que no necesitaremos espadas. Estaremos bien de aquí al rellano.

Tomó el brazo del gentil lord Piggott y pacientemente le ayudó a subir escalón por escalón.

Durante el prolongado tramo, éste le habló de su artrosis de rodilla y de los constantes dolores que sufría al caminar o intentar subir las escaleras. El médico le había recetado una serie de remedios homeopáticos que no parecían proporcionarle ningún alivio. Para colmo, su familia raramente le permitía salir de la recámara, así que el pobre se la vivía dolorido y frustrado.

Fanny recordó un caso similar que el doctor Travis había tratado el año anterior en su consulta, el de un hombre mayor cuya columna crujía como hielo picado con cada movimiento, lo que le provocaba un dolor paralizante. Travis le había recetado un tónico y una terapia de masajes que había aprendido en su estudio de medicina ayurvédica en India, y que él mismo le aplicaba una vez al día. El masaje favorecía la circulación y el retorno venoso, bloqueando el ascenso de los impulsos dolorosos a la columna vertebral. Con el tiempo, el hombre manifestó que los dolores habían remitido en gran medida. Cuando Fanny le preguntó al doctor por qué otros médicos no recomendaban esa clase de tratamientos, éste le comentó que los métodos orientales eran vistos con escepticismo y cierta burla en occidente.

—Además —había añadido con sorna mientras volvía a tapar sus frascos de aceite—, las grandes compañías que fabrican fármacos para el dolor irían a la quiebra si la gente supiera de otras alternativas más eficaces, por ello dedican mucho tiempo y dinero en desprestigiar la medicina oriental.

Como Piggott le caía bien, Fanny hizo mención a aquel tema, y le complació que se lo tomara tan en serio. El anciano le aseguró que con tal de superar aquellas dolencias mandaría a buscar al mejor chamán de toda la India y que lo emplearía exclusivamente para masajear sus enclenques piernas.

—Parece que le interesa la salud —observó luego.

Fanny se mordió el labio inferior, y por alguna razón le resultó sencillo



confiarle sus aspiraciones a aquel agradable viejo.

—Sí. De hecho quiero ser doctora, lord Piggott.

—Una mujer doctora —repitió él con una mezcla de asombro y alborozo—. Desde luego sería un avance ver su rostro luminoso en mi reconocimiento mensual y no el de mi médico, que es más feo que un remordimiento.

La joven soltó una pequeña carcajada.

Pasó un buen rato hasta que alcanzaron el último peldaño y arribaron a la magnífica terraza. Fanny sonrió ante las vistas privilegiadas de Green Park y el roce de la brisa fresca de verano en su rostro.

—Milord, ¿qué es lo que hace aquí? ¿Cómo consiguió subir? —un alterado mozo que empujaba una silla de ruedas se dirigió al anciano—. Le ruego que se siente antes que su sobrina le vea y me mande a azotar.

—Pues me gustaría ver eso —gruñó mientras se sentaba con la ayuda del sirviente. Fanny comprendió entonces que lord Piggott vivía allí, en Devonshire House, y que era pariente de los duques—. ¿Por qué rayos te habías tardado tanto?

—Estaba engrasando los mecanismos de la silla, milord.

—¿Eso o besuqueándote con la hija de la cocinera? —El sirviente, con el rostro colorado, guardó silencio—. Ahora llévame a mi recámara. Necesito cambiarme antes de bajar a cenar —Tras acomodarse, Piggott elevó los ojos para mirar a Fanny—. ¿La veré en la cena, señorita Thorton?

—Por supuesto, milord.

—Bien —le miró con seriedad—. Es una cita entonces.

Le sonrió antes de ser conducido por el sirviente hacia los pasillos. Ella ladeó la cabeza, pensativa, y se preguntó quién era aquel simpático anciano mientras le veía alejarse.

Seguidamente se giró y centró su mirada en el oscuro horizonte, apoyando los codos sobre la balaustrada de mármol. A lo lejos observó el cielo veraniego de Londres, del color de la tinta con azarosas motas violetas. Unas pocas y minúsculas estrellas exhibían su tímido brillo. Por encima de las antorchas encendidas de la entrada se abría una caminería hasta el parque que se perdía en la penumbrosa lejanía, detrás de una hilera de árboles muy

robustos. Los grillos chirriaban cerca de allí, amortiguando el sonido de la calle y de conversaciones lejanas.

Aquel lugar era la antítesis al ruidoso y congestionado salón de baile, reflexionó en silencio.

Fue entonces cuando volvió a experimentar aquella sensación, la de estar siendo observada, y se giró con rapidez.

*¡Oh, Dios!* Gabriel Seymour estaba allí, y le miraba con silenciosa abstracción, con los brazos cruzados, aparentemente sin ninguna prisa en mostrarse.

Maldiciéndolo por haberla tomado desprevenida, Fanny se envaró y le sostuvo la mirada. Su semblante reflejaba una calma equiparable a la de aquel paisaje nocturno, tórrido y silencioso. Tan oscuro, tan inescrutable... Los ojos azules refulgían bajo el brillo ambarino de las bombillas de luz, que al mismo tiempo le dibujaba sombras en la mandíbula y en la frente.

Era un hombre muy apuesto, y un seductor consagrado, estaba segura. La señorita Andersen le había advertido de aquella clase de caballeros; esos que con su labia y encanto podían hacer que una mujer olvidara sus principios y educación con la misma facilidad que un terrón de azúcar se disuelve en las profundidades de una taza de té. Por ello, una auténtica dama debía reconocerlos y evitarlos, por su propio bien, a no ser que quisiera acabar arruinada en más de un sentido. Fanny solía reírse para sus adentros de lo que consideraba una desproporción de su institutriz. Quizá las chicas tontas que vagaban sin rumbo en la vida fueran presa fácil de un hombre de buen verbo y labios encantadores, pero no ella...

Pero, a decir verdad, Fanny Thorton jamás había sido puesta a prueba. Jamás se le había cruzado nadie como Gabriel Seymour.

Tan solo recuperó la capacidad de respirar cuando él finalmente decidió hablar.

—Me pareció que revelar mi profesión en aquel momento habría sido una cruel jactancia —dijo inexpresivo—. No soy de esa clase de hombres.

—Lamento haberle causado un dilema tan incómodo —respondió ella con sorna.

—No me ha causado un dilema. Desde que me habló de sus aspiraciones

supe lo que un caballero debería hacer —descruzó los brazos y se acercó despacio.

—¿Y eso qué es? ¿Sentir pena por mí? ¿Evitarme un brote de envidia?

—No. Darle un buen consejo.

Lo tenía a un palmo de ella, y aquella cercanía hizo que su piel se erizara ligeramente.

—Supongo que me hizo un favor y que debo darle las gracias.

—Todo lo contrario. Usted estaba en la posición del médico y yo en la del paciente. ¿Qué importaba cuál de los dos estuviera titulado? Además, hizo un trabajo que yo jamás habría igualado —se acarició la casi invisible cicatriz con el dedo índice mientras sus labios esbozaban una sonrisa ladeada—. ¿Es punto de cruz?

Fanny hizo un esfuerzo por aplacar la sonrisa que le sobrevino, pero no fue capaz.

—Más bien es de estilo cadeneta, pero me sorprende que haya estado tan cerca de adivinarlo.

—No nos enseñan eso en la escuela de medicina. Me lleva una ventaja.

—¡Pero si es una tontería! —Se volvió de nuevo hacia la vista nocturna del parque, porque quizá, dejándolo de mirar, su corazón podría volver a latir con su cadencia habitual—. Usted sabe más cosas, cosas que al parecer están negadas para mí.

—Eso podría cambiar —se acercó a la balaustrada y apoyó las palmas de las manos sobre el tibio mármol para situarse al lado de ella, con lo que los dos quedaron de cara al umbrío panorama de Green Park—. Ya veo que siguió mi consejo.

—Señor Seymour...

—Gabriel —le corrigió con rapidez.

Ella le miró un segundo, sin poder creer la suavidad de su tono; no podía ser más distinto del que había empleado en el salón de baile: frío, cínico, burlón...

En ese momento, una pareja pasó cerca de ellos. Un recordatorio de que

quizá estaba rompiendo otra regla al mantener aquel encuentro a solas con un caballero.

—Gabriel... —susurró— no está funcionando. Creo que me equivoqué al venir aquí y pretender que el duque de Devonshire me recibiera de lo más dispuesto a discutir mi futuro en Cambridge. A decir verdad no he intercambiado palabra con él más que una vez, cuando entramos, y dudo que le causara una impresión lo bastante buena.

—Y supongo que tampoco usará sus contactos con el duque de Waldegrave para lograr una plaza —ella negó lentamente con la cabeza—. Su integridad es admirable; admirable y cuestionable, a mi parecer. Pero no me queda más que respetarla.

Decidida a olvidar su fracaso de aquella noche, Fanny optó por llevar la conversación por otros derroteros.

—Usted también irá a Chatsworth House, ¿no es verdad?

Él asintió con escaso entusiasmo. Extrañamente sus ojos no brillaron como los de los otros graduandos, que parecían considerar aquella cita un sueño realizado.

—Solo porque algo así no se puede rechazar sin ofender a nuestro canciller.

—¿No le apetece ir?

—No soy muy sociable.

—¿Qué hará ahora que ha obtenido su licencia? Es decir, ¿dónde trabajará?

—Por el momento seguiré en el Hospital de Addenbrooke, al servicio del doctor Livesey, el cirujano residente, y quizá en unos años solicite mi ingreso a la *École de Chirurgie* en París. Mi aprendizaje en el hospital ha sido tan inestimable que no deseo cambiarlo por la formalidad de los libros y exámenes. Al menos no por el momento.

—¿Qué es lo que hace en Addenbrooke?

Fanny apoyó el codo en la balaustrada y el mentón sobre la palma de la mano, dispuesta a prestarle toda su atención.

—Asisto a Livesey en todas las cirugías que se le presentan: tiroidectomías, laparotomías, amputaciones... —se encogió de hombros, como

si su trabajo no fuera en realidad una obra digna de admiración, y en el caso de Fanny, la razón de una sana pero persistente envidia—. Pero lo que ha captado mi atención especialmente en los últimos años es el tratamiento de las heridas, así que he dedicado gran parte de mi tiempo a estudiar bacteriología y los métodos para combatir las supuraciones del acto quirúrgico.

—Las infecciones, el dolor y las hemorragias. Los enemigos acérrimos de un cirujano.

—Exactamente —hizo una pausa, como si meditara cuidadosamente sus siguientes palabras—. Si lo desea la invitaré a venir al hospital algún día. Así podría presenciar un procedimiento, pero solo puedo prometerle un lugar en el foro, junto a los familiares del paciente y los estudiantes.

—Sí. Quizás algún día —sonrió, pero aquella sonrisa no llegó a reflejar el tamaño de la emoción que la engullía.

Fanny detestó la interrupción de un par de mozos, que llegó hasta la terraza para anunciar a quienes se hallaban allí que el duque de Devonshire estaba convocando a sus invitados al comedor.

Gabriel Seymour le ofreció su brazo y la escoltó hasta la planta principal.

El ingreso al comedor se produjo de acuerdo al protocolo. Los primeros en entrar fueron los anfitriones, la familia Cavendish, y seguidamente lo hicieron los invitados de acuerdo a su precedencia, lo que dejaba en último lugar a aquellos de origen plebeyo, es decir, la mayoría de los comensales. Aun así, la disposición en la mesa se hizo de forma plural, lo que podía entenderse como una estrategia de los anfitriones para promover la conversación entre sus invitados de distintos rangos.

Fanny fue conducida a su lugar por uno de los numerosos lacayos ataviados con librea gris oscura y peluca blanca. Una infinita mesa, vestida con un mantel de damasco blanco, había sido dispuesta en el enorme salón. Sobre las mesas habían sido situados fastuosos arreglos florales, candelabros y un juego de cubertería de plata que rutilaba bajo la luz de las arañas de cristal que pendían del techo. Los invitados disponían de un juego de copas cuyos bordes parecían estar hechos de oro.

Le sorprendió ver que a su lado había sido ubicado el simpático lord

Piggott, cuyo mozo personal le acomodaba cuidadosamente en la silla. Para su asombro, el caballero lucía un aspecto menos enfermizo y más civilizado, con el cabello peinado hacia atrás con pomada, y el rostro limpio.

—Lord Piggott, ¡qué bien se le ve! —reconoció con una sonrisa.

—Ah, no podía correr el riesgo de verme tan mal delante de una encantadora futura doctora.

Fanny sacudió la cabeza, reprendiendo a ese viejo zalamero, y tomó asiento con la ayuda del lacayo.

Tras hacer un reconocimiento a lo largo de la mesa, se topó con la mirada de Harmony, que le sonrió y, seguidamente, le interrogó con los ojos. Su amiga estaba ansiosa por saber si estaba disfrutando de la velada. La respuesta era positiva. Así se lo hizo saber con una sonrisa y un ligero movimiento de cabeza. Si tan solo pudiera hablar con Devonshire las cosas mejorarían un poco, pero de momento todo iba bien.

Se giró en la otra dirección y vislumbró a Gabriel Seymour, sentado junto a lady Melanie Cavendish. Los dos estaban absortos en una conversación que Fanny no alcanzaba a escuchar. Ella reía tras la palma de la mano ante lo que parecía un comentario ingenioso de su interlocutor, y él, con el cuerpo girado y ligeramente inclinado sobre ella, la observaba con patente interés. Fanny pensó con sorna, y un poco de irritación, que la hija del duque debería haber tenido a una institutriz como la señorita Andersen que le advirtiera de los hombres encantadores.

Por otro lado estaba el guapísimo rubio, rodeado de un par de damas que se peleaban por su atención. El caballero, que exhibía un ligero gesto de fastidio, no parecía especialmente interesado por ninguna.

Una vez estuvieron todos los invitados sentados a la mesa, Devonshire ofreció un pequeño discurso que Fanny desoyó. Tras retirarse los guantes y guardarlos en el bolsillo secreto de su vestido, se colocó la servilleta de damasco en el regazo. Luego se entretuvo charlando con lord Piggott mientras los lacayos servían el vino.

El primer plato que el ejército de mozos sirvió con admirable sincronía fue una *vichissoise*, una sopa hecha a base de patatas, puerros, crema, mantequilla y leche, adornada con trocitos de cebollín, que se servía fría.

Fanny la encontró deliciosa.

—La prefiero caliente, si me lo pregunta —balbució lord Piggott.

—Pero si está de lo mejor.

—Si quisiera empezar mi cena con un caldo frío pediría una nata. Me pregunto cómo sabría con un chorrito de brandy...

—Lord Piggott —ahogó una carcajada—, no arruine una perfecta sopa poniéndole brandy.

El aludido llamó a su mozo, que estaba parado detrás de él, como un inseparable guardián, y le dijo algo al oído. El muchacho asintió y se marchó sigiloso del comedor. Quizá había ido a buscar una petaca, pensó la joven sacudiendo la cabeza.

Los demás invitados charlaban y disfrutaban de sus platos. El caballero que Fanny tenía a su izquierda, un militar retirado al que había sido presentada, le preguntó por su *vichissoise*. Ella le respondió que la había encontrado exquisita.

Más tarde, los lacayos trajeron platos colmados de perdices sobre una cama de lechuga, uvas, nueces y queso azul; mollejas en salsa blanca y salmón con trufas en una succulenta salsa de cava.

Fanny aprovechó para echar otro vistazo a Gabriel, que respondía al comentario de la dama sentada a su lado, para luego girarse otra vez hacia lady Melanie. El médico la pilló observándole y ella apartó la vista con brusquedad.

Maldición. No tenía que habersele quedado mirando así, se condenó en silencio, atacada por un rubor que parecía alcanzarle la raíz del cabello. Corría el riesgo de dejarle saber cuánto le atraía y cuánto lamentaba que estuviera embelesado con la hija del anfitrión. Tomó un sorbo de vino para aplacar su nerviosismo.

Entonces, se volvió para hacer a lord Piggott un comentario trivial sobre el segundo plato. Pero al ver el rostro desencajado del vivaracho anciano, supo que algo andaba mal.

Al principio, le desconcertó su boca tensa y los ojos brotados, como si hubiera visto al diablo en persona, pero cuando le vio intentando respirar en

vano, y señalándose la garganta con desesperados gestos, ella entendió lo que le sucedía.

—Lord Piggott... —sollozó con la voz helada.

—¿Le sucede algo, milord? —quiso saber con un ceño fruncido una mujer mayor que tenía justo en frente.

Fanny se levantó tan de prisa que la silla cayó detrás de ella con un ruido atroz. Tomó al viejo por las solapas de la chaqueta, como si de un guiñapo se tratara, y lo levantó con una habilidad que desconocía poseer. Seguidamente, lo abrazó por la espalda y, rogando al cielo por una guía, se dispuso a poner en práctica un truco que el doctor Travis le había enseñado para casos como aquel.

Los presentes callaron violentamente sus conversaciones y, presas del estupor y la incredulidad, se levantaron raudos para observar la escena. Una alocada chica había arrancado al anciano de su silla y ahora lo abrazaba desde atrás, apretujándolo con un ahínco desconcertante. Las mujeres gritaban asustadas, los hombres se rascaban las cabezas intentando comprender qué rayos estaba haciendo la muchacha.

—Por el amor de dios, ¿qué le está haciendo esa mujer al marqués? —gritó una dama encolerizada.

—¡Lo está violando! —murmuró un caballero atónito.

Con movimientos fuertes y precisos de su puño derecho, Fanny ejercía presión en la boca del estómago de lord Piggott. Tras el primer golpe, le rogó al anciano que se quedara quieto, que la dejara obrar, y este obedeció, aun en su estado de profundo pánico. Lo intentó una, dos, tres, cuatro veces, consciente de que si su impulsivo intento no daba resultado el caballero moriría en sus brazos.

No fue consciente de la histeria colectiva que se apoderó del comedor ni de la osadía de Gabriel Seymour que, al comprender lo que sucedía, trepó denodadamente sobre la mesa para llegar al otro lado, pateando platos, copas e incluso cayendo sobre un comensal que no había comprendido la gravedad del asunto. Tras levantarse, corrió por el comedor hasta llegar a donde la muchacha intentaba desesperadamente salvarle la vida al viejo.

—¡Vamos, Fanny! ¡Más fuerte! —rugió mientras desataba con rudeza el



corbatín y el cuello de la camisa de lord Piggott—. ¡En la boca del estómago!

Ella usó su puño derecho para golpear el tórax con una resolución más allá de su fuerza, una estocada que procedía de su coraje. Entonces lord Piggott emitió un gorjeo, y una uva surgió de su boca como un escupitajo. La maligna esfera, reluciente de babas, aterrizó y rodó por el piso de mármol blanco y negro, ante la vista incrédula de los comensales.

Fanny y el marqués de Piggott se vinieron abajo, conmocionados y respirando entrecortadamente. Para su suerte, Gabriel corrió tras ella y la sostuvo para amortiguar el golpe, pero éste también sucumbió al peso del anciano. Los tres acabaron en el piso, en una maraña de brazos, piernas y faldas.

Cuando se vio sobre Gabriel, y con la cabeza de lord Piggott recostada en su estómago, a la vista de un centenar de ojos abiertos de par en par, la joven apretó los párpados. Aun así, era presa de una mezcla de alivio y cansancio.

—Doctora Thorton —balbució el viejo—. Acaba de salvar su primera vida.

Lo siguiente de lo que Fanny fue consciente fue del ágil movimiento de Gabriel para incorporarse.

—¿Estás bien? —inquirió con un susurro, mirándole con ansiedad. Ella asintió con un movimiento de cabeza. Se dirigió entonces al viejo—. Lord Piggott, soy el doctor Seymour. Míreme, por favor —el marqués obedeció—. ¿Se encuentra usted bien? Intente respirar con normalidad.

—Estuvo cerca, ¿no? —bromeó el anciano entre resuellos—. Creo que esta vez le vi la cara a la maldita —se refería a la muerte, naturalmente.

—Ya lo creo —Gabriel contuvo una risita mientras lo ayudaba a levantarse—. Lo examinaré para estar más seguros. Podría experimentar un dolor en el pecho...

Fanny perdió el hilo de la conversación cuando el duque de Waldegrave apareció a su lado y le tendió la mano para levantarla. Los presentes, que se habían aglomerado a su alrededor, habían convertido el suntuoso comedor de la mansión en un lugar comparable a la galería del pueblo, repleto de murmullos, respingos y exclamaciones de asombro. Le pareció leer

expresiones de rechazo sobre ella, quizá porque había cometido la terrible falta de caer al suelo, aunque no estaba segura.

El rostro del atractivo rubio al que había visto junto a los espejos era ahora una dura máscara de reprobación.

Harmony le dirigió a su amiga una mirada de preocupación que denotaba además un pequeño brillo de orgullo.

—Querida, lo que acabas de hacer fue...

—Admirable... —completó su marido al ver que la emoción le robaba las palabras—. Le has salvado la vida al tío de la duquesa de Devonshire.

Ella asintió perpleja. Podía decir que no estaba del todo recuperada de lo que acababa de suceder. Cuando se volvió para mirar a lord Piggott, se encontró con que Gabriel, junto con el mozo que había visto en la terraza, se lo llevaban fuera del comedor.

Seguidamente miró hacia donde estaba Devonshire, al otro extremo de la mesa. El duque abanicaba a su esposa, que había sufrido un colapso nervioso.

La cena había concluido poco después de eso. A todas luces, los invitados habían perdido el apetito tras ver cómo la uva bañada en las babas de viejo rodaba por el piso después de habersele atascado en la garganta. Ni qué decir del joven médico, que había pisado el contenido de varios platos para poder llegar a tiempo junto al accidentado marqués y a su improvisada salvadora. La comida se había arruinado.

Lo que a los duques de Waldegrave les había resultado un acto heroico, al resto de los comensales había causado una profunda repulsión. Aquello sería un mal recuerdo que quizá les asaltaría la próxima vez que vieran en sus mesas el fruto de la vid.

Después de eso, el carruaje la devolvió a casa. Necesitaba descansar y asimilar cada cosa que había sucedido aquella noche. Durante el camino, Waldegrave y Harmony criticaron la reacción de los otros invitados, que ni siquiera se habían acercado para felicitar a Fanny por su heroísmo y, por el contrario, se habían retirado del comedor como si no pudieran contener sus propias tripas ante la visión de la uva.

—Es que no se puede ser heroico y sutil a la misma vez —había bromeado el duque.

Sonriendo, la joven esperaba que su osadía no terminara por volverse en su contra.

Por fortuna, era muy tarde para que su madre siguiera despierta, así que agradeció poder ahorrarse la molestia de sus preguntas y el esfuerzo que requería para contarle lo que había ocurrido en Devonshire House.

Fanny se desvistió con la ayuda de Peggy, la silenciosa doncella, y se fue directa a la cama. Al final se sintió contenta por haber podido hacer algo bueno por lord Piggott... y por haber trabajado en equipo con el doctor Gabriel Seymour.

Al siguiente día, el torrente de actividad en el dispensario de Whitechapel no le permitió pensar demasiado en la noche anterior. Aunque la señora Sullivan, la enfermera del centro, había regresado de vacaciones, ni ella ni el doctor Travis lograban darse abasto con la cantidad de enfermos que llegaba cada dos por tres.

Fanny ayudó a escayolar una pierna, consoló a un niño que lloraba a cántaros por un dolor de muelas, suturó la herida de una joven empleada de una carnicería de Cork Street que había manipulado imprudentemente un cuchillo gigantesco y, cómo no, ayudó a Travis a atender a un maleante al que un miembro de una banda enemiga había herido en la cabeza con una navaja.

No hubo ni un solo momento libre para charlar, así que no tuvo ocasión de contarle a su mentor lo que había acontecido con el anciano en Devonshire House.

Fanny todavía recordaba aquel suceso como un hecho irreal, lejano.

¿Cómo había conseguido levantarlo de un tirón? ¿Y cómo es que había sido capaz de presionarle el pecho desde atrás hasta conseguir que expulsara aquella uva? Se había olvidado de todo y de todos a su alrededor. No podía dejar de pensar en que, si no se hubiera sentado a su lado... y si Gabriel Seymour no hubiera aparecido para apoyarla y darle ánimos, quizá ahora mismo se estaría concertando el funeral del pobre lord Piggott. Juntos, Gabriel y ella, habían hecho la diferencia entre la vida y la muerte.

Y esa sola verdad renovó su ferviente deseo de convertirse en médico.

Cuando regresó a casa, su madre, a quien había contado sucintamente el

suceso con lord Piggott durante el desayuno —sin que ella mostrara un ápice de orgullo o complacencia—, le comunicó que su padre acababa de llegar de viaje.

El corazón de Fanny dio un vuelco de emoción. Como si volviera a ser una niña, corrió hasta la pequeña biblioteca, donde Clive Thorton tenía su escritorio y los papeles de trabajo que solía traerse a casa, porque sabía que allí lo encontraría. La biblioteca siempre había sido su refugio, su lugar predilecto de la casa, igual que el de Fanny, por lo que desde que tenía memoria solían pasar largas horas en aquel espacio. Aunque cada uno se abocaba a sus respectivos libros siempre había un momento para compartir.

Desde la puerta le vio inclinado sobre el escritorio mientras sacaba un montón de libros y objetos varios de su bolsa de viaje.

—Mi pequeña... —se alegró nada más verla.

Fanny llegó hasta él en tres zancadas. Le abrazó fuertemente. Hasta ese instante no había sido consciente de lo mucho que lo había extrañado.

Clive Thorton, con su melena leonina entrecana, contextura y altura atlética, era un hombre bien parecido, aun en la flor de la madurez. Fanny compartía con su padre el color cremoso de la piel, la nariz exótica, herencia de sus antepasados griegos, y el carácter inquieto, libre. Tenía una barba espesa y castaña y los ojos oscuros como ónices. Las pequeñas y numerosas cicatrices de una enfermedad que le había atacado hacía muchos años permanecían en su rostro, cuello y manos, como un recordatorio de lo afortunado que había sido de sobrevivir. Desde pequeña, su hija acostumbraba a besar cada una de aquellas cicatrices con fervor.

Fanny se dio cuenta de que había vuelto a pensar en voz alta.

—Ah, hija. Yo también te he extrañado un montón —rio—. No podía pasar por la vidriera de una librería sin pensar en ti y detenerme a preguntar cuáles eran sus últimos títulos en anatomía o medicina fisiológica, tal como me lo pediste. Y cada vez que se me cruzaba un hospital pensaba: «Mi Fanny trabajará en un lugar como este algún día y salvará muchas vidas».

Se le hizo un nudo en la garganta. Amaba tanto a su padre; sin su aliento incondicional ella jamás habría soñado convertirse en doctora.

Pero debía ponerlo al corriente de sus últimos fracasos, aunque de seguro

su madre se le había adelantado. Cada carta de rechazo que recibía de alguna universidad se convertía en noticia que Cecelia pregonaba al otro día.

—¿Estuvo bien tu viaje? —inquirió tras soltarle.

—Muy bien, cariño. Y te he traído lo que me has encargado.

La joven sonrió al verle extraer de un enorme bolso de viaje una docena de voluminosos textos de medicina, todos con sus títulos dorados o bronce, grabados en francés sobre portadas de hilo. Por supuesto, no podía faltar alguno que despuntara por sobre el resto. Para sorprenderla, Clive solía añadir al lote de encargos un libro de su propia elección. En este caso era una novedad: *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

—Te lo agradezco mucho, padre.

—Cuéntame, Fanny —inquirió mientras acomodaba los libros financieros y papeles de trabajo que había traído con él—. ¿Cómo está el viejo Travis?

—¡Agotado! El pobre trabaja como mula y no descansa jamás —relató mientras curioseaba dentro de uno de sus libros nuevos—. Si no se toma unas vacaciones pronto o si el dispensario no trae ayuda adicional él será quien necesite un doctor. Además paga las medicinas de su propio bolsillo, y a fin de mes solo le queda para lo básico...

—Es un hombre con una genuina vocación —dijo más bien con tristeza—. Suerte que te tiene como ayudante. Tu madre me contó que anoche estuviste en la residencia del duque de Devonshire.

—Sí. Dio un baile por la puesta de largo de su hija. Invitó a estudiantes y a graduandos de Cambridge. Conocí a gente de lo más interesante, padre. Harmony... —sacudió la cabeza para corregirse—, es decir, la duquesa de Waldegrave me animó a que la acompañara.

—Un verdadero ángel esa Harmony, ¿no es así? —Con su característico sigilo, la señora Thorton se había colado en la biblioteca—. Que suerte la suya al haberse casado tan bien. Por Dios ¡un duque! Y no cualquier duque —Fanny le miró con los ojos entornados. Presentía la naturaleza de su comentario—. Nada menos que Waldegrave, que debe de ser más rico que la reina. Cuando la vi por primera vez no me pareció tan lista.

—Mamá... —intentó contenerla la joven.

—¿Qué? Es la verdad... —Cecelia abrió los ojos con fingida inocencia—. No es nada sencillo atrapar a un duque. Y ella ni siquiera es atractiva o educada, pero aparentemente sabía lo que le convenía. Apuesto a que tú habrías podido conseguir a Waldegrave si solo te lo hubieras propuesto.

—Cecelia. ¡Basta! —soltó el señor Thorton, que no necesitaba levantar la voz para hacer valer su autoridad. La mujer apretó los labios—. ¿No tienes algo mejor que hacer que atormentar a Fanny con aspiraciones que son solo tuyas?

—No voy a disculparme por querer lo mejor para mi hija. Una joven como ella ya debería estar casada y lo sabes. Esta mañana le pregunté si había conocido a un caballero agradable en Devonshire House y ni siquiera me contestó. Lo único que hizo fue explayarse hablando de ese anciano al que salvó la vida...

Clive volteó a mirarle con ojos desorbitados.

—¿Salvaste la vida a un anciano?

—Sí, padre —se le escapó una risita nerviosa—. Se llama lord Piggott. Estaba sentado junto a mí a la mesa y se atragantó mientras comía. Me puse de pie, lo tomé con fuerza y le apliqué una maniobra que el doctor Travis me enseñó. Al rato escupió una uva. Pero la gente estaba más bien escandalizada.

El señor Thorton se rio como un adolescente, henchido de júbilo y orgullo por su hija; Cecelia, en cambio, volvió a cruzarse de brazos y miró exasperada al techo.

—Cariño, estoy tan orgulloso de ti —Fanny sonrió tímidamente—. Iré a tomar un baño. Más tarde quiero todos los detalles de la noche, ¿está bien?

La muchacha asintió al tiempo que su padre abandonaba la biblioteca. La señora Thorton trató de hacer lo mismo cuando Fanny le llamó.

—Mamá... —pronunció con un tono muy suave, que desbordaba paciencia y amor por aquella mujer que solo deseaba su bien. Cecelia se volvió para mirarle y su rostro estaba dominado por la tristeza—. Conocí a un médico, el doctor Gabriel Seymour. Acaba de graduarse de Cambridge con honores, y creo que es un hombre inteligente y encantador —«Lo único malo es que parece estar loco por la hija del duque de Devonshire», pensó con tristeza, pero creyó que no era el momento de mencionárselo.

Para su satisfacción, Cecelia sonrió desmesuradamente. Le gustó ver aquella sonrisa, que hacía tiempo parecía haberse escondido tras sus protestas. Llegó hasta ella y le tomó de las manos, como si Fanny le hubiera informado que estaba comprometida.

—Oh, hija. Sería un tonto si no se da cuenta de que eres perfecta.

—Solo para ti lo soy —rio con timidez.

—¡No! Eres la joven más adorable, inteligente y... ¡Ay, Dios! ¡Casi lo olvido! —extrajo un sobre color crema del bolsillo de su falda con un aspaviento—. Un mensajero trajo esto para ti esta mañana.

Fanny frunció el ceño, pero tomó el objeto en el acto. La abertura estaba sellada con una gota de lacre y un aristocrático escudo había sido impreso en ella. Dedicó un segundo a imaginar qué clase de noticias podía contener aquel sobre, pero ninguna respuesta lo bastante coherente acudió a su mente.

Entonces la creciente curiosidad y la ansiedad que la asaltaban cada vez que recibía correspondencia se hicieron presentes. Optó por destrozarse el sobre de papel repujado en un abrir y cerrar de ojos. Era una nota breve, y su mensaje, contundente.

Fanny sintió las piernas flaquear cuando aquellas líneas calaron en su mente:

*Me complace informarle que está usted cordialmente invitada a nuestro retiro intelectual anual en Chatsworth House.*

*William Cavendish  
Séptimo duque de Devonshire*

## Capítulo 5

Gabriel se protegió los ojos con la mano a modo de visera y divisó con reticencia el paisaje que tenía delante. El sol de verano hervía en su cabeza, por sobre su sombrero de fieltro suave y en su rostro, bloqueándole la visión momentáneamente. Era una mañana calurosa, y el primero de una serie de días cruciales, en los que pretendía cumplir una tarea que le había sido encomendada desde que tenía memoria.

El hogar del linaje de los Cavendish se extendía más allá del vasto horizonte, abarcando cuarenta acres de jardines, prados y bosques fértiles en un privilegiado asentamiento del condado de Derbyshire, a orillas del río Derwent. Chatsworth House, el flamante hogar campestre del duque de Devonshire y su descendencia, era un regalo a la vista; una mansión con el porte de un templo romano con interiores al más puro estilo de un *chateau* francés. Había sido erigido en el siglo dieciséis, pero su forma actual era el resultado de años de ambiciosas reformas, al criterio de sus ocupantes de turno.

Ahora mismo, Chatsworth House albergaba a varias decenas de estudiantes que se disponían a pasar un verano intelectual y recreativo con el auspicio del canciller de la Universidad de Cambridge. Gabriel, como graduando honorífico de la escuela de medicina de Trinity College, había sido invitado.

Aquella mañana, tras culminar una tediosa sesión de cacería con el duque y su plétora de aduladores, decidió desviarse del camino para recorrer el lugar en solitario. El caballo que le había sido asignado era listo y conocía bien los dominios de su amo, así que se dejó llevar por él. La montura le había paseado por el bosque que servía de coto de caza de Devonshire y sus invitados, una fronda plagada de sonidos silvestres y árboles centenarios. Éstos, sin embargo, no consiguieron acallar las temibles voces de sus pensamientos. Con cada recodo, cada meandro y cada claro que descubría en derredor, un nuevo pensamiento perturbador se detonaba.

Cómo odiaba aquel lugar, pensó apretando la mandíbula... Estar allí incitaba sus peores pensamientos, avivaba su coraje. El corazón le latía con fuerza, recordándole el motivo de su presencia, pero para alivio, su mente calculadora siempre se las apañaba para sofocar cualquier arrebató; la razón



se imponía, y la frialdad terminaba por dominar sus sentimientos.

En aquella escapada necesaria había recorrido verdes prados, salpicados por ovejas esquiladas y árboles rezumantes de vida bajo un cielo azul brillante. El paseo le permitió, al menos, ordenar sus pensamientos y sopesar su situación.

Azuzó al animal para cruzar el puente de piedra levantado sobre el río Derwent; desde allí divisó la mansión en su colosal esplendor. Un gesto de odio transformó sus hermosas facciones. Entonces allí, frente aquella majestuosidad, renovó la promesa que había hecho antes de abandonar Yorkshire para estudiar medicina en la universidad.

Cuando Gabriel se sintió listo para volver a la mansión, un carruaje de cuatro caballos se materializó en la lejanía. El vehículo se acercaba envuelto en una ligera nube de polvo, para luego traquetear sobre el suelo de piedra del estrecho puente e internarse en la propiedad. Otra lumbrera de Cambridge venía para pasar un exclusivo verano en Chatsworth House, se dijo con sorna mientras se orillaba en el camino para dejarlo pasar.

Por pura curiosidad, Gabriel echó un vistazo fugaz al interior del coche, esperando ver a algún graduando de Física o Matemática, o quizá a un estudiante de leyes de los últimos años. Entornó los ojos, incrédulo, cuando divisó el rostro de su única ocupante.

Inmerso en un extraño embebecimiento, siguió la trayectoria del carruaje que se dirigía a la mansión al paso de los briosos animales. No podía ser. Rápidamente, y sin medir su propia impulsividad, espoleó a su caballo para seguirlo.

Cuando los animales que tiraban del coche se detuvieron frente a Chatsworth House, Gabriel se esforzó por guardar la distancia, paralizado en el camino. Con las manos enfundadas en guantes de cuero y aferradas a las riendas, esperó a que un mozo abriera la portezuela del landó y le sacara de dudas de una vez por todas.

Así lo hizo.

No fue consciente de que había dejado de respirar cuando Fanny Thorton descendió del coche con su vestido de viaje azul. La visión de ella le produjo una ligera conmoción; no estaba seguro de que le disgustase su presencia, pero tampoco podía decir que le alegraba. Sin detenerse un segundo a descifrarlo,

se regodeó en aquella belleza exótica, inocente y sensual, que parecía haber sido concebida en el mismísimo infierno, con la única intención de tentarlo y desviarlo de su camino.

La señorita Thorton lo había conquistado desde el primer instante en que la había visto en el austero dispensario de Whitechapel, pero había hecho lo indecible para apartarla, para desalentar el interés que, estaba convencido, ella compartía.

Era una suerte que la joven estuviera demasiado encandilada por la majestuosidad de Chatsworth House como para darse cuenta de que él la observaba insistentemente.

Bien, se dijo al fin, recobrando la compostura. Debería bastarle con mantenerse alejado de ella, con ignorarla todo lo que fuera posible mientras convivieran bajo el techo de la mansión; de esa manera sus objetivos no peligrarían. Al fin y al cabo todo acabaría pronto. Después de cumplir su cometido, la vida de Gabriel daría un vuelco definitivo, y si todo salía como lo había planeado, también lo harían otras cuantas vidas...

Fanny no conseguía llevarle el paso a la señora Hutchinson, la joven y dinámica ama de llaves de Chatsworth House. Cada tanto se distraía con algún nuevo descubrimiento en derredor que la obligaba a detenerse y a contemplarlo con imbibición.

La mansión brillaba exquisitamente bajo la luz matutina; el efecto del sol sobre los cristales de las numerosas ventanas, lo que dotaba al lugar de un halo de omnipotencia. Fanny contuvo el aliento ante aquella visión y por enésima vez agradeció que la suerte le hubiera sonreído después de tantos reveses. Su padre, tan entusiasmado como ella, le había concedido el permiso para viajar a Derbyshire por unas semanas, y aunque su madre había albergado dudas al principio, terminó por dar su consentimiento... seguramente en cuanto infirió que su hija podría conocer a un potencial marido de la aristocracia en aquellas exclusivas vacaciones.

—No se quede atrás, señorita... —le apuró la mujer rubia y bajita, que aunque poseía una vocecilla de hada lograba resultar puntillosa y autoritaria—. Tengo que recibir a al menos media docena más de estudiantes además de usted.

—Lo siento... —se disculpó, apurando el paso por las escalinatas.

Una vez dentro de la mansión, recorrieron el ampuloso *hall* de entrada, que estaba diseñado para exhibir la grandeza de Chatsworth House e intimidar al visitante. Los frescos pintados en el techo por renombrados artistas italianos obligaron a Fanny elevar la cabeza hasta que la nuca se le resintió. Las piezas de arte distribuidas por las opulentas estancias le arrancaron suspiros de admiración, y los cuadros, pendiendo desde lo alto del recibidor atrajeron sus ojos, que tenían debilidad por el buen arte. Todo el lugar gritaba a cal y canto las inmensas riquezas de su señor.

Seguidamente ascendieron por una reluciente escalera de intrincadas balaustradas doradas mientras el ama de llaves murmuraba algo acerca de rebajarse al nivel de una camarera de hotel.

—¿Alguna otra dama ha sido invitada a la mansión, señora Hutchinson?

—Desde luego, señorita —soltó una risita insidiosa—. ¿Con quiénes cree que bailarán los caballeros en las recepciones formales? No será entre ellos, ¿verdad?

Fanny frunció el ceño. Estaba claro que Hutchinson había lidiado demasiado con estudiantes exaltados los últimos dos días, pero estaba de tan buen humor que dejó pasar la pulla.

—Me refiero a estudiantes de Cambridge —insistió mientras cruzaban un corredor que bordeaba el patio central.

—Eso no lo sé. Mi único trabajo es mostrarles las habitaciones a los huéspedes y velar porque todos estén instalados y cómodos. No he pedido credenciales a ninguno de ellos.

—Entiendo.

—Bien. Esta es su habitación —anunció la mujer al cabo de un rato, tras abrir las puertas dobles de un impresionante dormitorio situado en el ala principal.

Fanny paseó la vista por la amplísima estancia, decorada con blancos y púrpuras, mientras un mozo depositaba su equipaje sobre la alfombra oriental. Los muros de la habitación estaban revestidos con papel, donde podían distinguirse delicados ornamentos que se reproducían en las cortinas púrpuras y en los tapices del mobiliario. Una chimenea de mármol se posaba en el

centro de la habitación.

—Si requiere algo solo tiene que tirar del cordón —dijo el ama de llaves señalando un cordel dorado que pendía junto a la cama— y una doncella vendrá para atenderle.

Un hecho curioso —y que Fanny tardó demasiado en notar— la detuvo de camino a la ventana. No había una sino dos enormes camas de nogal. Ambas tenían doseles, y una de ellas estaba deshecha. Alguien ya habitaba aquel dormitorio.

Frunció el ceño, temiendo una equivocación de parte de los criados.

—Señora, hay dos camas —señaló inocentemente mientras se detenía en el espacio entre los dos enormes y, en apariencia, confortables lechos—. ¿Quién es mi...?

Ante el silencio prolongado del ama de llaves, la muchacha se volvió, pero ésta se había esfumado. Miró aquí y allá para tratar de divisar a la menuda mujer, pero tal parecía que se había marchado apenas le dio la espalda. No estaba bromeando cuando dijo que debía estar atenta a la llegada de otros invitados.

Impotente, Fanny observó con indecisión la cama que no estaba deshecha. Ya habría tiempo para aclarar las cosas, se dijo para tranquilizarse, y caminó hasta una de las ventanas. El cristal tras la pesada cortina le reveló un retazo de los jardines posteriores de la mansión, por cuyo centro bajaba una cascada artificial, tan larga que parecía infinita. Fanny podía escuchar el borboteo aun desde allí.

Entonces la puerta se abrió de nuevo.

Una muchacha delgada y de mediana estatura había cruzado la habitación como una exhalación. Lo primero que le llamó la atención de la desconocida fueron sus coquetos anteojos, montados en dorados aros que maximizaban su mirada de color esmeralda; y una mirada seria y reflexiva, pero al mismo tiempo gentil. La muchacha, más o menos de su edad, era rubia, y llevaba el cabello recogido en un peinado alto, bellamente descuidado; quizás el resultado de haber pasado las últimas horas tumbada en el césped con la compañía de un buen libro.

—No me lo creo —musitó con un acento fragoso, claramente extranjero,

pero correcto y elegante—. Así que no soy la única hija de Eva en este corral de pavorreales.

—Al parecer no —respondió Fanny con simpatía.

La muchacha sonrió mostrando unos pequeños hoyuelos. A Fanny ya le agradaba. Percibía en ella un espíritu rebosante de confianza y entusiasmo.

—Gracias a Dios... Eres la mejor noticia que he recibido en dos días. Mucho gusto, mi nombre es Aneska von Vetsera, y creo que seremos compañeras de cuarto.

—Fanny Thorton —le devolvió la sonrisa, también insuflada de alivio. Al menos sabía que no sería la única invitada del sexo femenino en la mansión y que no estaría excluida de las diversiones—. Es un placer. ¿Eres una estudiante?

—Naturalmente. Estudio filosofía griega en Girton College... —Aneska hizo un gesto similar a si intentara ahuyentar una mosca—. Sé que no suena muy interesante, pero más adelante pienso estudiar Psicología, si algún día se convierte en una materia de estudio —*Psicología*. A Fanny le enorgulleció que el novedoso término le resultaba conocido: el estudio de la conducta, precisó para sí, pues había leído unos cuantos libros donde se acuñaba el término. Una sonrisa de agrado se dibujó en su rostro—. ¿De qué glorioso *college* eres parte, Fanny Thorton?

De pronto se puso tensa pues, pensó que su presencia podría resultar ofensiva para quienes se habían ganado a pulso el derecho de pisar Chatsworth House.

—No estudio en Cambridge. De hecho, no soy una estudiante —se encogió de hombros—. Solo estoy aquí porque el duque me invitó como gesto de agradecimiento por salvar la vida de lord Piggott, el tío de su excelencia, la duquesa.

Aneska entornó los ojos. La escrutó en silencio, meditando sus palabras.

—Pensé que era un mito —soltó—. Escuché esa historia esta mañana en el desayuno, pero no daba crédito —le sonrió con una pizca de picardía—. Eres muy popular por estos lados, Fanny, pero no sabía que estabas invitada.

¿«Popular» había dicho?

—¿Perdón? No entiendo lo que quieres decir...

—Eres popular —repitió la otra, visiblemente divertida por su reacción—. Prepárate para ser el centro de atención en los próximos días, Fanny Thorton. Presiento que serás el juguete nuevo.

Luego de desempacar, Fanny y su nueva compañera de habitación bajaron al jardín para tomar un vaso de limonada. El calor había recrudecido en la última hora y ambas coincidían en que no había nada mejor que una bebida refrescante para recuperar fuerzas.

Aneska le informó que los caballeros habían salido temprano para la caza y que aún no habían vuelto de sus correrías.

—Disfruta de esta santa paz —le había murmurado cuando salían al soleado jardín posterior, cien veces más impresionante en persona de lo que se veía por la ventana—, porque cuando los hombres regresen no escucharemos otra cosa que insulsas anécdotas de caza y una triste necesidad de alabanza femenina.

En el camino, Aneska, que tenía al menos cuarenta y ocho horas de conocer la mansión y su funcionamiento, la llevó por los espacios interiores en un recorrido superficial pero eficiente. Fanny echó un vistazo a la biblioteca, desierta a esas horas, a la galería, al teatro privado y a otras estancias públicas que en pocos días le serían muy familiares.

Mientras, Aneska le contaba que pertenecía a una familia noble húngara. Su padre, un diplomático viudo, afincado en Inglaterra, había enviado a su única hija a Cambridge para entretenerla con la estimulante vida universitaria mientras él se volcaba por completo a su carrera diplomática.

Fanny entendía a la perfección el hecho de que, para estar en Chatsworth no bastaba ser la mejor de la clase; la alumna en cuestión debía ser excepcional, por lo que, estaba segura, Aneska von Vetsera era una verdadera geniecilla de la que podía aprender un montón de cosas. Para su suerte, la húngara se mostraba amigable y accesible. Además de ello, le parecía una mujer de mundo, culta e instruida, con una opinión sobre cada cosa, y no ponía reparos en expresarla cada que tenía oportunidad.

Animada por la simpatía de su compañera, Fanny le habló de las

aspiraciones que le habían llevado al baile en Devonshire House y luego a aquella insospechada visita a Chatsworth House. Aneska creía que los sueños de Fanny eran muy nobles; casi demasiado nobles para su propio bien, según le dijo, pero en ningún momento criticó su decisión.

—La mayoría de las mujeres de nuestra edad piensan en casarse bien —le decía mientras llenaba un par de vasos con limonada helada que una doncella les había traído. Se habían sentado a una mesita, bajo una tienda instalada en el jardín posterior que ofrecía vistas excelentes al extenso parque y a los laberintos—. Es admirable que estés dispuesta a sacrificar una vida convencional para sanar a las personas... aun cuando, irónicamente, te costará mucho obtener ese derecho.

—Las cosas más importantes exigen sacrificio —se encogió de hombros—, y mientras haya quien esté dispuesto a sacrificarse ello no debería suponer un problema, ¿verdad?

—Cierto —Aneska la miró con atención. Fanny no podía evitar sentirse observada, incluso analizada, por aquella tenaz chica de ojos verdes y acento áspero—. Has sido distinguida con una invitación a un retiro muy exclusivo sin ser una alumna; eso significa que impresionaste al duque. Si juegas bien tus cartas podrías entrar muy pronto.

—Es lo que más deseo —musitó antes de probar la helada bebida.

Era verdad. Convertirse en médico era lo que más deseaba, aunque un matrimonio no le enfadaría si ello pudiera ser compatible con la vida que estaba determinada a construir. Pero prefería no revelar aquello y someter su complicada existencia a la lupa un tanto intimidante de la húngara.

La conversación tomó otros derroteros, por fortuna. Aneska le contó que, hasta donde tenía conocimiento, al menos treinta invitados, casi todos ellos destacados alumnos varones de Cambridge, ya estaban instalados en la mansión. Habían llegado desde el martes y mientras esperaban al resto, habían matado el tiempo cabalgando, cazando y jugando croquet.

—Debes ser la primera estudiante en mucho tiempo en pisar Chatsworth House. En Londres escuché que es una distinción reservada casi exclusivamente para los caballeros. De hecho, creí que llegaría aquí y me encontraría sola y excluida de todas las actividades destinadas para los hombres. Supongo que eso significa que eres una estudiante excepcional.

La húngara guardó silencio. Su buen humor se había esfumado, por lo que Fanny temió haberla ofendido de algún modo.

—La razón por la que estoy aquí es porque mi padre está muy ocupado para venir a buscarme y se rehúsa a dejarme viajar sola a Budapest. Le pidió al duque que me alojara en la mansión hasta que él regrese. No he sido invitada formalmente.

—Vaya —musitó Fanny, apenada.

—¡Ya qué! —Aneska bebió de su copa de limonada, que estaba adornada con una rodaja de lima en el borde—. Mi padre y el duque son amigos desde hace tiempo; nos hemos quedado en otras de sus propiedades muchas veces, pero nunca había venido a Chatsworth House.

—Te aseguro que nos divertiremos.

—¡Por supuesto!... y no es mentira que soy la mejor de mi clase —afirmó con renovado ánimo, restándole seriedad al asunto—. Podría ganarme el derecho de estar aquí si usara pantalones, igual que muchas otras chicas que conozco.

—Estoy segura de que sí, Aneska —suspiró, dolorosamente consciente de lo que decía—. Así que es cierto que no admiten mujeres. Al menos no formalmente.

—Sí, pero no por las razones que crees. Pienso que tiene que ver con un viejo rumor que escuché hace tiempo. Chatsworth House es un sitio muy dado al pecado —le susurró a modo de confidencia—. Una vez leí una biografía de la duquesa Georgiana, la antepasada del duque; parece que era una mujer que se divertía en grande. A todas luces, su descendencia ha honrado muy bien su legado.

—Sospecho cuál es esa historia —dijo con total desapego, recordando parte de lo que escuchó en Devonshire House.

Ella no se lo creía. Fanny estaba convencida de que aquel rumor —que corría con demasiada facilidad entre el estudiantado— era un ardid para ocultar el hecho de que ninguna estudiante del sexo femenino, de acuerdo con los altos estándares de Cambridge, parecía lo bastante buena como para ser invitada al famoso retiro.

—Supongo que habrán invitado a las hijas casaderas de familias vecinas



para el baile —continuó Aneska—. No me sorprendería que sus padres hubieran hecho cualquier cosa para ponerlas aquí y animarlas a atrapar a un educado prospecto.

Si tan solo supieras... pensó Fanny burlona mientras recordaba a su propia madre.

Un momento después, decenas de cascos de los caballos resonaban cada vez más cerca. Fanny y Aneska miraron hacia los impresionantes establos justo cuando una pequeña caballería se internaba en ellos tras emerger triunfal del bosque. Los hombres, vestidos con atuendos tradicionales de caza entregaban las monturas a la media docena de diligentes mozos de cuadra, mientras otros se encargaban de controlar a la manada de excitados sabuesos.

Seguidamente, y ya desembarazados de los instrumentos ecuestres, iniciaron su caminata de regreso a la mansión. Fanny reconoció al duque de inmediato, enfundado en su pomposo vestuario de cacería. Parecía no dejarse acaparar por las charlas de los estudiantes.

Aneska comenzó a nombrar, en tono aburrido, a algunos muchachos que ya conocía y a ofrecerle a Fanny una breve reseña de cada uno, conforme iban apareciendo en el panorama. Fanny también recordaba a un par de rostros del baile de Devonshire House, entre ellos a los hijos del duque. El corazón se le aceleró mientras rebuscaba a Gabriel Seymour entre el grupo, pero su mirada se detuvo de pronto en el atractivo rubio que había visto junto a los espejos dorados de la mansión. Fanny no podía recordar su mirada de desaprobación tras el suceso en la mesa sin estremecerse.

—¿Quién es el que está a la derecha del duque?

—No tienes mal gusto, ¿eh? —ronroneó Aneska con picardía femenina, alzando una ceja—. Lord Everett Sinclair; es el hijo menor del marqués de Rochfort. Acaba de recibirse como médico de Trinity College con honores. Pero te aconsejo que mires hacia otro lado, está comprometido desde la infancia.

—En ese caso —dijo sarcástica—, te prometo que no arruinaré la vida de nadie.

Devonshire reparó de pronto en la presencia de las dos jóvenes, les sonrió y caminó hacia la tienda. Seguidamente, el grupo entero clavó su mirada en ellas, siguiendo al anfitrión como una obediente manada al macho alfa. Las

jóvenes se pusieron de pie y mostraron una genuflexión al duque.

—Señorita von Vetsera, señorita Thorton. ¡Bienvenidas a Chatsworth House! —les saludó con alegría, sorprendiendo a Fanny gratamente por haber recordado su nombre—. Espero que el calor no las haya disuadido de hacer un recorrido por la propiedad.

—Solo intentamos recuperar fuerzas, excelencia —dijo Aneska con una sonrisa.

—Así parece. Espero que no la estén pasando mal.

—En absoluto, excelencia —terció Fanny—. Le agradezco por la invitación. Le aseguro que me siento muy honrada. Chatsworth House es un lugar impresionante, y eso que he visto muy poco de ella todavía.

—Eso va a cambiar este instante —se volvió hacia su manada—. Caballeros, les presento a la dama que ha protagonizado nuestra conversación de esta mañana, la señorita Fanny Thorton.

Los ojos de Fanny hicieron amago de brotarse por la impresión, pero gracias a Dios logró contenerse y solo consiguió quedarse atónita. Madre mía, era el centro de atención, tal como Aneska lo había apuntado... y no le gustaba en absoluto.

Algunos de los jóvenes le dedicaron sonrisas de simpatía, otros se le quedaron viendo inexpresivos, como si ella fuera un objeto curioso pero inútil. Uno en particular lo hizo con recelo y quizá una pizca de ¿desdén? Fanny se preguntó por qué razón alguien la miraría de ese modo tan intimidante.

Era el mismo caballero rubio de los espejos: lord Everett Sinclair.

—Mañana daremos un paseo por el parque y las demás atracciones de Chatsworth House —continuó el duque enjugándose el sudor de la frente con soberbia elegancia—, así nuestras dos invitadas podrán conocer mejor la mansión y sus alrededores. ¿Qué me dicen?

—Estaría encantada, excelencia.

—Yo igual. Se lo agradezco mucho —concedió Aneska.

—Perfecto. Bien, me retiro a mis dependencias. Los veo en la cena. Les recuerdo que mi hija, lady Melanie nos acompañará. Por favor, caballeros,

hagan que las damas se sientan como en casa —dijo el duque antes de marcharse con dirección a la mansión.

Entonces, lord Everett dio un paso al frente. Fanny contuvo el aliento pues, comprobó que aunque era muy guapo, parecía capaz de atravesar a un cristiano con aquellos ojos verdes y fríos que la observaban de hito en hito.

—Señorita Thorton, es usted... excepcionalmente afortunada —dijo con un deje burlón que acalló los murmullos de los presentes. Tenía una voz grave y punzante—. Espero que esté consciente del honor que supone colarse en una reunión tan privilegiada. El retiro intelectual de Chatsworth House es un evento muy importante y solo unos pocos estudiantes son merecedores de tamaña distinción.

—Eso lo entiendo, señor...

—Lord Everett Sinclair —corrigió él, con un arrogante movimiento de cabeza—. Médico del glorioso Trinity College.

Aquello le golpeó con fuerza, le recordó que ella estaba allí por un mero golpe de suerte y que había quienes se habían hecho merecedores de la invitación por derecho; distinguidos estudiantes de Cambridge, justo lo que ella no conseguía ser, pese a sus esfuerzos. Pero aquella verdad no logró amainar su resolución.

—Lord Everett... Créame, estoy plenamente consciente de lo que significa esta distinción, como se lo he hecho saber a su excelencia.

—No voy a negarlo. Me impresionó su maniobra con lord Piggott en Devonshire House —sonrió, condescendiente—. Hoy temprano lo comentaba con el duque y los demás caballeros; sin darnos cuenta iniciamos una polémica. Si bien su técnica fue efectiva, el hecho de que usted hubiera apretujado al anciano como lo hizo fue un tanto... desagradable. Creo que habría preferido que ninguna dama presenciara aquellas obscenas «carantoñas» —el resto de los hombres soltó una risita colectiva que casi le hizo tambalearse. ¿Eran ideas tuyas o se estaban burlando abiertamente?—. Dígame, ¿dónde lo aprendió?

—Un médico me enseñó la maniobra —dijo, haciendo acopio de dignidad. Lord Everett ladeó la cabeza y entrecerró los ojos, examinando su curiosa revelación—. Usted debería saber que cuando una vida está en peligro hasta el recato estorba. Lo único que cuenta es salvar al paciente.

—Pero señorita Thorton —rio—, debería saber que una dama no puede permitirse semejantes licencias, por su propia reputación. Bueno, quizá por eso no hay mujeres médicos.

Fanny se mordió la lengua con tanta fuerza que no le extrañaría que el sabor de la sangre le invadiera la boca en cualquier momento.

¿Quién demonios se creía aquel fanfarrón...? Y los demás se adherían a sus burlas.

—Si le ofendió que abandonara el pudor para salvarle la vida a un hombre —murmuró con la mandíbula tensa—, le pido disculpas.

—No me malinterprete. Fue muy loable su gesto, y es evidente que el duque y el marqués de Piggott le están muy agradecidos. Sobre todo este último —le susurró con cruel burla, con lo que sus cómplices volvieron a reír—, pero para su desgracia no se la recordará bien después de eso. Creí que era un buen gesto de mi parte hacérselo saber.

Y luego de desairarla con sus perversas palabras, lord Everett Sinclair abandonó los jardines con paso arrogante. Los demás caballeros le siguieron en silencio; una muestra rotunda de que compartían su opinión.

Con Aneska a su lado, sin saber qué decir para aliviarla, Fanny se preguntó si había sido una buena idea venir o si por el contrario le convenía aceptar que había cosas que no estaban hechas para ella, aunque se le fuera la vida intentando que así fuera.

—Oh, Fanny, cómo lo siento... —dijo Aneska cuando llegaron a la habitación compartida al cabo de un rato. Fanny empezaba a plantearse abandonar Chatsworth House en las próximas horas—. A veces Everett puede parecer un imbécil, pero no debes tomarte en serio las cosas que dice.

—¿Y cómo debería tomármelas? ¿Viste cómo me miraba y cómo todos se reían de mí?

La húngara hizo un mohín de pena al verla tumbada y casi vencida por toda una caballería de petulantes universitarios.

—Apuesto a que solo está celoso porque llamaste la atención con tu acto heroico —se sentó tímidamente al borde de la cama de Fanny—. Vamos, le

salvaste la vida a un anciano, lo que ninguno de ellos fue capaz de hacer, y se supone que tienen estudios y tú no. Debe haber sido como una patada en la ingle, sobre todo para *milordcito*.

—Quizás, pero no vine a Chatsworth House a que me humillaran —resopló abrazando un mullido cojín—. Parece que se sintieran amenazados, y no comprendo por qué. Si les parezco tan inofensiva deberían solo ignorarme. No soy bienvenida aquí, Aneska. Debería marcharme...

—¡No! No, no te irás a ningún lado. El duque se ofenderá. Y hoy es la cena de bienvenida. No pensarás abandonarme con lady Melanie y sus horribles acompañantes, ¿verdad?

Lady Melanie. Incluso ella se había mostrado poco amistosa con Fanny durante la velada en Devonshire House... Aunque quizá le había dado buenas razones para hacerlo. Honestamente, no se le antojaba para nada recibir también los desplantes de la hija del duque.

Volvió a pensar entonces en Gabriel y se entristeció por no haberlo visto. ¿Y si él había rechazado la invitación? Si había algo que la había ilusionado al venir a Chatsworth House, además de la posibilidad de encontrar la puerta de entrada a Cambridge, era la posibilidad de volver a verlo. Se preguntó qué habría pasado si él hubiera estado allí.

¿Habría apoyado las palabras de lord Everett?

La sola idea de que eso sucediera le dolía.

—Fanny... quédate —insistió la estudiante de filosofía.

—No lo sé.

—Por favor, quédate...

—Ya veremos. Aunque decidiera irme no podría hacerlo hoy. Lo pensaré esta noche.

A Aneska pareció bastarle aquello, a juzgar por su grito de júbilo. Se levantó de la cama y se fue directa al armario.

—Ahora elegiremos un vestido.

La hora de la cena llegó, y Fanny estaba más nerviosa de lo que había

anticipado. Con la ayuda de la doncella a la que habían encomendado atender a las únicas dos invitadas, logró arreglarse para aquel nuevo reto, pero solo por fuera pues, aun no conseguía ignorar el nudo en su estómago y la sensación de ahogo que en otras circunstancias habría atribuido al calor.

La doncella la había embutido en un vaporoso vestido azul real, una de las piezas que su padre había insistido en que comprase antes de su viaje a Derbyshire. «Eres la invitada de un duque; debes lucir lo mejor posible», le había dicho antes de enviarla de compras a los almacenes más exclusivos de la ciudad, por supuesto, con el beneplácito de su madre. El cabello le había sido recogido con unas preciosas horquillas de perlas, otra de las reliquias de su madre.

Aneska también estaba radiante con su modelo de satén color limón, el mismo tono de los ornamentos de su abanico de marfil. Se había dejado las gafas en la mesa de noche, arguyendo que solo las necesitaba para leer.

Juntas bajaron hasta el salón que servía de antesala al comedor, donde ya se encontraban los demás invitados. Reunidos en pequeños grupos, los estudiantes más destacados de los *colleges* de Cambridge charlaban y reían mientras tomaban una copa. Un pianista ejecutaba una melodía ágil y evocadora desde uno de los rincones de la habitación: la segunda *Mazurka* de Chopin.

No bien sintió las decenas de miradas posadas en ella, y el silencio consiguiente a su llegada, Fanny experimentó un incómodo estremecimiento.

Por suerte, tres amables rostros emergieron de aquella marea de hostilidad. La joven sonrió desmesuradamente cuando Rupert Marsden, Owen Durrington y John Radford —que habían llegado a Chatsworth House hacía un par de horas— se acercaron para saludarla.

—Caray, Durrington, parece que el Señor ha escuchado tus oraciones —bromeó el siempre bromista Radford—. Mira quién vino a pasar una temporada con nosotros. Señorita Thorton... —le saludó con una inclinación de cabeza—. Que gusto verla de nuevo.

—Señorita Thorton, que agradable sorpresa —Durrington le sonrió, pese a que un fiero rubor le había teñido las abultadas mejillas.

—Cuando nos contaron que usted también había venido casi no dimos crédito —dijo Marsden—. Sin duda su compañía hará más agradable estas

vacaciones.

—Lo mismo digo —musitó ella solemnemente—. Me alegra mucho verles, caballeros.

Seguidamente, Fanny les presentó a la señorita Aneska von Vetsera y luego charlaron un momento. Fanny paseó los ojos a lo largo de la habitación y detectó un rincón desde donde lord Everett Sinclair le enviaba una ristra de miradas fulminantes.

El viejo mayordomo les indicó que era la hora de cenar, por lo que todos se dirigieron en fila al impresionante comedor, adaptado al número de invitados.

Al igual que en Devonshire House, la estancia donde la familia Cavendish disfrutaba de los alimentos era un templo de opulencia en donde cada elemento fungía como recordatorio de la naturaleza aristocrática de los anfitriones. En esta ocasión, Fanny se sintió especialmente atraída por los retratos que pendían orgullosamente de los muros. En cada uno, generaciones de Cavendish, ataviados en sus mejores galas, posaban con soberbia disposición para el artista. Incluso creyó reconocer entre todos a la célebre duquesa Georgiana, que había vestido joyas y pieles para ser inmortalizada.

Fanny tuvo la suerte de sentarse entre Marsden y Durrington, a solo dos lugares del duque, que ocupaba una de las dos sillas de la cabecera. Pero lord Everett se había ubicado frente a ella, lo que claramente le garantizaba una nueva ráfaga de miradas despreciativas. Cuando todos estuvieron sentados a la mesa, Fanny echó un vistazo a lo largo de la mesa y se decepcionó —quizá más de lo que podía reconocer— al comprender finalmente que Gabriel Seymour no había venido a Chatsworth House.

El duque se disculpó en nombre de su hija, que al parecer se hallaba indispuesta para bajar después del trajinoso viaje desde Londres. No fue el caso de sus dos acompañantes, un par de jovencitas muy animadas, cuyos movimientos eran seguidos de cerca por lady Chichester, una matrona de Bakewell que había asumido el trabajo de institutriz de lady Melanie, según le había contado Aneska. Devonshire había puesto en sus manos la responsabilidad de velar por el buen comportamiento de las invitadas durante la temporada de vacaciones, toda vez que por primera vez en muchos años el retiro contaba, no con una, sino con cuatro jóvenes casaderas. Fanny no tenía la menor duda de que aquella mujer tenía una gigantesca lupa puesta sobre ella y Aneska.

Comenzada la cena, la conversación giró en torno a la «productiva» mañana de cacería. El duque decía estar satisfecho con el desempeño de todos sus jóvenes invitados, pero alabó particularmente la destreza de lord Everett, que «no dejó de acechar a sus presas hasta verlas despedazadas». Aquello, aunque parecía un cumplido dirigido al médico, a Fanny le produjo un retortijón en el estómago.

En ese instante, el aludido le miró por encima del borde de su copa de vino y Fanny sintió un soplo de aire helado en la nuca. Entonces, Aneska, que estaba junto a lord Everett le propinó un discreto golpecito en el brazo, y éste apartó sus ojos de hielo.

—¿Lamenta no haber estado para la caza del zorro, señor Durrington? —le susurró Fanny al callado matemático, para huir de aquella asfixiante presión.

—La verdad es que no, señorita —respondió éste con un hilo de voz—. Detesto la idea de matar a otras criaturas por deporte. Es repulsivo.

—Opino lo mismo —sonrió con un esfuerzo colosal.

Fanny reparó en que algunas miradas insidiosas estaban posadas en ella. Los demás estudiantes compartían secretos entre sí y le miraban divertidos, como si conocieran algún hecho gracioso acerca de ella. Incluso las dos jóvenes acompañantes, cuyos nombres no conocía, le miraban con curiosidad y, tras escuchar murmullos a su alrededor se echaron a reír discretamente.

—Señorita Thorton, no he tenido ocasión de felicitarla por su hazaña en Devonshire House —Rupert Marsden atrajo su atención, aunque su voz estaba opacada por las de otras conversaciones alrededor—. Jamás había presenciado un acto de valor semejante. Me he quedado muy impresionado.

—Se lo agradezco mucho.

—Es usted muy resuelta y conocedora del tema, me atrevo a afirmar. ¿Le atraen las ciencias de la salud?

—Sí... es muy reconfortante ayudar a la gente... —dudó si continuar hablando pero... ¿qué más daba? A esa hora, con certeza, hasta los sabuesos de Chatsworth House estaban al tanto de que Fanny Thorton soñaba con una plaza en la carrera de medicina en uno de los *colleges* de Cambridge. Por ello la observaban de aquel modo, por eso se reían—. La verdad es que soy voluntaria en una pequeña medicatura en Londres. El doctor Travis, el médico



residente, me ha entrenado por dos años en su oficio.

—Fabuloso. Estoy seguro de que será una excelente enfermera.

Fanny le sonrió.

—Señorita Thorton —Fanny sintió un vuelco en el corazón cuando el duque se dirigió a ella. Rápidamente, las otras conversaciones se apagaron y decenas de miradas atentas cayeron sobre su persona—, he escuchado sin querer un fragmento de su conversación con el señor Marsden. ¿Ha dicho que es voluntaria en una medicatura?

—Así es, excelencia. Le decía al señor Marsden que el doctor Glenn Travis me ha entrenado en su oficio por dos años. Él mismo fue quien me enseñó la maniobra de compresión abdominal que tuve la fortuna de utilizar para ayudar a lord Piggott.

—Claro, ahora lo recuerdo —asintió Devonshire con aire enigmático—. Usted se definió como una apasionada de las ciencias, me parece recordar —la joven ignoró la discreta risita que le llegó a los oídos desde el puesto que tenía en frente—. ¿Y dónde está esa medicatura?

—En Whitechapel.

Lady Chichester dejó escapar un respingo de espanto.

—¿Whitechapel? ¿Jovencita, no es esa... una zona de mala muerte?

—Sí, señora. Hay mucha necesidad. Todo el East End es una comunidad ávida de atención en todos los aspectos. Los hospitales y dispensarios en toda la zona siempre están abarrotados y los médicos existentes no son suficientes, por no decir que reciben salarios muy bajos.

—El *East End* —suspiró Devonshire—. Válgame Dios. Admito que los esfuerzos que se han hecho desde el parlamento para ayudar a las comunidades menos afortunadas de Londres han sido bastante infructuosos.

—Si me permite decirlo, excelencia —intervino lord Everett—, mi tío como iniciador de la Ley de Sanidad Pública en el parlamento también es un vigilante incansable de que todas sus disposiciones se cumplan a cabalidad. Puedo decir con mucha certeza que en Whitechapel como en muchas zonas menesterosas de Londres, el sistema funciona como debería. El número adecuado de médicos, enfermeras y centros de salud por cada diez mil

habitantes —Fanny entrecerró los ojos sin poder creer lo que aquel cretino estaba intentando decir—. Claro, no olvidemos que esas zonas están colmadas de personas que viven prácticamente al margen de la civilización, a las que no les importa cuidarse. Basta ver cómo... —se detuvo con un suspiro—. Lo siento, no es un tema apropiado para la mesa; solo diré que es gente que al parecer no se ama a sí misma. Es en zonas como Whitechapel que nacen las peores enfermedades.

Fanny estaba perpleja. Por un instante pensó que, si ella proviniera de un lugar como el East End ahora mismo estaría asestándole un puñetazo en la cara a aquel engreído.

—Si le agrada la ciencia ha venido al lugar correcto, señorita Thorton —dijo Devonshire con una sonrisa—. Ahora mismo está rodeada de jóvenes talentosos que comparten su pasión; lord Everett Sinclair, por ejemplo, es graduado con honores en carrera de medicina... al igual que... —paseó los ojos por la mesa. Estaba buscando a Gabriel, con toda seguridad—. ¿Dónde está el señor Seymour?

Nadie le contestó directamente, pero a los oídos de Fanny llegó un murmullo burlón y perturbador: «Paseando por los prostíbulos de Derbyshire, ¿dónde más?»

—Bueno, ¡no importa! —zanjó el anfitrión—. ¿Qué opina de lo que ha dicho lord Everett, señorita Thorton?

—Es interesante —miró al aludido—. Lord Everett, ¿ha ido usted a Whitechapel?

La sonrisa del rubio médico se desvaneció.

—Le aseguro que no es lugar para que un caballero...

—Bien. Yo he ido al menos cinco días a la semana durante los dos últimos años y sé que la gente de Whitechapel se ama a sí misma, igual que usted probablemente; pero esa gente, por desgracia, puede hacer poco para asegurarse una buena salud. No puede controlar el hecho de que los alcantarillados se rebosen durante las lluvias o que los desechos de las fábricas inundan el río y lleguen hasta las casas, o que contaminen el aire. Tampoco pueden hacer nada para recibir agua potable y no un líquido amarillo y maloliente que termina convirtiéndose en cólera. No están en la capacidad de saber qué hábitos son higiénicos y cuáles no... o qué es la higiene, al

menos, sin que alguien se los explique primero. La gente de Whitechapel, del East End y de todas las zonas «menesterosas» de Londres no pueden decidir si obtienen pagas justas que les permitan comprar alimentos nutritivos y suficientes. Está de acuerdo conmigo en que nada de esto favorece a una buena salud, ¿no es así?

Lord Everett apretó la mandíbula. Los murmullos alrededor no se hicieron esperar: «Vaya, esta es la segunda cena que nos arruina». «¿Ha dicho *alcantarilla* en la mesa del duque o me lo he figurado?». «¿Que maleducada! ¿De dónde ha salido esta mujercita?». La última frase había sido dicha por una voz femenina.

—¿En verdad cree que con esos débiles argumentos convencerá a un grupo de virtuosos...? —insistió lord Everett con el ceño fruncido.

—No es mi intención convencer a nadie —retrucó ella—. La verdad es la verdad...

—¡Basta ya! —Bramó el duque, con lo que todas las voces se silenciaron de golpe—. Con un demonio, terminemos la cena en paz. Cada año es lo mismo. Dos jóvenes brillantes en un debate encarnizado donde ninguno de los dos tiene completa razón. Ya estoy viejo para esto...

—Señorita Thorton, hay ciertos temas que se deben evitar en la mesa, ¿acaso su institutriz nunca le enseñó eso?

—Desde luego que sí. Le ruego que me disculpe, lady Chichester —se obligó a bajar la cabeza—. Y usted, excelencia... Todo el mundo. El tema de la salud pública me resulta especialmente apasionante.

—Su pasión es admirable —dijo el rubio médico con serenidad—. Pero no se deje llevar por ella o le será muy difícil hallar esposo.

El rubio levantó su copa y miró a Fanny desafiante.

—¡Everett! —sonó una punzante advertencia.

—Lo siento, excelencia...

Fue entonces cuando Fanny comprendió que si iba a luchar para entrar a Cambridge encontraría en la persona de lord Everett Sinclair un poderoso muro de contención.

—Dígame una cosa, señorita Thorton, ¿le permiten sus padres ir a

Whitechapel? —Insistió la quisquillosa matrona—. Todo el mundo sabe que es un lugar muy peligroso.

—Mi padre es mi más ferviente promotor. Él me apoya en todo lo que hago.

—Y su madre no, imagino —ante el silencio de Fanny, Chichester se dio por satisfecha—. Es natural que su madre se preocupe más, al fin y al cabo ese es el rol de una mujer —dijo enfatizando las últimas tres palabras con especial fervor.

## Capítulo 6

Horas más tarde, Fanny regresó al dormitorio con el cuello dolorido y los músculos agarrotados. Había permanecido rígida y sumisa por demasiado tiempo, y ante tanta presión había estallado finalmente. Si bien se había acostumbrado a ser el tipo de dama que suele hacer los comentarios correctos en reuniones como aquella, ahora que estaba fuera de la estricta vigilancia de la señorita Andersen, su institutriz, su comportamiento había sufrido una importante transformación. Y no lo lamentaba.

Lord Everett había querido humillarla, y ella no iba a permitirselo. Lady Chichester, esa vieja gallina intrigante, no se había quedado atrás y también había intentado mangonearla. La mención de su madre la había tomado desprevenida y la matrona se había aprovechado de su debilidad. Gracias a Dios no alcanzó a desquitarse.

Fanny se preguntaba, después de toda aquella algazara de la cena, qué opinión se había formado Devonshire de su persona. ¿Consideraría a una rebelde con la lengua muy puntiaguda, a una mujer resuelta como ella, para entrar a la universidad que presidía?

Se dio cuenta de que dormir con aquella inquietud era una tarea inútil, así que se cubrió con el salto de cama y bajó a buscar el aire fresco de los jardines.

Salió del dormitorio y recorrió con sigilo los umbríos corredores hasta encontrar las escaleras. Descendió con cuidado, tratando de memorizar la ubicación exacta de su puerta en aquella intrincada residencia de trescientas habitaciones. La mansión estaba en silencio, lo que le permitió suponer que hasta los sirvientes se encontraban descansando a aquella hora. Fanny se vio libre entonces de deambular por Chatsworth House sin ser reprendida.

Llegada a la primera de las puertas dobles que daban acceso al jardín, cambió de opinión. Se sintió atraída por la idea de explorar más allá, donde aún no había ido, así que avanzó hasta el patio que comunicaba el ala principal de la mansión con el resto de las dependencias. La oscuridad habría sido total si los enormes ventanales no permitieran el paso del brillo tenue de la luna.

Una ráfaga de viento la sorprendió cuando salió a la intemperie. Fanny se arrebujó en su salto de cama blanco y siguió avanzando por un suelo de gravilla. El patio estaba presidido por un árbol no muy alto y circundado por bojs podados con magnífica precisión por un ejército de jardineros; había también unos cuantos bancos repartidos alrededor en los que, de seguro, a los paseantes les gustaba descansar. Tomó asiento en uno de ellos.

El único sonido provenía de los grillos y pájaros nocturnos que anidaban en los árboles cercanos; la ínfima luz de la luna coloreaba el paisaje con sus mortecinos pigmentos. Se quedó un rato contemplando la hilera de ventanas, cuyas luces estaban apagadas. Del otro lado estaba una fila de árboles, a través de la cual, estaba segura, podría ver las infinitas praderas del condado como un verde e infinito horizonte. Era una lástima que ahora mismo estuviera muy oscuro como para echar un vistazo.

Satisfecho su deseo de aventura, de momento, la joven se puso de pie con un suspiro. Si deseaba estar fresca para mañana lo mejor era volver a la cama y tratar de conciliar el sueño.

Y justo en el momento en que se disponía a regresar escuchó unos pasos crujendo sobre la grava. Fanny se detuvo con un respingo de terror mientras una silueta oscura brotaba del ala inexplorada y cruzaba el patio en dirección a los dormitorios con pasos acelerados. Se quedó petrificada por unos breves segundos, sopesando las indeseables consecuencias de ser vista merodeando por la mansión a la medianoche. Cualquier falta al protocolo llegaría a los oídos del duque y de la inflexible lady Chichester.

Pero de pronto consiguió ver un fugaz retazo de aquella figura bajo el amparo de la luna y el temor se transformó en asombro.

—¿Gabriel?

Al oír el impetuoso llamado, él se detuvo en seco. A Fanny le pareció que por un instante dudaba si darse la vuelta o no. Finalmente lo hizo con estudiada lentitud.

Tenía el cabello revuelto por el viento, e iba en camisa, sin cuello duro, y con un chaleco abotonado hasta la mitad del pecho. La joven le miró complacida y aliviada a partes iguales, porque había perdido toda esperanza de encontrárselo. No había tenido el valor de preguntarle a nadie dónde estaba el doctor Gabriel Seymour.

—¿Fanny...? —Musitó él cuando la joven llegó a su encuentro. Sus piernas, movidas por una ingente fuerza interior de la que no era consciente, la habían llevado hasta él como presas de un hechizo—. ¿Qué...? ¿Qué es lo que haces en Chatsworth House?

—El duque me invitó a pasar el verano —sonrió, esperando una reacción similar de su parte, pero Gabriel no hacía más que mirarle impertérrito. Y su ánimo se resquebrajó—. Ya sabes, por lo de lord Piggott. Espero que a ti no te ofenda que haya venido.

—Pero, ¿por qué habría de...? —su voz se volvió más cálida y su cuerpo pareció relajarse. Terminó de salvar el espacio entre ellos y Fanny percibió la fragancia de su piel: cedro y lavanda mezclados con sudor masculino—. Oh, imagino que no han sido del todo amables contigo.

—No todos. De hecho he barajado seriamente la posibilidad de marcharme.

—Querida, si desafías a un tigre en su territorio no debería sorprenderte que te lance un zarpazo de vez en cuando.

—¿Y qué pasa si se trata de una manada entera de tigres?

—Yo siendo tú me preocuparía si solo pasan de mí —dijo con este tono ladino y enigmático tan suyo—, así que no hay razón para que te marches.

Fanny le miró largamente; había visto una vacilante sonrisa en esos labios que, aun bajo el pálido reflejo de la luna, despuntaban por su color y apetitosa forma. De pronto fue plenamente consciente de la situación y recordó su ausencia en las actividades del día.

—¿De... dónde vienes? ¿Por qué no cenaste con nosotros? —casi se sintió tentada a hacerle un reproche, pero por suerte tuvo la decencia de acomodar sus palabras.

—Fui a dar un paseo por el parque. A esta hora es mucho más tranquilo, sin todas esas voces que se creen dueñas del mundo y no son más que aprendices de un oficio. Y... cené en mi habitación más temprano.

—Eres un solitario —le dijo sonriendo.

—Me enorgullezco de ello, señorita Thorton —repuso con total serenidad, mientras se apartaba un mechón negro de la frente. Seguidamente le señaló un

banco cercano—. Si no tienes demasiada prisa por volver a tu habitación podríamos hacernos compañía un rato.

Ella no se lo pensó demasiado. Siguió la dirección de su mano y ambos tomaron asiento. Gabriel estiró sus largas piernas y las cruzó a la altura de los tobillos. Sacó del bolsillo del pantalón un estuche, del que extrajo un cigarro y una cerilla. Fanny le miró arrugando la nariz.

—¿Eso no es malo para tu salud?

—Te juro que mi médico lo aprueba —bromeó él balanceando el cigarro en sus labios—. ¿Te apetece uno?

—Ya es bastante malo que fume delante de una dama, doctor Seymour —dijo fingiéndose horrorizada—. Mejor dígame cómo dejó a lord Piggott.

Gabriel no respondió hasta encender el cigarro y darle una calada profunda, desfachatada. El humo formó un vaho gris que tardó en disiparse.

—Ese viejo es un campeón. No me sorprende que se haya montado aquel numerito para sentir tus dulces brazos estrujándolo —Fanny puso los ojos en blanco, pero terminó riendo—. Te aseguro que está bien... dijo que serías una gran doctora y que esperaba vivir lo suficiente para que le atendieras después de recibirte de la universidad. En fin, salió ileso de la experiencia, gracias a ti —Fanny fue extrañamente consciente del tono serio que empleó a continuación: —pero me preocupa su artrosis. Es obvio que no le han dado más que paliativos.

—Sí, me lo contó, el pobre. Quizá al regresar a Londres puedas ir a verlo.

Gabriel vaciló ligeramente, pero terminó asintiendo con la cabeza.

—Supongo que tu mentor te enseñó esa maniobra.

—Sí... Pero es algo que todos deberíamos saber, ¿no crees? Especialmente las madres... o las personas que están al cuidado de ancianos.

—Estoy totalmente de acuerdo.

Intercambiaron una sonrisa y una mirada más sostenida de lo que resultaba cómodo.

Gabriel bajó la vista hasta las ropas de Fanny y alzó una ceja apreciativa antes de volver a llevarse el cigarro a los labios. Ella recordó que iba vestida con nada más que un salto de cama, un atuendo de lo más inapropiado para



llevar frente a un caballero. Pero, ¿acaso no era inapropiado también aquel encuentro a solas a la medianoche? Si la señorita Andersen pudiera verla en ese momento caería redonda al suelo... y luego de recuperar la consciencia y llorar a mares por la virtud mancillada de su ex pupila, se las apañaría, como la casamentera consumada que era, para comprometerla en matrimonio con ese descarado de Gabriel Seymour, tal como había hecho con Harmony y el duque de Waldegrave.

Se cerró el salto de cama con más fuerza, atacada repentinamente por la timidez.

—Y... ¿qué te ha parecido Chatsworth? —fue lo primero que se le ocurrió preguntar.

—¿Esta monstruosidad? —le dio otra calada a su cigarro—. Algo pasada de moda, pero he de admitir que tiene su encanto.

—Así que además de un solitario también eres un *snob*.

—No me dejo impresionar fácilmente. Dentro de estos muros hay riqueza, belleza y comodidades que el hombre común ni siquiera imaginaría, pero también hay un torrente de miseria.

—¿Debo suponer que conoces bien la historia de la familia Cavendish?

—No más de lo que todo el mundo sabe, pero eso no es importante ahora, Fanny. Debes hablar con el duque y pedirle que te deje presentar el examen de admisión; nunca tendrás otra oportunidad como esta, al menos no sin la ayuda de un tercero.

—Lo sé... Pero me temo que el momento oportuno no ha llegado —se encogió de hombros ligeramente—. Esta noche, durante la cena, no se ha llevado la mejor impresión de mí.

Gabriel descruzó las piernas y se inclinó hacia adelante, presto a escucharla. Entonces Fanny le contó de su altercado en la mesa con lord Everett Sinclair y cómo el duque les calló a ambos como si fueran un par de críos rebeldes.

—Sinclair... un competidor nato —murmuró con deje sarcástico; Fanny le miró con curiosidad. Ahora era ella quien deseaba escucharlo—. Nos peleamos en la pasada regata Oxford-Cambridge.

—¿Qué? ¿No se supone que pertenecen del mismo equipo?

—Eso dijo el entrenador mientras me lo quitaba de encima.

—¿Por qué se pelearon?

—Perdimos, como ya sabes —se encogió de hombros, indolente—. Y fue por mi culpa.

—Estoy segura de que lord Everett era el timonel, gritando y espoleando a todo el equipo como si todos fuesen sus caballos de tiro.

Gabriel se puso de pie para lanzar la colilla de su cigarro detrás de unos setos. Luego se quedó delante de ella, con las manos ocultas en los bolsillos del pantalón.

—De hecho era el mejor de los remeros y estaba obsesionado con ganar.

Ella parpadeó, sin comprender.

—¿Qué sucedió?

—Llegué ebrio a la competencia.

—¿Es una broma? —inquirió ella con los ojos brotados.

—No.

—Gabriel, ¿cómo pudiste? La regata Oxford-Cambridge es una competencia muy importante. ¿Por qué...? —Ella le miró confundida, intentando interpretar a aquel hombre que no parecía tomarse nada en serio—. Debe de haber una muy buena razón para que te comportes como un cretino todo el tiempo.

Él le sonrió; se acuclilló frente a ella.

—¿No habíamos dicho que Sinclair era el cretino?

—¿También te pones ebrio antes de ir a la mesa de operaciones?

—No lo he intentado, pero supongo que...

—¡No bromees con eso! —frenó su sarcasmo, pero solo consiguió que volviera a reír, como si estuviera rememorando un hecho de lo más gracioso y no la derrota de su equipo. Un orgulloso alumno de Cambridge estaría devastado—. Gabriel, ¿hay alguna cosa que te tomes en serio?

Levantó una ceja.

—¿Y por qué debería?

Un sonido metálico, proveniente de una de las ventanas del piso superior, los sacó de la conversación. Fanny se puso de pie en el acto, temerosa de que algún sirviente pudiera verlos. Tomándola de la mano, Gabriel la sacó del patio; juntos emprendieron el camino hasta el edificio de dormitorios con pasos veloces.

El hecho de que estuvieran huyendo como dos críos que acababan de cometer una fechoría les arrancó sendas carcajadas que se vieron obligados a contener. Aquel momento fue irreal para Fanny; mientras echaba a correr por las escaleras y zaguanes de Chatsworth House, con Gabriel tomándole de la mano, experimentó un gozo sinigual, una sensación de libertad más potente que cualquier otra que hubiera sentido.

No tenía idea de si habían sido vistos en el patio, pero ni siquiera pensó en ello, y tampoco le importó demasiado.

Llegados a la puerta de su habitación, Fanny se detuvo. Las risas se habían extinguido por completo y una nube de seriedad parecía haber acampado sobre ellos. Gabriel le soltó la mano.

—Mañana habrá una excursión al parque —la joven bajó la voz tanto como pudo—. El duque en persona nos mostrará los jardines y el tan popular invernadero de Chatsworth House. ¿Te dignarás a salir de tu madriguera esta vez?

—Quizás —susurró.

Aunque estaba muy oscuro, Fanny supo que estaba sonriendo, y ella también lo hizo.

—Está bien. Esto... buenas noches.

Abrió la puerta y se introdujo de puntillas en la habitación, pero cuando tenía medio cuerpo dentro, Gabriel la sorprendió tomándola del codo para volver a sacarla de un tirón.

—¿Ya te he decepcionado?

La pregunta fue tan desconcertante como el repentino movimiento.

—¿Eso es lo quieres? ¿Decepcionarme?

—Respóndeme.

Se lo pensó un instante. Lamentó no ser capaz de ver su expresión, dada la oscuridad que los rodeaba, pero tenía la sensación de que estaba muy serio.

—Vas a tener que esforzarte un poco más —fue su franca respuesta.

La mañana se abrió paso en el cielo de Derbyshire, sobre los vastos paisajes de la propiedad señorial de la familia Cavendish. Tras un generoso desayuno, el nutrido grupo de estudiantes, junto a las jóvenes damas invitadas, se encaminaron hacia el extenso parque situado junto a los laberínticos jardines posteriores de la mansión.

Los paseantes habían seleccionado atuendos adecuados para la ocasión: tejidos resistentes y frescos que protegían contra el sol, sombreros de canotier y zapatos cómodos. Era una experiencia pensada para vivirse de la manera más elemental, por ello el duque había preferido que los caballos permanecieran en los establos y que el hombre se aventurara a descubrir por sus propios medios los encantos de la magnífica finca.

Aneska estaba exultante ante la posibilidad de conocer las áreas verdes de la mítica mansión de Chatsworth House, mientras que Fanny buscaba con los ojos a Gabriel. Le entristeció pensar que tampoco lo vería allí.

La conversación de la noche anterior la había animado... y también desconcertado. Había dado un paso hacia él, pero no estaba segura de qué juicio formarse sobre su persona. Gabriel se había dedicado a exponer sus defectos de un modo tan fehaciente que resultaba irreal. Ahora ella sabía que, además de fumar opio y pelearse demasiado seguido para su propia salud, también había arruinado la regata entre las dos universidades más prestigiosas del país, y estaba segura que había sido a propósito. Y para colmo hacía sus propios planes en Chatsworth.

—Por favor, no se sienta intimidada por las conversaciones académicas que pueda escuchar en este paseo —Lord Everett la había sorprendido con aquel rudo susurro cuando estaban fuera de la vista de los demás—. Quizá pueda aprender algo para impresionar a su futuro marido.

Fanny se dio cuenta de que, por primera vez, hablaba a solas con aquel cretino. Lo tenía tan cerca que podía distinguir con facilidad el color de sus ojos: verde oscuro, con un borde profundamente azul y motas doradas. Su cabello rubio, lacio y largo hasta rozar el cuello de la camisa, brillaba con los

primeros rayos de sol. Los masculinos y estilizados rasgos transmitían fuerza, especialmente su nariz aristocrática y la mandíbula contraída, que parecía esperar con ansias a que Fanny le devolviera el golpe.

Se preguntó cómo alguien tan hermoso podía ser tan cruel, tan sectario. Entonces recordó haber leído una vez que los hombres no nacen odiando, solo se les enseña a odiar... o a juzgar en todo caso. Y Lord Everett parecía practicar aquello último con pasmosa facilidad.

—Estaré atenta a todo lo que pueda aprender —dijo haciendo un gesto con la cabeza, convencida de que, si ignoraba sus pullas podía ofenderlo mucho más que respondiendo a ellas—. Le aseguro que mi marido estará orgulloso.

El aristócrata se quedó sin palabras, y ella aprovechó su estupor para esquivarlo.

Poco después, el grupo partió con el duque de Devonshire como exclusivo guía. Su hija, Melanie, quien más temprano había saludado a Fanny con agrio reconocimiento, no se despegaba de la compañía de lady Chichester. Fanny fue seguida de cerca por Radford y otros caballeros que le habían buscado conversación. Marsden iba con una de las amigas de lady Melanie prendada del brazo, pero no parecía nada cómodo, y el pobre Durrington se había quedado atrás, sudoroso y jadeante, incapaz de seguir el paso a un grupo de personas que no eran tan sedentarias como él.

Devonshire hablaba con afecto del parque construido alrededor de la finca por su primo, el anterior duque. Era un complejo que incluía algunos de los jardines más impresionantes de toda Inglaterra, repleto de un centenar de especies de árboles y plantas, un centro de investigación botánica que trabajaba en conjunto con la universidad y el invernadero más colosal que Fanny hubiera visto.

El señor Mears, el jefe de los jardineros, explicó que la estructura había sido construida para albergar la extravagante colección vegetal del sexto duque, quien era un amante confeso de las especies exóticas. El invernadero, considerado el más grande del mundo, tenía dimensiones que le recordaron al mercado de Covent Garden; en su interior confluían una variedad de descubrimientos botánicos de diversos confines del mundo y algunas frutas exóticas que se cultivaban allí mismo, como la piña y la naranja.

—Desea estudiar Medicina en Cambridge, ¿no es así?

La pregunta llegó mientras Fanny estaba inclinada sobre el estanque, apreciando un exótico grupo de nenúfares gigantes que, de acuerdo con el experto señor Mears, había sido descubierto en el río Amazonas.

—Lord Everett, ¡me asustó!

—Responda, por favor.

—Así que es tan obvio como creí —resopló, burlona.

—¿Por qué no enfermería? ¿Por qué no farmacia o... botánica?

—¿Teme que le supere como doctora? —Fanny siguió avanzando por las amplias caminerías del invernadero sin mirar a su interlocutor, que le seguía de cerca como un sabueso.

—¡Ja! ¡En lo absoluto!

Ella se tomó un momento para responder a su pregunta.

—Deseo ayudar a las personas, las que usted dice que no se aman a sí mismas. Y quizá ir más allá: descubrir el origen de las enfermedades... y hallar la cura, por supuesto.

—Impresionante —su respuesta sonó a burla—. De no haber dicho eso último le habría sugerido tomar un curso de enfermería. Así también ayudaría a *su* gente de Whitechapel.

—Aunque respeto profundamente el trabajo de las enfermeras, mis aspiraciones van mucho más allá, como ya le he explicado.

Acercó su rostro a una curiosa flor para inhalar el perfume, penetrante y dulzón, con un delicado aspaviento. Pero el aroma resultó una invasión poco tolerable para su mucosa nasal. El resultado fue un par de estornudos. Cuando recuperó el control de sí misma, tenía ante ella un prístino pañuelo que lord Everett le tendía. Lo tomó y le agradeció a regañadientes.

—En mi profesión, cuando una mujer muestra interés en el funcionamiento del cuerpo humano, decimos que solo desea aprender a evitar embarazos y practicarse abortos.

—¡Parece algo inventado por alguien tan horrible como usted! —gruñó.

Lord Everett rio, quizá porque había logrado su cometido de provocarla.

Para entonces, unas cuantas miradas curiosas habían captado el insólito

intercambio entre ellos. Lord Everett Sinclair y Fanny Thorton estaban convirtiéndose con rapidez en la sensación de aquel viaje que daría que hablar a los estudiantes a su regreso a la universidad.

—No se lo tome demasiado en serio. Es una especie de... chiste interno.

—¡No es gracioso!

Siguió caminando, con la esperanza de que el médico se hubiera aburrido de azuzarla, pero su voz grave detrás de ella le reveló que no era así.

—La sensibilidad y delicadeza femenina no convienen en el trabajo de un médico, señorita Thorton. Se equivoca si piensa que el asunto se reduce a abrir a un cristiano, sacarle un tumor que le causa dolencias y enviarlo a casa, o en prescribirle el medicamento adecuado para cada síntoma. Incluso para un hombre es tremendamente difícil decidir cuándo amputar un miembro y conseguir que no le tiemble el pulso al hacerlo. Tener una puñetera vida en las manos y saber qué hacer sin dejarse abrumar por sentimentalismos es... ¡es cosa de hombres!

—¡Por supuesto que no!

Fanny se volvió para encararlo, pero lo hizo tan bruscamente que el cuerpo de lord Everett colisionó contra el suyo; ella terminó con el rostro pegado al cuello de su chaqueta deportiva. El joven aristócrata no se apartó. Fanny elevó el rostro y descubrió en aquellos ojos verdes un brillo inesperado, más cálido de lo que anticipaba.

Puso distancia de inmediato.

—La fuerza de carácter y la pasión no son exclusivamente inherentes a su sexo, lord Everett. Como me gustaría tener una oportunidad para demostrárselo.

No sabía qué había dicho exactamente para que aquel rubio cretino e intrigante le sonriera como lo hizo, de un modo que solo podía calificar como... diabólico. Sintió una inesperada ola de calor brotando de su pecho y caldeándole el rostro hasta las orejas.

—Quizá pronto se presente la oportunidad... *Fanny* —le dijo bajando la voz al decibel de un susurro.

—Señorita Thorton —el llamado de una voz femenina hizo que los dos se

volvieran al mismo tiempo. Era Lady Chichester, que los miraba a uno y a otro alternativamente con el ceño fruncido—. La esperamos en el jardín de rosas, querida.

—Sí... ya voy, milady.

La joven se alejó de su tenaz detractor y tomó el camino hacia la salida del invernadero.

La matrona, armada con su delicado parasol de encajes, había convocado a las jóvenes a un precioso jardín de rosas ubicado junto al invernadero. Mientras les hablaba de las especies y sus variados colores, resultado de meticulosos cruces, Fanny pensaba en su inesperado encuentro con lord Everett Sinclair.

Al final de la visita, las damas soltaron sendos suspiros de emoción cuando el señor Mears les instó a que recogieran las rosas que se les antojaran para decorar sus dormitorios. Tijeras en mano, las achispadas acompañantes de lady Melanie podaron un rosal completo mientras la joven las miraba con gesto de aburrimiento.

Aneska había tomado un par de tijeras, sin embargo algo que vio en Fanny llamó su atención. Se detuvo con la sorpresa teñida en las rubias facciones, su mirada estaba clavada en las manos de la otra joven con una expresión de picardía. Cuando ésta quiso saber qué le había causado aquella impresión se dio cuenta de que aun estrujaba el pañuelo de lord Everett.

El grupo volvió a reunirse alrededor de la fuente imperial, donde el señor Mears se tomó el tiempo para explicarles su funcionamiento.

Al final del fructífero recorrido les esperaba una enorme tienda instalada en un inmenso claro del jardín, donde un grupo de lacayos ya estaba presto para servir el almuerzo.

Fanny vio entonces la ocasión perfecta para acercarse al duque. Deseaba disculparse por la bochornosa escena de la noche anterior y, muy probablemente, pedir una audiencia privada para plantear su caso. Justo cuando estaba a punto de lograr su atención, uno de los colaboradores de Devonshire le llamó en privado. Tras intercambiar un par de palabras, anunció que debía retirarse de inmediato e invitó a los estudiantes a disfrutar de la



comida.

Había perdido su oportunidad, se dijo Fanny conteniendo la decepción mientras lo veía alejarse camino a la mansión. Ya tendría otra ocasión, pensó a modo de consuelo.

No bien se volvió para regresar con el grupo, lo imposible ocurrió. Gabriel Seymour salvaba la distancia entre los jardines y la mansión, como si hubiera apenas acabando el mismo recorrido que el resto de los invitados había realizado hacía al menos veinte minutos. La joven se quedó mirando embebida aquella figura masculina que recorría la estrecha alameda; su caminar, despreocupado y ágil, como el del mismísimo señor de la casa.

Gabriel vestía una chaqueta de montar de tweed, pantalones ajustados color chocolate y una gorra con visera. El cuello de la camisa, algo revuelto, parecía haber sido recolocado a última hora. Un par de botas negras, cubiertas de polvo, estilizaban sus largas y musculosas piernas.

La joven sintió que la tierra se sacudía ligeramente bajo sus propios pies.

—Doctor Seymour, ¿acaso me engañan mis ojos? —bromeó. Gabriel le dedicó una de esas atractivas y enigmáticas sonrisas al tiempo que se secaba el sudor de las sienes—. Estaba pensando que quizá no eras real, que te he estado imaginando... o tal vez que eras una rara criatura con aversión a la luz solar, pero aquí estás.

—Puede que una rara criatura, pero solo porque accedí venir a Chatsworth House cuando Dios sabe que soy más útil en otra parte. Mantuve mi distancia. Es todo.

—Te envidio... —suspiró—. Yo he sentido en la nuca los ojos la matrona de Bakewell casi todo el tiempo. Como nada más tiene cinco muchachas a su cuidado se toma muy en serio su labor de vigía del decoro y las buenas costumbres.

—Eres una mujer hermosa entre un montón de hombres solteros que han pasado demasiado tiempo estudiando. Hace bien en cuidarte.

Fanny sintió los dedos de los pies encogerse de placer.

—Me temo que no podrás mantener la distancia durante la comida —con un gesto, le invitó a seguir el camino hasta la tienda—. ¿Me acompañas?

—Fanny, ¿estás segura de que quieres ser vista conmigo? —Alzó una ceja.

—¿Y por qué no? ¿Tan mala es la fama que te precede?

—Creí que mi fama me precedía, y no sé si ofenderme o alegrarme por el hecho de que no te hayan advertido de mí aun.

—Tal vez sí he escuchado algo pero he decidido hacer la vista gorda —pensó en las advertencias de Radford y se encogió de hombros—. Después de todo, el duque de Devonshire fue quien te invitó a venir.

Él intentó resistirse, pero la determinación que asomó en el rostro Fanny lo dejó fuera de combate, y juntos se encaminaron hasta la tienda.

El ambiente en aquel comedor improvisado era considerablemente más relajado que el de las pomposas cenas del duque. Fuera de la intimidante mirada de Devonshire los estudiantes bromeaban y reían sin ninguna clase de presión, como Fanny imaginó que harían en cualquier lugar del campus. Los lacayos estaban sirviendo succulentos platos de pato de *Aylesbury* con aceituna, ciervo asado y codorniz, para los que había un sinnúmero de acompañamientos a escoger como patatas salteadas, puré de patatas, vegetales, higos al horno o pudín Yorkshire.

Eligieron lugar al final de la extensa mesa, cerca de un grupo de animados estudiantes de física. El otro extremo estaba encabezado por lady Melanie y lady Chichester que, nada más ver a la joven en tan inesperada compañía, estiró el cuello para husmear sin el menor reparo. Fanny no experimentó la más mínima preocupación —su comportamiento estaba lejos de considerarse inadecuado—, pero entonces lady Melanie posó sus ojos en Gabriel y luego en ella. El peso de aquella mirada era incluso más patente que el de la matrona. Más adelante se las arreglaría para preguntar a Gabriel por su amistad con la hija del duque, se dijo.

—¿Ves lo que te digo? —susurró él, aburrido—. De haber sabido que vendría a Derbyshire para que me pusieran bajo el cuidado de una nana me habría quedado en Addenbrooke. Prefiero la observación de Livesey que la de aquella urraca.

—Creo entender que no está cuidándote a ti sino a mí —le dijo ella antes de engullir un trocito de carne.

—Peso esos dardos encendidos que echa por los ojos llevan mi nombre,

*chérie*. Teme que te corrompa. Lo podría ver aunque estuviera a un kilómetro.

—¿Solo a mí podrías corromper?

—Supongo que a cualquier dama que pise mi sombra —suspiró.

—¿Como lady Melanie?

Gabriel dejó de comer por un instante.

Tras recuperarse de la inesperada mención de la hija de Devonshire, se volvió para mirar a Fanny. La joven pensó que vería un rostro desencajado o una expresión inocente que negaría cualquier intención con la aludida, pero estaba equivocada. En lugar de eso, encontró en aquellos ojos azules una despiadada dureza. Una advertencia silenciosa.

Desconcertada e interrogante, Fanny le sostuvo la mirada, pero ningún comentario brotó de sus labios. En lugar de eso Gabriel se limitó a retomar la comida, como si pretendiera olvidarlo.

—No... no quise decir... lo que fuera que dije. Lo siento —fue todo lo que acertó a comentar al cabo de un momento, sin obtener respuesta. Los minutos, después de eso, pasaron más lentos y dolorosos—. ¿Podrías decirme qué te ha ofendido tanto?

Él no respondió.

—Gabriel...

—¿Por qué piensas que tienes el derecho señalarme o cuestionarme?

—Yo no estoy... —dijo con un hilo de voz—. Gabriel, ¿qué es lo que te sucede?

—¿Me espías acaso?

—¡No! No te entiendo. Yo solo...

—Escúcheme, señorita Thorton —su tono de voz destilaba desdén, igual que aquella noche en el baile—. Es mejor que mantengamos la distancia a partir de ahora. ¿Está bien?

—¿Qué?

La muchacha estaba lívida y, si eso era posible, más desconcertada que hacía un momento. Contempló el perfil indiferente de Gabriel con una punzada

en el pecho, débil pero persistente.

¿Cómo podía haberle dicho aquello?

¿Qué maldito error había cometido para que la apartase así, tan de repente?

—Ten cuidado con esas aceitunas, Mac, o la señorita Thorton tendrá que volver a entrar en acción —escuchó que alguien murmuraba cerca de allí, con lo que unas risitas discretas estallaron.

Fanny ignoró cualquier pulla a su alrededor. Continuó con la comida, aunque ya no le supiera a nada. El desdén de Gabriel le había llegado tan inesperadamente como si alguien le hubiera arrojado un buche de agua fría en el rostro. Y todo por abrir su boca.

Después de eso, el joven médico se volvió para entablar una charla con el estudiante sentado a su izquierda, un acto que terminó por convencerla de que había decidido cortar su pequeño brote de amistad, como si fuera un vulgar herbajo.

Fanny perdió el apetito por completo. Un nudo en su estómago comenzaba a crecer desmesuradamente, igual que su turbación. Tras apartar la mirada del plato inacabado, notó otro par de ojos sobre ella; los de lord Everett, que parecía ser testigo de su miseria. Se sintió peor de solo pensar que aquel canalla fanfarrón la hubiera visto así.

Y entonces no lo resistió más.

Se puso de pie, alertando a los demás caballeros, que imitaron su movimiento torpemente, movidos más por la mera costumbre que por la cortesía. Fanny se disculpó en su susurro y se alejó de allí camino a la mansión.

Algo le decía que los días que tenía por delante serían duros e interminables.

—¿Y si fue la comida?

—Creo que fue más bien el sol, pero ya va a pasar.

Estaba recostada sobre las almohadas, observando el dosel de la cama sobre su cabeza en total inercia mientras Aneska se cambiaba de ropa con la ayuda de la doncella. Tras regresar del almuerzo en el jardín, la húngara la

había visto pálida y decaída sobre la cama, y se había preocupado por ella.

—Si quieres puedo llamar a tu amigo, el doctor Seymour —insistió.

—¡No!

La mención de Gabriel fue otro golpe en el rostro.

Había repasado aquel momento una y otra vez en su cabeza y había concluido que a él le había sacado de quicio su curiosidad injustificada, por no decir su fisgoneo.

—Está bien. Discúlpame —bromeó Aneska entre risas—. Estoy segura de que puedes arreglártelas sola con tus conocimientos de salud.

—No hace falta. Te aseguro que se me pasará.

—¿Puede traer polvos para el dolor de cabeza? —preguntó Aneska a la doncella. Esta asintió y se marchó en seguida para conseguirlos.

—Escucha, entiendo cómo te sientes. Los hombres son unos imbéciles.

—¿A qué te refieres?

—Escuché las bromas pesadas y las risas. No dejes que eso te quite la paz, Fanny —le dijo mientras terminaba de arreglarse el cabello por su cuenta—. Mientras más rápido hables con el duque más llevadero será esto.

—¿Ah, sí? ¿Eso crees? —preguntó solo para llevar la conversación porque a aquellas horas solo se le antojaba quedarse dormida y despertar en su cama en Londres.

—Sí. Necesitas un poco de confianza. Hoy vi cuando te le acercabas, pero entonces esos hombres vinieron a llevárselo. Debes seguir intentándolo y debes darte prisa porque puede que el duque se marche de Chatsworth en cualquier momento.

—¿Qué? ¿Por qué lo dices? —levantó medio cuerpo de la cama de un tirón.

—Por la guerra. Esta mañana recibí una carta de mi padre. Me contaba que hay mucha tensión en las colonias africanas.

—Entonces debo hacerlo pronto.

—Claro que debes.

Fanny se dejó caer de nuevo sobre la cama.

—¿Desde hace cuánto que lo conoces?

—¿A quién?

—Al doctor Seymour —le sonrió con picardía. Lo único que le faltaba—. Es evidente que lo habías visto antes de venir a Chatsworth.

—En Devonshire House.

—Es muy atractivo. Es el hombre más atractivo del lugar. Claro, después de Everett, quien, vale señalarlo, parece haber cambiado drásticamente su actitud hacia ti.

—Que imaginativa eres.

—¡Quién sabe! Pero algo me dice que podrías terminar el verano con una plaza para la universidad y un marido.

## Capítulo 7

Fanny se levantó inusualmente más temprano la mañana siguiente. Cuando bajó al comedor del desayuno, el cielo apenas se aclaraba. No solo tenía la intención de eludir a cualquier otro invitado, sino también la de coincidir con el duque, que según había escuchado, madrugaba y desayunaba al despuntar el alba. Aquella mañana podía presentarse la oportunidad que tanto había buscado.

Fue la primera en llegar a la mesa, comprobó con una punzada de decepción. La señorita Hutchinson le sirvió el desayuno y le informó que el duque había decidido quedarse en su dormitorio para desayunar a solas. Al cabo de unos minutos comprendió que, aunque Devonshire no bajaría a aquella hora, ella no iba a desayunar sin compañía.

La matrona de Bakewell entró al comedor con paso enérgico y laborioso, dando órdenes a diestra y siniestra, como si alguien le hubiera endilgado el rol de la mismísima duquesa. Lady Chichester tendría a lo sumo cincuenta y cinco años. Había enviudado hacía una década y por lo que Aneska le había referido, no se había vuelto a casar. Era una mujer alta y muy delgada, con los pómulos marcados y unos labios delgados y perennemente rectos que parecían evitar sonreír. El cabello, siempre abultado en un apretado rodete, era rubio ceniza, igual que sus cejas transparentes, inanimadas. Los ojos, de un azul pálido muy similar a los de su madre, miraban con un flemático juicio, como los de toda mujer a la que se le confía el rol de matrona.

—Lady Chichester —le saludó con calibrado entusiasmo—. Buenos días.

—Buenos días, querida —respondió ella, un tanto asombrada—. Es madrugadora. No sabe cuánto valoro eso en una persona.

—Sí.

—Ayer me extrañó no verle durante el té de la tarde —dijo mientras un lacayo le ayudaba a sentarse y otro le servía un poco de jugo de naranja recién exprimido—. La señorita von Vetsera dijo que se encontraba indispuesta.

—Así es, milady. Probablemente tomé demasiado sol y no estoy acostumbrada.

—Pobre —fue su hosca respuesta—. Se perdió de una magnífica interpretación al piano de mi hija, lady Ginny, que nos visitó brevemente. Es una joven verdaderamente excepcional, y no lo digo porque sea yo su madre, pero es una virtuosa de las que ya no abundan. Me he esmerado en forjarle un futuro; Dios sabe cuánto. Está comprometida con el duque de Sanburne.

¿No era el duque de Sanburne un hombre de al menos ochenta años?, pensó Fanny un tanto horrorizada, pero no se atrevió a mostrar el más mínimo gesto de desagrado.

—Mis congratulaciones, lady Chichester.

—Se lo agradezco... Y, ¿qué hay de usted, querida? —Quiso saber mientras untaba mantequilla sobre una tostada—. ¿Su madre ha pensado ya en una unión para usted? Ya va siendo hora, ¿no cree?

—Esa es una de las prioridades de mi madre —asintió afanosamente con la cabeza.

La joven sabía que una respuesta sincera atraería una polémica interminable y demasiado pesada para la hora del desayuno.

—Me alegro —le sonrió por primera vez, pero era una sonrisa insípida—. Mientras llegue ese momento, querida, lo más importante es cuidar de su reputación. La buena reputación de una dama es tan importante como el linaje o la belleza, ¿sabe? ¿Su institutriz se lo mencionó alguna vez?

—Muchas veces, milady.

—Bien, de cualquier manera, creo es hora de repasar algunos principios —hizo una pausa para masticar su desayuno. Fanny hizo lo mismo, aunque ya había decretado el desayuno una total ruina—. Por ejemplo, no es adecuado intimar con ciertos caballeros abiertamente disipados, aunque se esté bajo la observación de una respetable matrona. Usted debería saber a quién me refiero.

Fanny pensó en Gabriel y se estremeció al darse cuenta de cuán extendida era su fama de truhan. ¡Por el amor de Dios! ¿Qué era lo que había hecho? Lady Chichester había arrugado la nariz al mencionar la palabra «disipados».

—Me temo que no conozco las fechorías de los caballeros con los que he cruzado palabra desde que llegué a Chatsworth, milady.



—No necesita saberlas.

—Lamento si mi comportamiento no ha sido del todo aceptable. Le aseguro que si he cometido una falta no ha sido a conciencia —dijo para disipar el tema.

—No lo lamente, Fanny —le interrumpió la marquesa, observándola por encima del borde de su taza de té—. Usted es una joven muy inteligente, eso salta a la vista, pero es una mujer al fin. Somos criaturas débiles, en cierto modo, especialmente cuando se trata de sentimientos. Por favor, no se deje engeuecer por unos ojos bonitos y una labia estudiada. Ni siquiera deje que los parloteos sobre ciencia que tanto le apasionan se conviertan en carnada de conquista.

A falta de palabras lo bastante acertadas para responder a aquellos odiosos comentarios, Fanny optó por una gélida cortesía.

—Gracias por su consejo, milady.

Chichester debería soltarle aquellas advertencias a la mujer que era la devoción de Gabriel, es decir, a lady Melanie, y no a ella, la idiota ilusa a la que había echado a un lado.

—La señorita von Vetsera me ha dicho que solicitará al duque su ayuda para ser admitida en la Universidad de Cambridge —aquello sí que la trastocó; Fanny miró a Chichester con los ojos brotados y deseó poder tener a Aneska cerca para retorcerle el pescuezo—. No, no se altere. Entiendo que los tiempos cambian, no creí que tanto pero ¿quién soy yo para cuestionar el devenir del mundo moderno? —Dijo, aunque su gesto fue de intolerancia, e incluso de desdén—. De cualquier manera. Le deseo suerte, Stephanie. Que Dios le permita ver el camino correcto.

—Gracias, milady.

Fanny estaba demasiado enfadada como para salir al jardín, así que optó por regresar al dormitorio y escribir algunas cartas. Aneska dormía plácidamente, ajena al hecho de que su compañera deseaba fervientemente asfixiarla con una almohada. En lugar de ello, la joven se sentó al secreter y sacó los útiles de escrituras.

Tenía la mente convulsionada de preguntas y musarañas. Debía recordarse

que había venido a Chatsworth para tratar de demostrarle al duque que ella tenía lo que se necesitaba para entrar a Cambridge; que reunía el deseo, la vocación y el coraje idóneos para convertirse en médico y por ello precisaba de una oportunidad. Solamente una. Los enamoramientos no correspondidos por caballeros de mala fama no figuraban entre sus prioridades, así que se esforzó por olvidar las últimas palabras de Gabriel.

«Mantengamos la distancia».

—Por supuesto, solo tiene ojos para lady Melanie —dijo en voz alta, sin darse cuenta.

¿Y ella le tendría el mismo afecto?, se preguntó con resquemor. Aquella noche en el baile, la rubia y hermosa hija del duque le miraba como cordero degollado, y durante la comida al aire libre del día anterior parecía querer atravesar a Fanny con una pieza de cubertería, por el solo hecho de haber intercambiado algunas pocas palabras con él. Así que... era muy probable que sí. Puede que lady Melanie le correspondiera a Gabriel.

Fanny se preguntó cómo reaccionaría Devonshire si supiera que su hija más pequeña bebía los vientos por el graduando de peor reputación.

Descartó aquellos dolorosos pensamientos y comenzó a escribir. Primero a sus padres, luego a sus queridas amigas Harmony, Esther y Sally, y finalmente al doctor Travis. Esbozó una sonrisa nostálgica al cerrar el último sobre. Extrañaba su trabajo en el dispensario de Whitechapel y se preguntaba si los pacientes la extrañarían a ella. Al cabo de un momento dejó su habitación.

Tras entregar las cartas a un lacayo de la mansión para que fueran enviadas a la brevedad posible y pedir instrucciones, decidió darse una vuelta por la biblioteca, una estancia de Chatsworth que era objeto de los mejores comentarios de sus visitantes.

Llegada al templo del conocimiento que los Cavendish atesoraban, un grupillo de miradas voló desde las páginas de los libros hasta ella, que se había quedado de pie junto a la puerta. Tres estudiantes habían tenido la misma idea aquella mañana, pensó disgustada.

Se debatió entre terminar de entrar o darse la vuelta para buscar algún otro entretenimiento disponible; después de todo, estaba segura de que aquellos caballeros intelectuales y obstinados también le harían la guerra allí.

Pero entonces los miró mejor; parecían más intimidados que intimidantes.

Para variar, se dijo que actuaría como lo haría su amiga Sally Withfield en una situación similar. Enderezó la espalda, cerró la puerta con un sonido firme —que ponía un toque de dramatismo a su llegada— y caminó despreocupadamente por el lugar. Los tres muchachos le siguieron con los ojos; uno de ellos, incluso, dejó resbalar sus gafas por la nariz hasta que acertó a atraparlos en el aire antes de que cayeran al suelo.

Fanny esbozó una sonrisa y un «buenos días» que le fue respondido con torpes balbuceos. Rio para sus adentros, triunfal, antes de disponerse a rebuscar ociosamente entre las páginas de alguna novela o un tomo de medicina que no hubiera encontrado en las librerías.

La biblioteca era impresionante, digna de una mansión como Chatsworth House. Fanny se sintió abrumada por sus enormes dimensiones, la larga fila de estanterías de madera encerada a las que se tenía acceso a través de escaleras de hierro forjado y, desde luego, por la enorme cantidad de libros disponibles. El olor a cuero, tinta y papel la envolvió de inmediato.

Pasó un buen rato en la compañía de lord Byron y su *Childe Harold*. Se deleitó con otros clásicos que lograron elevar su ánimo. Llegada a la sección de ciencia, repasó con la vista una fila de volúmenes que se elevaba más arriba de su cabeza y echó un vistazo a la *Enciclopedia de Anatomía y Fisiología* de Robert Bentley Todd.

Más tarde se detuvo en un título que llamó especialmente su atención: *Un examen microscópico del suministro de aguas a los habitantes de Londres y de sus suburbios*, del doctor Arthur Hill Hassall.

El nombre de lord Everett y la discusión que habían protagonizado en la mesa hacía un par de noches acudieron rápidamente a su memoria. Cuánto deseaba poder restregarle aquel libro en las narices a aquel cretino arrogante y sacarlo de su error. Estaba claro que la fuente de la mayoría de las enfermedades que brotaban en las zonas más empobrecidas de la ciudad tenía su origen en el suministro de agua que, por desgracia, solía ser escaso e insalubre.

Se puso de puntillas para alcanzar el libro, pero apenas si podía rozar el lomo con los dedos. Hizo un esfuerzo más antes de optar por la escalera, pero fue en vano. Entonces, una mano salió de la nada, tomó el libro por ella y se lo

ofreció eficientemente. Fanny lo aceptó y agradeció el favor antes de descubrir una sonrisa malévolamente cerniéndose sobre ella. Había llamado al diablo con el pensamiento.

—¿En serio? ¿No tiene nada mejor que hacer en domingo que venir a la biblioteca?

Lord Everett lucía el cabello suelto y meticulosamente peinado. Olía a jabón y a esencia de romero e iba perfectamente afeitado. Su apariencia acicalada de las primeras horas de la mañana le favorecía especialmente, le hacía ver más joven... más apuesto.

Ataviado con una chaqueta color limón, camisa blanco prístino con un fino pañuelo anudado al cuello y pantalones crema, se veía impactante, reconoció ella: un atuendo de paseo que lo hacía lucir como un dandi consumado.

Fanny se condenó por haberlo mirado, porque estaba segura de que lo había hecho sin la indiferencia que le hubiera encantado mostrarle.

—Buenos días, lord Everett —le respondió molesta consigo misma.

—Me fascinan las mañanas de verano. Son especialmente hermosas. Vale la pena salir y contemplar esta —dijo apoyando la espalda contra las estanterías y cruzando los brazos sobre el pecho. A Fanny le disgustó que se pusiera tan cómodo cerca de ella, como si se dispusiera a quedarse un buen rato—. O montar a caballo, quizás...

—¿Y por qué no lo hace? —replicó con la vista puesta en otros títulos.

—Yo solo vine a dejar esto —tomó un libro de una mesa cercana y lo ubicó en la estantería. Luego soltó un suspiro que sonó más bien como una burla—. Sospecho que no está disfrutando mucho su estadía en Derbyshire.

—¿Qué le hace pensar eso? Si no he hecho más que recibir el calor y la amistad de todos los invitados. Ya me siento como en casa, de hecho.

Él suspiró.

—Quizá... yo los haya puesto un poco en su contra.

—Si así fuera no me sentiría sorprendida.

Se hizo un largo silencio en el que Fanny rogó para que se fuera y la dejara en paz. Aquel hombre le incomodaba de muchas maneras.

—Hay un pensamiento que me está rondando últimamente, y es que... empiezo a creer que quizá la he juzgado de forma equivocada —Fanny notó que le costaba decir aquello; de hecho su voz había adquirido un matiz reflexivo, pero ella no levantó los ojos del libro que estaba sosteniendo—. En cierto modo... comprendo su frustración.

—¿Qué quiere decir con eso?

Fanny levantó la vista del libro que había tomado y la fijó en un lord Everett que parecía estar viendo por primera vez. Se hizo un breve silencio.

—Mi padre jamás quiso que yo fuera médico —dijo él al cabo de un momento—. Decía que era un oficio sobrestimado. Su plan para mí y para mi hermano mayor era que siguiéramos la carrera diplomática, igual que él. Con el tonto de mi hermano lo conseguí, pero yo... yo hice lo que me vino en gana. Solicité mi ingreso en cada universidad del país, incluso en las menos prestigiosas, y en los hospitales; pero lord Rochfort, mi padre, se aseguró de que todos los cancilleres de aquí a Bélgica supieran que cualquier concesión a su malcriado y prepotente hijo sería tomada como una afrenta a Inglaterra.

—¿Está tratando de convencerme de que para usted ha sido más difícil...?

—No. Tan solo estoy diciéndole que estoy familiarizado con los baches que hay a lo largo de este camino, y que no lo he tenido todo al alcance de mi mano, como probablemente habrá imaginado.

¿Estaba diciendo él la verdad?

Fanny escrutó su rostro y descubrió en su expresión una firmeza implacable. No denotaba ni un gramo de vulnerabilidad ante lo que parecía haber sido una larga historia de tropiezos. Ello solo podía significar una cosa: que se envanecía por haber sorteado todos aquellos obstáculos y que se había hecho más fuerte, incluso rígido.

—Y supongo que eso le ha dado la autoridad moral para decidir quién merece la gracia de estudiar para ser médico y quién no.

—Algo así.

—¡Pues no tiene derecho! —gruñó apretando el libro que sostenía con las manos en garras—. Así como tampoco tiene derecho a poner en duda mi vocación o la aptitud de mi género.

—¿Por qué no ha conseguido entrar en Cambridge? —le miró con la cabeza ladeada—. He escuchado de su amistad con los duques de Waldegrave. Ellos podrían interceder por usted; su entrada a una prestigiosa universidad estaría garantizada con una sola palabra de Devlin...

—Oh, ¡por supuesto! —espetó sarcástica—. Y con ello me granjearía el respeto de los otros alumnos con la misma facilidad que ahora mismo. ¿Por qué no se me ocurrió antes?

—Si eso que dice es verdad, denota mucho carácter de su parte —desoyéndolo, Fanny recolocó los libros con rudeza en sus respectivos lugares—. Admito que su llegada a Chatsworth me ofendió, porque además de ayudar al viejo marqués de Piggott a desobstruir el conducto respiratorio no vi ningún mérito en su persona. Yo fui el mejor alumno de todo mi *college* y le aseguro que nadie me ayudó a alcanzar esa distinción. Todo lo que logrado ha sido a pulso y a contracorriente. Esta decisión de vida me ha costado la relación que tenía con mi familia y quizá también mi herencia. Le aseguro que cada estudiante que ha venido...

—Lo siento mucho —le interrumpió ella—, pero su situación de vida y todo el sacrificio que ha hecho para llegar adonde está no lo convierte en juez de...

—La invitación a Chatsworth House... y todo lo que implica es un privilegio sagrado, señorita Thorton. ¡Igual que la admisión en Cambridge!

—Lo de lord Piggott fue un golpe de suerte, es cierto —asintió apretando los dientes—. Pero yo me he esforzado por aprender tanto como usted. He trabajado por dos años, solo Dios sabe cuánto. ¿Y para qué? Usted al menos consiguió lo que quería, ¡es un distinguido graduado de Cambridge! Yo en cambio —hizo una pausa en la que vio venir las lágrimas, pero se esforzó desesperadamente en hacerlas retroceder—. Si no me han admitido en ninguna universidad es solo por el hecho de que soy mujer. ¡Eso no lo podré cambiar nunca!

Trató de dejar aquella conversación inacabada y salir lo antes posible de la biblioteca, pero lord Everett le bloqueó el paso a la salida. En aquel momento la estancia estaba vacía, por lo que ya no había necesidad de hablar en rudos susurros.

—Escúcheme —dijo él con solemnidad—. Como le he dicho al principio,

creo haberla juzgado muy duramente. No pretendo poner en tela de juicio su idoneidad para practicar la medicina. Si le hice creer eso, me retracto.

—Fue usted muy convincente en el invernadero. «La medicina es cosa de hombres», ¿no es verdad? —Le miró con dureza, una mirada que él sostuvo sin problemas—. ¿Qué más pensó de mí, lord Everett?

—¿Cómo dice?

—¿Qué otra impresión le causé la primera vez que me vio?

Él tragó saliva.

—Pensé que el verdadero motivo de su venida a Chatsworth era simplemente... hallar un marido aristócrata. Creí que fingía interés en el tema para cazar a un científico renombrado, a un lord, o como hizo su amiga... a un duque.

Ella abrió los ojos como platos al escuchar aquella clara y ofensiva alusión a Devonshire.

Devonshire, un hombre casado, con hijos y la edad suficiente para ser su padre.

—Lo siento —balbució el muchacho—, ahora no me...

—¿Cómo se atreve? —Rugió con la garganta constreñida por la ira y la amenaza las lágrimas anegando sus ojos—. ¿Por qué me hace esto? ¿Qué es lo que le he hecho? Si me cree tan inferior, ¿por qué no me ignora? ¿Por qué simplemente no se olvida de que existo?

El brillo en sus ojos verdes fue extraño, pero Fanny no se detuvo a pensar en eso. Hervía de indignación y furia.

—Oh. Maldición —le susurró él—. No llores, te lo ruego. No ha sido mi intención ofenderte. Tú me has preguntado y yo... No debí decir eso.

—Está bien —sollozó—. Usted gana. Me iré mañana de Derbyshire.

Ahora eran los ojos de lord Everett los que se abrían con la fiereza de su asombro.

—¡No! No te irás de aquí... Maldita sea, Fanny.

Sin escuchar aquellas palabras, Fanny abandonó la biblioteca con pasos fieros y raudos. Todo aquello la habría sobrepasado. El rechazo repentino de

Gabriel, las advertencias insidiosas de lady Chichester y ahora el hostigamiento de aquel joven que se creía con el derecho de cuestionar sus aspiraciones, sus sueños y hasta de dudar de su honor.

Quizá sí había sido un error aceptar aquella invitación, quizá debería ser capaz de entender, incluso más que el duque de Devonshire, que el privilegio de Chatsworth House estaba fuera del alcance de una aspirante con suerte. Había que hacer algo más que ayudarlo a un anciano a expulsar una uva por la boca para ganarse un lugar.

—¡Fanny, espera! —la llamó el joven, que no le perdía pisada.

Su carrera desesperada la llevó hasta un estrecho corredor decorado con bustos de mármol y jarrones que habían de ser más costosos que toda su casa. De los muros color verde pendían retratos del clan Cavendish, seguramente pintados por afamados artistas.

Al final de aquel camino apareció una figura alta y morena que la instó a frenar sus pasos hasta que se detuvo completamente, a un palmo de distancia de él.

—Fanny, ¿qué ocurre? —el rostro de Gabriel era de asombro y preocupación cuando se acercó a ella, escrutándola, como si así pudiese dar con el motivo de su inquietud—. ¿Qué...?

Ella no dijo nada, pero era consciente su semblante abatido y de la respiración acelerada. Aquel momento, cuando se sentía humillada y vulnerable, era en definitiva el peor para encontrárselo. No deseaba su lástima, su consuelo ni su preocupación caballero después de aquella muestra de desdén en el jardín, así que se secó las lágrimas y apartó la vista. Maldijo en silencio.

Pero entonces, Gabriel levantó la vista de su rostro y la centró más allá de sus espaldas, en un punto ubicado detrás de ella. Lo que fuera que estuviera observando transformó su expresión hasta lograr aflorar en él una rabia feroz.

—¿Qué fue lo que le hiciste?

—No le hice nada —respondió lord Everett con el mismo matiz ponzoñoso.

—¿Qué le dijiste entonces, hijo de puta presuntuoso?

—¿Por qué no te largas, Seymour? ¡Esto no es asunto tuyo! —masculló el



otro y después dirigió una mirada suavizada a ella—. Fanny, te aseguro que estoy arrepentido por la forma cómo me he comportado contigo. Te ofrezco una disculpa... y mi amistad.

Ella guardó silencio. No se molestó en preguntarse si creía una palabra de aquel discurso; solo sabía que no estaba interesada en la amistad de alguien como lord Everett Sinclair.

Gabriel gruñó, pero solo ella estaba tan cerca como para escucharlo. Apenas fue consciente de su movimiento veloz. En un solo paso se plantó frente a Everett, sujetándolo ferozmente por las solapas de la lujosa chaqueta. Aunque el rubio era más alto, Gabriel parecía más fuerte.

—Si te le vuelves a acercar —le amenazó apretando los dientes con fiereza—, te juro que no me importará que me echen a patadas a cambio del placer de romperte el cráneo.

Everett le dedicó una mirada gélida.

—Inténtalo, y quizá seas tú quien regrese a Londres en varias piezas.

—¡Por el amor de Dios! —susurró Fanny horrorizada—. Déjenlo en este instante... Si alguien llega a escucharles...

Pero ellos parecían no ser conscientes de su presencia.

—¿Quieres vengarte por lo que sucedió en la carrera? ¿Es eso?

—No me molestaría hacerte tragar tierra por la humillación que nos has hecho pasar con tus malditos vicios. Pero en este momento solo quiero hablar con Fanny.

—Ella no desea hablar contigo.

—Eso lo quiero escuchar de su boca.

Everett se lo quitó de encima de un empujón. Gabriel trastabilló hasta estampar la espalda contra uno de los muros, con lo que uno de los cuadros terminó en el suelo. Hizo amago de devolverle el golpe, pero Fanny se impuso con un rudo susurro y lo detuvo.

—¡Basta los dos! ¿Qué es lo que se proponen? —Ambos le observaron y, en ese momento, la furia que los poseía pareció aplacarse, gracias al cielo—. ¡Los echarán a ambos si insisten en actuar como bestias!

—Fanny...

—¡No quiero escucharlos!

—¡Madre de Dios!, ¿qué le ha ocurrido al retrato del primer duque?

Horrorizada, la joven se volvió para mirar al ama de llaves, que apareció como un espectro al fondo del corredor. Hutchinson corrió angustiada hasta el cuadro y lo recogió con el esmero de una madre cuyo hijo pequeño se hubiera caído jugando.

Mientras tanto, los nervios atenazaban la garganta de Fanny, que podía imaginar las graves consecuencias de hallarse inmersa en un conato de pelea entre caballeros.

—Fue un accidente, señora... —dijo lord Everett.

—Sí —convino Gabriel, que mostraba una tranquilidad que rayaba en la desvergüenza—. Mi amigo tenía curiosidad por saber si había alguna inscripción secreta tras el cuadro. Es una costumbre estúpida que no logra quitarse —soltó una risita insidiosa—. Y, bueno... Creo que no calculó bien el peso y... En fin. Estoy seguro de que lo siente, ¿no es así, Sinclair?

El aludido le echó una mirada venenosa, pero no tenía más alternativa que seguirle el juego.

—Mil disculpas por el inconveniente. No se repetirá.

—La buena de la señorita Thorton no hacía más que sermonearnos por la travesura —continuó aquel descarado mentiroso con una diabólica sonrisa—. La hemos apodado la guardiana del tesoro de los Cavendish.

Fanny tenía los ojos clavados en la alfombra y las manos estrujándose la una a la otra. Rogaba mentalmente para que Hutchinson se creyera aquella estúpida mentira y no mencionara el bochornoso hecho al duque o a lady Chichester.

—Por supuesto —el ama de llaves esbozó una sonrisa agria y artificial tras poner el cuadro en su lugar—. Jóvenes, les ruego que sean más cuidadosos con la propiedad privada. No queremos romper nada, ¿verdad?

—Descuide —suspiró lord Everett.

—Con permiso.

Mientras miraba hacia otro lado, Fanny descubrió unos piecitos inquietos que asomaban junto a una columna, al fondo del corredor. Elevó la mirada con interés. Los pies pertenecían a un niño pelirrojo, no mayor de siete años, de rostro rubicundo y angelical, que a su vez le miraba con curiosidad. El niño le sonrió, y aunque Fanny deseaba devolverle la sonrisa, estaba muy turbada en aquel momento como para intentarlo.

Hutchinson se marchó de allí murmurando algo sobre hacer el triste papel de nana, además del de mucama de hotel. El niño le tomó de la mano y le siguió hasta que ambos se perdieron. Entonces la joven presumió que se trataba de su hijo.

Suspiró cuando comprendió que el ama de llaves había creído la mentira.

—No se dio cuenta —susurró Gabriel mirándola con dulzura, una expresión completamente opuesta a la que acaba de mostrar delante de la empleada.

Era un actor consumado, pensó mientras le observaba asombrada y aterrada. No tenía idea de cómo lo hacía pero, ¡válgame Dios! ¡Qué bueno era mintiendo y fingiendo! Tenía el don de embaucar y envolver a la gente; de ser brillante y disipado; encantador y correcto; arrogante y modesto. Todo de acuerdo a sus antojos.

Ahora lo entendía. Él usaba una máscara.

—Lo siento mucho, Fanny —se disculpó lord Everett.

Ella asintió. Que no creyera aquel hombre que ella iba a marcharse de Chatsworth con las manos vacías. Miró a aquellos dos caballeros y se dijo que se mantendría alejada de ellos todo lo que fuera posible mientras durara aquella visita. Especialmente de Gabriel Seymour.

Se marchó de allí sin decir una palabra.

Gabriel suspiró mientras veía a Fanny alejarse a toda prisa.

En ningún otro momento había sentido más odio hacia aquella maldita propiedad y todo lo que había en ella, una propiedad que parecía más pequeña de lo que había anticipado. Cómo deseaba que todo acabara ya. Cuánto anhelaba poder hacer lo que debía y luego marcharse victorioso; llevar su

trofeo a casa, entregarlo al fin y retomar la vida que había dejado inconclusa por demasiado tiempo.

El problema era ella, que había aparecido en el momento menos indicado, y aunque Gabriel había decidido mantenerse alejado, sus caminos seguían cruzándose obstinadamente.

—No me digas que... —Sinclair interrumpió sus cavilaciones con una risotada escéptica—. No pensarás contaminarla con tus cortejos, ¿verdad, Seymour? —Gabriel le miró furioso—. Ni siquiera lo pienses, grandísimo idiota. Es demasiado buena para ti.

—Lo sé. Pero aun puedo matarte si te le acercas tú.

—No puedes evitar que yo la pretenda. Le convendría desde todo punto de vista si pusiera mis ojos sobre ella —Gabriel taladró con la mirada a su odioso compañero de regata—. Podría hacer que la admitieran en *Trinity College*. ¿No es eso lo que ella tanto desea?

El otro resopló, divertido.

—¿Quieres que ella te tome en serio o que te deba un favor? Eres patético.

—Me tiene sin cuidado lo que creas.

—Estoy hablando en serio, Sinclair. No la molestes o no tendré compasión contigo.

—Sí, sé que eres bueno con los puños —masculló el rubio con desprecio—, pero yo soy bueno con la pistola. No sería el primer duelo clandestino en Chatsworth. ¿Conoces la historia del conde de Windham y su esposa ligera de cascos?

Gabriel achicó los ojos, lanzando una dura mirada a su oponente.

—Ojalá fueras capaz de cumplir la mitad de tus amenazas, zoquete.

—Cumpliré esta si insistes en atravesarte entre la señorita Thorton y yo.

—¿Cómo es que un día la desprecias y al otro te encaprichas con ella? ¿No la llamaste «arribista» no bien supiste que venía a Chatsworth?

Sinclair elevó el mentón, orgulloso.

—Eso fue antes de conocerla mejor. De hecho, me parece una joven de lo más atractiva e inteligente. Dos cualidades que difícilmente coinciden en una

mujer. Creo que sería la digna esposa de un médico. ¿No te parece?

Gabriel se echó a reír, pero no era una risa divertida sino amarga.

—Ten en cuenta que te lo advertí.

Abandonó el corredor ardiendo de rabia, pero sobre todo de impotencia, porque él no podía pelear por ella.

No tenía ningún derecho.

## Capítulo 8

Por fortuna, los días que siguieron lograron animar a Fanny. Un aluvión de visitas de lo más refrescantes comenzó a arribar a la mansión para sacarla de su tedio. Notables científicos, renombrados escritores; gente valiosa e interesante de la que podía aprender un montón de cosas llegó para compartir gentilmente sus más recientes trabajos, hablar de ciencia o simplemente disfrutar de Chatsworth House.

La primera visita oficial fue la del laureado William Bowman, presidente de la Sociedad Oftalmológica del Reino Unido, y uno de los médicos más admirados del país. Como Devonshire había dejado el condado para atender asuntos de emergencia en Londres, los encargados de recibir al médico habían sido Gabriel y lord Everett. Fanny se atrevió a romper el protocolo y se acercó para saludar al recién llegado; también para asegurarse de que aquellos dos no terminaran incomodando al invitado con sus ridículas peleas.

Resultó que al final solo lord Everett había cumplido la tarea de anfitrión. Gabriel ni siquiera se había dignado a dar la cara aquel día. Fue entonces cuando Fanny comprendió que el único sentimiento que uno podía cosechar con Gabriel Seymour era la decepción.

Lord Everett, por el contrario, se comportó especialmente amable con Fanny, y en lugar de ridiculizarla frente al invitado, como ella habría esperado, la presentó como una «talentosa aspirante», lo que complació al médico. Ella, por su parte, observó a Everett agradecida.

Bowman era un hombre vivaracho y genial; bromeaba todo el tiempo y se detenía a admirar cada detalle de la casa con la capacidad de asombro de un niño pequeño. No le avergonzaba preguntar por cada pieza de arte y cada objeto a su alrededor.

Después de almorzar con Fanny y lord Everett, Bowman tuvo la amabilidad de brindar una pequeña conferencia al grupo sobre su experiencia como médico, los altibajos de su carrera, sus anécdotas y los trabajos más representativos. Fanny estaba fascinada, escuchando en primera fila. A su lado, Aneska y junto a ella, lord Everett, parecían emocionados con tan valiosa visita.

Por un momento, Fanny deseó que Gabriel estuviera allí; de hecho, esperó a que él apareciera en cualquier momento, pero no fue así.

Después de una succulenta cena y un mensaje tan alentador, obsequiado por un médico al que tanto admiraba, la joven se fue a la cama aquella noche con un renovado deseo de ingresar a la universidad, aunque no podía negar que le entristecía la partida del duque, pues ello la alejaba de la posibilidad de cumplir su gran objetivo.

—¿Qué pena que no estuvo, ¿verdad? —comentó Aneska esa noche un segundo después de apagar la lámpara de mesa, y dejar toda la habitación sumida en sombras.

—Ya lo creo —suspiró mientras se arrebujaba en la cama—. Espero que todo en Londres esté bien. Detesto la guerra, y detestaría igual si el duque no regresa antes de poder hablar con él.

—Regresará. Pero no estaba hablando del duque sino del señor Seymour —Fanny se tensó pues, había percibido cierta picardía en la voz de la húngara—. Uno de los dos únicos médicos presentes no debería permitirse faltar a una charla tan maravillosa.

—Supongo que algo se lo impidió. Si yo fuera él estaría muy decepcionada.

—Qué hombre tan extraño —reflexionó—. ¿Tienes alguna idea de por qué actúa como si no fuera consciente de que Chatsworth es el primer paso para tener una carrera exitosa?

—¿Por qué habría de saberlo yo? No hemos tenido más que un par de charlas amistosas.

—Lady Chichester dice que es un zorro hambriento en el gallinero y que una gallina se perderá de un momento a otro —soltó una risita que dejó a Fanny helada—. Todas las damas en esta mansión hemos recibido un sermón para mantenerlos fuera de su alcance, y supongo que tú también. Me atrevería a adivinar que incluso las criadas han sido advertidas.

—Descuida —fingió un bostezo—. El señor Seymour necesita salir de su cueva para poder seducir a una mujer, y eso no sucede muy a menudo, según parece.

—Es muy guapo. No tanto como Everett, pero hay algo en él que atrae sin remedio a una mujer —la voz de Aneska era profunda y reflexiva. En ella no

había lugar para la mera frivolidad. Fanny la escuchaba con respeto pues, entendía que la agudeza de la estudiante de filosofía le permitía leer a las personas de un modo muy particular—. No creo que precise de grandes esfuerzos como salir de su cueva. Su conducta es del tipo que atrae a las mujeres como moscas a la miel. Aunque... apostarí a que esa no es su intención.

—¿Y cuál podría ser su intención?

—Bien... —la muchacha se incorporó como un resorte ante la tentativa de hacer lo que más le apasionaba: analizar a las personas—. Parece sentirse cómodo escandalizando a todo el mundo con una conducta desdeñosa y reprobable. Ha de ser consciente. Es decir, alguien que practica la medicina y se gana un lugar en este «santuario» de mentes privilegiadas no puede ser un mediocre, ni un chapucero. No se puede ser un alumno brillante de Cambridge y un odioso ermitaño, irrespetuoso y maleducado casi con cualquiera que se le acerque. Si el problema es que desprecia la compañía disponible ni siquiera se hubiera tomado la molestia de venir.

—¿No es una ofensa rechazar una invitación a Chatsworth?

—¡Claro que no! El duque de Waldegrave rechaza la invitación cada año, y él y Devonshire son amigos desde hace mucho tiempo.

Fanny se sintió tonta por haber dejado escapar este hecho. Harmony se lo había mencionado, por supuesto. ¿Por qué entonces había creído tan fácilmente a Gabriel cuando le aseguró que ofendería a Devonshire si declinaba la invitación a su finca?

—Es como si su único objetivo fuera ganarse con creces el desprecio de todos —acertó a susurrar.

—Creo que Gabriel Seymour está buscando algo, Fanny —zanjó Aneska—. Vino por una razón, y no es precisamente escuchar a Bowman o a ninguna lumbrera, ni siquiera para hacer contactos porque se comporta como un idiota, y no lo hace para agradar al duque porque ni siquiera se deja ver.

Fanny se quedó pensativa y Aneska había vuelto a arrebujarse sobre su cama.

—Por otro lado, estoy contenta de que el duque se haya llevado a su horrible hija a Londres. Si escuchaba otra babosada más sobre frenología y la



predominancia de la inteligencia del hombre blanco durante el té... juro que iba a golpearla con un plato en la cara.

—¿Crees que el duque se la haya llevado por recomendación de lady Chichester? Es decir, ¿para mantenerla a salvo del «zorro al acecho»?

—No, Fanny. ¿Es que no lo sabes?

—¿Saber qué?

—Lady Melanie se comprometerá muy pronto con el marqués de Walrond, por ello su madre se quedó en Londres. Supongo que estaba preparando el terreno.

—Lo ignoraba por completo.

—Te has perdido de los chismorreos —le dijo entre risitas mientras ella aun intentaba digerir aquella pieza de información—. De cualquier forma, ¿a quién le importa? Ahora *lady Cráneo* será problema de Walrond. Por todos los cielos, le deseo buena suerte al pobre hombre que despose a esa presumida. Que Dios se apiade de su alma. ¡Buenas noches, Fanny!

—Buenas noches, Aneska.

Fanny leyó con avidez las cartas que habían llegado para ella esa misma mañana. Su padre, siempre incondicional, le pedía que disfrutara de aquellas exclusivas vacaciones sin importar si lograba o no su cometido. Su madre, en cambio, se interesaba más por los prospectos con los que se hubiera topado en su estadía en Chatsworth.

Luego de tomarse el tiempo para responder cada una y entregar las respuestas al lacayo de la mansión para que las pusiera en manos del cartero, decidió darse una vuelta por la biblioteca.

Su sorpresa fue del cielo a la tierra cuando abrió la puerta y descubrió que tenía compañía.

—Excelencia —hizo una rápida genuflexión en la presencia del duque de Devonshire, que se hallaba ligeramente inclinado sobre un mesón. Una expresión meditabunda, rayana en la preocupación, poblaba sus atractivas y maduras facciones—. No sabía que había vuelto. Me disculpo por la intromisión...

—No, querida... No hay cuidado. Entre, por favor.

La muchacha le tomó la palabra.

Sencillamente no podía creer su suerte. Había pasado días enteros clamando al cielo por una audiencia privada con el canciller de la Universidad de Cambridge, y ese momento había llegado por pura fortuna.

—Creí que todos habían ido a montar. ¿No le agrada cabalgar, señorita Thorton?

—Desde luego, pero no podía esperar para leer mi correspondencia y responderla, señor —dijo mientras devolvía a su lugar el libro que había tomado prestado—. Mis padres están ansiosos por saber todo lo que pueda contarles sobre Chatsworth House, y aunque he hecho un esfuerzo por describir esta maravilla temo reconocer que me he quedado corta.

Devonshire rio.

—Este lugar me cuesta una fortuna al año, pero mientras mis visitantes se maravillan como usted valdrá la pena cada penique. ¿Debo entender que está disfrutando de su estadía?

—Muchísimo. Una vez más, gracias por tomarme en cuenta.

Él hizo una pequeña reverencia.

—Ha demostrado ser una joven con voz y argumentos. Se ha ganado un lugar aquí, como cualquier alumno, lo quieran sus detractores o no —la joven rio, y hasta se sonrojó un poco—. Además de eso, lo que hizo por Piggott no fue poca cosa. El viejo no deja de contar el suceso a todo aquel que le visita en Devonshire House.

—Espero que todo esté bien en Londres. Lo digo por su salida tan repentina.

Devonshire suspiró.

—El problema no es Londres, querida —masculló—. Dios nos libre. Mira el mapa.

Fanny hizo lo que el duque le pidió. Se acercó al mesón donde él había estado inclinado y meditabundo hacía tan solo un instante; allí se hallaba desplegado un enorme mapa de pergamino del continente africano. Reconoció con facilidad las naciones que había estudiado junto a la señorita Andersen en

las clases de geografía, las mismas que Harmony interrumpía a cada momento para contar alguna hazaña de su heroína y autora favorita, la señora Ida Pfeiffer, que había recorrido algunos de aquellos territorios por el mero deseo de aventura.

Notó que algunas regiones en el mapa estaban remarcadas en carbón negro con símbolos que los militares solían utilizar para señalar sus blancos. Jartum, Tokar, Omdurmán...

—*El Obeid* —leyó ladeando la cabeza.

—El Obeid es una pequeña ciudad amurallada en el centro de Sudán. Ya sabes que tenemos un protectorado muy bien administrado por Egipto —Fanny asintió apenas despegando la vista del pergamino—. Desde hace poco más de un año El Obeid es la meca de los rebeldes que desafían la presencia británica, musulmanes y extremistas que rechazan cualquier intromisión de occidente. En una expedición pasada atacaron a una compañía a las afueras de la ciudad, los sorprendieron y masacraron —suspiró con pesar—. Fue espantoso. Cuatro mil soldados, y solo uno logró salir con vida. Se llevaron las armas, y de ser un montón de sediciosos descalzos y hambrientos pasaron a conformar un pequeño ejército con nuestros rifles, municiones y uniformes.

—Se han hecho más fuertes... —musitó ella.

—Nuestros informantes revelan que desde entonces el ejército *madhista* —así se les conoce en honor a su líder, el Madhi—, ha logrado reunir y entrenar a cuarenta mil hombres en tácticas militares —Fanny le miró horrorizada—. Están dispuestos a hacer frente a los británicos. Los egipcios están tensos; no están seguros si podrán armar y alimentar a miles de soldados cuando ya tienen bastantes problemas económicos. El parlamento está deliberando cuál debe ser la respuesta de Inglaterra.

—Irás a la guerra —aventuró la joven.

—Es una posibilidad, señorita Thorton —Devonshire se cruzó de brazos—. Pero hay que evaluar muchas variables. No es una decisión sencilla enviar a veinte o treinta mil hombres a la batalla. No todos los políticos son tan inescrupulosos...

—En eso estaba pensando cuando entré —intentó adivinar—. Estaba tomando una decisión personal.

—Algunos diputados son partidarios de abrir fuego sin demora... Gladstone y yo, en cambio, preferimos enviar una delegación diplomática y tratar de arreglar esto como gente civilizada —hizo una pausa muy significativa. Fanny achicó los ojos y lo observó con creciente atención. Devonshire era un hombre justo, sensible, si cabía. Ello no era una cualidad muy atribuible a hombres tan poderosos. Devlin, el marido de su amiga, también era un ejemplo—. Las palabras a veces son más poderosas que las balas. Incluso pedir perdón a tiempo es un acto que podría salvar una vida.

*¿Pedir perdón? ¿Había oído bien?*

La joven no perdió detalle del rostro aquejado del duque, que había entrado en una especie de trance de nostalgia evidente. Se quedó inmóvil, con los ojos posados más allá de la ventana, en un horizonte que quizá solo era visible a sus propios ojos. Un horizonte que evocaba un pasado que continuaba azotando su presente.

Sintió pena por él. Quizá no fueran más que ideas suyas, pero el duque de Devonshire estaba profundamente afligido; penaba por algo que nada tenía que ver con los conflictos bélicos de Inglaterra.

—Lo siento, querida —sacudió la cabeza y rio, como si nada hubiera pasado—. Creo que estoy cansado de tanto darle vueltas al asunto.

—Me apena mucho esto, excelencia. Espero que no haya necesidad de enviar a nadie al frente y que todo se resuelva con un esfuerzo diplomático.

—Yo también lo espero —terminó de deshacerse del semblante luctuoso mientras enrollaba el mapa y lo ponía en una pila de papeles—. Pero no ha sido un mal viaje. En Londres, Melanie y yo pasamos un agradable momento entre padre e hija, a propósito de su compromiso. Supongo que está enterada de que muy pronto se unirá en matrimonio al marqués de Walrond.

—Es una gran noticia. Felicidades.

—Mi pequeña Melanie es mi más grande tesoro —sonrió dejando entrever sus arrugas—. No creí que tuviera de dejarla ir antes que a sus hermanos. Eso también ha contribuido para afligirme, lo confieso.

—Pero señor, ¿no es eso parte de la vida? —dijo ella con la intención de animarlo—. Los hijos levantan el vuelo, comienzan una nueva vida...

Ojalá hubiera podido decir algo bueno sobre lady Melanie, pero Fanny

estaba muy lejos de conocerla bien y lo poco que sabía de ella no era muy favorecedor. Pero si Gabriel había puesto sus ojos en ella, algo bueno debía de tener... algo además de una belleza envidiable. De pronto se preguntó si él conocía la noticia del compromiso.

—Melanie es muy joven aun, y aunque está determinada a demostrar lo contrario, es inmadura e ingenua. Su madre es quien ha insistido en este asunto; está convencida de que nada moldea mejor el carácter de una mujer que el matrimonio —dijo con escasa certeza. Luego le miró con seriedad—. Usted no está aquí porque le haya salvado la vida a lord Piggott, Fanny. No tengo que conocerle demasiado para saber que es una de las jóvenes damas más listas que he conocido en mucho tiempo. ¿Qué es lo que opina al respecto?

—Señor, yo... —Fanny estaba aturdida ante semejante distinción. No se lo esperaba en lo absoluto—. Me siento honrada. Mi opinión es que lady Melanie debe vivir y encontrarse.

—Entonces, ¿el matrimonio es una mala idea?

Fue entonces cuando Fanny comprendió que su consejo podría dejar a lady Melanie libre para ir por Gabriel. Aquello le enfadó y le asustó, pero no tanto como la sola idea de que seguía prendada del médico, pese a sus constantes desplantes.

Por Gabriel era capaz de mentirle al duque de Devonshire y convencerlo de que entregara a su hija al mejor postor... Y se odiaba por ello.

—No estoy diciendo eso, excelencia —le costó pronunciar aquellas palabras—. El matrimonio puede ser una opción bastante adecuada para su hija. Si usted aprueba al caballero, si considera que cuenta con la flexibilidad y el buen carácter que se necesita para dejar ser a lady Melanie, estoy segura de que ella podría llegar a ser feliz. Y entonces madurará como usted lo espera.

En su fuero interno, Fanny se preguntó si aquello al menos tenía sentido. Había sido la estupidez más grande que hubiera salido de su boca; tenía ganas de golpearse la cabeza con algún objeto pesado y quizá de hablar por un mes.

Y todo era culpa de ese odioso de Gabriel Seymour y la obsesión sin sentido que albergaba por él. Gracias al cielo que él no le hacía el menor caso.

Que Dios misericordioso la ayudara...

El duque pareció tomarse unos segundos para digerir su torpe consejo y, por suerte, al final asintió conforme.

—Walrond vendrá a casa para el baile de despedida. Se anunciará oficialmente el compromiso esa misma noche después de la cena. Muchas gracias por escucharme, señorita Thorton. Ha sido un verdadero placer contar con un oído como el suyo.

Devonshire caminó hasta la puerta hasta que Fanny le llamó con la voz ahogada, al ser consciente de que su oportunidad de hablar con él sobre aquel asunto pendiente estaba ante sus ojos. No iba a desperdiciarla esta vez.

—Señor, yo... yo quería hablarle de un asunto personal, si no tiene mucha prisa.

—¿Qué sucede, señorita Thorton?

Tomó una gran bocanada de aire.

—Aprecio que me tenga en tan alta estima, excelencia. Y deseo hacerle saber que... mi deseo más grande es curar, salvar vidas. Deseo estudiar —la reacción de Devonshire a su comentario fue de ligero asombro, pero también de gentil interés—. Estoy preparada para estudiar; tengo la vocación, el deseo, la experiencia más elemental para conseguirlo... Solo le pido una oportunidad de demostrar de lo que soy capaz. Por favor, excelencia.

—Ya veo. Entonces, que no se diga más —Fanny abrió los ojos desmesuradamente. ¿Lo había conseguido al fin?—. Usted ha demostrado ser digna de una educación del más alto nivel. Esta misma tarde escribiré al director del Hospital St. Bartholomew con una elocuente recomendación para usted. Cuento con mi patrocinio para comenzar su carrera como enfermera.

El duque elevó las comisuras de sus labios, un gesto que ella se vio obligada a repetir, aunque para sus adentros la decepción amenazaba con engullirla.

«¿Eso era todo, entonces?», se preguntó Fanny mientras vagaba por los corredores de Chatsworth House con las últimas palabras del duque resonando en su mente.

Sin darse cuenta, sus pies la llevaron hasta una estancia de la mansión que nunca antes había recorrido; un lugar en donde, en otras circunstancias, le hubiera gustado detenerse a leer o simplemente a pensar. Los ventanales eran altos, de cristal esmerilado con bordes de pan de oro, adornados con pesadas cortinas de terciopelo rojo.

Desde aquel majestuoso palco, las vistas hacia el jardín frontal eran amplias y espectaculares. Los verdes páramos de Derbyshire, salpicados de animales pastando en la distancia e interminables brotes de árboles, se podían apreciar en toda su gloria. El cielo de verano, profundamente azul, estaba adornado de nubes blancas como la espuma y un par de aves lo surcaban con sus apacibles vuelos.

Mirando aquel sobrecogedor paisaje, Fanny se preguntó si su destino era ser una enfermera. Las cosas suceden por alguna razón, solía decir su madre. Los planes de Dios prevalecen sobre los del hombre con la misma facilidad con la que la corriente arrastra consigo a los peces, o de la misma forma que la luna influencia las mareas.

No deberían importarle los títulos, los grados y el estatus si su verdadero propósito era curar personas, salvar vidas, servir a los enfermos y a los sanos... pero sí le importaba. Fanny sabía que como doctora podría ir mucho más lejos. Podría aprender más y no solo limitarse a brindar cuidados paliativos a un paciente. Deseaba dejar un legado y ya no le importaba si aquello podía considerarse vanidad o no.

La decepción le había abierto un hoyo en pecho; un hoyo que se hacía más y más profundo con cada paso que daba. Aun así, se dijo que si aquel era su destino, lo tomaría con humildad y gratitud. Quizá luego encontraría el camino que desde siempre había querido recorrer.

Más adelante, en algún tramo del mismo corredor, divisó unas puertas francesas dobles; una de ella estaba entreabierta. Caminó hasta el lugar, movida por una impetuosa curiosidad, y echó un vistazo al interior. Se encontró de frente con un hatajo de cuerpos de mármol, cuya piel brillaba a la luz de una gigantesca araña, en una habitación amplia y gris. Con un respingo de asombro, Fanny se dio cuenta de que había llegado al museo de esculturas del duque.

Chatsworth House albergaba una gigantesca colección de arte de todos los periodos de la historia. El rico acervo de la familia Cavendish abarcaba

pinturas y esculturas de afamados artistas; manuscritos, documentos y libros de incalculable valor histórico. Todos estos objetos formaban parte de la historia de Inglaterra y pertenecían a un solo hombre, que a su vez adoraba compartirlo con el mundo.

Fanny ingresó en la silenciosa sala, dispuesta a distraerse un momento, y cerró la puerta tras de sí.

La visión de aquellas obras que solo había visto esbozadas en los libros o en fotografías le hizo sentir maravillada. Las formas humanas eran exquisitas, precisas y realistas, como el de un hombre —un soldado griego, suponía—, tumbado en el suelo. Su mirada pálida se elevaba al cielo, como en una plegaria.

Mientras observaba absorta aquella imponente figura, una imagen mucho más vívida surgió de entre los cuerpos de mármol.

Fanny se paralizó al ver a Gabriel, de pie junto a un magnífico busto, evocando la misma expresión fría y distante. Los desagradables acontecimientos que habían tenido lugar entre ellos acudieron a su mente, con lo que experimentó cierto resquemor.

—Doctor Seymour.

Él sonrió ante la formalidad del saludo, abandonando su pose rígida. Parecía, además de divertido, complacido por aquel encuentro casual en una mansión tan gigantesca. Fanny descartó cualquier gentileza en su gesto pues, varios días atrás había cortado de raíz el más mínimo brote de amistad. Y ella, a pesar de su tristeza, terminó por pensar que había sido una decisión acertada.

—Hola... señorita Thorton —musitó—. Interesante que hayamos tenido la misma idea en esta mañana. Estaba apreciando la belleza del trabajo de Monti y de Canova —con sus finos dedos acarició la pétrea columna de una virgen vestal, haciendo que Fanny se estremeciera ligeramente, para su desgracia—. ¿No es todo esto maravilloso?

—Así es —convino ella con estudiada distancia—. El arte es un regalo para solazarse, pero decididamente prefiero la compañía humana.

Ambos comenzaron a vagar entre las esculturas con actitud apreciativa, pero plenamente conscientes de la presencia del otro.



—La soledad es una buena consejera cuando se trata de aclarar las ideas —dijo él con suavidad, sin mirarla—. La compañía humana también es un regalo, no lo pongo en duda, pero solo cuando es lo suficientemente estimulante. Por desgracia, no es algo que abunde en Chatsworth House en este momento. No para mí, naturalmente —Fanny no pudo evitar sentirse herida. Él no apreciaba su compañía—. No me creas un ermitaño, porque no lo soy.

—Debe suponer un gran incordio para usted vivir bajo el mismo techo que otras personas que no son de su agrado.

—No tiene idea —le dedicó una mirada de hielo por detrás de las alas alabastrinas de un ángel.

Fanny encaró aquella mirada y por un segundo odió que fuera tan hermoso, que tuviera aquel poder sobre ella. Después de sus desplantes, cualquier otra mujer le habría evitado con cierto éxito, pero ella seguía irremediablemente atraída, como una polilla danzante sobre una bombilla de luz. Pensó en Aneska y en su teoría de las mujeres que preferían a los hombres rebeldes y atormentados, porque éstos presentaban el nada despreciable reto de liberarles de cualquiera que fuera la razón de su sufrimiento a través del afecto. Fanny se reconoció tristemente como ese tipo de mujer.

Intentó concentrarse en un busto con el que se había topado de frente: el Napoleón de Canova.

—En ocasiones me pregunto si alguien como usted tiene amigos —continuó, apartando su mirada del busto—. Si su carácter indescifrable y huraño se lo permite.

—No tengo demasiados amigos. No los necesito.

—Ningún hombre es una isla —Fanny se paseó entre las formas de mármol, bellamente trabajadas, sin verlas realmente—. ¿No aprecia usted el valor de la amistad?

—No dije que no necesitara de ningún amigo. Solo he dicho que no necesito demasiados.

—Y yo solo quería saber si tenía al menos uno.

—Desde luego —fue su cortante respuesta mientras ponía su dedo sobre el hombro de un guerrero—. Tengo la ligera sospecha de que me estás reprochando algo.

—En lo absoluto. No tengo el derecho para señalarlo o juzgarlo —dijo usando sus mismas palabras—, aunque puedo culparlo por no cumplir con su obligación.

—¿Disculpe? —le miró alzando una de aquellas perfectas cejas negras.

—El doctor Bowman llegó a Chatsworth House hace un par de días y usted ni siquiera se ha molestado en aparecer para mostrar sus respetos. El duque de Devonshire le pidió que le recibiera, como es la obligación de un alumno o ex alumno de medicina recibir a sus pares.

Él asintió con tranquilidad, apretando los labios, quizá para refrenar una sonrisa.

—Estoy seguro de que usted y Sinclair se las han apañado sin mí.

—Lo hicimos —farfulló—. Le dimos la bienvenida a la mansión. Lord Everett se disculpó conmigo por su comportamiento, ahora es más amable — Gabriel apretó la mandíbula con fuerza, pero Fanny no notó este hecho—. Ha cambiado. En fin. Tuvimos el privilegio de asistir a una conferencia muy instructiva que ofreció el doctor Bowman.

—Ya lo creo.

—¿No lamenta habérsela perdido?

—Tenía cosas que hacer —se inclinó para apreciar de cerca los asombrosos detalles del pelaje de un león dormido, otra obra de Canova—. Y no me interesa la oftalmología.

—¿Cómo puede decir eso? ¡El doctor Bowman una eminencia! Cualquiera...

—Fanny, ya veo que has conseguido encajar —rió con un rastro de amargura—. Ahora hablas como uno de esos alumnos tan impresionables, como si de verdad creyeras toda esa mierda: un grupillo de virtuosos elegidos por un noble todopoderoso que se congregan una vez al año para hacer ciencia...

—Pero eso es lo que...

—¡Aquí no se hace ciencia! —rugió, logrando crear un sonoro eco—. En este lugar se entablan relaciones estériles, movidas únicamente por el interés, la lujuria...

—¿Qué? —le observó ella con los ojos brotados.

—Jamás lo entenderías...

—¿Y por qué has venido siquiera? Si tanto desprecias esta reunión, ¿por qué no te negaste a participar? ¿No habría sido un auténtico acto de desavenencia desairar al duque? Después de todo, esa es la impresión que te gusta causar, ¿no es verdad?

—Tengo mis razones para haber venido.

—¿Y cuáles son esas razones? —se cruzó de brazos, esperando una respuesta. Él le miró con frialdad, dando por sentado que jamás compartiría sus secretos con ella, lo cual le frustraba sobremanera—. ¿Dónde has estado todos estos días? ¿Fumando opio y embriagándote? ¿Buscando prostitutas en el pueblo? ¿Retozando con las sirvientas...?

—Y si así fuera, ¿qué? —gruñó, altanero—. Te preocupas demasiado por mí, Fanny Thorton. En lugar de desvelarte por mi paradero deberías hablar con el duque y pedirle que te dé entrada a su preciosa universidad, así podrías ser parte de este mundo que tanto te ha fascinado.

—¡Eres un imbécil...! —soltó ella, sintiendo que el rostro le ardía de coraje. Él, en cambio, sonreía como el villano de una obra teatral. Parecía haber escuchado aquel insulto con demasiada frecuencia—. Alguien como tú, que no hace otra cosa que alejar a la gente a la que le importas un poco, sea por la razón que fuere, está condenado a quedarse solo.

—La soledad no es algo que me preocupe —contraatacó.

—Solo quería ofrecerte mi amistad —prosiguió ella, como si no le hubiera escuchado, y sin notar que él estaba perdiendo la paciencia—. Me has echado a un lado y, ¡maldita sea!... aun me pregunto la razón de tanta animosidad. Me niego a creer que te dé igual todo a tu alrededor. ¡Eres un médico! Las personas te deben importar... y sé que hay algo bueno en ti. Lo vi aquella noche, en la cena, cuando saltaste la mesa para ayudarme a atender a lord Piggott... pudiste haberte quedado observando, pero tu deber te espoleó a dejar tu pose...

—Tal vez me tienes demasiada fe, señorita Thorton —soltó—. Creo que has idealizado a los de mi profesión... Deberías agradecer que no me cruce en tu camino.

—¿Por qué? ¿Porque eres un demonio? —escupió, sarcástica— ¿Porque

vas a corromperme?

—No, ¡porque yo no quiero tu maldita amistad!

Fue un grito atronador, al punto que le hizo dar un respingo. Los ojos de Gabriel se tornaron de un azul plomizo, como el cielo durante una tempestad; los contornos de su rostro eran severos y hermosos, dominados por una emoción que la joven no conseguía leer. Pero más inquietante fue su reacción posterior, la que no vio venir.

Se lanzó sobre ella, con algo que le pareció un sollozo de rendición, y asaltó su boca con un beso feroz.

Fanny supo que, extrañamente, había un modo en el que un corazón podía detenerse y acelerarse al mismo tiempo. No era algo que hubiera creído si se lo hubieran contado, pero ahora sabía que era tan real que podía solazarse en aquella gloriosa sensación. Después de todo, era su propio corazón. Era su boca la que estaba siendo saqueada por otra boca febril, suave y cálida. Y eran sus brazos los que rodeaban el torso de aquel hombre, como si no estuviera dispuesta a dejarlo ir nunca.

Con sus manos gentiles pero fuertes, Gabriel le tenía aferrado el cuello y la mandíbula mientras se hundía profundamente en su boca con la lengua. Las caricias que le prodigaba con aquel beso eran tan deliciosas que la hicieron caer en un abismo demencial que comenzaba en su vientre y se disparaba al resto de su cuerpo.

Era más de lo que jamás hubiera esperado de un beso.

Fanny bebió de él, dejó que la acorralara contra el frío mármol de la pared y la dureza de su cuerpo mientras continuaba saboreándola con la boca, instándola a abrirla un poco más.

Era casi ridículo que aquello no hubiera sucedido antes, mucho antes. Ahora que lo pensaba, sumida en la nube de placer que recorría todas sus terminaciones nerviosas, el deseo cabalgaba entre ellos como una brisa irrefrenable. Él lo había sentido desde el principio, y quizá por ello se resistía tan tenazmente. Ella, por el contrario, no había acertado en ponerle nombre a lo que sentía. Ahora lo entendía: lo deseaba.

Fanny jadeó con fuerza cuando él liberó su boca y comenzó a besar con urgencia la piel sensible del cuello. Cerró los ojos al tiempo que aquellos

labios subieron y encontraron una oreja, atrapando el pequeño lóbulo con un descarado chupetón.

—Esto es lo que quiero —admitió con voz ronca.

Las manos masculinas le rodeaban ahora los pechos, que sentía pesados y recrecidos, aprisionados por el corsé mientras le miraba con anhelo. El bello rostro lucía tenso y maravillado por lo que al fin estaba haciendo. Fanny dejó que él acariciara sus pezones con los pulgares mientras ella se arqueaba y buscaba a tientas la suavidad de su cabello.

Observó a Gabriel y en su mirada azul encontró el reflejo de su propio aspecto: desorientado, los ojos vidriosos, las pupilas dilatadas y los labios hinchados por los besos. Deseaba decirle tantas cosas, pero simplemente no era capaz de hilar una frase coherente.

—Yo también, Gabriel...

La invadió una sensación de plenitud, de desvergonzado abandono, que se elevó a bien hasta el cielo cuando sintió los labios de Gabriel en su pecho. No sabía en qué momento había desabotonado la blusa de algodón, pero lo había hecho, y ahora estaba trazando círculos con su lengua sobre la cima de sus pechos. Fanny deseó poder hallar algo donde apoyarse, porque sentía que en cualquier momento las piernas le fallarían.

Volvió a atraerlo hacia ella, ofreciéndole más besos que se mezclaban con susurros ininteligibles, porque ya ninguno de los dos sabía lo que estaba diciendo. Fanny le abrazó, deleitándose con la dureza de su espalda, la redondez de sus hombros tensos, que podía sentir a través de las capas de ropa y experimentó un ligero dolor en el bajo vientre que quiso saciar inocentemente, arqueándose hacia él. Gabriel adivinó su necesidad, que solo era equiparable a la suya e impulsivamente embistió contra ella un par de veces, con lo que Fanny sintió la dureza de su entrepierna y el frío mármol sirviéndole de muro de apoyo.

A ella no le asustaba nada de lo estaba ocurriendo, por el contrario, ahora mismo se sentía preparada para lo que tuviera que ocurrir. La fuerza de aquella atracción era explosiva, y saciar aquel deseo se le antojaba un asunto necesario.

No hacerlo sería doloroso.

—No me dejes continuar, por favor —escuchó que le susurraba al oído—. Me muero por... —se interrumpió con un jadeo de dolor—, pero no puedo.

—¿Por qué no? —quiso saber.

Él la soltó y le dio la espalda. Fanny parpadeó repetidas veces, buscando espabilarse. Se incorporó con dificultad, solo para ver que él ni siquiera le miraba. Estaba tratando de serenar su respiración, lo mismo que ella.

—No quieres saberlo.

—Pero yo te deseo y tú a mí... No soy una muñeca que puedes romper.

Gabriel se revolvió el cabello con exasperación cuando le dio la cara de nuevo. La tentación brillaba en sus ojos, pero también lo hacía la duda.

—No estoy seguro de ello.

Y entonces salió de la habitación como una exhalación.

## Capítulo 9

Era un asunto de honor, concluyó Fanny luego de mucho pensárselo.

Gabriel había decidido detenerse porque era incapaz de comprometerla. Y gracias a Dios lo había hecho, porque de otro modo habrían cometido una estupidez; y ella habría estado feliz de descarrilarse en aquel preciso momento, aunque después, con toda seguridad, lo habría lamentado. Ambos lo habrían hecho.

Si la señorita Andersen supiera lo que había estado a punto de hacer su alumna más ejemplar en el museo de esculturas de Chatsworth House de seguro sufriría un patatús, pero Fanny estaba segura de que aquello no era diferente de lo que Harmony y Waldegrave habían hecho en el jardín de Felton House aquella noche de invierno en la que acabaron prometidos.

Todavía sonreía y suspiraba mientras recordaba los besos de Gabriel, su exquisito roce, su aroma masculino y el sabor de su boca. Había sido lo que su ser tanto había anhelado, sin ser consciente. Esa cercanía, esa rendición, la certeza de que no solo a ella le ocurría. Aquel encuentro había amainado la decepción que había sentido tras la conversación con el duque.

Su mente se hallaba convulsa de tantos recuerdos placenteros mientras tomaba el té con lady Chichester, Aneska, lady Melanie y su par de amigas, que no sabían hacer otra cosa que reír y hacer comentarios dignos de dos adolescentes.

Cuando volvió al dormitorio compartido con Aneska, notó en el suelo un pequeño cuadro de papel que alguien, aparentemente, había deslizado bajo la puerta. Y tenía su nombre impreso. Fanny lo tomó con disimulo pues, le convenía evitar a toda costa que la húngara le hiciera preguntas.

El corazón le dio un vuelco cuando se halló finalmente a solas y pudo conocer el contenido del sobre. Sacó una tarjeta diminuta donde estaba escrito:

*Te veo en los establos al amanecer.*

No estaba firmado. No hacía falta.

Al día siguiente, muy temprano, Fanny utilizó por primera vez el llamador ubicado junto a la cama. Peggy acudió presta y le ayudó a vestirse. Por suerte, Aneska no era muy dada a madrugar, por lo que ni siquiera despegó un ojo mientras la joven caminaba de puntillas por la habitación y le hablaba a la doncella en susurros. Ni siquiera había ideado una mentira qué contarle a su compañera de dormitorio si se le ocurría preguntarle a dónde se dirigía tan temprano.

En poco tiempo estaba ataviada en un traje ceñido y vaporoso, de color verde oscuro, botas de paseo y un sombrerito de canotier con cintas de *grosgrain* que su padre le había obsequiado. Con paso enérgico y mirando a todos lados se dirigía a los establos; su corazón dando brincos de expectación y algo de temor.

Cualquier cosa que le hiciera sentir aquello, pensaba Fanny mientras atravesaba el verde pasto de los jardines, tenía que estar mal.

En las cuadras no se registraba el más mínimo movimiento. Era muy temprano, incluso para los sirvientes, por lo que Fanny se sintió confundida. Pero de pronto divisó una figura masculina emergiendo del edificio. Era él, ataviado en un traje de montar que lo hacía ver atractivo y algo rústico.

Tiraba por las riendas a un par de esbeltos caballos hannoverianos color chocolate.

—¿Cómo supiste que iba a venir?

—No lo sabía —se encogió de hombros con una sonrisa—, pero viniste.

—¿Por qué cambiaste de opinión? —él sabía a qué se refería.

—Simple —se encogió de hombros—, porque perdí la batalla contra mi voluntad.

Se quedaron mirándose mutuamente. Entonces él la apremió.

—Los sirvientes empezarán a llegar de un momento a otro. Tenemos que irnos en este instante.

—¿A dónde?

En lugar de contestarle, Gabriel le ayudó gentilmente a subir al caballo. Fanny tenía poca práctica como amazona, pero era una de esas actividades que



le daban bien naturalmente. Pocos minutos después abandonaban los predios de Chatsworth House sobre los ágiles y elegantes animales. Tomaron un solitario camino que bordeaba el bosque cuando la mañana comenzaba a clarear.

—¿Piensa secuestrarme, acaso, doctor Seymour?

Él le miró con un escéptico ceño fruncido.

—¿Un secuestro no implica coacción?

Buen punto. Fanny reprimió una sonrisa y le miró con fingida altivez.

—Será su palabra contra la mía.

—Veamos si regresas para contarlo —ella abrió los ojos como platos, sin saber cómo tomarse aquello, pero él la tranquilizó con una desenfadada sonrisa—. Pensé que te gustaría dar una vuelta por el pueblo.

—Bakewell —farfulló emocionada.

Hasta ahora no había tenido oportunidad de dar un paseo por los alrededores.

—Sí, pero descuida. Es poco probable que nos detengamos en el fumadero de opio local. A esta hora debe de estar cerrado... y las prostitutas, dormidas.

Ella se mordió el labio inferior.

—No voy a disculparme.

—No necesitas hacerlo. Es muy sensato pensar lo peor de mí.

—No lo hago —dijo con toda franqueza—. Quizá estoy muy lejos de comprender tus razones, pero sé que no eres así.

Él no respondió y guardaron silencio los siguientes minutos.

Dado que el camino a la ciudad era corto, la joven estaba decidida a aprovecharlo con una buena charla.

—Así que —dijo como si tal cosa—... ¿eres de Londres?

—Soy de Dewsbury, Yorkshire.

—¿Tu familia vive ahí?

—Tan solo mi padre. Madre falleció cuando yo era un niño.

—Oh. Cómo lo siento, Gabriel —hizo una pausa, esperando que él dijera algo más, pero no fue así—. Debe haber sido muy duro para tu padre criarte solo.

—Supongo que sí.

—¿Te visita él en Cambridge?

Gabriel se tomó un instante para responder.

—No. Está enfermo —dijo manteniendo la mirada al frente—. Lo ha estado por muchos años.

Fanny sintió el impulso de preguntarle qué mal aquejaba a su padre, como siempre hacía cada vez que alguien le hablaba de un pariente enfermo o de un padecimiento personal, sin embargo se abstuvo de hacerlo. Gabriel era reservado con el tema de su familia; ella podía darse cuenta de que hacía un esfuerzo para responder a cada pregunta.

—Dígame algo, señorita Thorton. ¿Por qué quiere estudiar medicina?

—Mi madre diría que porque soy una vanidosa —murmuró con un rastro de amargura— cuyo único objetivo es competir con los hombres.

—¿Y qué dices tú?

—¿No es evidente? ¿No debería haber una razón universal? Cuidar de la gente, por ejemplo.

—Desafortunadamente no es así. Conozco aristócratas, no pocos, que lo hacen para probarse que son capaces de superar una carrera exigente intelectualmente. Lo hacen para acumular prestigio. Después que lo consiguen se olvidan de lo que aprendieron y continúan con sus vidas ociosas.

—Eso es tan egoísta.

—Eso sí es vanidad.

—Yo solo quiero aliviar a las personas, evitarles el dolor y el sufrimiento.

Miró a Gabriel para evaluar su reacción.

—Alguien como tú no debería conformarse con menos —aquellas palabras provocaron un espasmo de placer en la columna de Fanny. Ella se afanó en ocultarlo, pero estaba segura de que se había sonrojado—. Pero lo que deseo saber en realidad es qué motivó tu decisión. Siempre hay una persona, un

hecho, un momento de tu vida que te pone en el carril.

—Vaya —resopló hallando extraordinario sentido en aquellas palabras—. Nunca lo había pensado.

—¿En serio? ¿Por qué no lo intentas ahora?

—Podría ser... —susurró mientras su mente comenzaba a desempolvar algunos recuerdos de la niñez; recuerdos que alguna vez había decidido enterrar en un cajón muy profundo—. Mi padre enfermó cuando yo tenía ocho años. Fue en un viaje que hicimos a Warwickshire con mi madre y... —tragó saliva— mi hermano pequeño. Padre visitó una pequeña fábrica textil que estaba interesado en comprar. Aparentemente, un empleado había contraído viruela y se había quedado allí casi agonizante, porque tenía temor de irse a casa y perder su empleo.

»A los pocos días padre había caído enfermo. Tenía mucha fiebre y agonizaba. El médico no podía creer que no hubiera padecido la enfermedad en la niñez, como todos los demás, y le dijo a madre que si un adulto la contraía podía morir. Fue espantoso. Me dolía mucho verlo así; deseaba poder hacer algo por él. Le preguntaba a madre si él moriría, pero ella no hacía más que llorar y rezar. Decía que la vida de papá estaba en manos de Dios —se encogió de hombros ligeramente—. Por alguna razón yo encontraba aquello insuficiente. La gente también debía ser capaz de hacer algo.

»Andrew y yo... íbamos a visitarlo —se le quebró la voz al recordar a aquel pequeño moreno cuyo rostro ya no recordaba pues, se había negado a ver las fotografías *post mortem* que su madre había mandado a hacerle—, pero madre nos prohibió que nos acercáramos, porque temía que enfermásemos también.

»Resulta que todo cuidado fue en vano. Andrew y yo ya nos habíamos contagiado. Comenzamos a mostrar los síntomas los días siguientes —suspiró, incapaz de creer que aquello todavía le doliera como lo hacía— pero él no lo superó. Andrew... falleció. Fue devastador para todos. Yo no entendía qué estaba sucediendo. Temía por mi padre pero de repente había perdido a mi hermanito. Todo pasó muy rápido. Fue demasiado dolor en tan poco tiempo.

—No puedo imaginar tu pena.

—Papá y yo sanamos poco después —susurró al cabo de un momento—. A él le quedaron las marcas de las pústulas en el rostro y las manos, e imagino

que también en el resto del cuerpo. Regresamos a Londres, pero pasó mucho tiempo antes de que nos recuperáramos de aquello. En el fondo pienso que nunca lo hicimos del todo.

»Un tiempo después, madre comenzó a hablar de cuánto le hubiera gustado tener más hijos y papá se enfurecía al escucharla. Siempre terminaban discutiendo cuando ella sacaba el tema. Se iban al dormitorio, pero yo aun podía escuchar sus gritos. No comprendía nada. No fue hasta que estudié las secuelas de la enfermedad cuando pude entender las razones de esas peleas.

—La viruela lo dejó estéril —acertó Gabriel, mirándola intensamente—. Exceptuando lo de tu hermano, sabes que tu padre fue afortunado. Algunos sobrevivientes adultos quedan ciegos o terminan sufriendo otros males de por vida.

Ella asintió con la cabeza. Sabía que su padre había ganado una batalla encarnizada y siempre que podía besaba su rostro, donde eran visibles sus marcas de guerra.

—Lo cierto es que desde aquel momento empecé a temer que papá o mamá enfermaran alguna vez y murieran. Y entonces comencé a leer sobre las enfermedades, sus síntomas, las formas de contagio y cómo podía evitarlas... Empecé con la viruela y seguí con el cólera y la difteria. Terminé leyendo sobre la cura y a veces me decepcionaba cuando alguna enfermedad no la tenía. Memorice los nombres de todos los medicamentos que se han inventado, con sus indicaciones y contraindicaciones. Mis padres creían que había enloquecido, pero en poco tiempo sabía tanto del tema que madre me preguntaba cada vez que tenía alguna una dolencia o debía recargar el botiquín de nuestra casa —dejó escapar una risa nostálgica—. Papá me regaló un estetoscopio de verdad cuando cumplí diez años; lo llevaba a todas partes, quería auscultar hasta a nuestro perro. Después me obsesionó la anatomía, la química... así que supongo que una cosa llevó a la otra.

—Convertiste el dolor en tu propia cura —sonrió—. Para eso se requiere valentía.

Fue todo lo que Gabriel dijo, pero aquello llenó más a Fanny que cualquier discurso condescendiente. Ella no necesitaba consuelo, así que tomó su visión práctica.

—Sí, eso hice —suspiró—. Gabriel... ¿es tu padre la razón por la que

estudiaste medicina?

Gabriel, que no esperaba la pregunta, titubeó un poco antes de contestar. Fanny percibió un brillo en sus ojos azules cuando volvió a mirarla.

—Él es la razón por la que entré a Cambridge.

Unos cuantos minutos más al galope y ya habían atravesado los linderos de la hermosa ciudad construida a orillas del río Wye, rodeaba de plantaciones que parecían convivir en armonía con las nuevas fábricas.

Una fila de casas con techos de pizarra y bonitos jardines delanteros se dejó ver en el panorama, y luego lo hicieron un cementerio, una iglesia medieval y un pequeño pero concurrido mercado donde las frutas y verduras brillaban al calor del sol.

Era un día ocupado en Bakewell, concluyó al ver a un par de obreros cruzar la calle con sus cajas de herramientas. Un hombre pasó cerca de ellos rodando sobre una bicicleta para esquivar a una anciana que llevaba consigo una bolsa de *baguettes*. Una madre llevaba a un par de niños tomados de las manos y un anciano, vestido de punta en blanco, se afanaba en parar un coche de alquiler.

Gabriel guio a Fanny por una calle de tiendas con vistosos anuncios y escaparates que exhibían artículos de cristalería, relojes, libros y útiles de pintura. Detuvo el caballo frente a un local particularmente llamativo, ubicado bajo una marquesina de hojalata pintada de blanco y rojo. Fanny le miró interrogativa pero él, fiel a su carácter indescifrable, le pidió que esperara y se apeó del caballo de un salto. Entró en el local que, había deducido ella, era una confitería pues tras los cristales asomaban frascos con bolitas de colores.

Al cabo de unos minutos, el médico salió sosteniendo una bolsa de papel. Mientras se la guardaba dentro del saco, a ella le pareció ver que contenía una lata de dulces.

—¿Qué tienes ahí? —masculló hurgando bajo su ropa con descaro.

—No son para ti —rió él, apartándole las manos.

—¿En serio? ¿Le darás esos dulces a otra chica cuando yo me dé la vuelta, infeliz?

—Santo cielo, pero qué mujercita tan codiciosa —jadeó—. Mejor vámonos.

Avanzaron hasta que la calle llegó a su fin. Gabriel decidió entregar los caballos al mozo de un pequeño establo, al que entregó una moneda.

Siguieron a pie por una zona de edificios añejos, tiznados de polvo y hollín. La mayoría exhibía parterres de plantas y flores en las ventanas y un par de rostros asomaban curiosos.

—Gabriel —le llamó ella, que hacía media hora había dejado de preguntarle adonde se dirigían—, ¿puedo preguntarte de qué murió tu madre?

Aunque la pregunta había sido osada, no logró volcar su semblante sereno, ni la veta de resolución que había utilizado para llevarla hasta allí. La miró fugazmente mientras caminaban por la calzada; Fanny había perdido el interés en las calles de Bakewell y ahora centraba toda su atención en él, porque realmente deseaba atravesar aquella rígida coraza.

Él le respondió al cabo de un momento, y ella había sentido un hondo dolor al escuchar la respuesta:

—Se suicidó.

—¡Doctor Seymour!

Una mujer muy delgada, de sonrisa melancólica y cabello cubierto de canas, los recibió a las puertas del pequeño y destartalado edificio de dos pisos donde se habían detenido.

Fanny observó el lugar con los ojos entornados, tratando de dilucidar adónde la había llevado Gabriel. La estructura contaba con un elegante pórtico, sostenido por sendas columnas grises, pero seriamente agrietadas. La fachada de escayola se caía a pedazos, dejando al descubierto los viejos muros de ladrillo rojo del fondo. Las ventanas, cerradas y tapiadas con maderos desde adentro, le daban un aspecto de abandono. Un llamador dorado de boca de león pendía de la ajada puerta de teca.

Aquella había sido alguna vez una vivienda elegante y de buen gusto, dedujo, pero el tiempo y la falta de mantenimiento se habían encargado de reducirla a su penoso estado actual.

—Señora Cole —saludó Gabriel—. Buenos días.

—No sabe cómo nos alegra volverle a ver —farfulló la mujer que vestía ropas sencillas mientras les hacía pasar—. Todo está listo para usted.

—Perfecto. He traído refuerzos esta vez.

—¡Oh!

Cole echó un vistazo entusiasmado a Fanny, que tardó en comprender que el «refuerzo» al que Gabriel se refería era ella. El joven las presentó y luego se adelantó tranquilamente por un estrecho corredor, como si conociera el lugar de antemano, dejándola en manos de aquella dama obsequiosa y parlanchina.

—Señorita Thorton, que gusto que haya decidido unírseos —dijo cariñosamente mientras enlazaba un brazo con el de la recién llegada.

Fanny reparó en el vestíbulo e hizo un cuidadoso paneo por él. Al igual que la parte exterior de la casa, era suntuoso a la vieja usanza y ameritaba de una buena reforma. Pese a aquel hecho, reconoció que todo estaba extraordinariamente pulcro y ordenado.

—Estamos en una contingencia de lo más tortuosa —continuó la mujer mientras la conducía por la casa—. Cuando nos enteramos de que el pobre Selby se había ido de este mundo, creí que este lugar se vendría abajo... bueno, todavía más abajo.

—¿Selby...?

—Sí, querida. El residente —soltó un pequeño sollozo que se esmeró en acallar. Fanny le sobó el brazo, intentando consolarla, aunque todavía no dilucidaba donde rayos estaban y por qué—. Falleció hace como un mes en su pueblo natal, un accidente de caballos. Eso fue lo que escribió su esposa en su última carta. Pobre de ella y de sus hijos —gimió—. Creo que se han quedado definitivamente allá. Dios los proteja... En fin. Esta es una medicatura pequeña, pero se ve cada cosa, señorita. La gente de las fábricas se lastima espantosamente operando esos armatostes, los niños se enferman cada dos por tres y hay más embarazadas que peces en el Wye. Pero Dios no ha abandonado a Bakewell, señorita. Él nos ha mandado al doctor Seymour, bendito sea. ¡Y ahora a usted, lindura!

La señora Cole dijo aquello justo cuando ingresaban en una sala de blancas paredes, atestada de niños y adultos inusualmente callados y taciturnos, como

los pobrecillos que esperaban su turno en el dispensario de Whitechapel.

Gabriel se había ido a una esquina para saludar a una pequeña, luego le pidió que le mostrara su lengua. Ella lo hizo sin reprimir una sonrisa, seguramente porque él se había afanado en hacerle alguna broma para cumplir su cometido. Entonces la examinó diligentemente y luego hizo un comentario a la madre, que estaba sentada junto a ella. Había sido un mensaje alentador, lo supo porque la joven mujer también sonrió.

Fanny experimentó tanta ternura en ese momento que casi deja de oír la perorata de la señora Cole. Aquella era una medicatura para gente pobre, comprendió con emotivo asombro, y Gabriel estaba ahí para ayudar, como un verdadero médico; profesional y compasivo.

—Ha venido todos los días desde hace dos semanas —continuó la dama mientras ella mantenía la mirada clavada en Gabriel; sus ojos analizándolo bajo aquella nueva luz—. Y ni siquiera cobra un penique. ¡Por Dios, que trae las medicinas con él y ya le ha hecho un encargo enorme al farmacéuta! Es un verdadero ángel caído, ¿no cree, señorita?

Ella tragó saliva antes de responder. Necesitaba ponerle techo a aquel sentimiento.

—Sí —dijo por toda respuesta, sintiendo cómo las más duras palabras que había pronunciado en contra de aquel hombre caían sobre ella como una lluvia de cristales rotos—. Sí, ya lo creo.

Gabriel apartó los ojos de la niña y la dirigió a Fanny para evaluar su reacción. Intercambiaron una mirada significativa; la de ella, una mezcla de ternura y reproche y, la de él, de total osadía.

—Muy bien, les dejo para que se alisten, doctores —pronunció con entusiasmo la señora Cole tras soltar el brazo de Fanny—. ¡La lista está en el escritorio! Si me disculpan, tengo que ir a rellenar unas formas y a anotar a los pacientes de la tarde.

Se marchó a continuación.

Tras sonreír a los pacientes, Fanny siguió a Gabriel a una habitación amplia y bien iluminada, acondicionada como un consultorio médico con dos escritorios y dos mesas de examinación separadas por un biombo. Una estantería de libros estaba dispuesta de un lado, y una vitrina repleta de



botellas oscuras del otro. Había además una docena de instrumentos médicos pulcramente dispuestos sobre una bandeja... ¡y una lata de dulce que acababa de ser dejada!

—¿Pensaste que me negaría si me lo pedías? —quiso saber enfurruñada.

—Claro que no —dijo él con calma mientras se quitaba la chaqueta y se arremangaba la fina camisa blanca a la altura de los codos—. Si debía pedirselo a alguien en algún momento, sabía que esa tenías que ser tú.

Fanny percibió un cálido burbujeo en sus entrañas; deseaba tomarlo de las solapas, sacudirlo y besarlo allí mismo, como una loca desahogada.

¿Era posible que su afecto por Gabriel pudiera seguir creciendo tan abrumadoramente? Ahora le estaba dando más razones para sentirse hechizada, y no sabía si aquello era bueno siquiera. Sospechaba que no.

Ingresaron a un pequeño cuarto de baño, equipado con un par de lavamanos de porcelana y grifos de acero. El lugar, como el resto del dispensario, estaba muy limpio y dotado de pastillas de jabón, toallas y casilleros para dejar los efectos personales de los médicos. Ambos se lavaron las manos en silencio hasta que Fanny habló.

—¿Hace dos semanas que vienes?

—Cuando llego a una ciudad nueva me gusta pasar por lugares como este —dijo con los ojos puestos en su labor—. Siempre hacen falta un par de manos. No ha sido distinto en Bakewell. El médico residente falleció y aun no envían reemplazo. La señora Cole regenta el lugar, es una enfermera jubilada, pero ya ni siquiera tiene buena vista para hacer una sutura. El día que llegué a Derbyshire me acerqué aquí y... esto, salí con una agenda de trabajo antes de darme cuenta —sonrió de un modo que le provocó un estremecimiento—. Es una mujer muy persuasiva.

Ella negó con la cabeza. Estaba segura de que la persuasión de Cole no había tenido nada que ver en su decisión de dedicar horas de su tiempo al dispensario de Bakewell.

Y ella lo había juzgado por no brindar al doctor Bowman un recibimiento de altura en Chatsworth House. Ahora mismo se sentía tan tonta que le costaba mirarle a los ojos. Desde luego que él no tenía tiempo para frívolos rituales académicos, no cuando había niños y adultos enfermos en la ciudad, y sin un

médico disponible... porque los médicos más cercanos estaban hablando de ciencia, bebiendo coñac y jugando ajedrez en una aristocrática mansión.

—¿Por qué no me invitaste a venir antes?

Su dulce reproche pareció conmoverlo, porque apenas dejó la toalla con la que se había secado las manos, se acercó tanto a ella que ni el aire se interponía entre los dos cuerpos. Se veía tan guapo, con su chaleco color café y la camisa arremangada hasta los codos, librada del cuello duro, que Fanny respiraba con dificultad.

Gabriel tomó su rostro y esbozando una sonrisa ladina le miró.

—Señorita Thorton, creo que hasta ayer no había suficiente confianza entre nosotros.

—Mentiroso. Deseabas que siguiera creyendo que eras un redomado sinvergüenza.

—Puedo serlo si es lo que deseas...

Su voz se fue apagando con un tinte sensual que la erizó de golpe. Su diestra boca tomó la de Fanny en una exploración delicada pero exigente. Puso en su boca besos largos y calientes, uno tras otro, mientras sus manos la atraían hacia él desde la parte baja de la espalda. Aquel beso acalló todas sus protestas. La dejó rendida e indefensa... y deseosa, a su pesar.

—Haré pasar al primer paciente —susurró.

—Yo creo que es buena idea.

La mañana pasó como una exhalación mientras Gabriel y Fanny ofrecían reconocimientos rutinarios y atendían emergencias de poco cuidado. Niños, adultos, ancianos... la gente no dejaba de entrar y salir por la puerta de aquel ocupado consultorio. Aquejados, los pacientes se dirigían al doctor Seymour en busca de un alivio para sus dolencias y salían con algo más que un frasco de algún nauseabundo tónico. El «nuevo médico» les hablaba con respeto y cordialidad, se tomaba el tiempo para examinarlos y escuchar sus lamentos. Les levantaba el ánimo con aquella característica zalamería, les hacía múltiples preguntas, indagaba en sus costumbres y en consecuencia, lograba emitir un diagnóstico certero.

En la enfermería de Bakewell —que ahora sabía, funcionaba en la antigua vivienda de una rica viuda que había cedido la propiedad— Fanny había cumplido el mismo rol que junto al doctor Travis en la medicatura de Whitechapel: realizaba suturas, preparaba a los pacientes para la examinación, aplicaba ungüentos, administraba inyecciones y se atenia a todas las demandas que hiciera Gabriel. Solícita y atenta, le observaba trabajar, como si le viera por primera vez. Había distinguido en él lo que el principio aristotélico definía como la excelencia del alma, la virtud, y la compasión en cuerpo de hombre.

Entre los pacientes había figurado un hombre con una sífilis avanzada. El hombre había exigido al médico que despachara a su «enfermera» durante su examinación, y aunque había sido rudo, Fanny había entendido su cohibición y abandonado el consultorio en el acto.

Otro había sido el caso de un bebé de pocos meses que no dejaba de llorar. El pobre pequeño, delgado y pálido, al que Fanny había acunado en su pecho, berreaba sin parar y, en consecuencia, su madre también lloraba de desesperación. Después de hacer un montón de preguntas a la madre y evaluar la condición física del niño, Gabriel había hallado que la causa del llanto era una intolerancia alimentaria. Por alguna razón, la leche de su propia madre le hacía mal, por lo que recomendó alimentar al niño con leche de cabra hervida.

Cuando llegó la hora del descanso, la señora Cole había traído una bandeja con emparedados de ternera, té y, por petición de Gabriel, una humeante jarra de café.

—Hablé con Devonshire —soltó ella amargamente después de darle un sorbo a su taza de té. Gabriel le miró interrogante y dejó de comer—. Estás hablando con una becaria de enfermería en el Hospital St. Bartholomew.

—¿Ese bastardo no te permitió presentar el examen de admisión? —inquirió irritado.

—Le hablé de lo que quería hacer, pero... creo que me malinterpretó desastrosamente. Me vio como a una futura enfermera y no como a una futura doctora.

—Y tú no lo sacaste de su error —sacudió la cabeza exasperado—. No puedo creer esto, Fanny. Viniste para conseguir una plaza en Cambridge... ¿te

conformarás con ser algo que habrías podido lograr por ti misma?

—Lo he pensado mucho y... quizá no es mala idea.

Gabriel resopló en desacuerdo.

—Estás muy cerca de conseguirlo, Thorton —sus ojos azules llameaban con determinación—. No te conformes solo porque temes contradecir la infalible voluntad del duque. Él no te conoce como yo; no tiene idea de lo maravillosa, de lo adecuada que eres para este trabajo. No dejes que te ponga donde él te considere digna. Demuéstrale quién eres. Exígele...

—¿Exigirle? —dijo incrédula.

—Sí.

—¿Cómo?

—Búscalo. Enfréntalo. Dile lo que desees, sin dubitaciones, sin temor. Fanny, mírame —dijo solemnemente. Ella lo hizo y su semblante le reveló cierta severidad que no pudo explicarse—. Debes prometerme que hablarás con Devonshire... antes del baile del sábado.

—¿Por qué antes del...?

—Anda, prométemelo.

—Lo prometo.

Él asintió de un modo casi imperceptible. Fanny se preguntó la razón por la que Gabriel le había arrancado aquella rara promesa. «Antes del baile del sábado», se repitió para sí misma sin comprender por qué luego no podría intentarlo.

El final de aquella productiva jornada llegó más rápido de lo que Fanny había anticipado, y aunque estaba exhausta sabía que habría podido continuar unas horas más. Gabriel y ella se despidieron de la señora Cole, quien les agradeció infinitamente sus servicios. Recogieron los caballos, alimentados y aseados por el joven mozo de cuadras, y muy pronto emprendieron el regreso a la mansión.

—¡Doctor! ¡Doctor!

El frenético llamado les hizo volver la vista atrás, unos minutos después de

abandonar los predios de Bakewell. Tres hombres a caballo corrían hasta ellos desesperadamente. Sus rostros eran contundentes reflejos de urgencia y terror.

—¿Qué sucede? —preguntó Gabriel.

—¡Gracias a Dios los... hemos alcanzado! —habló un anciano de enmarañada barba blanca y atuendo de agricultor—. Doctor, debe venir conmigo. Mi nieto... está muy grave, señor.

—¿Qué es lo que tiene?

—¡Dice que le duele el estómago... y tiene mucha calentura! —respondió con dureza otro hombre, más joven e igualmente vestido con ropas de trabajo de campo.

—Tráigalo a la enfermería de la calle...

—No, señor, por favor... —soltó el anciano angustiado—. No puede moverse. Intentamos hacerlo, pero chilla como un lechón. No nos arriesgaremos a causarle un mal mayor.

—¡Ni hablar! No tengo mis instrumentos conmigo. Deberán llevarlo...

—¿Qué diablos le sucede? —gruñó el mismo hombre que le había hablado duramente—. ¿No se cree capaz de curar a un niño sin sus juguetes de médico, hijo de...?

—¡Cierra la boca, Terry! ¡Es el único médico en el pueblo y lo espantarás! —le riñó el viejo—. Le ruego que lo disculpe, doctor...

—Seymour —completó Gabriel serenamente—. Señor, intente moverlo.

—Gabriel, debemos ir a su casa —intervino Fanny.

—¡Sí! —Insistió el otro observándolo con una súplica tatuada en las pupilas—. No está lejos.

Gabriel la miró a ella.

—¿Podrás llegar sola a la mansión?

Fanny frunció el ceño y le brindó una respuesta contundente:

—No te dejaré aquí. ¡Iremos los dos!

Los tres hombres los guiaron hacia el sur, hasta una aldea construida al pie de una colina. Detrás de una arboleda se hallaba una sencilla vivienda de piedra y techo de paja, rodeada por un granero, una caballeriza y unos terrenos cultivados de trigo.

Tras apearse de los caballos, los agricultores y sus auxiliares se dirigieron al interior de la casa, donde imperaba la angustia. Incluso desde la puerta, Fanny escuchó los aullidos de dolor del niño y por un momento pensó en su hermano Andrew; deseaba fervientemente que aquel niño corriera con una mejor suerte.

Llegados a una diminuta habitación donde apenas cabían Gabriel, Fanny y el anciano —que se había presentado como Ezra—, lograron ver al convaleciente pequeño. El corazón de Fanny dio un vuelco al reconocer aquel rostro regordete y pecoso, del color de la leche, ahora sudoroso y presa de un dolor inimaginable. La joven mesó aquellos cabellos pelirrojos y sintió como si aquel niño fuera de su propia sangre. No era más que el chiquillo que había visto en Chatsworth House, hacía unos pocos días.

—Se llama Quentin —murmuró Ezra.

—Quentin —le llamó Gabriel gentilmente al tiempo que palpaba su frente, empapada de sudor—, ¿qué es lo que sientes, hijo?

El niño no hacía más que gemir y estremecerse con una serie de movimientos espasmódicos. Ardía en fiebre. Se veía tan pequeño en aquella cama, tan indefenso.

—Estaba mejor hace unas horas —lloró Ezra—. Dijo que le dolía la panza.

—¿Qué fue lo que comió? —quiso saber Gabriel mientras abría las ventanas y procedía a revisarle los ojos.

—Nada, desde hace mucho —habló desde la puerta una mujer llorosa—. Todo lo devuelve.

Gabriel le levantó la camisa al pequeño, develando un vientre más abultado de lo usual. Con los dedos tanteó la superficie varias veces hasta llegar al ombligo, y fue cuando el pequeño emitió un alarido descorazonador, y posteriormente un llanto.

—¿Es usted la madre? —el médico elevó la voz por encima de los gritos de dolor.

—No. La madre de Quentin es mi hermana; ella trabaja.

—¿Desde cuándo está así?

—Empezó a quejarse en la mañana —balbució el desesperado abuelo—. Pensé que era un berrinche porque no lo dejamos ir con su madre a la gran casa, pero... Dios Santo, no tenía idea.

Gabriel hizo más preguntas que la mujer, que se había identificado como Doris y el abuelo Ezra respondieron con diligencia; examinó al pequeño Quentin a fondo. Al final, Fanny miró al médico a los ojos, convulsa de preocupación, y la expresión que descubrió en él no le brindó ningún consuelo.

—Por favor, esperen afuera.

Los parientes del niño obedecieron y cerraron la puerta del diminuto dormitorio tras ellos, pero no antes de mirar al médico, buscando el más mínimo viso de esperanza. Gabriel no les dio ninguna.

—¿Qué sucede? —inquirió Fanny.

—Morirá si no lo intervenimos ahora mismo.

## Capítulo 10

Incrédula y temblorosa, Fanny se preguntó si había escuchado correctamente a Gabriel.

—¿Qué es lo que tiene?

—Estoy plenamente seguro de que es el apéndice.

—¡Santo cielo! —miró al pequeño, horrorizada—. ¿No es muy joven para eso?

—No demasiado.

—Gabriel, este niño es el hijo de la señora Hutchinson, el ama de llaves de Chatsworth House —jadeó al tiempo que mesaba el cabello sudoroso del chico—. Lo vi el día que te peleaste con lord Everett. Debemos hacer algo por él.

Él vaciló.

—Esta gente esperó demasiado para conseguir a un médico.

—¿Crees que el apéndice esté perforado?

—No lo sabré hasta que lo abra.

—Pero... no puedes tratarlo con opio o laxantes —nerviosa, se aferró a la esperanza de que su pequeño vicio pudiera servir para algo—... ¿Tienes... un poco de opio?

—Fanny, ¡no traigo opio en los bolsillos como si fueran mentas!

—Sí, lo siento —se sonrojó—. Estoy muy nerviosa.

—Además, es tarde para eso. Quizá debamos drenar el absceso.

Con cada minuto que transcurría, la tensión alrededor se espesaba. Ambos sabían que cada segundo era crucial, por lo que debían reaccionar pronto... o la vida de Quentin terminaría allí. Fanny sabía que las cirugías de apéndice eran complicadas en los adultos, así que no quería imaginar cómo sería en el cuerpo de un niño.

—Gabriel, ¿puedes hacer esto? ¿Puedes extirparle el apéndice a Quentin?



—Sí —dijo sin una brizna de duda mientras cargaba al pequeño en los brazos, desatando sus gritos de dolor, y salía del dormitorio con pasos veloces.

—¿Y... dónde lo haremos?

—¡Aquí mismo!

Gabriel depositó al niño en la mesa del comedor ante los ojos pasmados de toda la familia.

—¿Por qué lo sacó del dormitorio? —ladró el hombre llamado Terry, destilando rabia e impotencia—. ¡Lo está haciendo sufrir!

—¿Usted es el padre?

—Este niño no tiene padre. Yo soy su tío.

Tras tomar una bocanada de oxígeno, el médico se armó de valor. Su mirada abarcó las de todos los presentes, una media docena de personas que Fanny suponía, eran parientes y vecinos.

—Este niño tiene apendicitis aguda. Debo extirparle el apéndice lo antes posible, de lo contrario... morirá —un murmullo colectivo de desconsuelo se elevó en la sala; una mujer mayor sufrió un desvanecimiento y otros dos presentes corrieron a auxiliarla—. Necesito la autorización de uno de sus padres.

El viejo Ezra habló, atemorizado, después de unos segundos de silencio.

—Ya hemos mandado a buscar a su madre a Chatsworth House. ¿Está seguro de que no hay otra alternativa, doctor?

Gabriel lo observó unos segundos, y Fanny se preguntó si estaba dudando.

—Absolutamente seguro.

—¡No puede estarlo! —berreó Terry con la voz estrangulada y los ojos saltones—. Lo ha visto apenas unos minutos. Usted solo quiere cobrar, ¿verdad, maldito carnicero? ¿Cuánto tendremos que pagar para que le abra la panza a Quentin y lo devuelva a la vida?

—No voy a cobrar por mis servicios.

—¡Entonces lo que quiere es practicar con nuestro pequeño!

—¡Basta ya, muchacho! —lo calló Ezra.

—Padre, ¿es que no lo ves? Este es uno de esos señoritos educados que vienen todos los años a la gran casa a presumir de su educación universitaria. No les importa la gente como nosotros. Nos ven como inferiores... No hará nada por Quen...

—Maldita sea, ¡déjeme hacer mi trabajo! —gritó Gabriel—. Cada minuto cuenta. No les cobraré un penique. Solo quiero salvarle la vida a este niño. Nadie más podrá hacerlo, ¡no ahora! Yo soy la única opción que tienen.

Terry bajó la cabeza.

—Haga lo que tenga que hacer, doctor Seymour —sentenció Ezra—. Y si alguien no está de acuerdo que se largue de mi casa ahora.

—Escúchame Fanny, debes volver a la enfermería y traer todos los instrumentos disponibles: bisturí, pinzas, gasa, agua clorada, ácido fénico, hilo para suturar, todo lo que encuentres para drenar... —la joven tomó nota intentando calmar el persistente temblor en la muñeca.

—¿Qué emplearás como anestesia?

—En el hospital usamos óxido nitroso... pero supongo que en Bakewell no estará disponible en la botica de la equina —sacudió la cabeza con impotencia—. Trae un poco de éter o cloroformo. Servirá.

—Bien.

—Y por favor, date prisa.

—Lo haré.

Fanny salió de la casa escoltada por un par de muchachos que le mostraron el camino más rápido a la calle donde estaba ubicada la enfermería. Atravesó la ciudad con el corazón galopando, con más velocidad que su montura, rogando para que Quentin resistiera.

Confiaba plenamente en el talento y la preparación de Gabriel, pese a que apenas se había graduado de la escuela de medicina aquel mismo año. Su trabajo por varios años como alumno interno en el Hospital de Addenbrooke,

bajo la tutoría de uno de los cirujanos más brillantes de Inglaterra, sin embargo, le otorgaba una importante ventaja sobre otros médicos.

Sí... estaba segura de que Gabriel lo conseguiría. Él salvaría a Quentin, repitió como si fuera una letanía empleada para salvar la vida del muchacho.

Al llegar a la enfermería, vio como buen presagio que la señora Cole no se hubiera marchado a casa todavía. Fanny le explicó todo con la celeridad del caso y ésta le mostró donde estaban los instrumentos que Gabriel requería para la intervención de emergencia. Con dolorosa decepción, reparó en que les quedaba muy poco éter y cloroformo, aun así introdujo las botellas en un bolso que Cole le ofreció junto con todos los demás insumos. Al cabo de un momento, las dos mujeres se dirigían velozmente a la casa de Ezra y sus hijos.

Cuando llegó a la sencilla vivienda, Fanny se encontró con que la media docena de parientes y vecinos esperaban afuera. La angustia se había apoderado de la familia, que se debatía entre la impotencia y el dolor.

—Escúcheme, señorita —le habló el corpulento y agresivo Terry con un temple que le hizo encogerse—. Dígale al doctor Seymour que nos devuelva a Quentin vivo y sano... o le juro que cavaremos tres tumbas en este patio... la tercera será la suya.

Ella retrocedió ante la amenaza, pero luego entró a la casa, seguida por Cole, que no reparó en poner al muchacho en su lugar.

Sobre el largo comedor familiar, que iba a ser empleado como mesa de operaciones improvisada, yacía el pequeño Quentin, todavía trémulo y quejumbroso. Gabriel le aseaba con una esponja húmeda mientras Doris, por instrucción del médico, ponía una olla de agua hirviendo sobre una retirada mesita auxiliar. Fanny depositó allí los instrumentos que había conseguido en la medicatura, con la intención de esterilizarlos.

—Había poco éter y cloroformo —le mostró con tristeza ambas botellas—. Lo siento.

—Servirán —asintió él—. Los mezclaremos.

—Yo me encargo —terció la enfermera Cole, y Gabriel le hizo un gesto de agradecimiento con la cabeza.

Transcurrido un momento, los tres se lavaron las manos en una palangana preparada por Doris, donde había sido vertida una solución de agua clorada.

Gabriel le hizo un gesto a Fanny para que preparase la anestesia. La joven tomó un paño limpio, lo humedeció cuidadosamente con la mezcla de éter y cloroformo y lo presionó contra las fosas nasales del niño. Quentin se quedó dormido en escasos segundos.

—Está listo —anunció tras ubicarse cerca de la yugular, sosteniendo su reloj de cadena para llevar registro de las pulsaciones.

—Bien, no tenemos mucho tiempo antes de que despierte —masculló Gabriel.

Entonces tomó el bisturí esterilizado de la bandeja que la enfermera le acercó.

La espina dorsal de Fanny vibró de expectación, y ello le convenció de que todo era real y no una experiencia ajena leída en uno de sus libros.

Con fría resolución, el doctor Gabriel Seymour situó el bisturí a la derecha del bajo vientre del niño. El filoso metal se hundió en la tierna carne hasta crear una profunda zanja en la piel, con lo que un hilo de sangre manó.

Fue en ese instante cuando Fanny comprendió que no había vuelta atrás. «Quentin, por favor. Resiste». «Dios mío. Guía las manos de Gabriel. Quédate con nosotros».

—¿Ha hecho este procedimiento antes, doctor Seymour? —le preguntó la enfermera Cole, una vez realizada la incisión.

—No —respondió Gabriel con calma. Las dos mujeres intercambiaron una mirada de espanto—. Técnicamente es mi primera cirugía sin supervisión. ¿Cómo está el pulso?

—Débil, pero estable —masculló Fanny.

La incisión fue pequeña, pero permitió una buena visual del interior cuando la enfermera Cole situó las pinzas y abrió la herida tanto como se lo pidió Gabriel. El horror se apoderó de los tres rostros, no bien miraron el reguero de pus que brotó del vientre del niño.

Cole emitió un respingo de compasión y secó la purulenta secreción con una gasa; Fanny y Gabriel se miraron con preocupación

—Vamos a drenar —rugió él sin dubitación.

La enfermera tomó los instrumentos para el drenaje del absceso y los

introdujo en la cavidad. Estos consistían en unas pequeñas mangueras en cuyo extremo había una perilla de goma con la que el líquido podía ser bombeado y después depositado en una botella de vino vacía que Doris les había puesto a disposición. Fue Gabriel quien efectuó el drenaje del absceso apretando y soltando la perilla repetidamente.

El pus, en efecto, comenzó a salir hasta caer dentro de la botella.

Una vez el líquido amarillo y pestilente casi rebasó el envase, Gabriel introdujo los dedos en la cavidad para manipular el intestino grueso y ubicar los restos de vísceras. Después de un rato los halló, no sin cierta dificultad, y los sacó fuera para examinarlos. Fanny le secó la frente, cubierta por una delgada película de sudor.

—¡Dígame! ¿Qué le está haciendo? —escucharon que Terry se abría paso en la habitación, enfermo de impaciencia y preocupación—. Oh, ¡Dios del cielo...! —exclamó al ver al médico manipulando las tripas de su pequeño sobrino.

Gabriel soltó una palabrota.

—Fuera de aquí, maldita sea —exigió—. Contaminará el lugar, imbécil...

—¿De qué habla? ¿Cómo voy a contaminarlo? Quiero quedarme a ver lo que...

No era el momento más idóneo para explicarle a aquel virulento hombre las implicaciones de ingresar en una sala de operaciones —aunque esta fuera el comedor de una casa de campo— sin la debida higiene, así que Gabriel optó por echar a Terry sin más, pero sin soltar el intestino de Quentin.

Al cabo de un momento, Ezra y el otro muchacho que les había acompañado a la ciudad, aparecieron para llevarse al alterado Terry.

—Sálvelo, maldita sea, Seymour —amenazó el hombretón antes de verse arrastrado por sus nerviosos parientes—. Sálvelo... o todos vendremos por usted y su novia. Lo cazaré como a una liebre... ¡Se lo juro!

Fanny echó un vistazo hacia una ventana cercana y reparó que ya era de noche. Una riada de voces provenientes del exterior de la casa había llenado la estancia; le pareció que muchas de ellas murmuraban con una rabia detonada por el miedo y la incertidumbre.

Sintió en sus huesos la energía tóxica envolviéndolos como una nube negra, las ganas de actuar con violencia por parte de aquellas personas si las cosas no salían bien.

—Fanny, concéntrate —la riñó el médico, y ella se disculpó.

Chequeó el pulso de Quentin y anunció que era satisfactorio.

Gabriel utilizó las pinzas para separar los trozos de apéndice y luego procedió a suturar la zona con la prolijidad del caso. Aquello fue lo que más tiempo tomó.

Fanny le ayudó a realizar el corte de la pequeña y delgada tripa, por cuanto la enfermera Cole no veía con claridad. La problemática víscera, ya separada de Quentin, fue enviada al fondo de un cuenco de metal con un sonido que la tranquilizó.

Muy pronto solo quedó devolver el extremo del intestino a su lugar, suturar y cauterizar la herida. Fanny y Gabriel lo hicieron a cuatro manos. Tuvieron tiempo de cruzar miradas; la de él era de férrea resolución y un ligero viso de satisfacción, la de ella... no sabía exactamente qué estaba viendo Gabriel, pero en su interior confluían un alivio colosal y un sentimiento que la había unido a él irremisiblemente.

Fanny miró el rostro de Quentin. Dio gracias al cielo porque la combinación de anestésicos hubiera bastado para dormirlo.

El llanto de una mujer resonó en la habitación. La joven supo que se trataba de la señora Hutchinson, que había llegado de Chatsworth House.

—Ya casi terminamos —anunció el cirujano.

Así fue.

La herida de Quentin fue cauterizada en su totalidad y cubierta por una venda que la enfermera Cole había preparado con esmero. El chico despertaría en cualquier instante y con la ayuda de Dios y de un buen proceso de recuperación pronto volvería a gozar de buena salud.

—Iré a comunicar a la familia que todo ha ido bien —dijo Cole con emotivo alivio, antes de dejar la habitación.

Fanny se acercó a un inexpresivo Gabriel, que no terminaba de reaccionar ante la recién acabada intervención. Quizá no veía adecuado cantar victoria

hasta que el niño no abriera los ojos, quizá habían sido demasiadas emociones para él.

Dejando todo aquello de lado, ella se le acercó con lentitud, le abrazó con fuerza, colmada de orgullo, de alivio, de gratitud... y fue allí cuando él suspiró pesadamente, respondiendo a su abrazo hasta dejarle caer una pequeña parte de su peso.

Y fue en ese instante cuando Fanny Thorton comprendió que estaba perdidamente enamorada de Gabriel Seymour.

No pasó mucho tiempo antes de que Quentin abriera los ojos, dolorido y desorientado por los restos de la mezcla de éter y cloroformo que todavía flotaban en su cuerpo. Para entonces ya descansaba en su dormitorio mientras afuera todos oraban afanosamente por su mejoría.

Fanny, que había montado guardia junto a la cama, al igual que la señora Hutchinson y Doris, se levantó de prisa para buscar a Gabriel. El médico estaba recostado en la puerta de la oscura cocina, envuelto en el blanquecino humo del cigarro; sus ojos reflexivos, fijados en la oscuridad de la noche, que tintaba de negro aquel páramo de Derbyshire. Ninguno de los dos había reparado en lo tarde que se había hecho o en las consecuencias que dicha visita al pueblo acarrearía. Habían estado demasiado preocupados por cumplir el deber, por lo que la vida en la mansión les parecía irreal y un tanto lejana.

Cuando la joven llamó al médico, éste abandonó de golpe su actitud contemplativa, apagó su cigarro en un cenicero y se dirigió presto a la habitación del niño. Solo ella podía imaginar cuan exhausto se sentía, después de vaciarse trabajando en la medicatura de Bakewell y luego de practicar su primera cirugía sin la supervisión de un cirujano experimentado. Había sido tan valiente, tan audaz y decidido. Agradecía al cielo haber contado con él y con la experticia de la enfermera Cole, que se había marchado más temprano por petición de Gabriel.

Fanny imaginó por un segundo el fatídico escenario si él no hubiera sido capaz de intervenir a Quentin. Si tan solo el niño hubiera... aquel pensamiento fue descartado, tan rápido como percibió el dolor de una hipotética pérdida y, quizás, una lluvia de acusaciones.

Tras lavarse las manos de nuevo, Gabriel examinó la herida con cuidado y gentileza. Se veía muy saludable, y Quentin, a pesar de su adormecimiento, había recuperado un poco el color. Eventualmente, aquel pillín podría volver a correr y jugar como si nada hubiera ocurrido, por supuesto, si el periodo de recuperación transcurría en calma y sin contratiempos, y ello dependía en gran medida de los cuidados que pudiera brindarle su familia.

Después de dar las indicaciones a los aliviados parientes del muchacho, Gabriel anunció que volvería mañana para verlo. Ezra estrechó su mano, henchido de gratitud, al igual que Doris y la señora Hutchinson, la madre del niño, que después de ser testigo de algunas de sus trastadas le miró bajo un novedoso cristal de respeto.

Justo cuando Fanny y Gabriel abandonaban la casa, Terry se interpuso entre ellos y la puerta, con lo que este último se envaró. El rudo tío de Quentin había amainado su carácter combativo; en lugar de una mirada cargada de ira y frustración, su semblante parecía haber hallado la calma. Después de todo, el niño había despertado y de momento no había razones para montar guerra.

Sin decir una palabra, Terry le tendió la mano a Gabriel y éste se la estrechó.

Fue cuando se hallaban camino a Chatsworth House que Fanny cayó en la cuenta de que era más de medianoche. Los páramos de Derbyshire, antes verdes y rezumantes de vitalidad, habían sido tragados por una insondable oscuridad. Un cielo sin luna, del color de la tinta y salpicado por estrellas minúsculas y diamantinas los arrojaba mientras cabalgaban a paso lento hacia la mansión.

Fanny sintió los efectos de la larga jornada en los músculos, tirantes, doloridos. La molestia que sentía se intensificó apenas fue consciente de que debía ingeniárselas para explicar su ausencia a lady Chichester. Ya se le ocurriría algo, se dijo para acallar la voz apremiante en su cabeza.

Observó a Gabriel, que iba a su lado, callado y pensativo. De hecho, los únicos sonidos en aquel momento provenían de los grillos, los cascos de los caballos y el viento que mecía ligeramente los árboles que bordeaban el camino. Se preguntó qué pasaba por su mente en aquel momento. Cómo se sentía... Pero había aprendido a respetar sus silencios. No deseaba agobiarlo



con interrogatorios. Apenas podía adivinar su extenuación, la tremenda impresión que suponía tener en las manos la vida de un niño, aunque al final hubiera conseguido salvarla.

Llegaron a Chatsworth en un tiempo que le pareció relativamente corto. Las caballerizas se hallaban en penumbras, y los caballos dormitaban silenciosamente en sus estrechas cuadras. Gabriel la ayudó a descender del hannoveriano y se hizo cargo de los arneses.

Poco antes de cruzar las grandes puertas de teca y abandonar aquella rústica estancia, Gabriel la tomó de la mano, sorprendiéndola. Tiró de ella tan fuerte que su cuerpo chocó contra él en la oscuridad, como un metal atraído por un gigantesco imán. El contacto devino en un abrazo feroz que llenó el silencio de un cálido significado. Fanny cerró los ojos; se fundió con él.

—Gracias por no dejarme solo —escuchó que le susurraba al oído. Su voz estaba desgarrada por una extenuación que trascendía lo físico—. De no haber estado tú ahí... yo... no habría sido capaz de ayudar a ese niño.

—¿Cómo crees? —rio ella, incrédula; su abrazo estrujador apenas le permitía tomar aire para hablar, pero aquella cercanía se sentía tan bien que, ¿quién necesitaba respirar?—. Si eres un médico excelente. Estoy tan orgullosa de ti...

—Oh, Fanny. ¿Cómo es eso posible —murmuró, sarcástico—, si me he afanado en crear el efecto contrario?

Él la soltó con lentitud, a lo que su piel se resistió ligeramente. No podía mirarlo, por cuanto la oscuridad lo llenaba todo en derredor, pero aun conseguía sentir su extrema cercanía. Lo que había sucedido aquella noche había marcado un hito. Y ninguno de los dos se volvería a mirar de la misma forma. Nunca más.

—Ya no creo que funcione. No conmigo.

—¿Fanny?!

La aludida maldijo en voz baja. Su entrada había estado lejos de ser sigilosa, como lo habría pretendido. La luz de una lámpara bañó ligeramente el dormitorio mientras Aneska von Vetsera se calzaba un par de anteojos.

—¿Por amor del cielo! ¿En dónde te has metido? —quiso saber la húngara, que le miraba acusadora a través de aquel par de espejuelos.

—Fui al pueblo —contestó sucintamente.

—¿Al pueblo? ¿Has estado en el pueblo hasta esta hora?

—Sí.

—Estás... loca —se incorporó de la cama, dejando a la vista una larguísima melena rubia y un camisón de batista que la envolvía desde el cuello hasta los tobillos—. ¿Cómo es que te marchas de Chatsworth House sin decirle a nadie? ¿No podías dejarme una nota al menos? He estado muy preocupada por ti. Santo Dios, creí que te había raptado un sirviente o que te habías perdido en el bosque.

—Estoy bien, Aneska.

Se concentró en desvestirse, una tarea necesaria pero para la que estaba demasiado cansada. Las palabras de la húngara eran pinchazos en su cerebro de los que no podía defenderse. Tan solo le apetecía acostarse y esperar al día siguiente, aunque en el fondo sabía que aun entonces tampoco conseguiría reunir la fuerza para responder.

—Chichester te hará pedazos por la mañana —murmuró Aneska mientras le ayudaba a retirarse el corsé—. No tuve más remedio que contarle que no te había visto desde ayer en la noche. Si hubieras visto su cara... —sacudió la cabeza, horrorizada—. No parecía dispuesta a creer que te hubiera sucedido algo malo. Por el contrario, dijo estar segura de que volverías y que ajustaría cuentas contigo... Tendrás problemas, Fanny Thorton.

—¿Alguien más lo sabe?

—No que me haya enterado. Solo recurrí a Chichester.

—Le diré la verdad —soltó al verse librada del corsé—. Que estuve en una medicatura del pueblo, prestando ayuda. El médico residente falleció y había mucha gente enferma. La enfermera no podía apañárselas sola y yo... me sentía muy aburrida aquí.

—¿Con quién fuiste al pueblo?

—Sola, por supuesto —Fanny odió que Aneska fuera tan perceptiva. Esta le echó una mirada que dejaba por sentado que no creía aquello último, y que

estaba decepcionada de no le dijera la verdad—. No imaginé que tardaría tanto.

—Bien, te dejaré descansar. Parece que has vuelto de la guerra...

Tras ponerse el camisón y deshacerse el peinado, Fanny se dejó caer sobre el suave lecho. La comodidad la abrumó y le proporcionó el tan ansiado alivio.

—Perdón por echarte a los perros —murmuró su compañera desde la otra cama cuando el dormitorio volvió a quedar a oscuras—. Te habría cubierto, si solo me lo hubieras pedido.

—Descuida —dijo, un segundo antes de que el sueño la venciera por completo—. Ayer ni siquiera sabía lo que la vida me tenía preparado.

Los albores de una mañana luminosa, que se colaban hasta la enorme habitación, le obligaron a abrir los ojos y saltar de la cama a toda prisa.

¿Qué hora es?, pensó mirando frenéticamente el reloj que descansaba sobre la repisa de la chimenea. Eran más de las siete, comprobó enloquecida y molesta consigo misma mientras sacaba su ropa de la cómoda. No debería haberse quedado dormida. De seguro Gabriel ya estaba en el pueblo... y se había sentido decepcionado de ella al no verla en las caballerizas.

«Debo volver a Bakewell. Debo saber cómo está Quentin. Gabriel me necesita...»

Desde su cama, Aneska le miraba soñolienta, nada sorprendida por aquella actitud impetuosa a la que comenzaba a acostumbrarse. Fanny empezaba a actuar de un modo muy extraño, y ella estaba empezando a crear teorías en su mente ágil e intuitiva.

Se levantó y le ayudó a vestirse de nuevo, sin hacer preguntas y sin cuestionar su decisión de salir a hurtadillas, aunque ya tuviera suficientes problemas. Fanny le agradeció por ello.

—Espero que sepas lo que estás haciendo —le dijo.

—Hay un niño convaleciente que me necesita, Aneska —masculló mientras se colocaba el sombrero—. Me resisto a anteponer mi reputación a eso.

Salió veloz del ala de dormitorios y se dirigió a las puertas dobles que servían de antesala a los jardines. Con suerte podría llegar a casa de Quentin y encontrar allí a Gabriel. El niño debía haber despertado ya... y con el favor de Dios, ya se sentiría listo para recibir un poco de alimento.

—Buenos días, señorita Thorton.

Se detuvo como por acto reflejo ante el sonido de aquella voz mordaz, antes de alcanzar la caminería que llevaba a las caballerizas. Cerró los ojos, desolada, antes de volverse para mirar a lady Chichester. La mujer, vestida con un traje de paseo verde oliva, la observa bajo un parasol de encajes.

—Parece que lleva algo de prisa —añadió ante su falta de respuesta.

—Buenos días, lady Chichester.

—¿Ni siquiera piensa desayunar? —la mujer caminó hasta ella con el sigilo de la serpiente que ha conseguido acorralar a un apetecible roedor—. Alguien como usted debería saber que tomar el sol sin haberse alimentado antes podría ocasionarle un desvanecimiento.

—No me apetece nada en este momento, milady.

—Que pena —sus ojos gélidos le lanzaron una sutil advertencia—. Sin embargo insisto en que dé la vuelta y coma algo, por su propio bien. Quizá después podría acompañarnos a ver la colección de pinturas del duque. Le aseguro que es un regalo para los ojos. Sería muy educativo, ¿no lo cree?

—No puedo acompañarla. Tengo que irme.

—¡Señorita Thorton! —Fanny, que había hecho intento de dejarla con la palabra en la boca, se detuvo—. He sido muy paciente con usted, más de lo que merece. Le ruego que regrese a la casa y no vuelva a dejarla hasta que se dé por concluido el verano intelectual. Para entonces ya no la tendré bajo mi responsabilidad ni me veré obligada a lidiar con su... comportamiento.

—Milady, la libro de su martirio en este instante.

—Usted no puede hacer eso. El duque es quien me ha confiado la seguridad moral de sus invitadas, le guste o no. Y usted ha cometido una infracción al dejar Chatsworth House sin una compañía adecuada. Se ha pasado todo el día fuera y ni siquiera se ha molestado en ofrecer una explicación. Por Dios, que ni siquiera parece apenada.

—Muy bien —asintió—. Ayer estuve en el pueblo, ejerciendo mi deber como sanadora en una medicatura cuyo médico falleció. La enfermera Cole puede corroborar mi historia —Fanny se preguntó fugazmente si aquella explicación no sería más bien contraproducente. Si la mujer le decía a Chichester que Gabriel también había estado allí, los problemas caerían sobre ella como una lluvia de navajas—. Trabajé todo el día y la noche... Espero que esté satisfecha.

—Estoy muy lejos de estar satisfecha.

La joven le miró enfurruñada.

—Lady Chichester, esa gente necesitaba de alguien que les atendiera —se infló los pulmones con aire y determinación antes de volver a hablar—. Yo soy médico. Tal vez no tenga una licencia pero tengo el espíritu y la vocación. Yo... ¡debo estar con los enfermos, con los necesitados, no mirando pinturas o tomando el té!

—Ya lo creo que su espíritu la ha llevado a la irreverencia total —apretó los labios, y ella tuvo la sensación de que manejaba más información de lo que admitía—. No me crea ingenua, Fanny. Sé que se cree superior porque ha leído unos cuantos libros de ciencia y está convencida de que ello le ha granjeado un destino más importante que el de una muchacha corriente. Debe de creer que el resto de las mujeres somos una parvada de tontas, incluyendo su madre —la muchacha le mostró un ceño fruncido—. Pero le guste o no, usted aun se rige bajo nuestros preceptos.

—¿Qué quiere decir?

—Los sirvientes me han contado que le vieron llegar en la madrugada acompañada de un caballero... —el espanto de Fanny se intensificaba a medida que aquella insidiosa mujer continuaba hablando— de pésima reputación.

—No es lo que usted cree...

—Si esto llega a oídos del duque —continuó, como si no le hubiera escuchado— no quiero ni imaginarme las consecuencias. Usted terminaría arruinada. La vergüenza para la universidad y para la familia Cavendish sería colosal. ¿Cree que Devonshire le concederá una plaza de estudios a una muchacha que le ha faltado el respeto en su propio hogar? El verano intelectual de Chatsworth House no es una tertulia para urdir aventuras

licenciosas...

—Lady Chichester, usted no lo entiende...

—Si se llega a ventilar este asunto usted se quedará sin la más mínima oportunidad de ingresar a Cambridge... y apuesto a que su padre se sentirá muy decepcionado.

Aquello la heló por completo. No deseaba detenerse a pensar qué pensaría su padre si aquella mujer plantaba ideas insidiosas en su mente.

—¿Mi padre?

—Por supuesto, le escribiré en el acto y le contaré que usted ha deshonrado su nombre al salir a hurtadillas con un... hombre amoral. Estoy segura de que a su familia no le hará ninguna gracia verse inmersa en un hecho tan bochornoso; ni siquiera a su madre, que debe de haber buscado en vano un pretendiente para usted.

No podía creer hasta donde la había llevado aquella conversación.

—No me mire así —continuó aquella víbora—. Me tomo muy en serio el rol que se me ha otorgado en esta casa. Si usted falla yo fallo.

Desde luego. Lady Chichester solo podía actuar con el objetivo de cuidar su lugar en Chatsworth House y el suculento salario que la familia Cavendish a bien destinaba para ella cada mes.

—¿Qué es lo que quiere?

—Seré muy buena con usted, Fanny. Le daré otra oportunidad. No diré una palabra, si usted me promete que irá por el carril correcto de ahora en adelante. No más visitas a Bakewell y a su medicatura. Estaré observándola.

—Muy bien.

—Stephanie.

—Sí, lady Chichester.

—Ese hombre no es bueno para usted. Y no hablo de sus pecados, como llevar prostitutas a su dormitorio estudiantil, arruinar la regata anual con su afición a la bebida, y no hablemos siquiera de su afición al opio... —Fanny tragó saliva con dificultad—. Me refiero a que puedo adivinar en su mirada cierto aborrecimiento por el mundo en general. En la universidad le han

procesado por felonía —habló con tono meditabundo, observando fugazmente el cielo, como si quisiera explicarse un hecho difícil y abstracto—, por esta casa, por el modo de vida que ostenta esta familia. Hay odio en sus ojos.

»Se lo digo como amiga, Fanny, aunque desestime mis palabras. Aléjese de ese demonio con cara de ángel. Aléjese de él, porque de lo contrario le esperan muchas lágrimas.

## Capítulo 11

Fanny se obligó a reprimir todo su resentimiento y ansiedad para sobrevivir a aquel largo día. Chichester la tenía en sus manos y, por su propio bien, le convenía cumplir las reglas y asentir obedientemente a todas sus exigencias.

Después de tomar un desayuno que se le supo rancio, la joven se integró a las actividades ideadas para las damas, como una tediosa visita a la galería del duque y la tristemente descolorida guía de lady Melanie Cavendish.

Mientras apreciaba aquellos magníficos objetos que en otra ocasión le habrían hecho suspirar de admiración, Fanny no dejaba de pensar en el dispensario de Bakewell, en sus quejumbrosos pacientes, en el pequeño Quentin... y en Gabriel. Habría dado cualquier cosa por estar allí, por prestar el debido servicio a los pacientes, por ser útil. Empezaba a valorar seriamente su tiempo, sus manos que, aunque poco instruidas, tenían las habilidades y el deseo ferviente de curar... a entender que la diferencia entre la vida y la muerte se encuentra a veces en el simple hecho de hallarse en el lugar correcto, en el momento preciso. Fanny Thorton no estaba hecha para perder su tiempo en actividades tan banales, en reuniones tan estériles y carentes de sentido, en compañía de gente que solo se preocupaba por sus propias necesidades.

Después de aquel día —y después del trato desconsiderado dispensado por la matrona de Chatsworth House— ya no podía ver aquel lugar como solía hacerlo: con los ojos de una jovencita entusiasmada por el mundo académico. Ahora Fanny creía que el verano intelectual en aquella aristocrática mansión era un evento vacío, concebido para trabar relaciones ventajosas y hacerse con el prestigio profesional del que un simple estudiante carece. No le extrañaría si alguien le dijera que el único motivo por el que ella y Aneska fueron invitadas era que las consideraban esposas idóneas para cualquiera de aquellos petulantes caballeres.

¡Por Dios, Gabriel tenía razón! Allí no se hacía ciencia. Solo negocios. La verdadera ciencia se hacía en los institutos, en los dispensarios y en los hospitales.

Al tiempo que Fanny sufría en la insulsa compañía de lady Chichester y su



pequeña corte de damas descerebradas, los hombres asistían a una charla dictada en la biblioteca por el señor Andrew Cayley, considerado el mejor matemático de Inglaterra y toda una autoridad en electromagnetismo.

Por la tarde asistió a una sesión de té en el hermoso salón oficial de la duquesa de Devonshire, otra actividad que antes le había resultado aceptable. La novedad fue que, en esta ocasión, ésta sí había estado presente. Por suerte, Elizabeth había acaparado la atención con su charla pausada y meliflua, dejando a lady Chichester en un desacostumbrado segundo lugar.

Era la primera vez que Fanny la veía en Chatsworth. Como no había tenido ocasión de conocerla, no se había hecho una idea de su persona. Después de intercambiar unas palabras por un momento, la encontró gentil pero distante, a diferencia de su hija, que solo era distante. Era muy hermosa y lucía un aspecto juvenil que desaparecía con el más mínimo asomo de sonrisa, a través de pequeñas arrugas en la frente y en las comisuras de los ojos; el cabello dorado cobrizo

Como buena anfitriona, Elizabeth tenía intenciones de involucrar a las seis jóvenes bajo su cuidado en los preparativos del baile del sábado, así que dividió las tareas más importantes. Lady Ginny, la hija de Chichester, quedó encargada de elegir la música. A lady Melanie y sus dos acompañantes —que no recibieron el encargo de muy buena gana—, les fue delegado el menú para la cena. Aneska, por su parte, recibió la responsabilidad de supervisar la decoración y elección de la cubertería.

—¿Posee usted alguna habilidad de la que podamos aprovecharnos en nuestra velada, señorita Thorton? —quiso saber la duquesa mientras sujetaba un bloc y un lápiz y le miraba a través de un par de anteojos de escritura.

Fanny se hallaba frente a la ventana. Había permanecido distraída y callada durante toda la conversación. Los brazos cruzados alrededor de su cuerpo y los ojos vigilantes en dirección al camino hacia las caballerizas. Anhelaba el momento en que Gabriel regresara de la ciudad con noticias de Quentin. Más temprano había preguntado por la señora Hutchinson a los sirvientes, y éstos solo le habían comunicado que el ama de llaves había solicitado unos días de permiso para cuidar de su hijo enfermo.

—¿Alguna habilidad? —repitió incrédula.

—Sí —la retó lady Chichester taladrándole con los ojos—. Eso preguntó

su excelencia.

La joven encogió los hombros con una marcada veta de rebeldía.

—Supongo que si un invitado sufre alguna caída en la pista de baile podré enderezarle la cadera.

La sala enmudeció. Fanny habría jurado que la vena en la frente de lady Chichester había explotado, porque ésta dio un ligero brinco y su rostro enrojeció súbitamente, como si toda su sangre hubiera ido a parar allí. El resto de las muchachas le mostró un ceño fruncido de desagrado, a excepción de Aneska, que parecía divertida y asustada a partes iguales por su osadía. Para sorpresa de todos, la duquesa rompió en carcajadas.

—¡Pero qué ocurrencia la suya, Fanny! —Se llevó un dedo al rabillo del ojo para enjugar una lágrima—. No es mala idea tenerla presta en caso de que algún incidente se produzca, ni Dios quiera. ¿No es así, mi querida lady Chichester?

—Sin duda, excelencia... sin duda —balbució la descolocada matrona—. Entiendo que la señorita Thorton es aficionada a la salud y esos temas... científicos. Un pasatiempo de lo más inusual para una dama, debo decirlo.

Fanny intercambió con la mujer una mirada gélida. Si para lady Chichester devolverles la salud a las personas era un mero «pasatiempo», deseaba de todo corazón que nunca enfermera ni que sufriera ningún accidente.

Al cabo de unas horas, la joven regresó a su habitación con los puños doloridos de tanto apretarlos para contener la cólera. No tenía ánimos de cenar, ni de hablar con nadie. La tarea que se le había asignado junto a Aneska —la de supervisar la decoración del salón de baile y de otras áreas comunes de la mansión—, suponía para ella una humillación, una estúpida distracción ideada para mantenerla ocupada, lejos del pueblo, de la medicatura y de Gabriel.

Para Chichester, la duquesa y, estaba segura, también para el duque, no había otra ocupación que le viniera mejor a una mujer en Chatsworth House.

Exhausta y desencantada del mundo que antes le había provocado tanta ilusión, llegó hasta su dormitorio y azotó la puerta con una fuerza liberadora... una fuerza que se desvaneció apenas fue consciente de quien la esperaba allí dentro.

Por un breve instante se quedó paralizada, preguntándose si había abierto una puerta equivocada. Gabriel Seymour estaba tumbado sobre su cama; la espalda apoyada relajadamente sobre los almohadones y los pies descalzos, cruzados a la altura de los tobillos. Iba en mangas de camisa y chaleco, despojado del cuello duro de su camisa. Sus antebrazos y la parte alta del pecho, observó, estaban ligeramente cubiertos de un fino vello oscuro. Sus manos sostenían un libro que a ella le resultó familiar, el mismo que había dejado en su mesa de noche, olvidado e inacabado, hacía unos días: *La isla del tesoro*, de Robert Louis Stevenson.

El corazón de Fanny latía con fuerza, pero no como resultado de la rabieta que acababa de atacarla. Jadeó medio asustada, medio abrumada por aquella visión que, ella sabía, era potencialmente peligrosa, pero que le fascinaba de un modo indecible.

No bien le vio llegar, el médico dejó el libro a un lado y se incorporó con calma. Los pies de Fanny avanzaron hasta él como por voluntad propia; fue una reacción tan natural como osada, la de caer en sus brazos y buscar su boca, que le resultó casi pasmoso. Aun así, cualquier sensación distinta al placer se evaporó inmediatamente y solo hubo lugar para un atolondrado beso.

Gabriel le abrazó la esbelta cintura, la embutió contra su cuerpo rígido al tiempo que Fanny, ansiosa, le rodeaba los hombros y le revolvía el sedoso cabello. Su sujeción era una deliciosa mezcla de urgencia y posesividad, y sus labios, una caricia incitante. La habitación comenzó a perder color y forma hasta que tan solo fue una mancha difusa alrededor de ellos.

Fanny abrió más la boca para recibir la embestida de su lengua, dejó que la torturara con besos profundos que le desencadenaban un rosario de sensaciones por todo el cuerpo. Podía sentir las manos atrevidas de él bajando por sus caderas, moldeándolas contra él con deliciosa precisión hasta que percibió una rígida protuberancia chocando contra su pubis.

Aquello que le provocaba era tan dulce, tan cálido y a la vez tan frenético que, por un segundo, deseó contar con la libertad de desnudarse para Gabriel y dejar que él le mostrase el placer físico que siempre le había sido un misterio.

Si bien el matrimonio no figuraba en su lista de propósitos por cumplir, debía admitir que empezaba a soñar con ser amada, con sentir el calor de un hombre envolviéndola por las noches y la plenitud de una compañía agradable por las mañanas. Y empezaba a pensar dolorosamente que ese hombre tenía

que ser Gabriel Seymour.

—Te eché de menos todo el día —suspiró entre beso y beso.

—Igual que yo a ti —respondió él con voz ronca—. De otra manera no habría venido arriesgando nuestros cuellos.

—Me alegra que lo hayas hecho. ¿Cómo supiste que esta era mi cama?

—Porque es la que huele a ti.

Fanny se estremeció en respuesta pero, en desafío a sus lujuriosos deseos, se apartó un poco de él, esperando que aquello le ayudara a aplacar la llama incesante que se había encendido en su interior. Como no resultó, decidió iniciar una conversación.

—¿Cómo está Quentin?

—Evoluciona como esperábamos —Gabriel suspiró y se apartó el fleco de la frente. Él también se obligaba a combatir su deseo—. Lo visité antes de llegar a la medicatura y otra vez cuando venía de regreso. Ya está comiendo. Se recuperará pronto.

—Oh —jadeó ella con alivio—. Que estupendo es oír eso.

—No tienes de qué preocuparte.

—Gabriel, intenté ir contigo esta mañana pero —se sentaron en el borde de la cama— lady Chichester me sorprendió en los jardines cuando me dirigía a las caballerizas y me prohibió salir de la mansión. Ahora me vigila constantemente, siento sus ojos sobre mí todo el tiempo, como si quisiera adivinarme el pensamiento —dejó escapar una risa nerviosa, pero él no la compartió.

—¿Le dijiste adonde ibas? —preguntó, serio.

—No tuve que hacerlo. Un sirviente nos vio llegar anoche... y nos delató.

Gabriel perdió el color. Se levantó de la cama de un salto y por un momento escondió sus facciones, volviéndose hacia la ventana. Fanny pudo percibir una ansiedad rayana en el temor en su dilatado silencio, en su rígida postura.

—¿Esa mujer... sabe que nos fuimos juntos? ¿Sabe dónde estábamos?

—Sí, se lo expliqué... o al menos traté de hacerlo, pero solo parecía

preocuparle el hecho de que estaba contigo, «arruinando» mi reputación — fugazmente puso los ojos en blanco— y comprometiendo su trabajo como matrona. En realidad, creo que ese era su único pesar. Supongo que el duque le aporta un salario más que generoso y se niega a perderlo dejándome suelta como a una polluela descarriada.

Gabriel seguía serio y ensimismado, al punto que Fanny empezó a pensar que él temía verse obligado a casarse con ella si Chichester decidía ventilar el hecho. Aquello, inesperadamente, le produjo una punzada de dolor.

—Descuida —susurró para calmarlo—, me dijo que lo pasaría por alto, pero me prohibió bajar al pueblo... y me aconsejó que me mantuviera alejada de ti.

Él asintió afanosamente, como si encontrara sentido en aquellas necias palabras.

—No debería haberte llevado conmigo.

—¿Qué?

—Maldita sea, tenía que haber pensado en las consecuencias —gruñó mientras caminaba de largo a largo por la habitación—. Tuviste suerte de que esa vieja arpía fuera tan condescendiente. Cualquier otra habría hecho un escándalo del demonio —Fanny le miró confundida—. ¿No lo entiendes? Quedarías arruinada con solo...

—Soy consciente, quizá mejor que tú lo que implica que una dama pase más tiempo del necesario en la compañía de un caballero, pero ¡no me importa lo que piense lady Chichester! —soltó irreflexivamente, herida por el modo en que él había hablado, como si aquel día no hubiera sido tan importante para ambos, como si fuera mejor que nada de aquello hubiera sucedido—. No soy una estúpida debutante, ni una mujer frágil a la que se puede corromper fácilmente. Cuando tomé la decisión de convertirme en médico también decidí sobre el resto de mi vida, y eso significa que no dejaré que nadie se crea con el derecho de decirme con quien estar y adonde ir. No soy lady Melanie o cualquiera de esas jóvenes a las que puedes arruinar con un susurro al oído.

Gabriel la miró de un modo extraño, que ella no supo interpretar. No sabía si era la mención a la joven que hasta hacía poco había considerado el objeto de sus deseos o el solo hecho de que hubiera puesto sobre la mesa su deseo de independencia.

—¡Si fastidias al duque perderás tu oportunidad de entrar a Cambridge!

—Lo sé, por eso le obedecí esta vez, pero cuando nos hayamos marchado de aquí ya no tendremos que... —apretó los labios, furiosa e impotente. Una nueva y perturbadora idea comenzaba a picotear en su cabeza—. ¿Acaso te preocupa lo que se diga de ti...?

Él chasqueó la lengua, mitad divertido, mitad amargado.

—¡Por supuesto que no! Creo que ya soy lo bastante malo para esta gente.

Fanny se levantó de la cama y fue directa a él. Le tomó de las manos, deseando que se apaciguara mientras se preguntaba cómo habían llegado a aquel punto.

—No me arrepiento de lo que pasó ayer —dijo suavizando su tono—. No me arrepiento de haber ido al pueblo y de haberte ayudado con los pacientes y con Quentin...

—¡Que me aspen, pero yo tampoco!

—¿Y entonces, qué...?

Desesperado, él le tomó de la barbilla y, mirándola con fiereza a los ojos le dijo:

—Fanny, no soy bueno para ti, ¿es que no lo entiendes?

—No, ¡no lo entiendo!

—¡No me conoces!

—Hasta hace poco no te conocía, pero ayer pude darme cuenta de que eres una buena persona y un buen médico. No eres lo que ellos dicen. Esa máscara de depravado que te empeñas en usar es lo que todo el mundo ve... y ojalá algún día puedas decirme por qué la usas... —tomó aire y lo confrontó al fin—. Quiero que me lo digas ahora, Gabriel.

Gabriel maldijo en silencio.

Se vio a sí mismo en aquel dormitorio femenino que le estaba prohibido, sometido a una sorpresiva interpelación y se preguntó cómo diantres había permitido que las cosas llegasen tan lejos. Estaba muy cerca de concretar sus planes y no era el momento de flaquear, se dijo frenéticamente, apartando la

mirada de Fanny Thorton, su inquisidora, la mujer que lo había hecho zigzaguear en su camino y de la que no podía alejarse, por más que lo intentara.

Mientras volvía a calzarse los zapatos, intentó recuperar el control, hallar fuerzas en medio de la nube de embeleso donde había caído por culpa de ella. Él no debería estar allí, se recordó mientras se llamaba «estúpido» de mil diferentes formas. Si alguien lo descubría; si se veía inmerso en un escándalo con la persona equivocada, sería el fin de su plan. Algo como aquello lo forzaría a abandonar prematuramente Chatsworth House y jamás volvería a acercarse tanto a los Cavendish. Su padre estallaría en cólera si lo echaban, si perdía aquella oportunidad, y luego moriría de pena y vergüenza.

*¡No!* Sacudió la cabeza, agonizando.

No debió haber puesto los ojos en Stephanie Thorton, en primer lugar. No debería haberla buscado, y no debería haberse dejado llevar por la tentación de besarla, de escrutarla, de involucrarla en sus asuntos con tanta facilidad. Así no habría descubierto que ella era absolutamente perfecta. Una criatura hecha para él en el más nimio detalle, y que la deseaba de un modo que podía permitirse. No aun.

—¿No vas a hablarme? ¿Ni siquiera vas a mirarme? —susurró ella, conteniendo un sollozo—. ¿Es que no confías en mí después de todo lo que hemos pasado?

¿Por qué le había sucedido aquello? ¿Por qué el diablo se burlaba de él?

No podía decir la verdad, no deseaba mentir. No quería perderla, pero no había modo de tener éxito en sus planes y conservarla para él. Y por mucho que lo intentara no podía cambiar las cosas. Maldita sea.

—Ojalá no nos hubiéramos conocido ahora —confesó, rezumando deseo e impotencia con cada palabra—. Ojalá hubiera sucedido en un año... o en dos.

Ella le miró como si le hubiera hablado en otra lengua.

—¿Por qué dices eso?

—Porque es lo que siento.

—Gabriel... —compungida, Fanny se acercó hasta el sillón donde él se había dejado caer, y se le arrodilló enfrente, mirándole de una forma que le

rompió el corazón—, no podemos cambiar las cosas. Así es como ha sucedido todo. A decir verdad, yo no cambiaría nada. Eres lo mejor que he encontrado en Chatsworth House. Créeme, he terminado por pensar que este lugar es una gran mentira, tal como me lo dijiste... Estoy segura de que, sea lo que sea que esté ocurriendo en tu vida en este momento, no es motivo como para impedir que podamos estar juntos, si es lo que deseamos —tragó saliva, y él supo que había hecho un esfuerzo titánico para dar un paso adelante y demostrar sus sentimientos. Era tan hermosa—. ¿No es eso lo que deseas?

Él se inclinó hacia adelante. Le miró con lujuria, con rabia y desesperación. Y aun así sintió que quizá no había logrado expresar con éxito cuánto la quería.

—Lo deseo tanto que me parece poco probable que ocurra alguna vez.

—No seas tonto —jadeó ella, intentando consolarlo—. Yo deseo lo mismo. Quiero estar contigo, Gabriel. ¿Qué podría impedirlo? ¿Quién podría alejarme de ti?

Y allí, ante la mirada anhelante y sufrida de Gabriel, Fanny se levantó para buscar espacio en su regazo. Acabó sentada sobre él, provocando que la sangre le hirviera como lava volcánica y que cada centímetro de su cuerpo fuera consciente de la cercanía de ella; de la firmeza de sus muslos, de su delicado perfume de lirios húmedos y del latido vibrante de su corazón, bajo aquel bonito y tentador pecho.

Por cosa de instinto, él la envolvió en un abrazo constrictor, posesivo. Deseaba evitar que volviera a levantarse y le privara de su delicioso peso, que caía dolorosamente, justo donde tanto la necesitaba, torturándolo y complaciéndolo a partes iguales.

Sus manos contornearon sus perfectas caderas, la línea curva de su cintura y los costados hasta que alcanzaron sus pechos, que llenaban voluptuosamente el corsé, por debajo de la blusa. Fanny dejó que la explorara sin adivinar la intensidad de su deseo. Cerró los ojos mientras Gabriel pegaba la espalda en el sillón y usaba ambas manos para acunar sus senos. Masajeó su gloriosa redondez, aprisionada por la prenda femenina. Usó sus pulgares para frotar con delicadeza los pezones que le hubiera gustado mirar. Se los imaginó turgentes y rosados, exigiendo ser lamidos y chupados por él.

La boca se le hizo agua. La sangre en su entrepierna rugió.



—Eres tan hermosa, Fanny —suspiró mientras rozaba sus labios con un tembloroso pulgar—. Eres la única mujer a quien podría confiarle mis secretos... aunque muchos de ellos ya los has descubierto.

—Tus secretos están seguros conmigo —susurró ella, zalamera, mientras le recorría el pecho con las palmas de las manos, aumentando su excitación.

—Lo sé, pero yo no lo estaría.

—Inténtalo, por favor... déjate llevar por mí.

Gabriel la tomó de la nuca y la atrajo para besarla ardorosamente. Deseaba desnudarla, recorrer cada confín de Fanny Thorton, tomar todo de ella, más de lo que le estaba permitido, más de lo que se atrevía a pedirle. La abrazó más fuerte, hundió la lengua en su boca y se regodeó en su intoxicante y dulce sabor.

Recordó la noche en que la vio por primera vez. Él acababa de perder, a manos de un par de ladronzuelos, las reservas de opio que su padre tanto necesitaba para aliviar los dolores de su paraplejía. Los maleantes lo habían golpeado, se habían llevado sus monedas, su reloj de cadena, las mancuernillas y el alfiler de oro de la corbata. Sabía que el viejo le culparía de todo, que lo llamaría inútil por enésima vez, y se odió ferozmente por su estupidez. Entonces había despertado en aquella minúscula habitación, dolorido y cabreado, y el rostro de aquella hermosa aspirante había sido lo primero que habían captado sus ojos tras un cristal de frustración.

Pero luego había quedado prendado de ella, de su sonrisa, de sus labios que habría querido besar... y de sus aspiraciones que, extrañamente, había encontrado fascinantes. Había pasado poco tiempo antes de que descubriese que Fanny Thorton era el tipo de mujer que lo seducía como ninguna otra. El tipo de mujer que lo veía como a un igual y no como a un potencial marido al que recostarse por el resto de su vida.

Era simplemente perfecta.

Gabriel se estremeció cuando la lengua de su adorada se introdujo en el oído y su mano palpaba la entrepierna con tierna osadía. Su erección se precipitó a un punto doloroso, y empezó a costarle trabajo hilvanar un pensamiento decente. Le miró, transido por el deseo, y halló en sus ojos oscuros el mismo velo de lujuria reflejado.

—Oh, Fanny —jadeó, encantado con su atrevimiento. El cuerpo dolorido del más acuciante deseo—. Te necesito tanto.

—También yo —confesó con voz ronca.

Gabriel escrutó su rostro y se maldijo por lo que estaba a punto de preguntarle. Aun así no hacerlo sería como dejar que alguien les asfixiase a ambos.

—Fanny... ¿acaso... deseas ir más allá?

Ella asintió. No hubo rastro de vacilación en su respuesta, y aquello fue su perdición.

—Sí, Gabriel. Lo deseo —Y le susurró al oído—: Te deseo entero, dentro de mí...

Tomó una bocanada de aire y pidió perdón en silencio por lo que estaba a punto de hacer.

—Bien —jadeó—, pero primero tenemos que salir de aquí.

La respuesta de Fanny, tan ligera y desinhibida, echó por tierra toda una sarta de sermones y lecciones de moral pronunciadas por su institutriz. Aun así, ¡qué bien se sentía aquello! ¡Qué alivio suponía saber lo que estaba por ocurrir!

Tomados de la mano, volaron por los intrincados corredores de Chatsworth House, a la vista de una hilera de ojos de óleo confinados a sus inertes marcos de pan de oro. Apenas eran conscientes de que se había hecho de noche y que una negrura silenciosa reinaba alrededor. A esas horas, los demás invitados se hallaban congregados en el salón común; algunos conversaban animadamente mientras bebían vino y otros jugaban inofensivos juegos de mesa mientras los sirvientes pululaban cerca de allí, prestos a cumplir cualquier orden.

Cuando Gabriel la introdujo a una oscura habitación situada al final del ala de dormitorios, a Fanny le dio la impresión de haber estado conteniendo el oxígeno todo ese tiempo. Soltó una bocanada de aire, notando la agitación en el pecho por la atolondrada carrera y un cosquilleo incesante en el bajo vientre. Pensó que quizá se tratara de la excitación que se había avivado junto con el temor de ser descubierta colándose al dormitorio del caballero de peor

reputación de todo Cambridge.

Gabriel echó el pestillo a la puerta. El chasquido que se produjo desató un ligero acceso de pánico que Fanny se esforzó en combatir. Miró concienzudamente aquel amplio dormitorio, iluminado apenas por una lámpara de pared. Era más austero que el suyo, reconoció, decorado en tonos café y crema... y olía a él. Una sensación de irrealidad la abrazó profundamente al echar un vistazo a la única cama.

—No tienes compañero... —observó.

—Es una suerte, ¿verdad? —le susurró al oído mientras ponía las manos alrededor de su cintura, con lo que la joven se estremeció.

Seguidamente, Gabriel le retiró los alfileres del cabello. La melena castaña y ondulada se liberó poco a poco hasta caerle completamente sobre los hombros. Al mismo tiempo, él se quitaba los zapatos. Cuando acabó con la tarea, las manos masculinas volaron hasta la botonadura de la blusa, situada por el frente. Sus brazos la envolvieron desde atrás mientras uno a uno deshacía los pequeños botones. En el proceso, él le besaba las sienes, las mejillas y la curva del cuello a medida que quedaba expuesta. Fanny cerró los ojos mientras las dos respiraciones se acoplaban y el deseo se volvía más espeso, más tirante entre los dos.

Muy pronto, la blusa cayó al suelo ante los ojos incrédulos de la joven. Los dedos resueltos del médico se afanaban ahora en bajarle las faldas por las caderas. Ella buscó sujeción en uno de los postes de madera de la cama para dejar que hiciera su trabajo. Gabriel, atento y eficiente, le sacó los zapatos con cuidado, masajeándole los pies.

Fue entonces cuando Fanny se preguntó si aquello estaba bien. *¡No!* ¡Por supuesto que no lo estaba!, acertó a decirse en su fuero interno, colapsado por el deseo. Pero, incoherentemente se sentía mejor que nada que hubiera experimentado hasta ahora. Su cuerpo temblaba de anticipación con cada roce de los dedos de Gabriel, moría de impaciencia, de miedo, de deseo... de amor.

Vestida tan solo con el corsé, la camisola, los pololos y las medias, Fanny se volvió para mirar a Gabriel. Su hermoso perfil estaba recortado por las sombras de la habitación; sus ojos, ahora del color de la brea, la apreciaron, la acariciaron.

Ella le ayudó a quitarse el chaleco y la camisa por la cabeza, descubriendo un espléndido torso que parecía cincelado por el mismísimo Canova. Fanny exhaló un suspiro ante tan bella visión. El espléndido pecho de Gabriel, de músculos compactos y definidos, y la piel bronceada y brillante a la luz de la única lámpara, le cortó el aliento.

Sus brazos fuertes y hombros amplios la atrajeron hasta él en un beso fiero, más urgente, más hambriento que los anteriores. Fanny abrió la boca y dejó que profundizara en ella, que tomara lo que quisiera mientras hundía las uñas en la musculosa espalda, forjada con los exigentes ejercicios del remo.

—Todavía estás a tiempo de arrepentirte —dejó caer entre besos.

—No es lo que planeo —jadeó ella.

Entonces, Gabriel soltó sus labios y la giró, apoyándola de nuevo contra el poste de la cama. Ahora se afanaba en desabrochar los pasadores del corsé y desnudarla por completo. Lo hacía con tanta pericia que Fanny se debatía entre la satisfacción y el enojo, al imaginar el sórdido número de mujeres que habrían gozado de sus favores en el pasado. Rio a su pesar, porque ahora era su turno de disfrutar de él.

La prenda cayó al suelo con un sonido amortiguado por la alfombra, seguida por la camisola, que prácticamente le fue arrancada. Entonces Gabriel la volvió a girar, la tomó de las caderas y la levantó para llevarla hasta la cama. La espalda de Fanny chocó contra el colchón y su pecho desnudo contra el de su amante, que la cubría con su cálido cuerpo mientras ella le envolvía con brazos y piernas, aun con las medias puestas.

De nuevo la invadió la sensación de que aquel momento precioso no podía ser verdad, pero después fue consciente de que, ni en sus más vividos sueños habría podido imaginar la poderosa presión que ejercía la entrepierna de Gabriel sobre su vientre, así que terminó por creer que todo estaba sucediendo realmente.

Él se retiró un poco para poder mirarla. Fanny se sonrojó ante la lujuriosa apreciación, que le habría hecho sentir muy ofendida en otras circunstancias. Sus pechos, firmes y cremosos, estaban expuestos para él como postres exquisitos, amén de su sexo, que se mostraba sin remedio ni pudor alguno, puesto que él se había situado entre sus piernas, obligándola a abrirlas.

—¿Cuándo fue tu última regla? —quiso saber esbozando una sonrisa

picaresca.

Fanny se mordió el labio mientras hacía memoria. El alivio la invadió no bien descubrió que las probabilidades de un embarazo eran muy escasas.

—No tienes de qué preocuparte —sonrió lánguida. Gabriel correspondió a su sonrisa, igual de aliviado que ella—. Pero si hubiera algún peligro... ¿aun así lo harías?

—Lo haría de otro modo.

—¿De otro modo?

En vez de contestar, Gabriel volvió a cubrirla con su cuerpo, apoyando los codos sobre el colchón, y ella lo recibió envolviéndolo con sus miembros. La cubrió con suaves y lánguidos besos, mordió sus labios, besó con ternura su nariz y mejillas. Fanny susurró su nombre cuando sintió que sus entrañas se contraían por aquella íntima cercanía, por el deseo almacenado en su cuerpo, rogando por ser liberado.

Mientras la lengua de su amante dibujaba una línea profunda a lo largo de su garganta, ella echó la cabeza hacia atrás. El beso llegó al espacio entre sus pechos, sacudiendo su carne y arrancándole un jadeo. Gabriel tomó un pezón con sus labios, prodigando una caricia exquisita. Los húmedos lametones que le regaló a continuación le enviaron relámpagos de placer a todo el cuerpo. Jamás se le habría ocurrido que una acción tan simple pudiera despertar semejantes sensaciones, pero debía recordar que estaba con Gabriel Seymour, la personificación de la tentación; el hombre que la había hecho cometer aquella deliciosa locura y que, para bien o para mal, ejercía un poder hechicero sobre ella.

Con los miembros preparados y totalmente entregados, Fanny se aferró a las sábanas, disfrutando de los besos de Gabriel, que ahora eran más osados pues, había cubierto su otro pecho con la boca entera y succionaba con suavidad y persistencia. Con una mano bajaba por su vientre, deslizándose sin prisa hasta el pubis. Entonces sus dedos sanadores alcanzaron su sexo, acariciándolo y separando los hinchados labios. Fanny apretó los párpados; jadeó en respuesta a una punzada cálida de placer.

Él se colocó a horcajadas sobre ella y comenzó a jugar trizando lentos movimientos con sus dedos; de arriba hacia abajo; círculos y estrellas. Estaba húmeda, pero tan excitada que se olvidó de sentir vergüenza, se retorció

sensualmente sobre el lecho y dijo el nombre de su amante con la voz estrangulada.

Los dedos de Gabriel continuaron haciendo magia, introduciéndose y saliendo de ella, ayudados por la resbaladiza humedad. Fanny le miró a través de un velo de deseo. Su cuerpo exudaba sensualidad pura, sus mejillas estaban sonrosadas y los ojos azules habían adoptado una tonalidad similar al del acero ardiendo. La necesitaba tanto como Fanny le necesitaba a él, así que quiso devolverle el favor.

Vencida por la tentación, alargó la mano para tocar de nuevo la rígida entrepierna. Gabriel emitió un sonido ronco en respuesta a su audacia, y dejó que le tocara; mientras él hacía lo mismo con ella. Le asombró su dureza; la forma cómo él parecía disfrutar de aquella caricia tan simple, con el rostro transido de deseo y el pecho atacado por una respiración agitada.

Pero no era suficiente. Él necesitaba más que caricias, reconoció. Así que Fanny se atrevió a ir más allá: con el corazón galopando, deshizo los botones del pantalón, con lo que Gabriel le miró con ojos brotados. Entonces, sacó su miembro pétreo, al que miró sin ningún pudor. Estaba determinada a demostrarle que, tal como le había dicho, no era una mojigata, y que el sexo no le asustaba.

No era la primera vez que Fanny se encontraba frente al órgano sexual masculino; además de las ilustraciones de sus libros, había tenido la ocasión de ingresar al banco de cadáveres del hospital de Middlesex con la aquiescencia del doctor Travis. Un par de veces había estado frente a los cuerpos exánimes y desnudos de criminales ajusticiados; desde luego, aquellos cuerpos carentes de vida lucían pálidos y desmadejados, nada comparable a la gloriosa vitalidad que ahora palpitaba frente a sus ojos, en sus manos. Era tan hermoso que no podía dejar de mirarlo, quería sellar a fuego en su memoria aquel momento.

Fanny le acarició con delicadeza, ignorando si había una técnica específica para darle mayor placer, pero demostrando su deseo de aprender. Él guio su mano a lo largo del cuerpo rígido, y ella empezó a seguirlo con devoción, con la curiosidad científica que le corría por las venas, notando la respuesta en la palma de su mano. Gabriel echó la cabeza hacia atrás y a Fanny le pareció que reía adorablemente.

Al cabo de un momento, él volvió a tomar sus labios. Se dejaron caer

nuevamente sobre el cochón. Él terminó de bajarse los pantalones y los echó a un lado junto a la ropa interior. Fanny no dejaba de mirarlo, de beber de su belleza varonil.

Se recostó nuevamente sobre ella, y Fanny tuvo la maravillosa certeza de que no había vuelta atrás. El fuego de su mirada azul la había atrapado, como a una mariposa, y ella deseaba seguir cautiva.

—Fanny... lo que siento por ti... —le decía en una mezcla de fiereza, éxtasis y embeleso— no se compara a nada que haya sentido jamás... por nadie. Te lo ruego... no dejes que nada de lo que haga te convenza de lo contrario. He estado muerto por años, pero volveré a vivir el día que me aceptes... de nuevo.

Fanny deseaba decirle que ella ya lo aceptaba. No le importaban sus defectos, ni sus secretos que, estaba segura, podría sonsacarle tarde o temprano. Pero sus besos la callaron de golpe; esos arrebolados besos que se tornaban dulcemente agresivos.

Sintió la presión de su miembro justo sobre la sensibilizada cavidad, preparado para reclamarla, pero ella no tenía miedo. Quería aquello, quería el placer, incluso quería el dolor que el acto implicaba. También aceptaría los secretos, fueran cuales fueran.

Abrazó la esbelta cintura de Gabriel y esperó a que empujara con fuerza, conteniendo la respiración. Y él lo hizo.

Fanny sintió un dolor efímero, junto a un desgarró que le arrancó un alarido. Gabriel había logrado introducirse por fin. Conmovido por su dolor, le calmó con besos y tiernas palabras de consuelo mientras la acariciaba, manteniéndose inmóvil y tenso sobre ella, dentro de ella. Parecía tan seguro de lo que estaba haciendo que ella no se permitió albergar dudas. Confiaba en él, confiaba en que el dolor pasaría y en que pronto serían un solo ser. También estaba convencida de que nada los separaría.

Al cabo de unos minutos, el dolor había remitido y ella se sintió lista para continuar. Gabriel lo percibió y terminó de introducirse en toda su longitud, colmándola por completo. Comenzó a moverse acompasadamente, sobre y dentro de ella. Fanny fue testigo de cómo su anterior molestia derivaba en un placer primario que le recorría el cuerpo entero. Era una sensación tan gloriosa que tenía que estar prohibida.

Miró a su atractivo amante, que a su vez tenía los ojos clavados en ella mientras le hacía el amor con determinación. Amó su pelo revuelto, las sombras que esculpían su bello rostro, concediéndole el aspecto de un dios griego con alma de sátiro. Los gestos de placer le tensaban la mandíbula y su respiración parecía volverse más turbulenta con cada segundo, con cada empujón contra su carne.

Jadeó cuando él intensificó el ritmo de sus estocadas. Clavó los talones en el colchón y arqueó la espalda para pegarse más a su pecho. Las sensaciones se multiplicaron, el calor que consumía sus entrañas se volvió más incontenible, más apremiante. Le abrazó con fuerza y se abandonó a él, dejando que hiciese con ella lo que deseara.

—Fanny, ¡dame un año! —soltó entre embestidas desaforadas. La petición sonó confusa a sus oídos, por cuanto ella estaba fuera de sí, delirando de amor —. Déjame resolver algunas cosas. Déjame acabar con cierto asunto... y seré tuyo. Te contaré todo. No más secretos. No tendrás que tolerar que me comporte como un maldito cretino al que no le importa nada.

—¿Por qué un año? —acertó a balbucear ella.

—Es lo que necesito... para que estemos juntos. ¡Para siempre!

Ella asintió sin comprender muy bien de qué hablaba, pero dispuesta a darle lo que quisiera. Ya había decidido entregarle todo antes de oír su petición.

—Un año. Te lo prometo.

Él sonrió.

Fanny lo envolvió de nuevo con sus piernas y él la levantó, aferrándose a su trasero y caderas. Gabriel se sentó a la orilla de la cama, con la joven sobre su regazo. Las piernas y brazos femeninos arremolinados a su alrededor. Así, cara a cara, se amaron con vigor.

No fueron conscientes de cuánto tiempo estuvieron jadeando y moviéndose el uno contra el otro, como en una danza sensual y salvaje, hasta que un poderoso orgasmo hizo que ella estallara en una espiral de placer. Fanny perdió el control mientras dejaba que una dicha inerrable la elevara hasta las nubes y luego la dejara caer en picada, una y otra vez. Con las uñas, se aferró a los fuertes hombros de Gabriel, como una gata temerosa del caer al vacío, y



dejó escapar un gemido que había recorrido los pasillos desiertos y umbríos de Chatsworth House.

Después fue él quien se puso de pie, azuzado por el alocado gozo de su compañera. Sin salirse de ella ni dejarla tocar el suelo con los pies, la sujetó por las nalgas con las manos y la elevó con él mientras ella seguía amarrada con las piernas a su cintura. Agitando sus músculos y flexionando los bíceps, la movía arriba y abajo con una destreza que la dejó sin aliento. Fue entonces cuando el éxtasis lo atravesó con una fuerza demoledora.

Tras unos segundos del más dulce delirio, Gabriel la depositó de nuevo sobre la cama. Se echó junto a ella y la abrazó con fuerza. El único sonido alrededor provenía de ellos, de sus respiraciones que buscaban desesperadamente compasarse.

No bien recobraron la normalidad, se miraron largamente. Se refugiaron el uno en el otro entre caricias, besos y una que otra sonrisa cargada de erótica complicidad.

Gabriel se preguntó cómo era posible que pudiera uno sentirse tan satisfecho y al mismo tiempo tan vacío. La presencia de Fanny en su cama parecía un hecho bastante natural y a la vez un error tan descomunal que le produjo una oleada de terror. El alivio tras haber amado aquel cuerpo soñado, sin embargo, le ayudó a sobrellevar sus dilemas.

Confiaba en que ella recordara su promesa. «Un año». Por Dios, que había puesto todas sus esperanzas en ella, su futuro, su vida entera.

—Piensas demasiado —susurró Fanny, divertida, acurrucándose en el hueco entre su brazo derecho y su pecho—. Casi puedo oírte.

Gabriel rio, apartándole el cabello y poniendo un beso en su frente.

—¿Arrepentida?

—Jamás. ¿Y tú?

—No —sonrió, aunque el alma le dolió—. Te quiero así. Es donde pertenecemos. Creo que estamos hechos para esto, Fanny.

—Estoy tan de acuerdo contigo que me asusta —bromeó.

Permanecieron un rato más así, hasta que ella fue consciente de la hora. La sobremesa terminaría en cualquier momento, y Aneska volvería al dormitorio.

Tenía que verla allí o se lo contaría también a Chichester. Por el momento era un juego que debía jugar con la matrona de Chatsworth House, se recordó a regañadientes, pero solo hasta que acabara el verano; después podría volver a ver a Gabriel y estar con él sin sufrir el más mínimo rastro de culpa, sin pensar en nadie más. Sonrió, confiada en que las cosas serían muy diferentes después del sábado.

—Recuerda hablar con el duque —le dijo él mientras le ayudaba a vestirse de nuevo. Fanny recordó la promesa que le había hecho, y que había olvidado por completo—. Antes del sábado. Lo prometiste.

—De acuerdo. Lo cumpliré, aunque no entiendo ese plazo —replicó mientras se peinaba con los dedos e intentaba dar orden, sin éxito, a su desecho peinado—. ¿Te he dicho que elegiré la decoración del baile junto con Aneska, la chica húngara? —sonrió, impregnada de un nuevo humor juguetón—. La duquesa me ha puesto esa estúpida tarea para mantenerme ocupada. Espero hacer un buen trabajo, si es que eso me ayudará a reunir puntos para la universidad.

—Cualquier intento vale la pena, aunque parezca una estupidez —la giró, poniéndola de cara a él cuando estuvo lista para salir. Sus ojos emitían un fulgor insondable que la desarmó, una solemnidad que juzgó de exagerada—. Piensa en Cambridge, Fanny. Cualquier sacrificio de hoy te acercará más a tus sueños. No te desvíes del camino, por favor, y sé valiente. Cualquier hombre se sentirá intimidado por ti, pero llegará el día en que descubran lo extraordinario de tu talento y cuando lo hagan, el orgullo les impedirá recriminarte algo. No les quedará más remedio que tratarte como una igual. Piensa en ese día. No renuncies nunca... y piensa en mí.

—Gabriel... —le miró enternecida. Cuánto le amaba, pensó mientras le acariciaba la mejilla, ese rostro hermoso y varonil. Él cerró los ojos, aferrándose a su afectuoso contacto—. Gracias. Gracias por decirme todo esto...

—Gracias por mostrarme otra vida que nunca creí conocer.

Ella sonrió.

—¿Vendrás al baile? —le preguntó sin esperanzas, al cabo de un momento.

—Ya veremos —aquello, naturalmente, significaba que no.

—Entonces... ¿nos veremos de nuevo antes del sábado? —quiso saber, consciente de que, entre el domingo y el lunes se produciría la partida de todos los invitados.

—Me dedicaré a la medicatura todo el día, todos los días hasta el sábado —dijo evasivo—. El lunes vendrá el nuevo médico desde Londres, y su esposa, que es enfermera. Me lo ha contado la señora Cole esta mañana.

—¡Eso es maravilloso!

Ella le miró con tristeza y un rastro de envidia. Él podría ir a trabajar, y ella estaría sumida en la asignación más estúpida que podían haberle dado. Pero el domingo, cuando todo acabara, se libraría del yugo de lady Chichester y volvería a casa.

—Está bien —asintió al fin—. Ya habrá tiempo.

La mirada afligida de él la confundió, le envió señales que era incapaz de desentrañar, pero Fanny se convenció de que no era nada y se sacudió cualquier brizna de inquietud. Antes de irse le plantó un beso en los labios, que él había prolongado con virulencia, con una urgencia incomprensible. Después de soltarla, había dado dos pasos atrás y recompuesto su semblante; ella le obsequió una sonrisa de enamorada.

La joven se estremeció cuando una corriente de aire frío entró por la ventana, ocupando el espacio entre los dos.

De pronto lo sentía lejano.

Juzgó su pensamiento como ridículo y se burló de sí misma. Se despidió de su amado agitando la mano y cruzó la puerta con sigilo, sin adivinar que el hombre al que estaba dejando en aquel dormitorio se estaba despidiendo de ella.

## Capítulo 12

El sábado del baile de despedida había llegado, y en Chatsworth House se respiraba un ambiente festivo. Había quienes se lamentaban por la partida del verano y la consecuente despedida de la mansión, y había quienes celebraban el hecho de que por fin podrían terminar con aquel tedioso encierro para volver a casa.

Tal era el caso de Fanny Thorton.

No obstante, durante los últimos tres días, la joven se había volcado por entero a los preparativos del baile sin pronunciar una sola queja. Junto Aneska, había puesto su mejor esfuerzo en seleccionar la decoración del salón, del comedor y los utensilios para la cena. Era lo menos que podía hacer para agradecer la invitación.

Pese a que en un principio la tarea le había parecido estúpida y simple, terminó impresionada e intimidada por el enorme trabajo que todo aquello suponía. Les tocó elegir entre mantelería de hilo irlandesa, lino y damasco; copas de cristal belga, bohemia y *baccarat*; vajilla Spode, Wedgwood, Royal Crown Derby y porcelana con filos de oro; cubiertos de plata con el blasón familiar o rococó. También tuvieron que escoger entre al menos seis tipos de centros de mesa, que iban desde candelabros de distintos tamaños y materiales hasta aparatosas fuentes de fruta. Y luego estaban las flores, que debían ir de la mano con la ocasión, con la vajilla seleccionada, con la estación y hasta con el rango de los invitados. Todo aquello las había dejado exhaustas.

Por fortuna, ambas jóvenes habían salido airoosas de semejante prueba de gusto. La duquesa había aprobado la mayor parte de la selección y las había felicitado por tan excelente trabajo. Lady Chichester, por el contrario, se había limitado a asentir conforme.

Lady Ginny también había hecho una labor excepcional con la selección musical que le sería encomendada a la orquesta.

Por otro lado, lady Melanie había estado ausente de las reuniones organizativas que habían tenido lugar antes de la hora del té en el saloncito privado de la duquesa. Aquello le había parecido un tanto extraño en un principio. Sus dos acompañantes habían trabajado solas y según las

conversaciones que habían escuchado desde el otro lado del salón, no conseguían ponerse de acuerdo en nada. Fanny había pasado por alto aquel detalle, hasta que, sin proponérselo, ella y Aneska escucharon una discusión en el salón cuando estaban a punto de entrar para mostrar unos bocetos.

La muchacha discutía con su madre, le recriminaba su desdén, su intención de casarla con el «lelo» marqués de Walrond y lloraba histérica mientras Elizabeth permanecía imperturbable. Aunque Fanny y Aneska se alejaron lo más rápido que fueron capaces, no escaparon de escuchar los alaridos de Melanie, que le gritaba a su madre:

«Te odio», le decía. «Muy pronto te arrepentirás de haber dado la espalda a tu hija. Te juro que llorarás por mí y yo no me compadeceré de ti».

—Quizá sean nervios nupciales —había susurrado Aneska, socarrona, mientras se alejaban—. Chichester dice que la boda se ha fijado para la primavera.

Fanny había ignorado el incidente y se había concentrado en el trabajo.

Tan absorbidas habían estado por las actividades asignadas por la duquesa y lady Chichester que no habían vuelto a asistir a las veladas con el duque y el resto de los caballeros. De hecho, Fanny solo había vuelto a compartir con el amable trío de eruditos en una ocasión por esos días. Había sido la mañana anterior, cuando desayunaron y charlaron antes de que éstos se fueran de pesca con el resto del grupo.

Fanny lamentaba haberse perdido tan valiosas oportunidades para hablar con Devonshire sobre su ansiado ingreso a Cambridge, pero no podía hacer otra cosa que obedecer a la matrona y mantener los ojos puestos en su labor. Y lo que más le dolía era no poder ir al pueblo con Gabriel y ayudarlo en la medicatura.

*Gabriel...* El corazón le latía un poco más fuerte cada vez que pensaba en él y en aquella noche. No había vuelto a verlo desde entonces, ni siquiera lo había buscado por temor a que lady Chichester hubiera comisionado a algún sirviente para seguirla.

¿Y si ya estaba enterada de que había estado en su dormitorio? ¿Y si sospechaba que había perdido la castidad con él...?

La sola idea de que así fuera le ponía la piel de gallina, le hacía arder el

rostro con violencia. Ya tenía suficiente con Aneska, que le observaba con aquel odioso chispazo de intuición. «Te ves diferente», le había dicho con los ojos entornados y la cabeza ladeada, la mañana luego de su ardiente aventura con el doctor Seymour. «Yo diría que has hecho algo y no quieres contármelo». Fanny, que había asegurado no tener idea de lo que decía, había empezado a detestar a aquella pequeña bruja con anteojos.

Debía arreglárselas para volver a verlo, aunque tuviera que buscarlo en su habitación al final de aquella noche. Debía hacerlo, porque de lo contrario, quizá ya no tendría oportunidad de verlo mañana, antes de volver a Londres. Pero mientras tanto, debía sobrevivir a la última noche en la mansión, se dijo mientras bajaba las escaleras para unirse a la celebración que ponía fin al retiro intelectual de Chatsworth House.

El salón estaba atestado de grupos de jóvenes que charlaban y reían al calor de las bebidas, mientras otros, más aventurados, se lanzaban a la pista de baile. A Fanny le complació ver a al menos dos docenas de muchachas sonrientes que lucían sus mejores galas y observaban el lugar con la ilusión propia de una mujer recién introducida en sociedad. Lady Chichester se había encargado de llenar la mansión de muchachas casaderas provenientes de todo el condado, a fin de lograr un alegre contraste con la atmosfera intelectual que imperaba en Chatsworth desde hacía tres semanas. Esas habían sido sus palabras, aunque Fanny comprendía que lo que la matrona buscaba realmente era ayudarles a aquellas muchachas buscar esposo entre un montón de caballeros con carreras prometedoras.

—Debe reservarme un baile o dos —escuchó una voz que la sacó de su contemplación.

—Lord Everett —sonrió al ver al guapo rubio vestido de etiqueta; el cabello perfectamente peinado hacia atrás y atado en una prolija coleta, con lo que sus perfectos rasgos lucían diáfanos y más atractivos—. Cuento con un tercero, si lo desea.

Un mozo pasó con una bandeja atiborrada de copas de champán. Él tomó dos y le ofreció una. Fanny la tomó murmurando un agradecimiento.

Cuánto valoraba ese aire de cordialidad que se había construido entre ella y el otrora petulante médico recién graduado.

—¿Cómo ha estado la pesca?

—Me avergüenza admitir que no he conseguido ni un solo pez —la contagió con su risa musical y juvenil—, pero no tengo intención de mentirle, en realidad no soy bueno en actividades tan pasivas. James, en cambio, parece dominar muy bien la técnica. Para ser franco, nos ha dado una paliza a todos, incluso al duque.

—Oh, ¡me alegro por él! Pero usted, vaya... —bromeó— Yo le tenía más fe.

Entonces él la observó de un modo significativo.

—Le aseguro que no me agrada decepcionarla —respondió al cabo de unos segundos con un matiz de seducción que a ella no se le escapó—, pero el verano acaba aquí, así que no tendré más oportunidades para impresionarla. ¿Ha disfrutado su estadía?

—Ha sido una experiencia maravillosa.

—¿Consiguió lo que buscaba?

Fanny bajó la mirada fugazmente.

—Aun no.

Se hizo un silencio que a los dos les costó trabajo romper, hasta que lord Everett logró dar un giro al tema de conversación.

—Es una pena —musitó—. Quisiera escribirle, si no le molesta.

Se quedó lívida por la petición, tan inesperada; en su mundo, aquello significaba que tenía intenciones de cortejarla. ¿Lord Everett Sinclair quería cortejar a Fanny Thorton? Era demasiado incongruente, tomando en cuenta la forma cómo se habían conocido. Quizá Fanny estaba malinterpretando las cosas. Quizá aquel caballero solo buscaba ser amable para enmendar su mal comportamiento. Decidió entonces ceder.

—No me molesta.

—Bien —sonrió satisfecho y provocador, antes de tenderle la mano—. Ahora, ¿me acompaña a bailar?

Ella aceptó.

Le siguió hasta la pista, donde unas pocas parejas danzaban al ritmo de un exquisito vals. Fanny se dejó guiar por su compañero, que hacía un despliegue

de habilidad con cada paso y giro. La falda de su vestido de seda color champán, ligeramente acampanada, se le arremolinaba en las piernas ante las vueltas enérgicas y vehementes de aquel estilo que lady Ginny había a bien seleccionado. Al cabo de un momento, un torrente de parejas los imitó, con lo que la pista se atestó de bailarines.

Mientras hilvanaba una charla de cortesía con lord Everett, Fanny echaba un vistazo alrededor de la habitación. El mayordomo anunciaba a los invitados foráneos que entraban, y éstos iban directos a saludar a los duques. Atisbó a unos cuantos lores, los que la universidad enviaba como diputados al parlamento y los que iban en nombre de la ciudad. También reconoció a unos cuantos de otras jurisdicciones.

Aneska estaba guapísima con su vestido azul celeste y el tocado de plumas de avestruz que le había convencido de usar; la húngara bailaba con un guapo oficial de rasgos extranjeros que no ponía reparos en echarle miraditas coquetas. A Fanny le complació aquello, tanto como ver a Durrington sacando a bailar a una curvilínea y risueña muchacha del pueblo.

Un grupo de tres mujeres maduras —las matronas traídas de Bakewell por lady Chichester, suponía—, estaba situado en un rincón. Las damas se abanicaban el rostro distraídamente sin perder de vista el intercambio entre los bailarines. Con los ojos, Fanny buscó a la matrona de Chatsworth por todo el salón, pero no logró dar con ella.

Los hijos de la pareja anfitriona se habían mezclado con los invitados, excepto por lady Melanie, a la que tampoco se le veía por ninguna parte. Le pareció curioso aquel hecho, especialmente porque lord Walrond, que permanecía alejado y taciturno, parecía triste y fastidiado. El marqués, rubio y de contextura enfermiza, miraba ansiosamente su reloj de cadena cuando no estaba empujando el codo para bajarse el vaso de escocés.

Por alguna razón, Fanny intuía que las cosas no andaban bien.

—Pareces un poco distraída.

—Lo siento —dijo sucintamente—, estoy algo impresionada por la cantidad de gente que ha venido esta noche. La mayoría son damas muy jóvenes.

—El baile de fin de verano en Chatsworth House es un acontecimiento social desde hace décadas. Muchas jóvenes estarán entusiasmadas de conocer



a los próximos genios de la literatura, la ciencia, la ingeniería... En fin. Se dice que los intelectuales son una nueva casta en Inglaterra. Las chicas los buscan como maridos cuando no tienen a su alcance a burgueses o aristócratas.

Sonrió petulante, porque él a bien cumplía ambos requisitos.

—Vaya, debe sentirse usted como una liebre entre cazadoras.

—Para nada —se encogió de hombros con naturalidad—. Por el contrario, me pone pensativo la posibilidad de que mi próxima esposa se encuentre en este salón de baile ahora mismo.

Fanny frunció el ceño, confundida.

—Pensé que estaba comprometido en matrimonio... o eso oí.

—¡No! —se apresuró a aclarar—. No tengo ninguna atadura, se lo aseguro. Y no me malentienda. Mi compromiso con Rosetta Maycott se rompió hace una semana. Sus padres consiguieron a un conde ocioso y rico a quien entregarla; supongo que eso supera la perspectiva de un joven médico obstinado y que de seguro ya ha sido despojado de su herencia por su malhumorado padre.

—¡No puede ser! Debe estar devastado.

—¿Bromea? Jamás me he sentido más desahogado en toda mi vida —afirmó con su risa adorable y musical que la contagió—. La idea fue de nuestras madres hace años. Somos amigos de la infancia, por eso ninguno de los dos pensó que esto fuera a concretarse algún día, así que todo terminó como debía.

—En ese caso, me alegro por usted —intercambiaron una mirada que duró más de lo que debía, así que Fanny se vio forzada a cambiar el tema de conversación—. ¿Todas estas damas son de Bakewell?

—Supongo que provienen de las mejores familias de todo el condado.

—Estoy segura de que las jóvenes estudiantes de Cambridge habrían disfrutado de todo esto tanto como los caballeros.

—Sin embargo —suspiró—, este año ninguna destacó en su campo.

—¿Y los años anteriores?

El rostro de lord Everett reflejó una infinidad de emociones. Fanny leyó en sus ojos que se debatía entre hablar o permanecer callado. Finalmente se

decidió por hablar.

—Verá, señorita Thorton —comenzó a decir prudentemente, cerca de su oído—, hay una razón por la que solo las damas que han sido cuidadosamente aprobadas por la duquesa y la matrona Chichester pueden ingresar a Chatsworth House, y le aseguro que esta razón no es precisamente la aptitud académica.

Otra vez aquel asunto escabroso.

—Algo he escuchado. Fue porque el duque —miró a ambos lados antes de susurrar— se enredó con la esposa de un exalumno, ¿verdad? —lord Everett asintió.

—Mi tío, el doctor Cornelius Sinclair estuvo presente como alumno destacado de medicina en ese entonces, aunque esto no lo comento a menudo para evitar preguntas inoportunas. Se lo digo a usted porque me ha puesto entre la espada y la pared. Pienso que merece escuchar una respuesta sincera, así no tendrá que seguir creyendo que Cambridge alberga a un montón de misóginos.

—A decir verdad lo creo... o lo creía.

Él sacudió la cabeza.

—Fanny, lo que sucedió aquí fue una tragedia espantosa.

—¿Qué sucedió?

—El conde de Windham, el marido cornudo, los descubrió en pleno invernadero... —hizo una pausa prudente, por lo que Fanny intuyó lo que Everett no había conseguido decir: que habían estado teniendo sexo—. El hombre enloqueció, se pelearon a puño limpio, y a petición de Devonshire, nadie los separó. Al final del día, la duquesa, los demás invitados, ¡los sirvientes!... todo el mundo sabía lo que había ocurrido. A la mayoría se le dijo que lord y lady Windham se habían marchado de Chatsworth al amanecer, pero no fue así. Solo unos pocos fueron testigos de lo que sucedió realmente. Acordaron un duelo en secreto.

»Mi tío, que fue el padrino del duque, me contó que el primer disparo fue hecho por Windham. Falló por cosa de un milímetro. Como Devonshire estaba haciendo aquello por piedad a su rival, disparó al vacío a propósito.

—¿En serio? ¿Él no deseaba herirlo?

—¡Eran amigos! Aunque... no sé qué clase de amistad permitiría semejantes licencias —sacudió la cabeza—. Se dice que lady Windham era una belleza sinigual, que habría podido tentar al mismísimo sumo pontífice... y había puesto su mirada en el duque.

—¿Qué pasó después de aquel disparo?

—Devonshire esperaba que todo terminara allí, que Windham honrara su gesto pero naturalmente, el conde estaba lejos de quedar satisfecho. En su próximo turno disparó al corazón de su contrincante... no era muy buen tirador, así que solo le impactó el bíceps... Era una herida importante, sin embargo el duque manifestó su intención de continuar. Para entonces estaba enfermo de rabia, dolorido... Su disparo fue el que selló el duelo. Cuando Windham se volvió para irse, afirmando haber ganado, Devonshire le disparó por la espalda.

—Santo cielo.

—Todo el asunto se ha mantenido en secreto, al menos en teoría, porque como ya te habrás dado cuenta, los alumnos se entretienen sacando conjeturas y jugando al detective. El escándalo afectó mucho a la duquesa, desde luego, que desde entonces prohibió que las alumnas y esposas de los alumnos que ella no conociera en persona asistieran como invitadas y que pernoctaran en Chatsworth. Con los años imagino que se fue ablandando.

—Ya lo creo —murmuró, con la atención aun puesta en el horrible suceso—. Y... ese caballero. Lord Windham. ¿Murió allí mismo o agonizó?

Lord Everett pestañó repetidamente.

—No murió, Fanny.

—¿No? —ella le miró con asombro—. Pero... la gente comenta que después de...

—Eso es lo que las cotillas de Cambridge afirman para hacer la historia más espeluznante, pero lo cierto es que lord Windham no falleció allí. Aunque la herida pareció haberlo seriamente, sobrevivió —se encogió de hombros—. Dudo si después de eso tuvo una recaída o se recuperó. No se ha vuelto a saber de él, pero cuando pase a mejor vida ten la certeza de que volveremos a escuchar de su condado y sabremos sobre quien recaerá el nombre de lord

Windham.

—Pues sí, imagino que tiene familia...

Entonces, lo que parecía imposible sucedió en aquel instante.

El corazón de Fanny dio un vuelco cuando Gabriel Seymour se materializó entre la muchedumbre. Su mirada, del color del acero, le tocó la piel, traspasándola con una ineludible exigencia, aun desde el otro lado del salón.

Un giro inesperado hizo que la joven le perdiera de vista, por lo que se afanó en buscarlo de nuevo entre la gente. Con ojos ávidos, paneó la habitación, repleta de gente joven y elegante, inmersa en sus conversaciones relajadas.

¿Dónde estaba?, pensó girando la cabeza a uno y otro lado. La música había cesado, por lo que las parejas se detuvieron en un aplauso

—¿Qué sucede? ¿Has visto a un espectro? —rio lord Everett.

—No —jadeó ella, nerviosa y urgida por reunirse con quien había ocupado sus pensamientos obstinadamente los últimos días—. No, claro que no. Me gustaría tomar un poco de aire, si no le importa, milord.

—Para nada...

Fanny se alejó de su compañero de baile con paso presuroso. Caminó hasta el lugar del salón donde había visto a Gabriel. Allí solo había un grupillo de personas mayores que observaban el baile sin participar de él.

Escrutó el lugar una vez más, liada entre la confusión y el desencanto. ¿Acaso se lo había imaginado? ¿Había sido su rostro una vívida invención de su atolondrada mente? ¿O había venido él al baile por ella? ¿Estaba buscándola?

—Buenas noches, señorita Thorton.

Fanny dio un suave respingo no bien se topó de frente con la matrona de Chatsworth House. Aquella mujer comenzaba a ponerla nerviosa. Parecía seguirla todo el tiempo y cada vez que le miraba lo hacía con censura, como si toda ella representase algo ofensivo. En aquella ocasión, Chichester llevaba el cabello apretado en un rodete que le estiraba la piel el rostro, otorgándole una veta más severa, si es que eso era posible. Iba vestida de púrpura claro, una de las escasas alternativas en la paleta de colores de una viuda mayor y

aunque en el verano se permitía que una dama prescindiera de los guantes en un baile formal, ella llevaba los suyos con orgullo hasta los codos.

— Buenas noches, lady Chichester.

—Querida, ¿está disfrutando de la fiesta? —quiso saber, mirándole con interés—. ¿No ha quedado todo hermoso?

—Sí, señora. Adorable. Hace un momento me preguntaba dónde estaba usted.

—Ayudaba a lady Melanie a alistarse antes de bajar. Está absolutamente encantadora —un asomo de sonrisa pobló sus facciones—. Cuando baje será la sensación del baile. Aunque, claro, solo mi Ginny podrá estar a la par con ella. Las jóvenes que he invitado esta noche son de la burguesía o de la aristocracia de bajo perfil, cuidadosamente seleccionadas por mí para estar aquí. Con suerte alguna de ellas conocerá un buen partido para casarse.

—Eso imaginé. Parece algo que usted organizaría deliberadamente.

Chichester estiró los labios en una expresión de malvada autocomplacencia.

—Debe estar muy aliviada porque mañana ya no estará bajo mi cuidado.

—A decir verdad, sí lo estoy —musitó mientras veía a las parejas danzar al ritmo de una nueva pieza de vals; las muchachas parecían sostener una sonrisa permanente—. Había dado por hecho que la época de las chaperonas había pasado para mí.

—Así será hasta que contraiga matrimonio. Es lo correcto, le guste o no.

—¿Aun cuando tenga su edad?

Chichester le miró con un recelo que se transformó en malicia.

—Dígame, señorita Thorton. ¿Le hizo saber al duque de sus aspiraciones académicas?

—Más o menos...

—¿Más o menos? —parpadeó incrédula, con lo que Fanny apartó la vista—. Pero... ¿logró o no que le admitiesen como alumna de Cambridge?

—Aun no.

—Oh, no —boqueó la mujer, llevándose la mano enguantada al rostro. Fanny le miró con reproche; era patente que su preocupación no era genuina, que se estaba burlando de ella—. Ya es tarde para eso. Mañana todos partirán de la mansión. ¿Cuándo podrá volver a hablar con el duque de Devonshire? Pobre de usted, señorita Fanny.

—No me compadezca aun. La noche no ha terminado.

—¡Fanny! —La aludida frenó su retirada para mirar a la mujer—. Hágame caso. Deje esas aspiraciones ridículas que no le traerán nada y sáquele partido a sus atributos. He visto como le mira lord Everett Sinclair. Tal vez no pueda llegar a ser médico, pero al menos podrá encontrar un marido que sí lo sea. Y no cualquiera. Estará de acuerdo conmigo en que es un joven encantador, un perfecto aristócrata.

La joven estaba lívida y la rabia burbujeaba en ella hasta hacerle daño... pero prefirió callar. Con aquel ánimo endemoniado, se alejó de lady Chichester, apretando la mandíbula para no dejar salir alguna palabra de la que luego tuviera que arrepentirse.

Debía admitir que Chichester le había picoteado el orgullo y que, por muy lenguaraz que fuera aquella horrible mujer, tenía razón... al igual que Gabriel. Si no hablaba con el duque aquella misma noche su oportunidad se esfumaría. Tendría que recurrir a Harmony y a Waldegrave para volver a coincidir, y ello era lo que menos deseaba.

Buscó a Devonshire con los ojos por el salón, hasta que le vio bailar con su esposa. El duque parecía muy animado, al igual que Elizabeth. Pero decididamente no era un buen momento para acercarse y hablarle. Quizá más tarde, cuando se hubiera agotado del ejercicio y fuera por una bebida...

—¿Me concede la próxima pieza, señorita?

—Señor Durrington... —Fanny miró al sonriente matemático, antes tan tímido, y no pudo evitar sentirse orgullosa—. ¡Por supuesto!

¿Por qué no? Podía bailar una o dos piezas más mientras llegaba el momento oportuno para abordar al duque. Acompañó al Durrington a la pista, desde donde podía observar más claramente todo el salón, y juntos iniciaron una encantadora danza.

Bailaron un buen rato y charlaron alegremente.

—Señor Durrington, me parece que ya ha acaparado lo suficiente a esta jovencita —farfulló una voz grave y bromista—. ¿Me permite?

Fanny abrió los ojos como platos al ver la mano del duque de Devonshire tendida amablemente para solicitarle un baile.

—Excelencia... desde luego que sí. Queda en buenas manos, señorita Thorton —el matemático sonrió antes de retirarse.

—¿Disfrutó del verano, señorita Thorton? —quiso saber mientras se acoplaban ante el sonido de una nueva pieza.

—Absolutamente, señor. Ha sido todo un privilegio. Sé que lo he dicho infinidad de veces pero, le agradezco que me haya tomado en cuenta.

—Después de lo que hiciste por Piggott y al conocer de tu afición por la ciencia no podía imaginar a nadie más idónea para merecer la invitación.

—Señor, sobre eso... —«¡Vamos, Fanny! ¡No seas cobarde! Es ahora o nunca, por el amor de Dios», se riñó en silencio—. Me gustaría hablar con usted.

—¿Qué sucede? —frunció su de por sí pronunciado ceño—. ¿Ya no desea estudiar en el St. Bartholomew? Mañana mismo pensaba escribirle al director.

—No... Sí... —balbució—. Se lo agradezco mucho, señor. Aprecio su ofrecimiento. Aprecio su disposición de ayudarme a alcanzar mis objetivos pero... lo que yo deseo más que nada en el mundo es convertirme en médico. Deseo ingresar a Cambridge como estudiante de medicina, excelencia —Devonshire le miró asombrado, pero en vez de interrumpirla guardó silencio para seguir escuchándola—. No le estoy pidiendo que me otorgue una plaza de estudio como premio por haber salvado a lord Piggott, no me malentienda. Le estoy pidiendo que me permita presentar el examen de admisión... que revise mis credenciales, que me dé una oportunidad de demostrarle que este no es un capricho de una jovencita con ínfulas sino el deseo de un ser humano con propósito —el duque tragó saliva y pareció estudiar sus palabras. Quizá había sido un error soltarle todo aquello en un baile, pero Fanny no estaba arrepentida. Dadas sus circunstancias, solo se mantenía firme y esperanzada, con los ojos puestos en la reacción del canciller de la universidad—. Señor, se lo ruego, sé que no hay muchas mujeres que...

Fue entonces cuando un insistente martilleo de pasos sobre el reluciente mármol opacó cualquier conversación, cualquier tonada musical, y cualquier actividad trivial que estuviera teniendo lugar en el salón de baile.

—¡William, William! ¡Tienes que venir!

La duquesa en persona, llorosa y hecha un manojo de nervios, tiró del brazo de su marido con agitada urgencia. Un torrente de miradas curiosas voló rápidamente adonde estaban Fanny y los anfitriones mientras el silencio caía sobre la habitación. Las parejas cesaron la danza para dirigirles su abierta atención.

—Pero... ¿qué te sucede, mujer? —le susurró él—. Todos te están viendo.

—Es Melanie.

—Melanie... ¿Qué le sucede a mi hija?

—Ha desaparecido, William —lloriqueó—. Nadie la ha visto. Le ha sucedido algo.

Aunque la duquesa había hablado en voz baja y la música continuaba, Fanny estaba segura de que muchos la habían escuchado con horror.

—No es posible —bramó, intentando conservar el aplomo delante de sus invitados—. ¿Qué puede haberle ocurrido? ¿Han buscado en las habitaciones de sus amigas? —Miró a la criada que había llegado con su mujer—. Ha de estar con una de ellas.

—Están registrando toda la mansión, excelencia —contestó la apocada muchacha.

—Ya aparecerá.

—William, tienes que venir conmigo —insistió la duquesa con una mirada sufrida que revelaba que sabía más del asunto de lo que se atrevía a revelar allí—. Tenemos que hablar... a solas. Acompáñame al despacho.

—Elizabeth, estás asustando a nuestros invitados.

—¡Tienes que saber lo que está pasando! —el rudo susurro fue suficiente para que el duque abandonara su actitud indolente.

—De acuerdo —resopló de mala gana. Luego se dirigió risueño a sus invitados—. Damas y caballeros, por favor, continúen divirtiéndose. Estaré



con ustedes enseguida.

Luego siguió a su mujer fuera del salón con paso majestuoso.

Tras la precipitada partida de los anfitriones, el lugar se vio invadido de murmullos. Como la música continuaba, se formaron nuevas parejas para bailar, pero éstas seguían con los ojos fijos en la puerta del salón. Fanny, que se había quedado en la mitad del salón, no conseguía reaccionar a la idea de que había perdido otra oportunidad, y esta vez había sido por culpa de la caprichosa lady Melanie. Apostaba a que aquello no era más que un ardid para llamar la atención de sus padres.

Se alejó de la pista, intentando enmascarar su decepción, su profunda tristeza, para terminar unida al grupo donde lord Everett, Aneska y otros estudiantes tomaban champaña mientras comentaban la escena con discreción. Había incertidumbre y preocupación por lo que estaba sucediendo, pero también podía olerse el ánimo de cotilleo.

Al cabo de un momento, Fanny atisbó a la señora Hutchinson, el ama de llaves de la mansión, que se acercaba a ella con paso apremiante.

—Oh, señora Hutchinson... —sonrió cuando la tuvo delante de ella. Tenía ganas de preguntarle por Quentin, y quería saber si Gabriel los había visitado los últimos días—. No sabía que...

—Querida, debe venir conmigo —susurró con suavidad, sin dejarle decir nada más. Fanny le miró interrogante—. El duque me ha pedido que la lleve a su despacho. La duquesa se ha puesto mal.

El cuadro que Fanny presenció en el despacho del duque fue poco más que desolador. Casi podía percibir la tensión espesando el aire, haciéndolo irrespirable; el silencio de la pareja ducal era lapidario. Ninguno la había escuchado entrar, dado que los dos estaban sumidos en sus pensamientos.

Devonshire se encontraba recostado a una estantería de libros, la mirada clavada en la alfombra y los miembros tan quietos que bien parecía una de las estatuas de su magnífica galería. Su mujer, recostada en un sillón, sollozaba mostrando una palidez enfermiza mientras su criada personal le abanicaba el rostro compulsivamente.

De inmediato, Fanny se dirigió hasta esta última, tratando de ignorar el

hecho de que se hallaba en mitad de un asunto familiar que para nada le incumbía, y del que debía mantenerse al margen en todo momento. Se sintió incómoda, aunque trataba de aferrarse a la idea de que su presencia era necesaria en ese momento.

—Excelencia —le susurró a la abatida dama—. ¿Cómo se siente?

La aludida elevó la mirada con cautela.

—Quiero morirme —sollozó, y Fanny observó con aflicción aquellos ojos azules y muy pequeños, enrojecidos e hinchados por tanto llanto.

Dios mío. ¿Qué le había ocurrido a la chica?

Elizabeth, una mujer que antes le había parecido alegre y hermosa, con una enorme fortaleza de carácter, había envejecido al menos veinte años aquella noche. Comprendió que no era atención médica lo que aquella madre necesitaba en aquel momento.

—Traiga sales, por favor, y té de marrubio —le dijo a la criada que la abanicaba, que asintió antes de salir a cumplir la orden. La señora Hutchinson tomó el lugar de la empleada y continuó proveyendo de aire a la abatida mujer.

—¡He encontrado una nota! ¡He encontrado una nota bajo la almohada de lady Melanie!

Lady Chichester entró cacareando a la habitación, con lo que los duques se levantaron azorados. La marquesa traía una tarjeta de la que Devonshire se apoderó en el acto, casi haciéndole tambalear debido al rudo movimiento. Era extraño, pensó Fanny, ver a una dama tan dueña de sí misma actuando con tanto aspaviento. La matrona, que había asumido la educación de lady Melanie, estaba casi tan devastada como la misma madre. Sintió pena por ella cuando sus miradas se encontraron fugazmente, porque sabía que si a la joven le había sucedido algo, el duque la culparía a ella.

Mientras leía la misiva en silencio, el semblante del padre de Melanie se debatía entre el horror y la angustia más lacerante. Sobre él, cuatro pares de ojos esperaban noticias. Fanny comprendió que, aunque la muchacha no era santa de su devoción, deseaba que estuviera bien, que nada malo le hubiera ocurrido.

La puerta se abrió de golpe, con lo que lord James, el heredero del duque, irrumpió en la habitación con fiereza.

—¿Qué sabes de mi hermana, padre? ¿Es cierto que está desaparecida?

El duque lo silenció levantando la palma de la mano, sin despegar los ojos de la nota, que continuaba leyendo como si se le fuera la vida en ello.

—William, ¿qué dice? —lo apremió su mujer—. Por todos los santos, dime de una vez qué escribió Melanie en esa nota.

El duque dibujó un gesto de espanto, del que todos en la habitación fueron conscientes, cuando le dio la vuelta al papel para mirar su cara opuesta. Lo que fuera que hubiera visto allí fue lo que más le trastornó. Enseguida soltó un jadeo que estremeció a los presentes; a Fanny le pareció la expresión de un niño que ve un fantasma, pero que luego intenta recordarse desesperadamente que los fantasmas no existen.

Cuando sus ojos se apartaron, afligidos, del trozo de papel, estaban llenos de lágrimas.

—Melanie... ha huido de casa... —la voz se le quebró de dolor al decir aquello— con un hombre.

Fanny escuchó aquello con un martilleo feroz en las sienes. Había permanecido distante y callada, siendo sin pretenderlo parte de aquel drama familiar, pero la declaración del duque removió algo en su interior. Todo su ser clamaba por respuestas, por algo que calmara sus más grandes temores... y se atrevió a imaginar lo peor.

—¡No! —chilló la duquesa mientras negaba enojosamente con la cabeza—. ¡No! ¡No es posible! Mi niña jamás haría eso.

—Pero... ¿con quién ha huido, padre? —Inquirió lord James con los ojos salidos de sus órbitas—. Walrond está allá afuera, preguntando por ella.

James no esperó respuesta de su quebrantado padre. Le arrebató la nota justo cuando los otros hijos varones de la pareja ingresaban en el despacho con rostros de incredulidad y preocupación.

Entonces comenzó a leer en voz alta.

*Padre y madre,*

*He decidido dejarlos para siempre. Para mi fortuna, los días en que he sido tratada como una estúpida niña cuyo destino otros pueden decidir a su conveniencia han terminado. No siento ningún*

*remordimiento ahora y sé que no lo sentiré después, así que les prohíbo buscarme.*

*Confórmense con saber que ahora soy feliz, como jamás lo he sido bajo su cuidado. Voy camino a casarme con el único hombre al que le he importado en la vida y del que estoy irrevocablemente enamorada, el doctor Gabriel Seymour.*

*Espero que entiendan que esto es un adiós definitivo.*

*Melanie*

La duquesa se tambaleó, como un árbol enclenque en una ventisca; había perdido todo rastro de color tras asimilar cada palabra contenida en la desdeñosa carta. El grito de espanto de lady Chichester se elevó en la habitación cuando la mujer de Devonshire se desvaneció en los brazos de su otro hijo, Kirk. Y todo a partir de allí fue un caos, un revoltijo de emociones que colisionaban unas con otras, estallando y reproduciéndose incontrolablemente, como las nubes cargadas de agua que inician una tormenta.

Fanny apenas reaccionó para pedir que llevaran a la duquesa a su habitación, aunque dentro de sí, toda una maraña de dolor, de incredulidad, de terror, la consumía con una velocidad implacable.

Echó un rápido vistazo al papel que tanto dolor había causado; había quedado olvidado en la alfombra ante el ritmo vertiginoso de los acontecimientos.

Y fue entonces cuando sus ojos vieron con horror lo que tanto había trastornado al duque: en el lado opuesto del papel estaba impreso el blasón de los Windham, la familia del hombre cuya vida había sido arruinada por Devonshire, y que ahora volvía para buscar venganza.

Una hora más tarde, Fanny dejaba los aposentos de la duquesa. El doctor de la familia, Joshua Carney, había llegado agitado y sudoroso, lamentándose por haber tenido que hacer un inoportuno viaje fuera del condado aquella misma noche. Tras agradecer con rudeza los primeros cuidados de la aspirante a médico, la despachó sin contemplación, anunciándole que se haría cargo a partir de ahora.

Ella se había esforzado en darle ánimos a Elizabeth, a pesar de sí misma, y

lamentó tener que verse privada de la tarea de cuidarla, porque sabía que el ocio la obligaría a pensar, a recordar. Mientras se hacía cargo de la debilitada mujer, su veta de servicio había tomado el control, anulando cualquier lamento personal; se había aferrado a ella con desesperación, esperando que eso le ayudara a prolongar la hora de sentarse a ver todo en perspectiva. Fanny entendió entonces que Devonshire la había mandado a buscar a ella y no a Everett, que era médico porque, siendo mujer, comprendería la verdadera naturaleza de su malestar, que estaba lejos de ser físico.

Ahora, mientras cruzaba con la lentitud de un caracol los silenciosos y umbríos corredores que la llevarían al dormitorio, su mente comenzaba a reaccionar a los acontecimientos. El peso de ellos cayó sobre sus hombros, al punto de percibir un ramalazo que se abrió paso entre sus miembros con una fuerza inconcebible. Se dejó caer en una silla mientras se esforzaba en recuperar el control pero... estaba abatida. El pecho le subía y bajaba con rapidez; la garganta le dolía como si la estuvieran asfixiando y el dolor que estrujaba su pecho hasta desgarrárselo era sencillamente inenarrable.

Debió haberlo sabido. Debió haberlo intuido. Pero su apego había sido tan grande que le había deslumbrado, a un punto tal que su capacidad de raciocinio se había visto anulada. Ahora todo cobraba sentido, o al menos un poco de sentido. Gabriel había venido a un lugar que detestaba, del que despotricaba cada vez que tenía ocasión y en el que se negaba a permanecer. ¿Por qué razón? Porque había venido para seducir a lady Melanie. Lo que Fanny no llegaba a comprender era su relación con el conde de Windham y aquella sórdida historia que había escuchado de varias bocas.

Como pudo, se puso de pie y retomó su camino hacia el dormitorio. Aunque era de madrugada, Aneska estaba aun despierta y vestida con camión. Se hallaba de pie junto a la ventana, como si esperara ver algo allá afuera que calmara la ansiedad que la poseía. Fanny pensó en el resto de los invitados y se preguntó por un segundo si alguien tenía la más mínima idea de lo que había sucedido.

—¡Fanny! ¡Fanny! —La abordó la húngara con el rostro pálido de preocupación—. ¿Es cierto lo que se comenta? ¿Melanie huyó con... Gabriel Seymour?

Aquello respondía a su pregunta.

—Sí —la joven no reconoció su propia voz. Sonaba lejana y un poco

ronca, y maldita fuera, parecía a punto de romperse en una cascada de llanto. Para su suerte, Aneska parecía muy turbada como para sospechar la decepción que la gobernaba en aquel instante—. Eso decía la nota que dejó a sus padres.

La otra se llevó ambas manos al rostro.

—Oh, por Dios. ¿Cómo fue capaz? La duquesa ha de estar devastada.

—Está con el médico ahora —dijo con voz monótona—. Solo está alterada y nerviosa. Toda la familia la está pasando muy mal en este momento.

Fanny dejó que la silenciosa doncella le ayudara a quitar las prendas de ropa mientras escuchaba el parloteo incesante de su compañera de habitación. Aneska le contó que, poco después de que Devonshire le llamara a su despacho, la velada había sido suspendida y los invitados, educadamente despachados. Había sido anunciado que los duques se vieron en la obligación de atender una situación familiar de último momento.

La noticia de la desaparición de lady Melanie se había filtrado gracias a que uno de los mozos de cuadra había visto a la joven, vestida aun con sus atuendos de baile, abordar un carruaje desconocido aparcado detrás de los establos; un carruaje donde el doctor Gabriel Seymour había asomado su rostro. El mozo corrió a avisar a su superior, y éste a su vez dio parte a lady Chichester. En aquel boca a boca, la noticia se había vuelto pública, para horror de la familia.

—Devonshire la matará —continuaba Aneska—. Pero solo después de haber mandado a Gabriel Seymour a la tumba.

Fanny deseó taparse los oídos ante la mención de aquel nombre traicionero y sus fechorías pero, inexplicablemente, logró mantenerse ecuánime. Se vio a sí misma, sentada en el borde de la cama, inmóvil y vestida con el camisón que la doncella le había puesto antes de marcharse, aunque no recordaba en qué momento, y deseó no haber venido nunca a Chatsworth House. Supo entonces que estaba demasiado exhausta como para reaccionar a nada. Los músculos le temblaban de agitación, de dolor, pero su mente estaba aun dolorosamente despierta, intentando encontrar una salida para tantos pensamientos lastimeros agolpados en su interior. Todo su cuerpo convulsionaba debajo de una piel exánime y un rostro impávido.

—Es una tonta, esa Melanie —reflexionaba la húngara mientras se metía a la cama—. Se puso en ridículo y lo hizo delante de los colaboradores de su

padre, de sus estudiantes, de toda la gente que lo respeta. Cuando todo Londres se entere de lo que hizo, estará perdida y toda la familia se verá salpicada de su impudicia. Ya no será la hija de un duque sino la querida de un médico de mala reputación. Tendrá que casarse con él... y solo Dios sabe si el capricho será lo suficientemente duradero —suspiró—. ¿Cómo pudo hacerle esto al duque? Es tan egoísta. Todo parece un plan de lo más vil, como si solo estuviera dirigido a herirlo a él... ¿no lo crees, Fanny?

La aludida trató de recomponer su voz antes de hablar.

—Quizás... no lo sé —fue todo lo que consiguió decir.

—En fin. Mi padre enviará por mí mañana, así que estaré en Budapest unas cuantas semanas antes de comenzar el nuevo curso —decía Aneska que, si había notado la turbación de Fanny, agradecía que no hubiera comentado nada—. Te dejaré la dirección de mi casa y de la residencia en Cambridge. Así estaremos en contacto.

—Sí... Sí, por supuesto.

Se levantó para sacar una tarjeta de su secreter y garabateó en ella.

—La pondré dentro de tu libro para que no la pierdas.

Fanny se dejó caer sobre el lecho, tullida de tanto contener sus dolores, y sus músculos agradecieron la promesa del ansiado descanso. Hubiera dado lo que fuera para deslastrarse de la horrenda sensación que la atenazaba, o mejor aún, para haberse negado a acudir a aquel lugar que, lejos de cumplir sus sueños, había sido el escenario de su fracaso, de su atolondrado paso del amor a la más lacerante decepción.

De pronto, algo la impelió a mirar a Aneska, que a su vez le observaba con un gesto indescifrable. Fanny se quedó de piedra. La húngara sostenía el ejemplar de *La isla del tesoro*, que su padre le había obsequiado, en una mano, y en la otra, un sobre con su nombre escrito. Lo había hallado entre las páginas del libro... luego de ser dejado discretamente.

Fanny sintió un vuelco en el estómago y le arrebató el trozo de papel con la misma ansiedad con la que había tomado de las manos del cartero las cartas de rechazo de las universidades. El silencio de la húngara, y su expresión apenada, evidenciaron que entendía la situación mejor de lo que se atrevía a admitir. Fanny evitó su mirada al tiempo que sostenía la carta, como si de ella

dependiera su propia existencia.

—Bien... Que Dios ayude a esta familia y haga a Melanie Cavendish entrar en razón mientras todavía tenga tiempo —dijo Aneska tras poner la tarjeta con sus datos dentro del libro—. Fanny...

—¿Sí? —masculló ella con gesto ausente, sin apartar los ojos y las manos de la carta, aun cerrada.

—Me alegra que no hayas sido tú —dijo con repentina seriedad—. Por un momento pensé que si algo así sucedía... —con el rabillo del ojo le vio sacudir la cabeza— no importa. Buenas noches.

—Buenas noches, Aneska.

La joven apagó la lámpara de su mesa de noche y se volteó en la cama, naturalmente, para darle la privacidad que necesitaba en aquel momento.

Fanny contempló el trozo de papel bajo la escasa luz. Le tomó un poco más de tiempo reunir el valor para leer la carta de Gabriel. ¿Qué podía decir después de haberle roto el corazón de la manera más despiadada? ¿Cómo podía siquiera atreverse a escribirle? ¿Acaso buscaba pedirle perdón por haberle hecho creer que ella era importante en su vida? ¿Acaso era una brusca despedida...?

Tenía miedo de conocer el contenido de la carta, y más ganas aun de saber lo que Gabriel tenía que decirle. Pero debía enfrentarlo, aunque fuera así y quizá sus palabras fueran el golpe que la impulsaría a olvidarlo y a seguir adelante. Así que rasgó el papel, y el sonido le hizo temblar de angustiosa anticipación.

*Querida Fanny,*

*Si estás leyendo esta carta, me puedo dar por satisfecho. Significa que al menos me has concedido la oportunidad de explicarte las razones que me han llevado a hacer esto: un acto del que me siento profundamente avergonzado, pero solo ante ti.*

*Solo tú sabes quién soy, solo tú me conoces realmente, por eso me enferma saber que te he decepcionado. Espero que me creas cuando te digo que no ha sido mi intención.*

*Sé que ahora mismo estás llena de preguntas, y prometo responderlas todas. Es lo menos que mereces después de esta espantosa noche que nos separa, pero primero quiero decirte que no*



*me arrepiento de mis actos, ¿por qué lo haría? Venir a Chatsworth me ha hecho libre al fin, y es lo que me ha traído hasta ti, una hermosa recompensa a una vida alimentada por la rabia durante casi demasiado tiempo.*

*Debo comenzar diciéndote que mi nombre es lord Gabriel Windham —lo cambié antes de entrar a Cambridge—, soy el único hijo de un conde pobre y echado al olvido por sus pares; un hombre postrado en una silla de ruedas por una bala malsana. Sé que conoces la historia, y que al igual que todos crees que lord Windham está muerto y su título, extinto. No volveré a contártela. Solo te diré que mi padre se encuentra con vida, aunque no sé si su existencia puede ser considerada tal cosa. La amargura lo ha consumido con una lentitud desgarradora, pero ni sus múltiples dolencias han logrado doblegarlo. Nuestro deseo de venganza es lo que nos ha mantenido en pie.*

*La única razón por la que me he llevado a Melanie Cavendish esta noche es porque sé que su ignominia destrozará a Devonshire, el hombre que le disparó a mi padre y que destrozó a nuestra familia. Su dolor será solo comparable al de padre cuando supo que madre había compartido la cama de ese malnacido en uno de sus fastuosos veranos intelectuales. Sé que la sensación de pérdida que experimentará será una milésima parte de la que sufrimos padre y yo, cuando madre se suicidó, luego que el duque la desdeñara para volver con su mujer, después de hacerle vanas promesas. Veinte años después, nos conformamos con saber que el golpe será lo suficientemente certero y que a partir de ahora Devonshire sabrá que los Windham no olvidamos. Y no perdonamos.*

*Mi amor, cómo detesto que nuestras vidas se hayan cruzado en este preciso momento, no después, como te lo dije con tanta vehemencia aquella noche, aunque quizá no lo recuerdes. Quizá me desprecies por todo esto, quizá me odies y condenes mis actos, pero hice lo que tenía que hacer, Fanny. Esto es lo que soy, este ha sido el propósito de mi vida desde la niñez, y si es necesario pasaré el resto de mi vida tratando de explicártelo, rogando tu perdón. Invocando tu amor.*

*No dudes que te encontraré una vez haya pasado esta maldita tormenta.*

*Siempre tuyo,*

*Gabriel*

Fanny deseó ser capaz de llorar, pero algo en su interior se había cerrado, negándole el derecho al desahogo. En lugar de eso, se quedó inmóvil y trémula, el suplicio contenido por varias horas se quedó confinado en su pecho y ella temió que se hubiera convertido en parte de su ser, para siempre.

Lo que había leído era demasiado espantoso; dos familias que se habían hecho daño, una historia de la que no deseaba participar. Al fin y al cabo, ella era solo una muchacha que soñaba con estudiar medicina en Cambridge, y que había llegado allí con la firme intención de lograrlo. Pero en vez de eso había terminado padeciendo los horrores de una venganza, de un amor perdido para siempre, y que ahora se marchaba con las manos vacías.

## Capítulo 13

Gabriel no experimentó ninguna dicha cuando la cercanía de su hogar se hizo evidente tras el cristal de la ventanilla del coche. Era una tarde fresca de principios de otoño; el viento mecía las ramas de los abetos y barría la hojarasca del musgoso suelo, que al elevarse dibujaba prominentes círculos en el aire y creaba un torbellino de puntos dorados.

El ligero peso en su hombro le recordó que Melanie Cavendish, la hija de su enemigo, había venido con él hasta Dewsbury, y que desde hacía más de tres semanas era su esposa.

Su *esposa*. Aquella palabra no dejaba de atormentarle, por mucho que se la repitiera.

La muchacha, que dormitaba y balbuceaba incoherencias de vez en cuando, se había quejado durante todo el camino desde Derbyshire hasta la aldea escocesa donde habían contraído matrimonio, por lo que el viaje había sido una auténtica tortura. Aunque Melanie era de por sí caprichosa y exigente, no podía culparla. Habían viajado en carruaje por casi dos días, parando ocasionalmente en postas para comer, cambiar de cocheros y de tiro. Gabriel estaba seguro de que la *princesita* de papá jamás había viajado más que en los vagones de lujo que su familia poseía en el ferrocarril y en los camarotes de primera clase de extravagantes barcos trasatlánticos, así que encontró un tanto divertido su suplicio.

Haciendo acopio de la paciencia con la que no contaba, le había explicado a su nueva esposa que la mejor manera de perder a los persecutores que seguramente había enviado su padre, era tomar caminos alternos y evitar las estaciones de tren. El argumento parecía tranquilizarla por momentos, sin embargo, de vez en cuando maldecía la incomodidad del coche de alquiler, la imposibilidad de conciliar el sueño en medio de aquel incesante traqueteo y la calidad de la comida de las fondas del camino.

Una vez llegados a Escocia, la ceremonia se había oficiado en una pequeña posada a cargo de un herrero llamado Urquhart. Los testigos de la boda habían sido el cochero y el hijo mayor del casamentero. Seguidamente, se habían movilizado a una casa que Gabriel había alquilado cerca de Craigdarroch.

Melanie lo había tomado como una luna de miel, pero la pequeña temporada respondía más a un arreglo práctico que a una vacación romántica. Desde hacía casi treinta años, la legislación escocesa obligaba a todas las parejas que contrajeran nupcias a vivir en territorio Escocés un mínimo de veintiún días. Por suerte, había acertado en planificarlo todo.

Ahora que el periodo se había cumplido, nadie, ni siquiera Devonshire con toda su influencia en el parlamento, podría argüir que el matrimonio carecía de validez.

Gabriel había arreglado entonces que regresaran a Inglaterra en tren, previendo las terribles consecuencias de la escandalosa unión. No descartaba que el duque y el resto de su descendencia buscaran pelea. En todo caso, estaba dispuesto a hacer frente a lo que le viniera.

—Ya llegamos.

Woodward Place había sido la residencia de al menos cuatro generaciones de condes de Windham. Pero la que alguna vez fuera una hermosa mansión, escenario de magníficas celebraciones e incluso de unas cuantas visitas reales, ahora exhibía un serio deterioro, fruto del descalabro económico que habían sufrido sus actuales ocupantes.

La descolorida fachada precisaba de múltiples reparaciones, igual que los techos y chimeneas. Y las ventanas, sucias y opacas, una buena limpieza, una tarea demasiado exigente para las únicas dos criadas lo suficientemente leales como para permanecer allí, a pesar de lord Windham.

Todavía amodorrada por el viaje, Melanie levantó la cabeza del hombro de Gabriel y echó un vistazo a la destartada estructura sin ocultar su escozor.

—Espero que el interior luzca mejor —murmuró con el ceño fruncido.

—No te hagas muchas esperanzas.

El hogar que Gabriel recordaba estaba rodeado de jardines fecundos donde de niño había jugado con sus amigos, e incluso con los hijos de los numerosos sirvientes cuando se hallaba fuera de la mira de sus padres o de su tutor. Ahora, la mayoría de la vegetación había perecido, salvo las malas hierbas, por la falta de cuidados de un jardinero experto, un gasto que ni él ni su padre podían permitirse.

Cuando el coche se detuvo frente a la mansión, Gabriel descendió atizado

por una inesperada sensación de soledad. Seguidamente ayudó a Melanie, que parecía horrorizada ante la visión de su nuevo hogar. Y eso que no había visto el interior, pensó el médico en un brote de sarcasmo que solo pretendía acallar su propio malestar.

Rory, el fiel sirviente de su padre, les recibió con una amable sonrisa y una inclinación de cabeza. Era un viejo grande y fortachón como un carguero, de apariencia un tanto amenazadora, según dirían algunos. Tenía el cabello muy rizado y cano, la mandíbula cuadrada, deshecha por unas cuantas peleas en su juventud, y las manos tan musculosas que parecían aptas para desprender la cabeza de un hombre de un solo tirón. Sin embargo, cualquiera en Dewsbury diría que Rory era tan inofensivo como un buey manso. El hombretón había asumido el cuidado de lord Windham tras su lastimosa parálisis; era él quien le ayudaba a asearse, le vestía, le cargaba en brazos cuando debía bajar o subir escaleras, el único sirviente admitido en sus dependencias. También era el único que resistía sus rabiets con un estoicismo que otra gente habría juzgado de servil. Para Gabriel, la presencia de Rory en Woodward Place era una auténtica bendición.

—¡Bienvenido a casa, milord! —le saludó con su voz grave y amigable.

—Rory, qué gusto me da verte, buen hombre. ¿Cómo va todo por aquí?

—Igual que siempre —se encogió de hombros y enseñó sus dientes amarillos—. Su padre ha tenido catarro estos días. He intentado darle la medicina pero se ha negado en redondo a tomarla. Ha estado de malas.

Gabriel suspiró con desgana.

—Sí, ya veo que todo sigue igual —se volvió para mirar a Melanie, que estaba unos pasos detrás de él, de brazos cruzados, sosteniendo una expresión de hartazgo, y pensó que si aquella estúpida niñata empezaba a despreciar su vida en Woodward Place antes de conocer a lord Windham, entonces todo terminaría antes de lo que había anticipado—. Rory, te presento a mi esposa, lady Melanie Windham.

—Caray, patrón —el sirviente puso los ojos como platos—. Que buena noticia la que nos trae. Buenas tardes, milady.

Melanie se mostró ofendida ante el saludo de Rory y se negó a contestarle, incluso a mirarle. El desprecio había poblado sus facciones.

Se escuchó un respingo de asombro desde la puerta. Gabriel se volvió para mirar a Luce, una de las doncellas más nuevas de la casa, quien había recibido la noticia de su matrimonio con asombro. Él le sonrió a modo de saludo hasta que vio su rostro marchito, su mano deformada por un gigantesco cardenal y la sonrisa se le esfumó.

—Por todos los cielos, Luce, ¿qué es lo que te ha ocurrido?

Su flema profesional se apoderó de él de inmediato. En dos pasos salvó la distancia que lo separaba de la mujer y tomó su mano como el médico diligente que era, lo que causó un gesto de repulsa en la expresión de su esposa. Luce tenía un hematoma entre los nudillos y la muñeca. El dolor que éste le producía le destellaba en los ojos y le contraía el rostro. La pobre estaba sufriendo.

—No es nada, lord doctor. Un pequeño accidente —se esforzó en vano en sonreír, aun con el rostro contraído—. Felicidades por su matrimonio.

—Fue él, ¿no es cierto? —La mujer, dócil y poco habituada a mentir, asintió con la cabeza sin mirarle. Tenía poco tiempo en la mansión, pero había demostrado ser leal, paciente y, en ocasiones, un tanto sumisa—. Maldición, ¿cuándo pasó esto?

—Ayer... Fue con el atizador, milord. Había entrado para recoger los plat... *jawww!*

Luce chilló de dolor cuando el médico intentó forzarla a mover los dedos. Maldiciendo para sus adentros a su colérico padre, Gabriel pidió a Luce que le esperara en el pequeño despacho donde guardaba sus libros y que le servía de consultorio cada vez que se encontraba en Dewsbury. La pobre necesitaba atención médica, y quizá cambiar de empleo, pero ahora mismo no podía darse el lujo de buscar a alguien más.

—Gabriel, ¿te das cuenta de que acabamos de llegar? Creí que me presentarías con tu padre —gruñó Melanie mientras le tomaba del codo con exigencia—. ¿No puedes jugar al médico en otro momento?

Él le miró con saña. Podía decirse que estaba acostumbrado a las necedades de su mujer, pero el hecho de que Melanie estuviera impaciente por ver al hombre que había ideado un plan para arruinarla y así vengar su propia humillación le parecía surrealista. Cuando conozca bien al conde de Windham, pensó, va a desear nunca haber dejado su seguro castillo de cristal en

Derbyshire.

—No tardaré —musitó.

—Pero es la servidumbre... ¿acaso eres el único médico aquí?

—¡He dicho que no tardaré! —zanjó, sacudiéndose su molesto agarre—. Rory llevará nuestras cosas al dormitorio. Espérame allí y no des problemas, ¿entendiste?

Era la primera vez que le hablaba con tan poca sutileza. Melanie hizo intento de protestar, pero la mirada belicosa de Gabriel la disuadió. Al menos ella era consciente de que una mujer casada le debía obediencia a su marido, y en sus circunstancias aquello no podía ser menos que un tormento. Gabriel la había arrancado de un entorno de lujos y comodidades del modo más impúdico, con el único fin de que el oprobio alcanzara a su padre y a toda la maldita familia Cavendish. No la amaba, apenas la toleraba, y pensaba deshacerse de ella una vez que el daño estuviera hecho. Eso sucedería en muy poco tiempo, por lo que ya no necesitaba usar con ella un tono condescendiente.

La joven apretó los dientes y entró a la casa con paso furioso mientras Gabriel se dirigía a su pequeño consultorio para cumplir con su deber.

Una vez que Luce estuvo curada, el médico le entregó una botella de tónico para el dolor y le prohibió trabajar por unas semanas. Era lo menos que podía hacer por ella.

Seguidamente, creyó que lo mejor era no continuar postergando el encuentro con su padre. Se fue directo a su habitación, situada en el último piso de la vieja mansión. No bien cruzó las puertas dobles de cedro, un tufo a opio le trepó por las fosas nasales. El lugar conservaba los restos de aquel aroma picante y amargo que mantenía sedado a milord cuando los dolores lo agobiaban al extremo de los gritos. La primera reacción de Gabriel fue de desazón, dado que desde niño asociaba aquel aroma con la indiferencia de su padre, con su lasitud muy parecida a la muerte que en ocasiones le había hecho creer que le había perdido a él, igual que a su madre.

Para colmo, las ventanas estaban cerradas con pesadas cortinas de terciopelo que impedían que la luz se filtrara hasta el interior y se concentrara el olor. Gabriel obedeció a un violento impulso que le impelió a descorrer aquellas cortinas y a abrir las ventanas para que la oscuridad y el aroma que

tanto odiaba abandonar la habitación.

Desde un solitario rincón, Logan, lord Windham, se quejó con impropiedades al tiempo que se protegía los ojos de la intensa luz exterior con las palmas de las manos. Sin embargo, al percatarse de que era su hijo y no un impertinente criado el que lo sacaba de sus tinieblas personales, su expresión cambió con sorprendente rapidez.

—Gabriel, hijo mío... —dijo complacido, aunque un tanto desconcertado por la rudeza de su hijo—. No escuché tu carruaje —con sus manos enclenques hizo girar las ruedas de su silla para acercarse.

El aludido no respondió hasta que acabó de expulsar a la fuerza la última sombra y el último hálito de opio del dormitorio de su padre. Entonces le miró.

Windham lucía aseado, con su cabello cano muy corto, el mentón afeitado y la ropa limpia, pero los círculos oscuros y las bolsas alrededor de los ojos denotaban su permanente insomnio.

Gabriel lo recordaba de su niñez como un hombre bien parecido, corpulento y pagado de sí mismo, pero la parálisis lo había llenado de arrugas hasta conferirle la apariencia de un hombre veinte años mayor. Los huesos se le habían encogido y los músculos atrofiado bajo la prisión de la silla. Los dolores que sufriría de por vida en sus pocas áreas sensibles tras el daño en la médula espinal habían hecho lo suyo para consumirlo, amén del odio que había alimentado contra el duque de Devonshire y toda su estirpe; un odio que Gabriel, debía admitirlo, había convertido en su legado.

—¿Sabes que cada vez me cuesta más trabajo que el servicio no nos deje?

Logan apretó la mandíbula, exhibiendo aquel ceño fruncido que raras veces le abandonaba. Su semblante había perdido todo rastro de complacencia.

—No sé con qué cuentos te ha venido esa runfla de parásitos...

—¡Le fracturaste la mano a la doncella!

—No me digas —masculló mientras se daba la vuelta con la silla para no encarar a su hijo—. Se lo merece por haber venido a robarme.

—¡Nadie ha venido a robarte! —La voz de Gabriel retumbó como un cañón—. ¿Cómo pudiste? ¿Cómo es posible que aún allí sentado seas una amenaza?



¡Estoy empezando a hartarme de este comportamiento, padre! A este paso vas a quedarte solo.

Logan le miró con sorna.

—¿Bromeas, Gabriel? ¿Sugieres que no estoy lo bastante solo?

El aludido miró sus ojos brillantes, atormentados e insidiosos al mismo tiempo, y sintió un vuelco en el estómago. Le habría gustado decirle que él también se sentía solo, que lo había estado desde la misma noche en que oyó a sus padres discutir fuertemente tras regresar de viaje de Derbyshire, pero sabía que ello no habría hecho ninguna diferencia en el ánimo de su padre, ni en el propio.

Tras caer en desgracia, hacía muchos años, Windham había dejado de preocuparse por sí mismo, por sus prominentes negocios con el carbón y se alejó de sus conocidos y amigos hasta el punto de prohibirles las visitas, solo para impedir que le vieran postrado en una cama o en silla de ruedas. Se refugió como un ermitaño en Woodward Place, convirtiéndola en su panteón personal mientras la veía caerse a pedazos, igual que él. Con el tiempo, el resto del mundo se había olvidado de lord Windham y de su hijo; incluso había quienes le daban por muerto y daban por hecho que el título se había extinguido con él. Se había convertido en una triste leyenda, en un relato que se contaba a *sotto voce* en los pasillos de Cambridge para ensalzar el heroísmo de Devonshire: el hombre que se había batido en un duelo por una mujer ligera de cascos y que había ganado y rechazado el premio en cuestión.

—Me temo que quedarte en Woodward sin más compañía que los sirvientes ha sido tu decisión, padre —dijo Gabriel estrangulando las palabras—. Pudimos haber aceptado la ayuda de tus amigos, ir al continente, ver a otros médicos, escuchar otras opiniones.

—¡Tonterías! —rio con amargura—. Como si necesitara a otro sabidillo pedante como tú diciéndome lo que debo o no debo hacer. Ustedes, que a diferencia de mí pueden darse un revolcón con una mujer cuando les apetezca, jamás tendrán una maldita idea de lo que significa estar de este lado... y necesitar ayuda hasta para defecar. Desde que recibí esa bala supe que estaba condenado, Gabriel. Siempre he sabido que lo único que le traerá paz a mis huesos será ver a mi enemigo vencido.

—No quiero que vuelvas a desquitarte con el personal de esta casa, padre.

Cada vez me cuesta más conseguir gente en el pueblo dispuesta a venir a cuidarte.

—¡No necesito que nadie cuide de mí! ¡Necesito que mi hijo cumpla su palabra! —espetó Logan, estremeciendo los ruinosos cimientos de Woodward.

Gabriel echó una mirada fugaz a la puerta.

—Baja la voz... —le riñó con los dientes apretados—. Ella está aquí.

El conde le observó con asombro e incredulidad.

—¿Cómo...? ¿Te refieres a...?

—Sí, padre —su voz sonó apagada, desprovista del placer que siempre imaginó que sentiría al saber su venganza concretada. Desde que había dado por hecho su matrimonio con la hija de Devonshire, Gabriel solo podía sentir pena por sí mismo y una tristeza tan honda que solía combatir trabajando incansablemente en un humilde y caótico hospital cerca de Craigdarroch—. Melanie Cavendish vino conmigo.

—¿Y hasta ahora me lo dices? —Logan soltó una risotada que le enchinó en pellejo a su hijo al percibir en ella una malevolencia patente, y por primera vez sintió un brote de pena por Melanie—. ¡Bravo, muchacho! Sabía que no me decepcionarías, Gabriel. Sabía que honrarías a tu familia. Eso quiere decir que se han casado... ¿o acaso la has hecho tuya en pecado?

—Nos casamos hace veintidós días en Escocia. Hemos estado allá, esperando a que el matrimonio se legitime de acuerdo a la ley escocesa.

—Entiendo, entiendo —balbució Windham, que no cabía en su entusiasmo—. Y... ¿qué me dices de Devonshire? ¿Ha intentado localizarlos?

—Si lo ha hecho ni nos hemos enterado. Me aseguré de que Melanie le pidiera a su padre que no intentase buscarnos.

—¿Sabe él que tú...?

—¿Que soy tu hijo? —asintió—. También me encargué de dejarle un mensaje que, estoy seguro, captó muy bien.

—¡El bastardo ha de estar devastado! —el conde comenzó a cavilar—. ¡Me alegro! Yo lo estuve cuando lo encontré con tu madre en aquel invernadero. La estaba montando como a una yegua... —Gabriel se llevó los dedos al puente de la nariz y resopló. Por más que escuchaba aquel relato

nunca dejaba de sentirse asqueado—. Y aun así la perdoné, pero ella prefirió matarse a quedarse con un lisiado.

Un golpeteo persistente en la puerta extinguió la conversación. Gabriel supo de inmediato que se trataba de Melanie y maldijo por lo bajo.

—Entre —ordenó Logan tras leer divertido el rostro de su hijo.

La joven ingresó a la habitación con su habitual paso principesco hasta situarse junto a Gabriel. Pronunció un enérgico buenos días.

—Padre, te presento a mi esposa, lady Melanie Windham.

La mirada de Logan se oscureció mientras escudriñaba a la muchacha. Melanie se limitó a hacerle una reverencia. Si se había conmovido por la condición física de lord Windham o asqueado por su revuelta habitación, no lo demostró.

—Así que... la hija de mi buen amigo el duque.

Visiblemente sorprendida por aquella revelación, Melanie echó un vistazo a Gabriel.

—No tenía conocimiento de que fuera usted amigo de mi padre, milord.

—Supongo que ya no me recuerda —Logan sonrió con gesto inofensivo—. Ha pasado mucho tiempo. Después del «accidente» mi vida social ha mermado, como podrá darse cuenta. Recibo pocas visitas y la mayoría de mis pares me dan por muerto.

—Lo siento mucho —dijo ella inexpresivamente—. ¿De dónde conoce al duque?

—Fue hace muchos años, en Cambridge, cuando ambos éramos estudiantes. Después, ya de adultos, asistí a uno de esos magníficos veranos en Chatsworth cuando Devonshire acababa de convertirse en canciller.

—Quizá cuando mi padre sepa que estoy en su casa y que Gabriel es su hijo se quede más tranquilo —Logan sonrió con malicia—. Imagino que Gabriel le habrá hablado de las circunstancias de nuestra unión.

—Así es, milady, y estoy por demás impresionado por su gallardía —lord Windham hablaba pausadamente, sin apartar los ojos de su interlocutora. Gabriel se preguntó si Melanie podía percibir la perfidia que brotaba de cada palabra y cada gesto—. Ha sido muy valiente de su parte renunciar a la vida

holgada y llena de privilegios que seguramente ha disfrutado en Chatsworth House... ¿y todo para qué? Para ser la esposa de un médico sin fortuna ni contactos. Debe de amar mucho a mi hijo para acceder cambiar su vida tan violentamente. No me cabe la menor duda.

—Padre, Melanie debe descansar —intervino Gabriel—. Ha sido un viaje largo.

—Oh, por supuesto. Ve y descansa, querida nuera —convino el conde—. Me temo que mi vieja Woodward no reúne las comodidades de Chatsworth ni de Devonshire House, pero este será tu hogar de ahora en adelante, así que confío en que aprenderás a quererla tanto como nosotros, ¿no es así hijo?

Gabriel asintió.

—Espérame en la alcoba —le susurró a su esposa.

—No está hablando en serio, ¿verdad? —dijo ella del mismo modo, con los ojos brotados y la mano aferrada fuertemente a su brazo; entonces Gabriel percibió que su mujer sí había captado la perfidia de lord Windham—. No nos quedaremos aquí. Me llevarás contigo a Francia...

Su ingreso a la prestigiosa *École de Chirurgie* en París era un ardid que pretendía usar para justificar su futura ausencia de Dewsbury ante su padre y su esposa.

—Lo discutiremos luego —le dijo con calma.

—¡No! ¡Quiero que me lo digas ahora!

Gabriel apeló a su talante cínico, el mismo que había utilizado tantas veces en el pasado, y que ahora le parecía parte de él.

—Querida, ¿pensaste que te llevaría conmigo al colegio de cirujanos? Por supuesto que no. Te quedarás aquí, con mi padre y los sirvientes.

—Pero... no quiero quedarme... ¡esta casucha es horrenda!

—Melanie, ¡ya basta!

La joven le miró de hito en hito, comprendiendo al fin que no conocía al hombre que ahora era su esposo. Después de todo, la persona que él había pretendido ser para ella no era más que un producto. Gabriel se había aprovechado de la volubilidad de Melanie Cavendish, del resentimiento que albergaba contra su propia familia para seducirla y llenarle la cabeza de

musarañas, el vehículo perfecto de sus propósitos. Pero ni siquiera él era tan malvado como para continuar un día más con su engaño.

Con suerte, Melanie se daría cuenta de inmediato de que había sido un error arruinarse con el primer granuja que se le había insinuado. Entonces recapacitaría. Se iría en el próximo tren, rumbo a Derbyshire, para suplicar el perdón de sus padres, y éstos, de seguro, se lo concederían sin excesivo esfuerzo. Para entonces el daño ya estaría hecho; la vergüenza y el oprobio habrían caído sobre el ducado de Devonshire, y todo por obra de un Windham. La venganza de su familia estaría consumada.

No era la versión original de su plan dado que, después de conocer a Fanny Thorton, de enamorarse perdidamente de ella y de prometerle que le buscaría apenas tuviera oportunidad, no estaba dispuesto a ir más lejos. Gabriel rehusaba la idea de permanecer casado con aquella muchacha y alejado de su verdadero amor más tiempo del necesario.

¡Vaya que tenía explicaciones que darle! Y no descartaba tener que arrastrarse un poco para hacerse con su perdón. Confiaba en que ella hubiera leído su apresurada carta y pudiera al menos darle la oportunidad de explicarse.

Su esposa se tragó la frustración, aunque ésta todavía destellaba en sus ojos, igual que un aciago rencor que nació en aquel mismo momento. Alzó el mentón y emprendió la retirada con su altiva dignidad. Tras azotar la puerta, sus pasos acelerados se perdieron más allá del corredor.

Entonces Gabriel sintió un ramalazo de culpa, un sentimiento que le había sido sencillo combatir durante todo el verano, dado que Melanie era vanidosa y malcriada. Aun así, no merecía todo aquello, se recordó. Ella ni siquiera había nacido cuando su padre destruyó a su familia y todos los sueños que alguna vez habían tejido.

—Menuda esposa la que te has ganado... pero come de tu mano. Eso está de maravilla —musitó su padre mientras se acariciaba el mentón con aire pensativo—. ¿Estás seguro de que no está encinta ya?

La pregunta lo descolocó.

—Me he encargado de que eso no suceda.

—Pues deberías procurar lo contrario. No querrás que comience a decirse

que un Windham es incapaz de preñar a una mujer, ¿verdad?

—No estás hablando en serio —le miró con el ceño fruncido.

—Solo piénsalo, Gabriel. Un hijo la vincularía aún más a ti... a nosotros. Podríamos quedarnos con el niño si nos place. La ley te beneficiaría como padre y, nadie, ni siquiera el duque de Devonshire podrá negarte ese derecho.

Gabriel apenas podía creer lo que sus oídos escuchaban.

—¿Hablas de... vincularme a Melanie Cavendish de por vida? Es la hija de nuestro enemigo. Acordamos que la arruinaría...

—¿Qué mayor golpe para Devonshire que saber que su sangre está mezclada con la nuestra? Criaremos al niño a nuestra conveniencia, y él crecerá odiándolo.

«Como crecí yo», pensó el médico.

—¿Qué te hace pensar que Devonshire se preocupará por alguien que lleva nuestra sangre?

—Se preocupará si su hija lo hace. Y una madre es una madre, Gabriel, aunque se trate de la señorita más rica y descerebrada de Londres —un brillo calculador asomó a sus ojos—. En cuanto a ella... podrías ser menos brusco. Si logras que siga enamorada de ti es probable que también la convenzas de que su padre es un hijo de puta que engañó a su madre y dejó a este pobre viejo lisiado. No le sería difícil ponerse de nuestro lado.

A medida que su nuevo y macabro plan tomaba forma, el entusiasmo de Logan crecía. Gabriel estaba asqueado, y se preguntó si su padre habría tramado todo aquello con anterioridad.

—Creo que lo mejor es que pospongas tu ingreso al colegio de cirujanos y te quedes con ella —continuó el conde con extrema calma. El médico se quedó observándolo sin reaccionar—. Además, ¿quién impedirá que Devonshire se la lleve a la fuerza, en el caso de que decida venir aquí? No podemos permitirnos eso.

—¿Cuánto más lejos piensas llevar esto, lord Windham?

Los ojos de Windham se cerraron sombríamente, mirando a su hijo con desconfianza.

—¡Tan lejos como se pueda, Gabriel! Hiciste una promesa. No irás a

renunciar a nuestra venganza después de lo lejos que hemos llegado, ¿o sí?

—Si mal no recuerdo, nuestra venganza consistía en seducir a la hija menor del duque, traerla aquí, arruinarla y humillarlo a él.

—¡No es suficiente! —habló con los dientes apretados y las manos asidas con fuerza a los apoyaderos de la silla de ruedas—. Lo que yo sufrí... lo que hemos sufrido todos estos años, no es comparable con lo que Devonshire pueda estar sintiendo ahora mismo.

—Debiste pedirme que sedujera a la duquesa, entonces.

—No habría sido una mala idea... ¡Piénsalo, Gabriel! Solo debes concebir un hijo con ella y todo acabará. Podrás mandarla al demonio si tanto te disgusta.

—¡No voy a secundarte en esto, padre!

—¿Qué sucede contigo, maldita sea? ¿No me digas que estás —Logan hizo un gesto burlón—... enamorado?

—Lo estoy... pero no de Melanie Cavendish —tragó saliva—. La mujer a la que amo... he tenido que traicionarla por ti... para hacer todo esto.

—Podrás correr tras la mujer que te apetezca cuando le hayas cumplido a tu familia. La sangre está primero, Gabriel.

—¡Tú nunca estarás satisfecho, padre!

Gabriel experimentó una sensación similar a la de ser quemado en el pecho con una antorcha. El malévolo discurso de su padre le había hecho espabilar.

¿Cómo es que había dejado que su padre lo llevara por aquel camino sin retorno? Quizá porque la inocencia lo había empujado a creerle, a aceptar su deseo de venganza como un derecho... pero él ya no era un niño convulso por la muerte de su madre, dolido por la forma como su padre había pasado a ser un ser físicamente dependiente y amargado.

Era cierto que odiaba a Devonshire y todo su maldito mundo, y que había sentido desprecio por todo su clan, incluyendo su hija menor... pero Gabriel no estaba dispuesto a pasarse la vida tratando de hacerles pagar por toda la miseria que habían derramado en su vida. Mucho menos estaba dispuesto a engendrar un hijo con una mujer a la que apenas toleraba.

—Papá... basta, te lo suplico —se acuclilló para hablarle con franqueza—.

Estoy cansado de esto. Ya hemos hecho suficiente, aunque sé que eres consciente de que nada de lo que haga nos devolverá la vida que perdimos. Nada traerá a madre de vuelta.

Logan se removió inquieto en la silla.

—Ni siquiera menciones a esa traidora —masculló indignado—. Rosalind prefirió la muerte a su familia cuando se atiborró de veneno... y tú prefieres... prefieres irte a Francia y dejar a tu viejo padre... habiendo cumplido a medias lo que prometiste.

—Sabes que hice lo que me pediste. ¡Y no iré a Francia! Quiero volver a Londres y suplicar perdón a la mujer que amo, quiero pedirle que sea mi esposa...

—Ya tienes una esposa —le recordó el conde. Gabriel bajó la mirada, impelido por aquel doloroso hecho que debía arreglar cuanto antes—. Y la mantendrás hasta que sea necesario... le harás un hijo... y es todo lo que te pido, muchacho...

Gabriel se apartó de su padre sosteniendo su afanosa negativa como un salvavidas. Miró por la ventana, a lo lejos, y reconoció que había sido un error elegir la venganza antes que a Fanny. No en vano, aquella noche en Chatsworth había estado a punto de contarle la verdad... debió haberlo hecho, se dijo desesperado.

—No cuentes conmigo... —susurró—. Solicitaré una anulación, si no es que el duque lo ha hecho antes.

—No te atrevas, Gabriel. No te atrevas a desobedecer a tu padre.

La voz de Logan se fue quebrando sin que Gabriel reaccionara, hasta que un golpe seco sobre la alfombra le hizo volverse de súbito. Se movió de prisa para recoger a su padre, que había caído al suelo intentado levantarse. Era lo que el conde hacía cada vez que algo le sacaba de quicio o la impotencia lo sometía. Apoyaba los brazos en los asideros de la silla e intentaba ponerse en pie, como si su ímpetu pudiera alguna vez vencer la debilidad enfermiza de sus piernas y de su columna.

—No te muevas, padre —le decía elevando la voz sobre los desquiciados gritos que soltaba mientras su cuerpo se doblaba de dolor—. ¡Rory! ¡Rory!

—Maldito seas, Gabriel, si me traicionas. ¡Maldito! —berreaba el viejo.



—¡Rory!

Al cabo de un momento, la habitación del conde estaba atestada de sirvientes que intentaban devolver a lord Windham a la silla. Había resultado una tarea complicada, dado que Logan se revolvía como un pez capturado, y aunque la movilidad de la cadera hacia abajo estaba anulada, aun podía utilizar sus brazos y puños para descargar su ira.

Y mientras lo hacía, Gabriel era consciente de que el dolor en sus zonas aun sensibles era tan implacable que podía derivar en un llanto inconsolable.

Cuando Rory consiguió domarlo con la ayuda del cochero, y llevarlo hasta la cama, lord Windham comenzó a sollozar como un niño. Era casi inverosímil pensar que un hombre enclenque como su padre pudiera necesitar de la sujeción de tres hombres sanos y fuertes para mantenerse bajo control, pero ese era Logan Windham, un ser cuya ira explosiva compensaba su falta de fuerza física, pensó Gabriel con tristeza.

—Prepare una dosis de heroína —le rugió a la señora Serche, la cocinera, mientras él y los dos corpulentos sirvientes seguían reteniendo al conde contra el colchón.

La mujer le miró como si le hubiera solicitado un fusil de avancarga.

—Milord... ¿ha dicho heroína?

—Sí, ¡eso he dicho! ¡La ampolla que traje de mi último viaje!

Serche asintió con resolución y corrió a llenar una jeringuilla con la dosis que el médico le había murmurado luego. Él mismo, hacía tiempo, le había entrenado para inyectar a su padre —aunque el viejo solo toleraba la cercanía de Rory—, y para llevar a cabo la infame labor de preparar la pipa de opio.

En un momento, Serche tenía la jeringuilla llena y se la entregó a Gabriel, que en seguida se la administró a su padre en el brazo izquierdo.

Como médico, Gabriel estaba consciente de que la heroína era adictiva y su efecto, mucho más potente que la morfina y el opio, por ello había prohibido a los sirvientes suministrarla en su ausencia. Tampoco él había tenido ocasión de utilizarla con su padre, por cuanto la droga ni siquiera se comercializaba en Inglaterra. Había obtenido las ampollas de manos de un químico alemán, amigo suyo, que apenas estaba desarrollando el producto. Gabriel había estudiado su efecto con doloridos pacientes voluntarios del hospital de

Addenbrooke y había encontrado que la heroína, aplicada en dosis correctas, curaba el dolor con admirable eficacia.

Sin duda, la situación de lord Windham ameritaba de un producto más efectivo que los calmantes tradicionales, y como su hijo no era un hombre de pulso tembleque, tomó la decisión de inyectársela.

Finalmente, Windham se relajó y los gritos descontrolados cesaron. Incluso le pareció escuchar que el conde gemía de alivio cuando la adormidera comenzaba a viajar en su torrente sanguíneo, mintiéndole con la promesa de un placer artificial.

Gabriel escudriñó el rostro del conde con una mezcla de ternura y rabia. Se sentía tan exhausto, tan hartado. Odiaba todo aquello, odiaba lo que le había sucedido a su querido y anciano padre, odiaba al duque de Devonshire, pero más odiaba el deseo de Logan de llevar la venganza a un punto de quiebre.

¿Por qué no podía simplemente alegrarse con la atrocidad que Gabriel había cometido? ¿Por qué no le bastaba? ¿Por qué le exigía caer todavía más bajo?

Para su sorpresa, Melanie también había entrado en la habitación, alarmada por los gritos. La vio de reojo mientras buscaba el apoyo de la señora Serche. Desde un rincón observaba la escena, presa del terror y la incredulidad. Aquella chica era tan inocente, sí, era inocente e insidiosa en igual medida. Y él la había arrastrado a aquel mundo que no le pertenecía.

Con su padre recostado y drogado y el rostro horrorizado de su esposa delante, Gabriel Windham supo que debía arreglar las cosas de algún modo. No podía dejar a su padre en aquel estado, tampoco engendrar un hijo con Melanie.

Solo le quedaba una cosa por hacer...

Aquella mañana fue especialmente ocupada en el dispensario de Whitechapel.

Cientos de niños se habían formado en fila india, tomados de las manos de sus padres, para recibir la vacuna contra la viruela. Fanny había convivido entre llantos, gritos y quejidos que intentaba consolar, a veces con relativo éxito, mientras hundía la aguja en la tierna carnicita infantil. Al menos era un

alivio saber que aquel fugaz suplicio era el precio a pagar por una vida de resguardo ante una espantosa enfermedad. Mientras cumplía su labor, la joven rezaba porque muy pronto también pudieran ser desarrolladas vacunas contra el tétano, la difteria, la tuberculosis y una larga lista de males.

Al final de la jornada, el doctor Travis estaba satisfecho, igual que la señora Sullivan, la enfermera que había regresado a sus labores semanas antes. Fanny en cambio, había descubierto que la satisfacción había pasado a ser un concepto inconcreto en su vida. Ello, sin embargo, no le había impedido darlo todo cada día de trabajo.

Luego de dejar tras de sí Chatsworth House y todos los sucesos que habían cavado un hueco muy hondo en su pecho, su tiempo había sido casi completamente dedicado al dispensario. Aquello había pasado a ser una ocupación y una terapia muy benéfica, pero que preocupaba a su madre y a veces también a su padre.

Había perdido toda esperanza de que la carta del Hospital de St. Bartolomew, donde se le admitía como estudiante becada de enfermería, llegase alguna vez, pero aquello no le quitaba el sueño. Decidió entonces que se quedaría en Whitechapel. Estaba convencida de que allí era más útil, y su presencia era bien recibida, en lugar de cuestionada.

Había escuchado de labios de su amiga Harmony, la duquesa de Waldegrave, que Devonshire seguía en su finca, atacado por una profunda depresión tras la huida de su hija adolescente con un fulano pretendiente. La joven había mostrado una sincera congoja y después cambiado el tema para esquivar las preguntas que de seguro le lloverían. Harmony, a Dios gracias, había atribuido su ánimo desvaído al fallido intento de lograr la admisión a Cambridge y había considerado inoportuno hacer preguntas.

Su madre la recibió con una sonrisa al llegar a casa, al final del día; su padre le puso un beso en la frente e hizo pocas preguntas durante la cena. Ninguno de los dos se atrevía a interrogarla sobre sus futuros planes, ni a excavar en el hecho de que la vida había vuelto a decepcionarla, aunque ninguno llegaba a imaginar siquiera en qué medida. Agradecía aquel apoyo respetuoso, silencioso y lleno de amor. A decir verdad, Fanny no deseaba imaginar cómo habría sido su vida sin aquellos sólidos pilares.

La mañana siguiente, su salida de la casa coincidió con la llegada del señor Lilly, el cartero, que le saludó con sus acostumbradas florituras.

—Buenos días, señorita Thorton —dijo el anciano levantándose la almidonada gorra gris—. ¿Cómo está esta mañana? ¿No le resulta este otoño particularmente brillante? Cualquiera pensaría que las hojas de los árboles son fragmentos de oro que emanan del cielo...

—Buenos días, señor Lilly —intentó sonreír, sin ningún éxito—. Eso creo.

Lilly se aclaró la garganta ante su seca respuesta, tan inusual en ella.

—Tengo la correspondencia de su familia.

—Muchas gracias... ¿podría dejarla con la doncella? Ella se la entregará a mi madre.

—Caramba, milady... —musitó con tristeza— en otros tiempos era usted más entusiasta con el correo. Temo preguntar la razón para ese cambio tan repentino... espero que no haya sido por malas noticias. Me destrozaría pensar que ha sido por causa de una de las cartas que he traído yo.

Fanny suspiró.

—No sería su culpa, en ese caso.

—Aun así... me tomo mi trabajo tan enserio que odio la idea de que mis manos sean portadoras de noticias que no hagan feliz a una jovencita como usted.

—Señor Lilly, siento no poder hablar con usted ahora, pero tengo trabajo —el viejo puso los ojos como platos—. Sí, trabajo como enfermera en una medicatura.

—Una labor maravillosa; estoy seguro de que sus pacientes se sienten afortunados, quizá bendecidos —levantó su fajo de cartas—. Hay un par para usted... ¿no le gustaría echarles un vistazo? Quizá en estas líneas haya una buena noticia que le alegre el día.

¿Cómo podría negarse a la petición de aquel adorable y entrometido viejo? Fanny entregó su pequeño bolso a Tim, el cochero, y miró a Lilly con renovado interés.

—Está bien. ¿Qué me tiene?

El cartero le entregó un trío de sobres con un entusiasmo casi infantil.

Fanny sonrió al reconocer en el primero la elegante caligrafía de su amiga

Aneska Von Vetsera, que seguía de vacaciones en su natal Budapest. Aneska y Fanny se habían hecho buenas amigas y a menudo intercambiaban correspondencia para contarle a la otra de sus respectivas vidas y proyecciones para el futuro. Las cartas de Aneska relajaban a Fanny y le hacían sonreír, como cuando describía su hermosa ciudad o cuando le contó que su padre se había tomado un periodo de vacaciones para estar con ella después de siete años de incesante trabajo.

El segundo sobre venía de parte de lord Everett Sinclair, y por ello le sorprendió en demasía. Era la primera vez que él le escribía, si bien le había prometido que lo haría muy pronto. Fanny se preguntó qué tenía él que decirle, y recordó lo amable que había sido los últimos días en el retiro de verano de Chatsworth House.

¿Qué se traía..?

Había un tercer sobre, pero carecía de señas que le permitieran adivinar su contenido. Fanny frunció el ceño y lo revisó por ambas caras, sin encontrar ninguna pista de su procedencia.

Entonces pensó en Gabriel. Su corazón dio un latido mucho más fuerte y doloroso. *Gabriel...* el vacío en su pecho seguía intacto. Aunque era consciente de que aquel entusiasmo era inútil y fuera de lugar, nada le impidió sentirlo, ni siquiera recordar que hacía poco menos de un mes se había fugado con la hija del duque de Devonshire en pleno baile, dejando tras de sí una estela de destrucción y tormento. Y eso después de que ella le declarara su amor entregándose... se sacudió la cabeza.

Su propio corazón había perdido la capacidad de emocionarse, de sentir, incluso ella hacía esfuerzos titánicos para sonreír de vez en cuando. La promesa de aquella carta, por primera vez en un mes, le dio evidencia de que seguía viva y que podía sentir algo, aunque fuera angustia, rabia y un dolor que la arañaba implacablemente por las noches.

Rasgó la carta, desprovista de todo pensamiento, olvidando por completo donde se hallaba y que tenía personas a su alrededor, mirándola. Seguidamente leyó las confusas líneas que aparecieron frente a sus ojos. Tardó un poco en comprender lo que decían, y tuvo que empezar de nuevo un par de veces. Pero una vez que la parte racional de su cerebro asimiló todo aquello, la sorpresa y luego la incredulidad minó sus facciones.

Un revoltijo de sentimientos, de ideas que no conocían ningún pie ni cabeza, se apoderaron de ella cuando acabó de leer. Leyó la carta una vez más, sintiendo su pecho encogerse y expandirse, y no le quedaron dudas de que había leído correctamente la primera vez.

No se percató de que casi perdía el equilibrio hasta que Tim se movió y la sostuvo rápidamente para mantenerla erguida, tampoco se percató de que el señor Lilly le miraba con angustia, ni que un par de lágrimas gruesas que brotaban de sus propios ojos habían aterrizado sobre el papel, regando la tinta.

Fanny se llevó la mano a la boca para contener un borboteo de sollozos, y ante las preguntas ansiosas de su cochero y del cartero solo pudo responder con un llanto liberador:

—Me aceptaron... —ambos le observaron desconcertados. A todas luces, necesitaban un poco más de información— ¡Soy alumna de medicina de Cambridge!

## Capítulo 14

*Cambridgeshire, primavera de 1884*

Fanny permaneció imperturbable mientras el doctor Herschel Barrentine, su maestro de anatomía, retiraba la tela que cubría el ceniciento cadáver de un hombre de veintitrés años. Sus compañeros de clase, en cambio, soltaron sendos jadeos que variaban entre el asco y la diversión.

—Silencio, ¡maldita sea! —siseó el médico, con lo que todo sonido se extinguió de golpe—. Más les vale que aprendan a respetar los cuerpos que son objeto de estudio en esta clase, caballeros. Este pobre cristiano es un héroe, y no es que haya muerto en ninguna guerra. Hará algo igual de noble; les dejará mirar dentro suyo y les sacará de la ignorancia. Pero claro, solo si de verdad les interesa ser médicos... ¿Alguna objeción?

—*No, doctor Barrentine* —se escuchó recitar a un pequeño coro.

El hombre se dio por satisfecho, ajustándose las pequeñas gafas de monturas plateadas. Seguidamente, comenzó su disertación sobre la sensibilidad de los animales vertebrados y la necesidad de la sustancia nerviosa para el ejercicio de la vida. Fanny había leído un par de libros y estaba muy bien informada al respecto, pero algunos meses atrás había descubierto que hacerse la lista no le ayudaba a ganar el respeto de la clase, mucho menos cuando era la única mujer entre cuarenta y seis alumnos, y la única estudiante con experiencia práctica de dos años.

Por antonomasia, cada vez que abría la boca para responder a una pregunta o interrumpía al profesor para dar su opinión sobre tal o cual asunto, los otros alumnos le miraban con severo disgusto. Cuarenta y seis pares de ojos —incluyendo los del profesor— se clavaban en ella como preguntándose «¿quién rayos se cree que es?».

Era tan frustrante...

Sin embargo, Fanny se recordaba constantemente que ella misma había buscado aquel mal con increíble obstinación, así que en aquellos momentos apelaba a su paciencia y se erguía en su asiento haciendo un despliegue de dignidad femenina.

Así las cosas, se prometió que se mantendría en silencio al menos durante toda la clase de anatomía, a no ser que el profesor le preguntase algo directamente.

La clase de anatomía se llevaba a cabo en una estrecha aula con forma de anfiteatro, presidida por el doctor Barrantine y su pizarrón repleto de dibujos y trazos impetuosos. Barrentine era un extraordinario maestro; había estudiado en Italia y tenía admirables credenciales. Era uno de los pocos que no discriminaban a Fanny por su género, no le otorgaba ninguna clase de prerrogativa y le exigía tanto como a los demás.

El discurso de Barrantine había derivado de pronto en el funcionamiento de los nervios del periné, al tiempo que se acercaba a la parte sur del inerte cuerpo. Fanny comprendió que el profesor había iniciado con una perorata sobre los estímulos nerviosos para explicar la relación entre el cerebro y los órganos reproductivos.

La clase, compuesta casi en un cien por ciento por adolescentes alegres y desinhibidos, se inclinó hacia adelante para prestar morbosa atención. Fanny, que estaba en primera fila, no necesitó acercarse demasiado. Podía apreciar con sorprendente nitidez el miembro seco, encogido y color café del cadáver.

—Los estímulos sexuales, de dondequiera que vengan —decía el médico mientras se ajustaba las gafas—, activan ciertas regiones del cerebro, particularmente el hipotálamo, donde se emiten mensajes que recorren la médula espinal...

—Bien, siempre he pensado que dos cabezas piensan mejor que una —murmuraba un alumno a otro cerca de ella.

Una ringlera de risitas discretas estalló entonces.

—...y al llegar a los nervios de la pelvis —continuó Barrentine mientras el ambiente se intoxicaba de morbosa diversión— producen la concentración de sangre en los cuerpos cavernosos del pene. Esto origina que se ponga rígido...

—¡Sí! —gritaron a coro los alumnos.

Para su propio asombro y consternación, Fanny se sintió como una lombriz en baile de gallinas. Podía sentir su presión sanguínea elevarse hasta las nubes y un torrente de sangre viajar a su rostro, tiñéndola de un odioso escarlata.

—Vaya, Thorton... —escuchó una voz burlona que le susurraba desde los



lugares de atrás—. Apuesto a que no esperabas esto.

Se trataba de un bromista insufrible y pedante, Albion Lehenard, quien había hecho de su estancia en la escuela de medicina un chiste de mal gusto. Cruzando los brazos sobre el pecho, la joven se fingió incommovible y fijó la vista al frente.

El profesor hizo callar a la pequeña turba con sus gritos coléricos, y después se dirigió a ella sin ninguna delicadeza:

—Thorton, si la visión del miembro viril masculino le ofende ahí está la puerta.

—Creo que prefiero quedarme, señor —masculló.

—Bien por usted —asintió Barrentine—. Le habría perdido el respeto si hubiera decidido lo contrario.

A continuación, tomó un bisturí perfectamente afilado y comenzó a realizar una sencilla disección en el pene del difunto. Los bajos murmullos no se hicieron esperar, y las miradas comenzaron a invadirla para evaluar su reacción.

—No te decepciones, linda —continuó Lehenard en voz baja—. No suele verse así. De hecho, el mío tiene mejor tamaño y color.

—Y para suerte mía, jamás lo comprobaré.

Dijo aquello inexpresivamente, sin apartar la vista de las manos de Barrentine, del bisturí y del deshidratado falo. Su compañero soltó una risita.

—Pues tú te lo pierdes, tontuela.

La clase terminó una hora después, con lo que el estrecho anfiteatro se vació con rapidez. Fanny recogió sus libros, los puso en la bolsa de piel que su madre le había obsequiado el día antes de su partida a la universidad, cogió su sombrero de canotier del perchero y abandonó la habitación.

—¡Oye, Thorton! —se volvió bruscamente para escuchar lo que adivinaba iba a ser otro comentario denigrante del reverendo imbécil de Albion Lehenard—. ¿Nos vemos en el laboratorio en cinco minutos para tu lección oral?

—Vete al infierno.

Su airada respuesta desató las risas de sus compañeros, y la mirada páfida del autor de la ofensa.

—Seguiré trabajándote, muchacha... ¡Vengan, chicos! ¡Vamos a drogarnos con óxido nitroso...! —fue lo último que escuchó de aquel pelmazo mientras se alejaba por el larguísimo pasillo.

Fanny Thorton había asimilado su nueva vida con admirable entereza. ¿Qué otra cosa podía hacer? Era *Trinity College*, no una tarde de té en una de las mansiones señoriales que había visitado de la mano de su institutriz. Si esperara loas y un despliegue de caballerosidad estaría demente. En su alma máter no había lugar para privilegios o delicadezas, a veces ni siquiera para los buenos modales. Era el precio a pagar por la mejor educación a la que podía acceder.

Alguna vez escuchó decir que para una mujer Cambridge era el equivalente aristocrático del ejército, y no podía estar más de acuerdo. Cualquier asomo de debilidad era explotado hasta la saciedad, la presión buscaba debilitar el ánimo y conducir a la deserción. Los alumnos podían ser muy crueles, incluso abusivos, pero ella había aprendido a tratarlos y a no permitir que la discriminación mermara su entusiasmo.

A Fanny se le consideraba débil solo por el hecho de ser mujer, por atreverse a buscar reconocimiento y formación en un territorio predominantemente masculino, pero en el fondo estaba consciente de que los hombres solo se sentían amenazados. Las burlas en su contra eran frecuentes y la segregación por parte de algunos profesores, demasiado evidente. Aun así... no habría cambiado aquello por nada del mundo.

Una educación como la que Cambridge le brindaba era todo lo que siempre había deseado, pensaba mientras caminaba, ¡no!, mientras flotaba por la grava a lo largo del gigantesco patio. Fanny amaba cada segundo de su estancia en la universidad. Gracias a ella, había superado situaciones dolorosas en las que prefería no pensar más, había volcado todo su interés y corazón en sus estudios y había hecho de aquel espacio su segundo hogar; el lugar donde sus sueños tomaban forma...

—¡Señorita Thorton!

La joven sonrió ampliamente cuando se cruzó con John Radford, el periodista que había conocido en Londres el verano pasado.

—Oh, señor Radford. ¡Que agradable casualidad!

Lo recordaba como un muchacho simpático y elocuente que, junto a Marsden y Durrington había sido una buena compañía en Chatsworth House. Con su cabello pelirrojo abombado, ojos azules y atuendo a la moda, Radford era la personificación de la agudeza, el encanto y el buen gusto.

Aquel rostro se contrajo de asombro al verle con su mochila en mano, como toda una estudiante de uno de los colegios más prestigiosos de Cambridge.

—Caramba... —le observó de pies a cabeza—. Algo había oído, pero no daba crédito. Así que se ha convertido usted en una flamante futura doctora. ¡Felicidades!

—Se lo agradezco mucho.

—¡Permítame! —el periodista tomó su pesada mochila, haciendo equilibrio con los libros y carpetas que llevaba consigo—. Si está de acuerdo la escoltaré hasta su próximo destino.

—Que amable. Había olvidado cómo se comportaban los auténticos caballeros.

—Oh, ¡por el amor de Dios! —soltó con indignación—, espero que esos monstruos insensibles de la escuela de medicina no la hayan molestado demasiado.

Ella suspiró.

—Creo que ya venía preparada para lidiar con monstruos.

Recorrieron las perfectas caminerías del *college*, bordeadas de álamos, en cuyos predios se respiraba un aroma vigorizante. Algunos estudiantes aprovechaban para disputar partidos de fútbol en los campos destinados para tal fin; otros preferían leer, y finalmente había quienes disfrutaban de la quietud del río Cam y charlaban en los espacios ajardinados de sus orillas.

—¿Y qué le trae por aquí? ¿Olvidó entregar un libro en la biblioteca? —bromeó.

—Pues, unos cuantos... —se rascó la cabeza—, pero me temo que esa no es la razón de mi regreso a Trinity College. Verá, trabajo como reportero en el *Times* y vine a realizar una entrevista al jefe del Departamento de Estudios

Africanos. Estoy trabajando en un artículo sobre la crisis en Sudán. ¿Ha escuchado algo?

—Pues... sí. He leído los periódicos. Lo último que recuerdo es que Inglaterra se mantendría al margen del conflicto entre egipcios y sudaneses.

—Ya no más —sacudió la cabeza—. Inglaterra será parte de la carnicería. El general Gordon ha salido hoy hacia Egipto.

—Oh.

—Gladstone considera que es necesario intervenir, ya usted sabe, especialmente desde que los terroristas del *madhi* amenazaron con volar el Canal de Suez —masculló, rebosando tristeza e indignación a partes iguales —, y la opinión popular es de ese mismo sentir.

—¿Y qué es lo que se proponen? ¿Enfrentar a los rebeldes?

—Dicen que solo se trata de una misión de evacuación de los soldados y funcionarios británicos y egipcios junto con sus familias, pero me cuesta creerlo. El general Gordon es de los que dan pelea, y más por Sudán, donde fue gobernador por cinco años.

—Lo lamento tanto... no quiero imaginar cuántas vidas se perderán de uno y otro bando.

—Sí, es una verdadera pena. Tengo un conocido en el ejército y me dice que un contingente ha acompañado a Gordon a la ciudad de Jartum. El profesor Samuell me ha brindado una valiosa perspectiva religiosa y cultural del enfrentamiento, necesitaré saber un par de cosas antes de dirigirme allá...

—¿Cómo dice? —Fanny detuvo el paso con brusquedad—. ¿Irá usted?

—Me han nombrado corresponsal del *Times* en Sudán —sonrió alegremente, como si no fuera algo extremadamente arriesgado lo que se proponía—. Será una buena experiencia. Mi primera corresponsalía fuera de Inglaterra.

—Pero... es muy peligroso. Y se trata de un continente tan inhóspito y violento... No quisiera que le ocurriera nada malo, señor Radford.

—Agradezco su preocupación —sonrió, invitándola a continuar con la caminata. Ya habían atravesado la espectacular verja del *college* y pasado cerca de la torre de la iglesia Saint Mary; aproximándose al centro de la

pequeña y encantadora población de Cambridge—. Pero es mi trabajo, soy un periodista, y uno muy bueno. La gente debe conocer la verdad de lo que ocurre en el campo, es decir, más que esas absurdas historias de valor que parecen sacadas de libros. Esa es mi vocación. No crea que vine a Cambridge nada más para granjearme una invitación a Chatsworth.

Le guiñó el ojo. A Fanny le costaba trabajo creer que alguien pudiera estar camino a una guerra en África y mantener semejante humor.

—No, claro que no —dijo mientras avanzaban de nuevo—. Por favor, cuídese mucho. Le considero un buen amigo, le aprecio y respeto. Ahora más, sabiéndolo tan valiente y profesional.

—Me halaga mucho. Estaré bien, se lo aseguro.

Durante el resto del camino charlaron sobre temas más triviales y alegres. Radford le contó de lo emocionado que se encontraba con su nuevo trabajo en el *Times* y de las historias que había estado escribiendo hasta que recibió la asignación de su corresponsalía. Le agradó saber que también Rupert Marsden avanzaba en sus estudios científicos, que Radford había aprendido a explicar a sus semejantes con un vocabulario potable y casi tan apasionado como el mismo Marsden.

Entonces, Fanny fue extrañamente consciente de la naturaleza de la relación entre aquellos dos brillantes jóvenes. Sonrió al recordar a aquel trío de amigos leales e inseparables. Ahora entendía que la amistad que les unía era el más puro producto del rechazo del que habían sido objeto en la universidad; Marsden y Radford por ser homosexuales y Durrington por ser excesivamente tímido.

Se equivocaba si pensaba que solo una mujer estaba destinada a llevar aquel peso a costas. La discriminación tenía un nicho mucho más extenso.

Habían llegado a una calle estrecha y serpenteante donde se ubicaba la pequeña casa donde Fanny había rentado un dormitorio. Al ser una estudiante pensionista, no gozaba de las ventajas pecuniarias de la universidad, lo cual incluía el hospedaje y las comidas; adicionalmente su *college* no podía considerarse mixto, así que oficialmente no había lugar para alojar a una mujer sin crear alguna clase de controversia. Aquello, lejos de decepcionarla, le hacía feliz pues, le otorgaba un sentido de independencia de la que carecía la mayoría de las jóvenes de su edad.

—Mucha suerte en su viaje... —le dijo— y que Dios le bendiga, John.

Radford sonrió. Tras entregarle la mochila se despidió de ella con una educada reverencia. Seguidamente, desanduvo el camino hasta la estación de trenes, que no estaba muy lejos de allí, para regresar a Londres.

Fanny le vio alejarse y rogó a Dios para que le mantuviera a salvo.

La casita donde había vivido los últimos meses era encantadora, de dos niveles con muros estucados, por cuyas ventanas sobresalían plantas colgantes y flores. El barrio era silencioso, habitado por familias de clase trabajadora. Sus huéspedes, una pareja de septuagenarios comerciantes de manteca, eran respetuosos y gentiles.

Se sentía afortunada de haber llegado allí y de pagar una renta razonable.

Cuando se disponía a abrir la puerta de entrada, una mano tiró de ella hacia atrás, arrancándole un respingo, con lo que la mochila de piel cayó al piso. En un segundo, Fanny estaba rodeada por unos brazos masculinos que la asían delicadamente.

—Everett... —soltó sin poder sofrenar una risita—. Seguimos en la calle.

—Una calle solitaria —completó él mientras se acercaba más y más, jugueteando con un rizo que a ella le brotaba del peinado—, sin nadie que atestigüe como le robo un beso a mi adorable cortejada.

Everett jamás se había comportado así. La joven echó un vistazo a un lado y al otro y comprobó que Everett estaba en lo cierto, la calle estaba desierta, así que dejó que le besara en los labios sin prisas.

El sabor de su boca era increíblemente agradable, y la forma cómo se amoldaba a ella le complacía tanto... Su pretendiente solía ser paciente y respetuoso, siempre a la espera de la más mínima invitación para ir un poco más lejos —un arma que ella había manejado con extremo cuidado— pero desde su primer beso, hacía un mes, en uno de los salones del Hospital de Addenbrooke, Everett había avanzado hacia ella con determinación y sin miramientos. Entonces, había dejado claras sus intenciones y solía tentarla con aquellas estremecedoras demostraciones.

Y ella no siempre conseguía contenerse. Pero esta vez fue diferente.

—No quiero que los vecinos del señor y la señora Lynch nos vean —susurró tras separarse de él—. Se lo contarían y me echarían de aquí sin contemplaciones.

Everett abrió la boca para poner sus acostumbradas objeciones, pero al leer la súplica en los ojos de Fanny, suspiró.

—De acuerdo —recogió la mochila y se la entregó con una mirada traviesa—. Vi a Radford caminando a tu lado hasta aquí. Me pregunto si todo el tiempo es tan solícito con las damas hermosas de la universidad.

Ella le sonrió.

—Everett, me lo encontré a la salida, se ofreció a acompañarme a casa. Tuvimos una charla de lo más interesante. Me contó que ahora trabaja como reportero del *Times* y recientemente le han otorgado la corresponsalía en Sudán.

—Vaya, ¡sí que está loco! —Se atragantó con la sorpresa—. He leído en el diario que el general Gordon ha salido esta mañana a Jartum. ¿Acaso quiere morir ensartado en la lanza de uno de esos salvajes?

—Los rebeldes del *madhi* han robado las armas al ejército egipcio, así que habrá más que lanzas. En fin, Radford está convencido de que es su deber...

—¿Notaste si trató de conquistarte en el camino?

Fanny alzó una ceja sarcástica ante la trivial pregunta. Había descubierto que se veía más guapo cuando se ponía celoso. Mucho más.

—Me sorprende que no estés enterado de que el señor John Radford prefiere la compañía de otros caballeros... o, a decir verdad, de un caballero en particular.

—¿Él te lo dijo? —quiso saber el otro, sin ninguna brizna de asombro.

—No hizo falta que lo hiciera —respondió ella, muy pagada de sí misma mientras buscaba su llave en el interior de la mochila—. Y que quede constancia de que tampoco he visto nada comprometedor.

—Que suspicaz... —le miró con los ojos verdes brillantes de diversión y algo más—. Aun así, usted, señorita Thorton, es tan apetecible que lograría alterar a un eunuco.

Ella le miró con los ojos brotados, conteniendo la risa.

—¡Qué cosas dices, lord Everett Sinclair! ¡Si mi antigua institutriz te oyera te golpearía en la cara con su parasol!

Abrió la puerta de la vivienda y ambos se adentraron en el pequeño vestíbulo de los Lynch.

Los muros estaban tapizados en papel color crema con finos motivos florales, igual que el revestimiento de los muebles de estilo rococó. Había cierto exceso de ornamentos, como un reloj de pie gigantesco, una jaula repleta de pájaros, cuyo trino la despertaba puntualmente en las mañanas y una horrible armadura que la señora Lynch había heredado de algún antepasado. Para algunas personas el lugar era simplemente perturbador.

—Jamás me canso de este recibidor —dijo Everett sarcástico.

—Cuando pasa el tiempo ya ni lo notas.

Fanny pidió a Tracy, la doncella, que les sirviera té mientras le entregaba los sombreros y la mochila.

—¿Cómo van tus clases? —quiso saber el médico.

—Mejor imposible —soltó con su acostumbrado entusiasmo—. No puedo quejarme, Trinity College es el mejor lugar del mundo para estudiar medicina. La biblioteca es... es un paraíso terrenal de conocimiento; jamás creí que pudiera tener la dicha de ver tantos libros juntos —se sentaron frente a frente—. Los profesores son tan conocedores... Y las prácticas de anatomía, increíblemente edificantes. Ayer aprendimos a...

Fanny siguió parloteando hasta que fue consciente de que Everett había pasado muchos minutos sin decir una palabra. A menudo le ocurría aquello cuando le preguntaban por la universidad; se dedicaba a hablar como si le hubieran dado cuerda y ensalzaba cada cosa, cada nuevo descubrimiento, cada trozo de aprendizaje.

—Lo siento —era la segunda vez en un día que se sonrojaba—. Sé que sueno como esos pájaros cuando hablo de mis clases.

—No, por favor no te detengas —sonrió—. Tu entusiasmo me contagia, Fanny. ¿No era esto lo que tanto deseabas? —Hizo una pausa, y ella alcanzó a leer que estaba a punto de decir algo incómodo—. Comprendo que es lo que más ilusión te hace en el mundo y que no cambiarías esto por nada en el mundo, ni siquiera por un matrimonio.



—Everett...

—Lo entiendo —asintió afanosamente con la cabeza—. Te prometí que no te agobiaría hablando de cosas que no pasarán. Al menos no aun.

Fanny apartó los ojos de aquel hombre increíblemente atractivo que no dejaba de insinuar aquel tema. Apenas podía creer que su relación con lord Everett Sinclair hubiera mutado tan drásticamente. De ser rivales acérrimos que apenas se toleraban habían pasado a disfrutar la compañía del otro hasta trabar una buena amistad. Después de eso, habían venido las miradas prolongadas, las conversaciones íntimas, y hasta hace poco, un primer beso que ella había disfrutado más de lo que había anticipado.

Ahora se besaban con relativa frecuencia, hablaban de matrimonio sin involucrar a sus padres, sin poner en la balanza los beneficios más allá del deseo personal.

Fanny no dejaba de pensar en que su madre bailarían en un pie si sospechara que su hija era cortejada por un reputado médico de noble cuna. Pero ella no había luchado hasta casi desfallecer para poder entrar a la universidad y luego comprometerse en matrimonio. Everett lo entendía, o al menos eso le aseguraba, y había prometido esperar un tiempo, no necesariamente hasta que Fanny obtuviera su título de doctora, pero sí el que requería para adaptarse por completo.

—Eres un encanto.

—Lo sé —suspiró él con gesto de resignación.

—¿Cómo dejaste las cosas en Londres? ¿Algo bueno qué contar?

—En lo absoluto. Las noticias que traigo son más bien desoladoras — Fanny le miró con seriedad—. Devonshire ha dejado la cancillería de la universidad... y su curul en el parlamento. Se ha retirado por completo de sus obligaciones políticas.

—Dios mío... ¿sabes por qué?

—Está enfermo, Fanny —dijo pesaroso—. Me lo ha confiado lord James.

—¿Qué es lo que tiene?

—Una úlcera gástrica muy agresiva. Parece que ha estado así por un tiempo, y ha empeorado recientemente. Los dolores son insoportables; no lo

dejan levantarse de la cama; su familia está muy preocupada por él.

La joven gimió de tristeza. Había llegado a estimar enormemente al duque.

—Pero... tiene acceso a la mejor atención. Estará bien, ¿verdad?

—Está bajo un tratamiento muy estricto a base de morfina. La duquesa tampoco está en su mejor momento. Según James no recibe visitas y se pasa todo el día encerrada.

—Confiemos en que mejorarán pronto.

—Quizá lo hagan sus cuerpos... pero, ¿qué hay de las heridas internas? Eres tan consciente como yo de que Devonshire está así por la estupidez de su hija —sacudió la cabeza, impotente, como si supiera cosas horribles que ella ignoraba por completo—. En Londres no se habla de otra cosa, Fanny. Hay toda clase de bromas al respecto, incluso en el parlamento le han perdido el respeto al duque. Y los Walrond... santo Dios, han iniciado una vil campaña para desprestigiar a Melanie, a su padre, a todos los Cavendish, y todo para mitigar su propia vergüenza por el compromiso roto.

—Lo hecho, hecho está, Everett —era lo que ella misma había tratado de decirse los últimos meses, pero aun seguía esperando poder asimilarlo del todo—. Lady Melanie decidió marcharse.

—Una mocosa vacía e irreflexiva como Melanie Cavendish no toma decisiones; solo reacciona y se deja arrastrar y manipular —su rostro adoptó un gesto sombrío—. Todo ha sido obra de ese maldito Gabriel Seymour... —Fanny tragó saliva dolorosamente al escuchar aquel nombre que le había perseguido silenciosamente—. Jamás entenderé por qué ese cabrón infeliz no hace más que causar caos a dondequiera que va. Es como si fuera una misión de vida, una maldición que está decidido a compartir con el mundo.

Ella sí conocía la razón, pero era un secreto que no le pertenecía, así que se prometió que jamás hablaría a nadie sobre Gabriel y la venganza de la familia Windham.

La criada llegó en aquel momento; dejó el servicio de té sobre una mesita.

—Everett, algunas personas tienen una forma de actuar que no comprendemos, a menos que les conozcamos bien —Fanny sirvió dos tazas mientras hablaba, rogando para que aquella distracción velara el hecho de que aquel tema le incumbía más de lo que se pensaba—. Quizá sí se enamoraron, y

Gabriel Seymour consideró improbable que el duque de Devonshire le prefiriera sobre el antiguo prometido de su hija.

—¿Lo estás defendiendo?

—Claro que no —le entregó la taza—. Solo intento dar con una explicación coherente —se condenó por sentir tantas ganas de saber más. ¿Por qué no dejaba las cosas como estaban? Pero al final sucumbió a su propia curiosidad—. ¿Han tenido noticias de ellos?

—Ya sabes que contrajeron matrimonio en Escocia —dijo él después de dar un pequeño sorbo—. Melanie ha escrito a su madre por primera vez hace pocos meses. Parece que está bien y exige no ser molestada. Está embarazada.

Fanny asió la taza de té con desmedida fuerza, aunque no recordaba haber dado ninguna orden a sus dedos para hacerlo. Todo su ser se aferró a aquel inconsistente objeto para mantenerse incommovible, como si aquella revelación no le hubiera golpeado más fuerte que un látigo, como si no hubiese roto el dique interno que se había construido desesperadamente para mantenerse a salvo del recuerdo de Gabriel.

*Un hijo...* Esperaban un hijo, se repitió fuertemente en su interior, y con cada repetición una pequeña parte de su alma moría.

Entonces la venganza de los Windham había derivado en algo más, se dijo, reteniendo las lágrimas con firme determinación. Lo que comenzó siendo un cruel ardid para causar deshonor a Devonshire y a su clan terminó por volverse algo bueno; terminó por crear una familia. Melanie no era infeliz, de ser así habría regresado al lado de sus padres o simplemente habría escrito una carta distinta. Deseaba quedarse con Gabriel, dondequiera que estuviesen... y estaba embarazada.

¿Y si se habían enamorado? ¿Y si eran felices?

Por Dios... No esperó que aquello le doliera tanto.

—Debí advertirle al duque —Everett se levantó bruscamente y comenzó a caminar a lo largo del *parlour*, sin caer en la cuenta de que Fanny hacía un desmedido esfuerzo por no echarse a llorar—. No sabes cuánto me arrepiento de no haberle disuadido de invitar a ese rufián a Chatsworth. Tal vez Melanie estaría en casa y el duque sano, activo, como él es. Odio que ahora esté sufriendo por culpa de ese...

La muchacha se aclaró la garganta.

—Everett, ¿cómo ibas a saber que esto ocurriría?

—Te aseguro que con Seymour solo puede esperarse lo peor —gruñó y después se sentó a su lado para mirarla a los ojos—. Lo que más odio de todo esto, Fanny, es saber que pudiste haber sido tú...

—¿Yo? —se había quedado helada.

—Desde luego. No digas que no notaste su interés en ti. Apuesto a que contabas como otra opción; pero ¡qué va! Una mujer con cerebro jamás se dejaría embaucar por un tipejo como él. Melanie era una presa mucho más fácil —se quedó pensativo, al tiempo que Fanny recordaba que ella sí había cometido la tontería de caer en su hechizo. Y cuanto se arrepentía—. Creo que lo hace por dinero. En cualquier momento dejará ver sus intenciones y exigirá alguna dote, una propiedad... no veo qué otra razón pueda tener para hacer todo esto.

—No podemos hacer nada. Es un asunto familiar.

—Por desgracia... pronto se conocerá la noticia del cambio de mando en la universidad. Todos estarán devastados; el duque es muy querido entre la comunidad académica.

—Ya lo creo —le susurró Fanny, tratando de componer una sonrisa mientras le acariciaba el rostro. Everett apreciaba al duque; después de todo había sido él quien le había permitido entrar a Cambridge, aun cuando esto significaba ir en contra de la voluntad de su padre. Era una buena persona, un luchador incansable, leal y correcto, a diferencia de lo que le había demostrado en aquel primer encuentro en Chatsworth House, y de seguro sería el mejor esposo que una mujer pudiera pedir—. Se pondrá bien. Devonshire es un hombre increíblemente fuerte.

Everett sacudió la cabeza.

—Quiero creerlo, pero en el fondo sé que las cosas volverán a la normalidad para el duque el día que Melanie regrese. Solo así volverá a ser el mismo.

—¿Y si no sucede? ¿Y si las cosas no vuelven a ser como antes?

—Entonces que Dios guarde a nuestro querido duque de Devonshire.

## Capítulo 15

Tal como Everett había vaticinado, la comunidad universitaria se conmovió ante la noticia de la renuncia del duque de Devonshire como canciller de Cambridge. El estado de su salud había trascendido, pero muchos atribuían su necesidad de apartarse del trabajo y la actividad pública al hecho vergonzoso que había tenido lugar el pasado verano, durante el retiro intelectual de Chatsworth House, al punto que se comentaba que éste exclusivo evento jamás volvería a realizarse.

Fanny lamentaba todo aquello; habría hecho lo que fuera para cambiar las cosas, pero no era un asunto en el que tuviera que ver. Solo podía rezar por la salud del duque, ese buen hombre que había atendido a su intrépida petición de dejarle ingresar a la universidad, aun cuando su propio mundo estaba desmoronándose. Era una pena que no hubiera respondido a la carta que le había enviado para agradecerse, pero era lógico pensar que no se había sentido dispuesto a hacerlo, dada su situación.

Se preguntó entonces si Gabriel estaba al tanto de todo el mal que estaba causando con su cruel empresa, y también si estaba feliz al respecto. Aquel había sido su más grande deseo, después de todo, la razón para su aparición en Chatsworth House, y quizá la de su entrada a la Universidad de Cambridge. Apostaba a que se había figurado todo aquel escenario y que había calculado milimétricamente cada detalle, a fin de causar todo el daño posible y concretar su venganza.

Pero ella no podía condenar del todo su accionar, se dijo mientras intentaba concentrarse en las líneas que tenía ante ella, las de un libro de química de dos mil páginas; la muerte de su madre y la parálisis de su padre debían de haberlo arrastrado hasta aquel estadio de ruindad. Ella no podía imaginar siquiera la clase de dolor al que un ser humano debía ser sometido para poder consagrar su vida a la venganza.

Sin embargo, dudaba de que ello le hiciera feliz, ¿o acaso aquello le había devuelto la vida a su madre y la capacidad de caminar a su padre? ¿Habría recuperado él el tiempo perdido? ¿Había borrado su sufrimiento con aquella osadía?

Deseaba al menos que la nueva familia que había formado junto a Melanie Cavendish le ayudara a componer su corazón resentido y a deponer todo aquel odio que le había hecho capaz de cometer actos tan deplorables. Después de todo, él y Melanie seguían juntos y habían concebido, se recordó, con lo que su pecho volvió a agrietarse.

Qué fácil le había resultado olvidarse de ella, se lamentó. Que cruel había sido al dejarle alimentar aquel sentimiento; habría preferido que le diera la espalda y se marchara aquella primera noche en Chatsworth, cuando se encontraron en el oscuro jardín, y que jamás hubiera respondido a sus torpes insinuaciones, a la fe ciega que ella le tenía, a pesar de todo.

Era su culpa, reconoció frotándose los ojos cansados. Nunca debió haber puesto los ojos en él, en primer lugar. Debió haberlo visto como al cretino indolente que él se había esforzado en interpretar.

Fanny se hallaba en la majestuosa Biblioteca de Wren, una obra de la que su espíritu sensible todavía no conseguía recuperarse. Era la habitación más hermosa en la que había estado en toda su vida, y rezumaba conocimiento. Millones de páginas repletas de información, de luces y de pasión que no hacían más que inspirarla y hacerla sentir tremendamente afortunada.

La vista hacia el río Cam a través de los enormes ventanales era sublime, y a aquella hora del mediodía le regalaba una soberbia claridad para leer; sus tórridos pensamientos, sin embargo, hacían lo propio para desviarla del camino.

Los otros estudiantes acababan de salir en rebaño hacia el comedor, lo que le garantizaba al menos una hora más de quietud; una hora en la que no tendría que tolerar miradas de recelo ni tensas interrupciones con intentos de conversación por parte de estudiantes que la veían como si fuese ella una extraña criatura. Entonces se dijo que no desperdiciaría más el tiempo en lucubraciones y fijó sus ojos en la lectura.

Entonces un sonido seco y estridente golpeó su mesa. Fanny, asustada, soltó un chillido y pegó la espalda a la silla. En un abrir y cerrar de ojos, Albion Lehenard y su pequeña hueste de niños rodeaban la mesa y se inclinaban hacia ella con ímpetu desafiante. Lo que la había espantado era un puñetazo que Lehenard había estampado contra la madera con la única intención de desorientarla.

—¿Qué sucede, Thorton? ¿Acaso no sabes que debes guardar silencio en la biblioteca? —masculló su atorrante compañero de clases.

Lehenard era un muchacho moreno, ceñudo y extremadamente joven —a pesar de lo cual ya estaba quedándose calvo—, hijo de un refinador de azúcar de Newcastle que no perdía ocasión para alardear de la fortuna de su padre, de su lucrativo invento de melaza enlatada, de las propiedades recién adquiridas por su familia y de las fiestas que tenían lugar en ellas.

—Alby, no le pidas tanto a la chica, no ha de saber siquiera para qué sirve una biblioteca, ¿verdad, cariño? —balbució un estudiante llamado Stiles.

Ella se esforzó para mantenerse impasible.

—¿Qué es lo que quieren?

—Nada —dijo Lehenard, mirándola con desdén—. ¿Por qué habríamos de querer algo de ti? No eres más que una mujercita arrogante y trepadora.

—Estoy tratando de estudiar...

—No te esfuerces tanto, linda. Se dice que si estudias más de la cuenta perderás tus facultades reproductivas. Que coñazo sería eso para tu marido.

—¡Que va! Apostaría a que ni siquiera le agradan los hombres —dijo Stiles.

—Si fuera así, no les incumbe —dijo con serenidad.

—¿Para qué quieres ser médico, Thorton? ¿Para toquetear a otras mujeres? —ladró un muchacho cuyo nombre ella desconocía, pues en clase le había dado la impresión de ser mudo y retraído—. No hace falta quemarse las pestañas para eso cuando puedes ir a ciertos bares de la ciudad...

Los demás se rieron al tiempo que Fanny miraba el mostrador de la biblioteca por entre los espacios vacíos que dejaban sus hostigadores. No había un alma además de ellos. Estaba sola ante una manada de hienas salvajes y empezaba a preocuparse.

—Tranquila, Thorton —Ahora hablaba el cuarto estudiante, el hijo revoltoso de un barón alemán—. No busques al duque, ha renunciado a la universidad. Sabemos que ha sido él quien te ha metido aquí, ¿acaso eres su amante?

—¡Por supuesto que lo es! —masculló el que ella había creído mudo.

Resultó que tenía una lengua muy afilada—. Por eso la llevó a Chatsworth House, según nos contaron, y luego la trajo a Trinity College. Seguro fuiste una buena chica con él.

Los hombres rieron macabramente mientras ella tragaba saliva. Sospechaba que la mejor actitud era la de mantenerse serena y no defenderse.

Frustrado por su falta de respuesta, Albion Lehenard le cerró el pesado libro en el rostro. Fanny apenas parpadeó cuando lo hizo, pero su corazón comenzó a latir con desmedida fuerza. Ni siquiera se había sentido así en presencia de los maleantes que venían a atenderse en el dispensario de Whitechapel.

—Sabes que no deberías estar aquí —le gruñó el muchacho apuntándola con un dedo; Fanny se asombró de la facilidad con la que un hombre tan joven podía odiar. Sus ojos le estudiaron con un rastro de lástima—. El lugar de una mujer es la cocina... y la cama de su hombre, no una biblioteca como Wren, o Trinity College... He notado que te queda bastante grande —Ella se abstuvo de decir nada, lo que parecía agravar el humor de Lehenard—. Cada vez me agrada menos que estés en Trinity College, Thorton. No sé de qué pueda ser capaz si te vuelvo a ver.

Fanny lo miraba impertérrita, pero en su interior bullía la rabia, y también el miedo, aunque odió reconocérselo. Lo que reflejaba la mirada de aquel estudiante la asustaba; porque no era el temor a la competencia, ni siquiera el rechazo a la idea de que una mujer pudiese estudiar y hacerse con un título universitario, lo que le molestaba. Ella sospechaba que aquello era mucho más serio, y empezaba a inquietarle.

Al cabo de unos minutos, Lehenard y sus secuaces se aburrieron de ella, como siempre sucedía y se marcharon de la biblioteca con paso arrogante, como si fuesen los dueños del lugar, con lo que Fanny consiguió volver a respirar con normalidad.

—Oye Thorton —volvió a llamarle aquel detestable misógino antes de cruzar la puerta—. Mejor será que te cuides. No salgas sola.

Si no hubiera sido por Aneska von Vetsera y lord Everett Sinclair, hace un buen tiempo Fanny se habría declarado a sí misma una ermitaña.



En Trinity College no había hecho ningún amigo, por lo tanto, no hablaba con nadie. Acostumbraba comer a solas en una sala enorme y vacía y la mayoría de su tiempo transcurría en el silencio de la biblioteca. No le preocupaba especialmente, pero a veces veía su situación en perspectiva y se entristecía; las otras mujeres que estudiaban medicina se hallaban ya en niveles superiores, y todavía no había tenido ocasión de conocer a ninguna.

Gracias a Dios tenía las cartas de sus amigas Harmony, Esther y Sally; las de sus padres, las del doctor Travis y las que Everett le enviaba cuando no podía venir a verla desde Londres.

Aneska era su ansiado desahogo de la vida universitaria. Su amiga estudiaba filosofía griega en Girton, el primer *college* del país exclusivamente para mujeres, fundado bajo el manto de la Universidad de Cambridge. El edificio del *college* estaba muy retirado del centro del pueblo, pero Wolfson Court, la residencia estudiantil donde ella vivía, se ubicaba relativamente cerca de la biblioteca y del campus. Fanny solía visitarla allí cada vez que tenía ocasión y, cuando lo hacía, no dejaba de maravillarse de todas las actividades que tenían lugar en Girton; clubes de lectura, deportes, excursiones. Había toda una gama de experiencias extracurriculares para escoger.

Aquel día en particular era libre para los alumnos de todos los *colleges* de la universidad. Como de costumbre, la mayoría salía al pueblo para cambiar de aires, ante la imposibilidad de viajar más lejos, pero como Fanny estaba tan habituada a la apacible vida en la pequeña Cambridge, decidió ir a Wolfson Court para visitar a su amiga y ponerse al día.

—Deberías mudarte aquí.

—¿Eh?

—Es más adecuado para ti —insistió Aneska mientras se cambiaba el parasol a la otra mano—. No conozco a tus anfitriones, estoy segura de que son buenas personas, pero es extraño que vivas con otra gente cuando todos los estudiantes vivimos en residencias exclusivas, ¿no te parece? La señora Stanley, nuestra *mattress*, dice que la residencia donde habites y las amistades que hagas son parte de la «experiencia Cambridge».

En aquel momento paseaban por los hermosos y soleados jardines de Wolfson Court, por donde abundaban abetos y una que otra estatua de

escayola. Al fondo, la mansión de piedra roja que fungía como residencia estudiantil, dominaba el paraje. La tarde se había tornado un poco ventosa, por lo que a veces resultaba un poco engorroso lidiar con las faldas que se abombaban con la más mínima ráfaga.

—Aneska, yo soy un raro caso; un milagro andante —sonrió y se encogió de hombros mientras se sujetaba el sombrero para evitar que el viento lo volase—. ¿Por qué iba a ser diferente mi situación habitacional?

—No eres la primera mujer en Trinity College, ni la primera alumna de medicina —le miró levantando una ceja.

—Lo sé, pero a veces siento que me miran como si tuviera dos cabezas. Con dificultad se acostumbrarán a mí. Supongo que esa es mi «experiencia Cambridge».

Lo que pretendía que fuera un chiste para relajar a Aneska, dibujó una pronunciada línea de preocupación en su entrecejo. La joven siempre le preguntaba por sus clases, por sus compañeros, porque era consciente de que los estudiantes varones eran increíblemente territoriales y, en ocasiones, crueles con las del sexo femenino.

—Fanny, no es seguro que siempre debas salir sola al pueblo. Quizá el duque pueda interceder para que te admitan en nuestra residencia. Te llevarían hasta Trinity...

—Por favor, Aneska. He caminado en Whitechapel a mitad de la noche, le he cosido la piel a rateros y he atendido a las prostitutas después de ser golpeadas por sus clientes... —la otra se encogió, perturbada por tanta información—. Si hay un lugar más peligroso que las calles de Londres, te aseguro que ni siquiera está en Inglaterra —le observó con tristeza—. Y en cuanto al duque, debes saber algo.

Entonces le contó del penoso estado de salud de Devonshire pues, en Girton las noticias no viajaban tan rápido como en otros *colleges*. Aneska se conmovió, como era de esperarse.

—Dios del cielo... —guardaron un largo silencio mientras caminaban hacia la residencia—. Esto es por Melanie, ¿verdad?

—Eso creo. Everett también lo piensa.

—¿Qué habrá hecho el pobre duque de Devonshire para merecer una hija

tan estúpida? No me refiero a que se haya enamorado, porque es obvio que no lo está —sacudió la cabeza con vehemencia—. Sé que está tratando de demostrar ser alguien que no es, y que cuando se canse del señor Seymour regresará arrepentida. Quiero decir que, ¿cómo fue capaz de hacerle esto a su padre? Huir con un hombre en mitad de un baile donde estaban todos sus amigos, sus compañeros del parlamento y de la universidad —Fanny ahogó un suspiro. El secreto de Gabriel seguía pesando en sus espaldas, pero sus labios estaban sellados—. Es como si lo hubiera planeado para hacerle daño. Y... ¿está embarazada? Mi Dios, ¡pobre criatura! —compuso una expresión de desconsuelo—. La compadezco al saber que tendrá como madre a *lady Cráneo*.

—¿Y no dirás nada sobre el padre?

Aneska le dirigió una mirada inescrutable.

—Eso te gustaría, ¿verdad?

Fanny se alarmó ligeramente, temiendo que la húngara estuviera enterada de sus sentimientos. Pero Aneska no se aprovechó de su vulnerabilidad; en lugar de eso siguió caminando a su lado. Era todo lo que ella necesitaba.

—Me escuchaste llorar esa noche —fue lo primero que le dijo cuando se internaron en el acogedor dormitorio de Aneska.

—¿Y cómo iba a evitarlo? —Le sonrió con dulzura mientras se sentaban sobre la cama—. Me habría gustado reconfortarte pero tenía miedo de avergonzarte. No éramos tan cercanas entonces —Fanny dejó caer la mirada—. Pero confío en tu juicio. Sé que si tú viste algo bueno en Gabriel Seymour, entonces debe de tenerlo.

—Aneska... Se llevó a Melanie Cavendish con él y se casaron en Escocia —le recordó enfatizando cada palabra.

—Bien, quizá sea un imbécil por escoger el camino escabroso con la chica tonta y no el digno con la chica lista —sonrió con tristeza—. Por desgracia nunca averiguaremos qué sucedió con él, ¿verdad?

El tema se agotó poco después, cuando Fanny se negó a dejarse escudriñar por su intuitiva amiga. Cuánto deseaba desechar todo aquello. Por Dios, que deseaba olvidar, pensar en otra cosa, ocuparse en salir ilesa de la universidad y lanzar los sentimientos que aún guardaba en su corazón —y de los que se

avergonzaba— en un pozo sin fondo.

Muy pronto la conversación derivó en Everett. Aneska parecía especialmente entusiasmada con la idea de un eventual compromiso entre el notable exalumno y su amiga; Fanny, trataba de explicarle, sin ningún éxito, que ella solo podía comprometerse con los estudios a los que tanto le había costado acceder. La joven húngara parecía poco dispuesta a aceptar semejante argumento y, por el contrario, estaba convencida de que un matrimonio con un caballero con quien tenía tanto en común solo podía resultar un éxito.

La charla las embulló de un modo que Fanny apenas fue consciente de la hora. Se levantó de golpe de la pequeña cama de Aneska y tomó sus cosas a toda prisa tras comprobar que era mucho más tarde de lo que se permitía estar fuera.

Al cabo de unos minutos se despidió de su amiga, aceptó su paraguas prestado y dejó atrás la tranquilidad de Wolfson Court.

Emprendió el regreso hacia el pueblo, bordeando el camino de carruajes por una zona de pastizales. Los paisajes que componían el condado de Cambridgeshire eran tan variopintos como sobrecogedores; Fanny disfrutaba recorrerlos a pie, y lo había hecho en numerosas ocasiones, haciendo uso de su preciada e insólita libertad.

Detrás de los edificios de la universidad se extendían hermosos bosques, plagados de arroyos, zarzas y árboles tan altos que parecían atravesar el cielo; los sonidos de la naturaleza lograban opacar las voces mundanas de la ciudad, le permitían concentrarse para estudiar o simplemente para pensar. Difícilmente otros estudiantes que vivían bajo el estricto régimen de Cambridge podían tomarse tales libertades, y ello le hacía sentirse afortunada.

A la salida de Wolfson se extendía un verde páramo donde podían verse rollizas ovejas y vacas pastando bajo un cielo azul grisáceo. El camino era una larga y serpenteante línea que se ondulaba de vez en cuando, por la irregularidad del terreno. Fanny lo siguió mientras repasaba algunos trazos de la conversación con su amiga.

Desde luego que creía que casarse con Everett era una buena decisión, pero ¿por qué debía hacerlo ahora? ¿Por qué cambiar todo esto que había conseguido con tanto esfuerzo? ¿Y si Everett le impedía continuar estudiando? ¿Y si se embarazaba y debía abandonar la universidad?

Se detuvo un segundo, debido a la tamaña impresión que le produjo aquel pensamiento. No... no podía permitirlo, se dijo antes de retomar su caminata.

Cerca de allí corría el río Cam, cuyas aguas borboteaban deliciosamente en su apacible viaje hacia el sur. Fanny se topó con un par de puentes medievales en su andar y se asomó distraídamente hacia sus calmadas aguas. Sauces llorones, álamos, zarzas y vigorosos matorrales bordeaban las orillas del caudal que parecía tener un efecto apaciguador en ella.

Entonces encontró una respuesta en su reflejo en el agua: debía decirle a Everett que no podían casarse. No ahora... y quizá nunca.

Más adelante estaban las villas y aldeas donde moraban los granjeros y las familias que vivían de la manufactura. Desde su posición, Fanny divisó una larga hilera de viviendas con techos de paja o pizarra, muy pegadas entre sí. Una humareda brotaba de las chimeneas y la silueta de una iglesia parroquial asomaba entre los árboles. Un paraíso rural muy típico de la campiña inglesa. El cielo...

¡El cielo!

Fanny observó con horror cómo un grupo de nubes grises había formado una bóveda plomiza sobre su cabeza. Los pájaros volaban en seguidilla, en busca del cobijo de sus nidos. La humedad se había intensificado y el viento parecía venir cargado de diminutas gotas de agua helada. Si no apuraba su paso llegaría empapada a la casa de los Lynch.

Se apresuró, esta vez sin distraerse con sus pensamientos ni con la visión del camino. Sus pasos resonaron por el estrecho sendero de tierra mientras un trueno rompía en el cielo y estremecía la tierra.

Cuando el camino se volvió más escabroso, Fanny comenzó a sentir cómo las gruesas gotas de agua se estrellaban contra su sombrero y el viento se enfurecía ante la inminencia de una tormenta. Sacar el paraguas de Aneska y tratar de abrirlo en aquel momento solo le robó valioso tiempo. Optó por acelerar su caminata a través del sendero, cada vez más encharcado y embarazoso. Para entonces, la lluvia se había tornado en una furiosa y helada descarga y Fanny estaba completamente empapada.

Cuando las fachadas familiares del pueblo y los edificios de los *colleges* aparecieron frente a sus ojos, Fanny se sintió un poco aliviada. Se adentró en las callecitas empedradas, que a aquellas horas estaban desiertas pues, desde

luego, la gente prefería estar en casa frente a una taza de té que afuera, bajo semejante diluvio. Las ventanas estaban cerradas con las cortinas corridas, al igual que las puertas de los pequeños negocios; aquello le produjo cierto estremecimiento de temor, que aunado al frío, le hizo temblar.

Un potente trueno, con la fuerza de cañón, estalló entonces en sus oídos.

Por un momento, Fanny solo supo de terror y desconcierto. Aquel breve estado de inconsciencia le impidió ver el carruaje que se aproximaba a toda velocidad por la calle Trumpington. Cuatro furiosos caballos avanzaban contra el viento y la tormenta, fundiéndose con la oscuridad que de pronto había tomado el pueblo por asalto. Alarmada, y advertida por el estruendoso traqueteo, Fanny alcanzó a volverse a tiempo. Reaccionó con un grito, lanzándose a la calzada con un movimiento súbito.

Acabó en el suelo, cubierta de agua lodosa y con el corazón galopando en su dolorido pecho. Entretanto, el carruaje siguió su atolondrada marcha por la calle. Fanny apretó la mandíbula y los puños mientras se ponía de pie, maldiciendo a quien quiera que hubiera cometido la imprudencia de transitar una calle tan estrecha con tan poca previsión.

Entonces recogió su bolso de piel, su paraguas maltrecho y siguió su camino.

La lluvia no le daba tregua mientras cruzaba el pueblo, ya sin la urgencia de encontrar un refugio para resguardarse del agua. Las pesadas faldas le generaban un peso extra que detestó con cada paso, pues limitaban su locomoción. Se sentía exhausta, enojada —sobre todo consigo misma por haber dejado transcurrir el tiempo en Wolfson—, y especialmente frustrada. Todavía le quedaban algunas calles más hasta la residencia de los Lynch.

Fue entonces cuando escuchó que alguien gritaba su nombre.

Fanny no se lo creía, pero tampoco se detuvo a procesar aquel extraño hecho; lo primero que percibió fue una oleada de terror erizándole la piel hasta alcanzar los huesos. Su instinto la espoleó a seguir el camino con renovado ímpetu, sorteando cualquier obstáculo, con la fiereza de quien presente un peligro aproximándose.

No conseguía ver nada más que lluvia, cantidades absurdas de agua desplomándose sobre ella y sobre las calles empedradas, furiosos caudales bajando por los canales. Con cada nuevo paso su corazón se aceleraba, el

miedo se incrementaba. Fanny luchaba contra el agua, contra la tortuosa calle arriba y contra su propia mente, que había maquetado todo un cuento de horror a partir de aquel llamado escalofriante.

Seguía sin ver un alma por el pueblo. ¿Dónde estaba la gente? ¿Quién vendría a ayudarla si le sucediera algo? Si alguien le atacase...

Recordó entonces la mirada de Albion Lehenard, clavada en ella, haciéndole una promesa que destilaba odio en ingentes cantidades. Apenas en aquel momento fue consciente de que aquel degenerado la había amenazado en la biblioteca. Y algo le decía no había estado bromeando.

«Cada vez me agrada menos que estés en Trinity College». «No sé de qué pueda ser capaz si te vuelvo a ver». «Mejor será que te cuides». «No salgas sola».

Sus palabras regresaron a ella con un eco ensordecedor.

En los días libres, los alumnos varones solían estar fuera hasta el final del día. No dudaba que Lehenard lo estuviera ahora. ¿Y si estaba allí mismo? ¿Y si él se hallaba dentro del carruaje que se había lanzado sobre ella para embestirla?

—¡Fanny Thorton!

Se escuchaba más cerca, con lo que ella jadeó de miedo. Su acelerada caminata se tornó en un trote forzado, alimentado por su necesidad de huir. Se vio a sí misma temblando y resollando incontrolablemente, y estaba segura que no era por causa del agua helada que el cielo había volcado sobre su ser.

De pronto volvió a escuchar el traqueteo del carruaje, el chapoteo de los caballos sobre la vía empantanada y el rugido de su propia sangre latiéndole con fuerza en las sienas.

—¡Fanny, detente!

Pero ella hizo lo contrario a lo que la voz le ordenaba. La casa de los Lynch estaba a tan solo una manzana más, así que se determinó a llegar allí, lanzándose en una carrera atolondrada por las encharcadas calles.

Fue entonces cuando sus pies tocaron una superficie extremadamente lisa y su cuerpo se dobló, lanzando todo el peso sobre su pie derecho. La caída fue estrepitosa, y el dolor, inclemente. De pronto volvía a estar en el suelo

fangoso, pero esta vez se sentía incapaz de levantarse y, en lugar de enojada, se sentía abatida. La vil punzada torturaba su pie y le arrancaba alaridos.

Santo cielo, estaba acabada, se dijo al borde del llanto pues, el dolor la había vuelto a derribar, y aun se hallaba a merced de quienquiera que hubiera estado siguiéndola. El temor la engulló por completo, sabiéndose expuesta.

Inmediatamente llegaron los rudos chapoteos de un par de pies, los de su perseguidor. Fanny apretó la mandíbula y se volvió para mirarlo, rogando para poder conseguir auxilio antes de que aquel cretino osara hacerle daño.

Y justo cuando tomó aire para gritar fuertemente, sus sentidos se conmocionaron por completo. Gabriel Seymour, con el cabello aplastado por la lluvia y las ropas tan húmedas como las suyas, brotó del aguacero y se acuclilló a su lado.

—Maldita sea... —gruñó entre ansioso y disgustado—. ¿Qué sucede, Fanny? ¿Por qué tenías que huir?

Su rostro anguloso, de líneas perfectamente suaves, estaba cubierto por gotitas que se deshacían con el agua que continuaba cayendo sobre él, empapando sus cejas oscuras, sus pestañas cortas y pobladas, hasta caer sobre sus pómulos ligeramente sonrosados. Había perdido el sombrero en la carrera, no estaba segura de por qué lo sabía, pero así era. Y vestía de negro. Sus ojos azules lucían apagados, un tanto febriles; supuso que por el efecto de la tarde gris y lluviosa.

Fanny encontró aquella visión tan irreal, tan absurda y temible, que apenas reaccionó cuando él la escudriñó empleando su flema profesional. No consiguió decir una palabra, ni cumplir con su cometido de pedir ayuda a todo pulmón, tan solo se quedó allí, inmóvil, convulsa, desecha. Él le miraba ansioso y le preguntaba dónde le dolía, pero ella no lo escuchaba, no podía emitir un sonido, no conseguía entender cómo la vida la había puesto en aquella circunstancia.

Entonces, un movimiento poco cuidadoso le hizo doblarse de dolor. Se tocó el pie con la mano temblorosa, lo que le permitió a él calibrar el daño que había sufrido.

—¡Joder! Debo llevarte a alguna parte...

—¡No! —gritó ella.



—Fanny, ¡tal vez tengas el pie roto!

—¡No me importa! ¡No quiero que me toques!

Se miraron fijamente bajo la recia lluvia, de la que ya no eran conscientes. Él embargado por la pena de su rechazo, ella conteniendo el enjambre de emociones que la hostigaban, tratando de asimilarlas todas. Gabriel Seymour... o mejor dicho, Gabriel Windham estaba allí, en Cambridge. Después de casi siete meses volvían a encontrarse.

—Lo siento, pero no te lo estoy pidiendo —zanjó él mientras la rodeaba con sus brazos y la alzaba en un solo movimiento.

Fanny intentó protestar, pero él ya la tenía en su poder.

El médico echó una mirada al carruaje que se había detenido cerca de ellos y le gritó al cochero algo que ella no consiguió entender. El hombre se dispuso a descender del pescante, pero la joven se opuso a lo que fuera que intentaran hacer.

—¡Espera! —A regañadientes señaló la vivienda situada a media manzana—. Mi residencia es aquella.

Gabriel asintió y la llevó hasta allá sin dilación.

Ella maldecía aquel momento, detestaba la sensación de seguridad que le transmitían sus brazos, pasando bajo las rodillas y alrededor de la espalda; la forma cómo la acunaba con una fuerza protectora. Odiaba las ganas que tenía de descansar la cabeza en su pecho.

Al llegar a la puerta, ésta se abrió antes de que llamasen. Los señores Lynch se habían asomado a la ventana nada más ver que alguien corría bajo la lluvia, llevando un bulto en brazos con palmaria urgencia. Cuando comprobaron que el bulto era su dulce inquilina, no dudaron en abrir.

Inquieta, la señora Lynch les abrió paso para que se resguardaran de la lluvia.

—Dulce Jesús, ¿qué es lo que le ha pasado a Fanny?

—Señora, soy el doctor Windham, conozco a la señorita Thorton de la universidad. Me temo que se ha resbalado y lastimado un pie.

—¡Pobrecilla, Fanny! ¿Te duele m...?

—¿A dónde la llevo? —Rugió el médico, enterrando las inoportunas preguntas de la anciana—. Necesita ser atendida.

—Su habitación está arriba, venga —dijo el señor Lynch, que corrió escaleras arriba para indicarle el camino.

Gabriel subió los escalones de dos en dos, o al menos así lo percibió Fanny, porque en un solo parpadeo ya había llegado arriba. El señor Lynch señaló al médico la habitación y éste, cuidándola como si estuviera hecha de porcelana, la depositó sobre la cama. Ella tembló de frío, pero para su alivio, unas manos eficaces la despojaban de la ropa húmeda. Tracy, la doncella, miró a Gabriel con los ojos brotados.

—Soy médico —ladró—. Vaya por toallas y ropa limpia.

—Sí, doctor.

Tracy se marchó de inmediato con la orden.

Al ser consciente de quien la desnudaba, Fanny se resistió.

—Joder, Fanny, pescarás un resfriado con esa ropa húmeda.

Terminó cediendo, como siempre sucedía, porque no podía protestar sin sentir que el dolor recrudecía. Apretó los labios cuando él le sacó la blusa por la cabeza y le desató el corsé en unos pocos movimientos. Luego vinieron los zapatos, las medias, la falda, el polisón y la ropa interior. Santo Dios, en unos segundos estaba completamente desnuda. Enrojeció mientras usaba las manos para ocultar sus pechos y cruzaba las piernas.

Por un segundo, la mirada de Gabriel se posó en ella, y un relámpago de deseo cruzó por sus ojos. Suerte que Tracy había regresado con un camisón limpio y se había ocupado de ponérselo.

Mientras tanto Gabriel, como un despiadado sargento, rugía órdenes desde lo alto de la escalera. Hizo correr a los señores Lynch para conseguir vendas, hielo, e incluso había enviado al cochero a la farmacia.

La doncella se marchó con la promesa de preparar té cuando el médico regresó a la habitación, despojado de su saco y con la camisa blanca arremangada hasta los codos. Con una toalla se secaba la humedad del cabello y el rostro.

Mareada de dolor, Fanny era apenas capaz de protestar mientras él tomaba

el pie y evaluaba su estado. Maldición, tenía un hematoma y el hueso estaba torcido ligeramente hacia adentro.

—Al menos no está expuesto, ni tienes hemorragia.

—Debe ser una torcedura, nada más... —gimió ella.

—Ya lo sabremos —dijo mientras seguía revisándola con extremo cuidado—. La caída fue espantosa. Te he visto —le lanzó una mirada especulativa—. ¿Por qué huías?

—Creí que eras alguien más.

—¿Quién?

Fanny estaba demasiado dolorida como para darle explicaciones, así que sacudió la cabeza y se dejó caer contra las almohadas.

Gabriel le dirigió una mirada de disculpa. Como sabía a qué venía su gesto, apretó los dientes, tan fuerte como pudo y contuvo la respiración. Él manipuló el pie con cuidado, hasta percibir un leve crujido, lo que le produjo a ella un estallido de dolor.

No hizo falta que le confirmara que el tobillo estaba roto.

—Lo arreglaré, mi amor, te lo prometo... ¡No te muevas! —jadeó, como si pudiera sentir aquel dolor en su propio cuerpo.

Se levantó y dejó la habitación con el único propósito de espolear a todo el mundo a darse prisa.

Fanny le escuchó intercambiar algunas palabras con los señores Lynch detrás de la puerta, pero no alcanzó a entender ni un fragmento de la conversación. El dolor le había nublado la razón, y éste parecía ir en avanzada con cada minuto que transcurría.

Al cabo, Tracy entró en la habitación maniobrando con una taza de té, una botella verde y una funda de almohada rellena con algo que no alcanzaba a adivinar.

—Señorita, el doctor dice que se tome esto —Fanny tomó la botella y leyó la palabra *Láudano* impresa en la etiqueta. Aquello la aletargaría, pensó, pero el dolor remitiría y eso era lo que necesitaba con extrema urgencia. Dio un largo sorbo al líquido amargo y viscoso, tratando de ignorar su espantoso sabor—. Eso es —susurró la doncella, mientras le dejaba la bolsa de tela

sobre el pie. Resultó ser hielo—, ahora tómese el té de naranja. Esa cosa debe tener el gusto de mil demonios.

—Te lo agradezco, Tracy —le dijo entregándole la botella, y después sorbió el té cuyo gusto le regaló un sabroso alivio.

Gabriel entró en ese momento, sosteniendo un paquete envuelto en papel mojado. Era el encargo de la farmacia, presumió, y de inmediato cayó en la cuenta de que su pie iba a ser escayolado. Jamás había sufrido una fractura, ni siquiera un esguince, pero había puesto decenas de escayolas a los pacientes del dispensario. Ahora era su turno, y lo menos que podía hacer era quedarse tan quieta como les pedía a los pacientes que se mantuvieran.

La señora Lynch se había acercado al pequeño dormitorio para consolar y dar ánimos a Fanny. Era una mujer muy maternal, y había cuidado a la joven con el mismo fervor que si se tratara de su propia hija durante los pocos meses que llevaba habitando su casa, por lo que, no bien notó el tobillo hinchado y un tanto púrpura, soltó un quejido.

—¿Necesita ayuda, doctor? —Preguntó la mujer—. Le podría preparar las vendas...

—Descuide, señora Lynch. Por favor, déjeme a solas con la señorita Thorton.

—Muy bien —miró a Fanny con compasión—: Querida, vas a estar bien. El doctor Windham te curará ese tobillo. Es evidente que se preocupa mucho por sus pacientes.

Entonces, su marido la tomó del brazo y la sacó sutilmente de la habitación. Fanny siempre había pensado aquella mujer era tierna y gentil, pero a veces le costaba interpretar las situaciones. El señor Lynch, por suerte, siempre ayudaba.

Cuando la puerta se cerró y las voces de los dueños de la casa se perdieron en el pasillo, Fanny centró su atención en Gabriel, que comenzaba a abrir los paquetes de la farmacia. Notó con curiosidad que la anfitriona le había traído una olla con agua y otros utensilios. Por unos minutos no hizo más que trajinar y preparar la mezcla.

—No te muevas —le pidió apenas levantando la mirada hacia ella.

—No iba a hacerlo.

—¿Sigue doliendo?

—Menos que antes.

De hecho, empezaba a relajarse un poco. El láudano comenzaba a entrar en su torrente sanguíneo, dejando una estela de calma que rayaba en el amodorramiento. Fanny dejó caer la cabeza en la almohada mientras miraba a Gabriel trabajar, y se preguntó si todo aquello era verdad, si no estaba soñando con él, como le sucedía de vez en cuando. El dolor en el pie era prueba irrefutable de que no estaba dormida.

—Estuve en Whitechapel ayer —dijo él al cabo de unos minutos. Los ojos de Fanny se abrieron de par en par—. Tu dispensario es un buen lugar, mucho mejor que los que yo pisé mientras me formaba; y el doctor Travis es un buen hombre. Cuando llegué estaba atendiendo a un niño. Lo había embestido un caballo de tiro a la salida del mercado. Estaba bañado en sangre y asustado; su pierna tenía un aspecto terrible. Con las prisas apenas me presenté y me ofrecí a ayudarlo a atenderlo. No pude evitarlo —le miró con una pequeña sonrisa culpable que devolvió el color a sus ojos.

«Claro que no podías», pensó Fanny sin responder a aquella sonrisa.

—Siempre estás en el momento correcto —No sabía qué rayos le había empujado a balbucear aquello, pero lo cierto era que había bajado la guardia, y no le agradaba—. ¿Qué pasó con el niño?

—Travis lo revisó —continuó sin desatender su labor—. Se había roto la pierna. Preparamos juntos las vendas y la escayola mientras la enfermera intentaba que dejase de llorar, pero no lo conseguía. Es una mujer fría, demasiado profesional, diría yo. Travis no estaba muy contento al respecto. Me contó que su otra ayudante, la que hacía reír a los niños antes de la vacuna y los abrazaba cuando lloraban, acababa de ingresar a la Universidad de Cambridge para estudiar medicina. Su cara era de puro orgullo —sonrió—, cualquiera habría pensado que estaba hablando de su propia hija. Me quedé sin palabras... creo que él lo tomó como un gesto de incredulidad.

—Oh —Fanny sintió que su pecho se encogía de ternura. Vaya que era un santo el doctor Travis, pensó mientras luchaba para mantener los párpados abiertos—. Seguro esperaba que le llamaras mentiroso...

Él rio.

—En fin. Cuando curábamos las heridas al chico estaba muy asustado. Le conté de Quentin y de lo valiente que se había comportado el día de la cirugía. Le alegró saber que su problema no era tan grave como el de ese otro niño, y prometió que sería tan valiente como Quentin mientras nos ocupábamos de él.

—¿Qué pasó después?

—Tobby, así se llama, dejó de llorar y conseguimos curarle. Se fue con su madre a casa... —le miró con tristeza— Y así fue como supe que estabas aquí.

Lo que Fanny aun no comprendía era con qué objeto había ido a Whitechapel.

Gabriel se acercó y tomó su pie con cuidado, con lo que un estremecimiento la revolvió por completo, ahora que estaba casi librada del dolor. Comenzó a vendarla mientras ella le veía, apenas consciente de algo más que el contacto maravilloso de aquella piel, de aquellas manos virtuosas, tan habituadas a curar. Notó que no lo hacía como un doctor a su paciente, sino como un hombre que se sabe con el derecho de tocar a una mujer, con una sutil intimidad, con tierna posesividad.

—Gabriel, ¿por qué viniste? —inquirió arrastrando las palabras.

—Tenía que verte.

—¿Por qué? ¿Qué sentido tiene?

—Tiene todo el sentido que podría.

—No después de lo que hiciste... —le costaba hablar pues, sentía la lengua pesada y sus miembros no le obedecían con facilidad, pero lo intentó con todas sus fuerzas—. Después de haberme engañado... después de haber arruinado tantas vidas.

—Fanny, no hablemos de eso ahora. Te explicaré todo...

—Te fuiste con ella —lo acusó, y una parte de su ser se odió por permitir que aquellas palabras que la volvían vulnerable brotaran de sus labios.

—Fanny... —escuchó que él acariciaba su nombre con voz abatida, cargada de tristeza y ternura a un tiempo—. No estás totalmente consciente.

Ella supo que el médico tenía razón pues, ni siquiera era capaz de mantener los ojos del todo abiertos. La almohada le ofrecía un refugio confortable y la voz de Gabriel, aunque odió reconocerlo, era un bálsamo para sus oídos.

—Me acosté contigo y no te importó irte con la hija del duque de Devonshire.

Seguía escupiendo pensamientos que en otras circunstancias habría desechado, si tan solo no estuviera dopada por el láudano.

Gabriel apretó la mandíbula, presa de lo que parecía una severa indignación.

—¿Eso es lo que crees? ¿Que no me importó? —Su tono se oscureció, y luego empezó a hablar como si le faltara el aire—. Cuando dejaste la habitación aquella noche, solo quería ir tras de ti, quería traerte de nuevo y decirte cuánto te amo. Quería dejarlo todo por ti; que nos fuéramos de ese maldito lugar... y olvidar. Pero no podía... —le pareció que sollozaba, pero no estaba segura—. No podía, maldita sea. Jamás he deseado tanto algo y... simplemente estaba atado... por una promesa—. Le tomó de la mano, y ella apenas le devolvió el apretón, así que la retiró de inmediato—. Leíste mi carta, sé que lo hiciste. Si es así debes saber por qué lo hice, Fanny. Mi padre ha sufrido por años, yo no podía darle la espalda. Yo era su única esperanza de irse a la tumba sabiendo que su ofensor recibiría un poco de todo lo que él padeció.

—Ay, Gabriel... —sollozó porque detestaba aquella amargura que traslucía su voz, todo ese dolor innecesario.

—Tú fuiste lo único bueno que me ha sucedido en muchos años, señorita Thorton —mesó su cabello, pero ella apenas lo sintió—. Desde que te vi en Whitechapel, después de que me golpearan para robarme el opio que había comprado para mi padre... y todas las veces siguientes, no he hecho más que flagelarme para no desearte. He soportado un dolor físico como consecuencia de no buscarte tanto como mi cuerpo me lo ha pedido. He tenido que mantener la vista en mi objetivo y seguir fingiendo ante ti que soy un hijo de puta indolente y nocivo para alejarte. Y aun así —rió con tristeza— jamás te importó.

Fanny luchaba para mantenerse despierta.

—¿Conseguiste lo que querías?

Él titubeó antes de contestar.

—Eso creo —dijo al fin, pero después negó con la cabeza—. Aunque ahora

estoy más solo y más triste que antes. Ya ni siquiera me importa.

Gabriel posó un beso en los dedos de sus pies, y Fanny gimió al sentirlo; una mezcla de frustración, placer y sensación de añoranza la agobió. Notó que las lágrimas comenzaban a humedecer sus ojos y luego a resbalarse por sus sienes hasta terminar en la almohada.

—Fanny, perdóname. Ojalá las cosas hubieran sido de otro modo. Perdóname por haberte hecho pasar por esto, mi vida. Afortunadamente todo ha terminado —le escuchó reír un poco—. He venido a decirte que soy libre, que soy tuyo y que jamás volveré a dejarte.

Lo último que ella sintió antes de entregarse a un sueño profundo fueron los labios de Gabriel poniendo un beso en su frente.



## Capítulo 16

Era de madrugada cuando Fanny despertó, aturdida y con los músculos agarrotados por haber permanecido demasiado tiempo en una misma posición.

Su mente tardó un poco para reaccionar y asimilar lo que había acontecido hacía tan solo unas horas. Tras encender la luz de su pequeña lámpara, la cabeza empezó a aclarársele. Tenía el pie derecho envuelto en una bota de escayola y apoyado sobre un montículo de almohadas. Un trabajo impecable, reconoció después de examinarse y de reconocer que el dolor prácticamente se había esfumado.

Apenas daba crédito a sus recuerdos, que parecían más bien retazos de una tormentosa pesadilla. Su reloj de mesa le confirmó que faltaban todavía un par de horas antes de que amaneciera, pero ella había perdido el sueño y la paz. Dejó caer el rostro en sus manos no bien recordó que Gabriel estaba en Cambridge, que le había buscado, y que ella, en vez de mostrarse fría como una vez imaginó que actuaría si lo volvía a ver, le había hablado como una tonta enamorada y pusilánime.

Por Dios... si le había acusado de marcharse con Melanie Cavendish, había llorado demostrando el tamaño de su pena y no conforme con todo ello, se había dejado ver desnuda, vulnerable y necesitada. Se sentía tan estúpida que solo deseaba llorar de nuevo. Todo había sido culpa del maldito láudano, que era efectivo para el dolor y a la vez un terrible suero de la verdad.

Lo que debería haberle dicho era que la olvidara y que volviera con su esposa y futuro hijo. ¿Por qué tenía qué buscarla? ¿Por qué ahora? Sus recuerdos no le ofrecían las respuestas a aquellas preguntas, quizá porque la modorra le había impedido captar toda la conversación. A partir de su lastimosa escena, todo era tan confuso que apenas si recordaba haber sido atendida por él tras haberse roto el tobillo.

¿Qué le había traído a Cambridge otra vez? ¿Acaso pensaba abandonar a Melanie y a su hijo? La sola idea de que Gabriel osara dejar a la familia que había formado en tan penosas circunstancias le produjo una punzada de decepción, ¡de ira! Ella no se lo permitiría, se dijo sacudiendo la cabeza, armada de resolución. Debía hacerse responsable de todo lo que había

ocasionado.

¿Y si había vuelto para reincorporarse a su trabajo en el Hospital de Addenbrooke? Eso significaba que lo vería con regularidad, pensó con un dejo de angustia y temor. Recordó que alguna vez le había mencionado que tenía intenciones de quedarse en el hospital. ¿Y cómo iba a enfrentarlo si así era?

No podía contener el llanto un segundo más. Sus lágrimas se desbordaron, anegando su rostro.

¿Por qué le hacía esto? ¿Por qué seguía lastimándola de aquel modo tan cruel? ¿Por qué simplemente no dejaba que ella le olvidara?

Y de aquel llanto, algo surgió. Una decisión inevitable, la única que tenía sentido bajo todo aquel despropósito.

Fanny se enjugó las lágrimas y llenó sus pulmones con el aire húmedo de lluvia que todavía flotaba en la habitación, pese a que el aguacero había cesado. Rogó al cielo que le diera fuerzas, porque estaba convencida de que, aunque aquello le traería un dolor todavía más implacable del que había padecido los últimos meses, era la decisión correcta.

Gabriel respondió un par de cartas esa mañana. Lo hizo mientras tomaba el desayuno en la habitación de la posada para aprovechar mejor el tiempo pues, su única prioridad era llegar a casa de la familia Lynch y comprobar que Fanny estuviese bien.

*Fanny...* Todavía podía sentirla en sus brazos, temblorosa y sollozante. Él, tan sereno cuando ejercía su profesión, había perdido la cabeza al saberla herida. No sabía cómo había conseguido hacerse con todo lo que necesitaba para escayolarle el pie en aquella casa donde apenas contaban con un poco de láudano. Por suerte, se había hecho ayudar por el conductor del coche de alquiler, a quien había tenido que pagar una más que generosa propina para que buscara en la farmacia todos los insumos que hacían falta.

Y al final había hecho el trabajo de escayolarle el pie, y la había visto profundamente dormida por el efecto del láudano. Había deseado tanto besarla entonces; había querido quedarse allí toda la noche, velando su sueño. La imagen de ella desnuda también había puesto a prueba su ecuanimidad profesional, pero lo que le había hecho sucumbir sin remedio habían sido sus

dulces palabras, la sinceridad en sus labios, alentada por la droga. Tenían tanto de qué hablar.

Acabada la última misiva que tenía pendiente, la del administrador de su padre, se preparó para salir. Sobre el escritorio había quedado la única carta cuya respuesta había decidido postergar, la de su buen amigo el capitán doctor Donald Yaxley, quien le había hecho una propuesta de lo más interesante. Gabriel habría considerado aquello en otras circunstancias, pero ahora mismo tenía otros asuntos en la cabeza.

Entregó su correspondencia al encargado del mostrador del hotel y le señaló la nota que debía entregar con extrema urgencia en las oficinas de Trinity College. Le entregó unas monedas, que el empleado agradeció con una sonrisa.

Seguidamente, emprendió la marcha por la pequeña población de Cambridge. Aquellas calles habían sido testigos de sus correrías en los años de universidad, cuando se había visto en la obligación de hacer de sí mismo un personaje desdeñoso, parrandero, indolente y sin solvencia moral, pero que al mismo tiempo ejercía su carrera con la garra suficiente como para no ser expulsado por felonía. Una triste hazaña.

¿Y había valido la pena? Su padre habría dicho que sí.

Pero su padre ya no estaba.

Los recuerdos de aquella noche, cuando un ataque de dolor particularmente feroz le había sorprendido durante el sueño, continuaban frescos en su memoria. Gabriel había hecho todo lo que estaba en su poder, incluso había mandado a preparar otra jeringuilla de heroína, pero su padre había reusado recibirla. Aquello le había sorprendido sobremanera pues, lord Windham apreciaba cualquier paliativo, especialmente si éste le regalaba a bien un poco de placer. Esa vez, la mirada de Logan cuando le dijo que todo estaría bien, le había abierto una grieta en el pecho.

—Padre, no lo soportarás —le había advertido, alarmado, todavía sujetando la dosis con la potente droga que acabaría con su agonía en cuestión de segundos.

—Ya he soportado bastante —Logan gemía y se retorció en su cama, sudoroso, como si hiciera un esfuerzo espantoso—. Es hora de acabar con esto, hijo.

Gabriel había entendido el mensaje, y con gran dificultad había dejado la jeringuilla sobre la mesa de noche, atiborrada con medicinas. El nudo en su garganta le había impedido decir nada más, así que se tumbó junto a él en la cama y le abrazó por la espalda como no hacía desde que era un niño pequeño. Lloró en silencio mientras Logan deliraba, llamando a su esposa Rosalind, como si el tiempo no hubiera transcurrido desde aquellos días en que habían sido una familia feliz.

Gabriel también cerró los ojos y trató desesperadamente de viajar a aquellos días, pero la realidad era demasiado pesada como para ignorarla.

Horas después, sus brazos seguían atenazando a Logan cuando éste dejó de hablar. Su cuerpo yacente habría alarmado a su hijo en cualquier otra ocasión, pero Gabriel le miró con la calma de quien se ha preparado para aceptar lo inevitable. Su padre seguía tibio y su rostro envejecido mostraba un rictus sereno luego que la muerte hubiera venido por él. Los dolores le habían abandonado para siempre, los recuerdos se habían diluido, y tan solo aquella verdad le permitió a Gabriel asumir su muerte como un alivio.

Los funerales habían tenido lugar hacía unas semanas y ahora le ocupaban los incómodos trámites relacionados con su herencia, la cual incluía el título de lord Windham que antes había detentado su padre.

Llegado a la pequeña casa de muros blancos con ventanas desbordadas de plantas y flores, tocó la puerta tres veces. La doncella le abrió y le invitó a pasar con cierta premura.

No bien estuvo dentro de la vivienda, Gabriel escuchó un par de voces tratando de razonar con otra, especialmente testaruda. Dirigió la vista hasta lo más alto de la escalera, donde los señores Lynch trataban de impedir que una enfurruñada Fanny, aferrada con fuerza a la baranda de madera, bajase hasta la planta principal.

—Doctor Windham, ¡gracias a Dios que lo trajo en buen momento! — Exclamó la dama al verlo, con lo que las otras dos miradas lo abordaron. La del señor Lynch era de alivio, mientras que la de Fanny era un témpano de hielo—. Venga, por favor, intente usted convencer a esta terca jovencita de que no está en condiciones de ir a la universidad con el tobillo roto.

—¿Qué demo...? —Se contuvo a tiempo para no soltar una palabrota; Fanny lo había enfurecido con su osadía—. Señorita Thorton, ¿necesito

recordarle que su tobillo está roto? Necesita al menos una semana de reposo antes de poner el único pie funcional fuera de esa habitación.

—Doctor Windham —soltó sarcástica, sin deshacer aquella mirada tóxica —, le digo a usted lo mismo que a mis queridos anfitriones: me siento perfectamente. Le aseguro que no apoyaré el pie, estoy consciente de que eso no ayudará a mi recuperación. Ahora, por favor, si me consigue un par de muletas podré llegar a mis clases.

—¡De ninguna manera! ¡Se lo prohíbo! —dijo mientras subía los escalones de dos en dos—. Usted no volverá a ver el campus hasta después de las pascuas.

La joven abrió los ojos desmesuradamente.

—¡No! No puede prohibirme ir a mis clases. ¡Tengo deberes!

—Acabo de enviar una nota a la universidad explicando su situación de salud. Estoy completamente seguro de que en Trinity College entenderán.

La mandíbula de Fanny crujió de ira.

—¿Lo ves, querida? El doctor Windham ya lo ha arreglado todo —intervino el señor Lynch—. No te preocupes por nada. Cuidaremos muy bien de ti.

Ella ignoró al viejo y dirigió aquellos ojos castaños, que echaban chispas, al médico.

—No tenía que tomarse tantas molestias, doctor Windham —pronunció su nombre con los dientes apretados.

—Es mi trabajo. Ahora venga conmigo. Necesito revisarla.

La tomó en sus brazos con gesto protector, aunque ella se resistió un poco. Cuánto le dolía aquello, tener tantas ganas de tocarla y encontrar nada más que su rechazo.

Ya haría algo al respecto.

—Estaremos abajo si necesitas algo, querida... —escucharon que decía la señora Lynch antes de que la puerta se cerrara.

—¿Con qué derecho escribes a la universidad en mi nombre...? ¿Con qué...?

Gabriel puso la mano sobre el muslo derecho de Fanny, que elevó para impedir que el pie tocara el suelo, y ahogó sus palabras con un beso. Su sabor lo invadió vorazmente, con una potencia encarnizada, similar a la de la heroína, que se inyecta en el cuerpo y en un parpadeo es capaz de sacudirlo con un placer destructivo. Ansiaba tanto volver a poseerla que bien valía la pena cometer aquel abuso.

Hundió su lengua en ella, la arrastró hasta él, movió sus manos alrededor de sus torneadas piernas y deseó volver a tenerla desnuda frente a sus ojos.

—Basta —susurró Fanny, enfurruñada, mientras lo apartaba. No había sido del todo indiferente a su atolondrado beso, pero podía sentir una resistencia que seguía doliéndole en pecho—. No tienes derecho.

La dejó cuidadosamente sobre una silla ubicada junto a la cama.

—No me importa lo que digas —murmuró—, no saldrás de aquí en una semana, a no ser que te fabriques un par de muletas y te escabullas sin que nadie te vea, y aun así no creo que llegues muy lejos.

La joven compuso una expresión furibunda, detonada por la impotencia y también por su mera presencia, se lamentaba. Quizá había subestimado su ánimo de la noche anterior y ella le odiaba más de lo anticipaba. Pero qué hermosa se veía, sonrosada y con los labios hinchados por sus besos.

—Todo esto es tu culpa —rugió—. Si no hubieras aparecido, si te hubieras quedado dondequiera que estuviste, yo podría caminar a la universidad ahora mismo.

—Aceptaré la culpa, si eso te hace feliz. Y te pido perdón...

—¿Perdón por asustarme en la calle?

Él apretó la mandíbula. Su furia y deseo, ardiendo con cada segundo.

—¡Por todo!... por haberte sorprendido en la lluvia, por haberme enamorado de ti cuando no debía, por tener que escoger entre mi venganza y tú.

—No sientes eso último —le recriminó—. Creo que estás orgulloso de todo lo que has causado. Era tu más grande deseo, ¿no es así? Dejar la mayor ruina posible a tu paso, como una peste. ¡Lo conseguiste! El duque está enfermo y su esposa también. Ahora es la comidilla de Londres, de todo el

país, y ni hablar de su hija a la que han llamado zorra de mil maneras por haberte seguido. Es posible que Devonshire no vuelva a dirigir la universidad nunca más y que ya no pueda ejercer su diputación.

Gabriel la había escuchado inexpresivo.

—Veo que los Cavendish se han ganado tu simpatía. Supongo que necesitas escuchar la historia de los Windham para aclarar tu vista.

—Tu carta me dijo todo lo que debía saber.

—¿Y qué piensas de eso?

—Mi opinión no importa en ningún caso —sacudió la cabeza.

—Igual quiero conocerla —la retó—. Si defiendes tanto al duque y a los suyos, estoy seguro de que has asumido que mi padre y yo somos un par de monstruos.

Fanny apretó sus manos contra los apoyaderos de la silla y le lanzó una mirada fría, dispuesta a cumplir sus deseos.

—Creo que un hombre que consagra su vida a la venganza no puede ser digno de amor, porque ya ha perdido su alma —musitó.

Jamás unas pocas palabras le habían herido tanto, al menos eso pensó Gabriel mientras soportaba la estocada. Se mantuvo firme, a pesar de que el mundo a su alrededor se tambaleaba. No estaba esperando aquello precisamente de ella.

—¿Valoras más el estoicismo en un hombre?

—¡Valoro la razón! —le corrigió—. Un duelo es una atrocidad que gracias a Dios ya no es permitida en el mundo libre, pero incluso una atrocidad como esa se compone de reglas; cada uno de los que participan son conscientes de que alguien acabará muerto o seriamente herido. Tu padre sabía lo que podía ocurrir y aun así retó a su enemigo. No consiguió matarlo y en vez de eso le sucedió lo que ya sabemos. Ahora te utiliza a ti, a su hijo, para destruir al duque de otro modo. ¡Es una aberración!

»Por eso entraste a Cambridge, ¿verdad? Por eso te convertiste en el mejor alumno de medicina y en el perfecto candidato para ir a Chatsworth. ¿De qué otro modo podrías acercarte tanto a la familia Cavendish...? —Meneó la cabeza con incredulidad y, sospechaba él, también con desprecio—. E

increíblemente, al mismo tiempo, te creaste una espantosa fama. Tenías que ser lo más parecido a una escoria para que el oprobio de lady Melanie fuera la peor desgracia que pudiera sucederle a Devonshire. Apuntaste al duque para que la bala que tu padre no acertó al principio le diera justo en el corazón. Ojo por ojo. ¿Verdad?

Gabriel resopló. ¿Cómo se atrevía ella a cuestionar sus razones, a banalizar sus intenciones? ¿Por qué precisamente ella?

—Bravo —susurró sin apenas demostrar una emoción, aunque en su interior la rabia bullía—. Develado el misterio, señorita Thorton. Lo ha entendido todo a la perfección. No obstante, le aclararé que mi padre no me ha obligado ni utilizado para sus propósitos, yo he participado de buena gana en toda esta «aberración». Lo he hecho porque es lo que creo justo; es lo que me ha dictado la razón, y si mi alma es el precio a pagar, pues bien ha valido la pena entregarla. Ahora... sé que te he ofendido con mis...

—Calla —le exigió—. No voy a reclamarte lo que sucedió entre tú y yo. Creo que he sido la menos afectada en todo este asunto.

—Eso no fue lo que balbuceabas anoche... y lo que acabas de decirme devolviéndome el beso —Fanny se le quedó viendo, transida de furia, desconcertada—. Si ya lo olvidaste, yo te lo recordaré. Me culpabas por haberme ido, por no haberte elegido a ti. Me acusaste y lloraste por mí.

Las lágrimas asomaron entonces a sus ojos.

—¡Y seguro eso fue un regalo para tu ego!

—Eso fue lo que me permitió saber que aun me amas... a pesar de todo, Fanny —Gabriel sintió que su orgullo se resquebrajaba irremediabilmente, y no era algo que le sucediera con frecuencia. No estaba acostumbrado a dejarse apabullar—. Maldita sea... no he hecho más que pensar en ti todos estos meses. Asumo que culpable de todo lo que me acusas. Yo lo planeé todo porque quería hacer sufrir a Devonshire, ¡quería que pagara! Pero al mismo tiempo te quería a ti y no podía manejar las dos cosas. ¡No a la vez! —Fanny estaba rígida en su silla, y le veía con ojos dilatados; unos ojos hermosos que retenían las lágrimas con desesperación—. Fuiste lo único bueno que hallé en ese maldito lugar, y por Dios que no voy a perderte.

—¡Eres imposible! ¿Cómo puedes esperar algo de mí después de que...?



—¡Me prometiste que me esperarías un año, Fanny!

—¡Me hiciste prometértelo bajo engaños! —chilló, ahogando sus palabras y pestañeando repetidamente para ahuyentar las lágrimas—. ¡Jugaste sucio! ¿Pensaste en serio que te esperaría y que te recibiría como si nada hubiera pasado? Por Dios, arruinaste toda posibilidad con tu maldita venganza. Decidiste condenarte antes que estar conmigo. No puedo amar a alguien que está enfermo de resentimiento —sacudió la cabeza con vehemencia—. ¡Mi corazón no es un pozo sin fondo para ti!

Su discurso volvía a golpearlo como un látigo de púas, al punto que podía sentir el dolor físico y su mundo oscureciéndose.

«No, maldita sea», le gritaba en su fuero interno. «No me dejes tú también».

Se vio en la desesperante necesidad de hacer algo que jamás había hecho: suplicar. Se hincó ante ella y le tomó de las manos, tratando de apelar a los residuos del amor que sabía, aun habitaba en ella, aunque estuviera seriamente mermado.

—Fanny, por favor —se esforzó para conservar la ecuanimidad en su voz—. Si tan solo pudieras...

—Deberías estar con tu familia —frenó sus intenciones. La joven hizo una pausa para recomponer su voz y luego tomar un impulso de aire—. Lord Everett Sinclair no debe enterarse de que has venido aquí o se molestará mucho.

La mención de aquel cretino le hizo ponerse en guardia.

—¿Y por qué tendría que molestarse?

Fanny le miró imperturbable.

—He aceptado su propuesta de matrimonio hace unos días.

—No es cierto —jadeó él antes de que pudiera siquiera procesarlo.

—Lo es —carraspeó—. Me casaré con Everett y a ti espero no volver a verte nunca, lord Windham. Por favor, dime que no estás en Cambridge para incorporarte al hospital, porque si es así... si piensas quedarte aquí... significa que tendré que dejar la universidad y tú sabes cuánto me ha costado llegar aquí. Te pido, en nombre de lo que dices sentir por mí, que no me

obligues a renunciar a todo.

—¿Harías eso con tal de no verme?

—Sí, lo haría —confesó, rasgándole el corazón—. Dímelo. ¿Trabajarás en el hospital?

Él resopló, sarcástico, atontado aun por la revelación que le había dado la estocada final, allí, mientras se hallaba hincado todavía, entregando su corazón para luego recibirlo pisoteado.

—Aunque quisiera, ¿crees que me aceptarían después de lo que sucedió?

—Bien. Eso es un alivio.

—Desapareceré, señorita Thorton, solo porque he entendido que eso la hará feliz —dijo, abatido. Y fue entonces cuando una idea lóbrega cruzó por los confines de su mente. Ahora mismo le parecía una opción bastante adecuada—. Me iré tan lejos que quizá ya nunca escuche de mí otra vez.

—¿Ni de tu esposa?

—Ya no tengo esposa —jadeó poniéndose de pie.

Fanny entornó los ojos, escéptica.

—¿Abandonaste a lady Melanie?

—Ella volvió con sus padres, ese era el plan. Al menos el mío.

—Y... ¿qué hay de tu hijo?

Parpadeó confundido. Maldición. ¿De dónde había sacado aquello?

—No hay ningún hijo.

La expresión de ella, antes tan belicosa y resuelta, se descompuso estrepitosamente. Entonces él, en vez de aprovechar aquel punto de inflexión, se regodeó; el acto reflejo de un moribundo. Algo que lamentaría mucho después.

—Pero... creí que Melanie y tú... Creí que ella estaba encinta, y tu...

No sabía qué había detonado su furia, quizá su orgullo herido o el hecho de que estaba demasiado habituado a portarse como un imbécil cada vez que alguien lo golpeaba como ella lo había hecho, pero lo cierto fue que disfrutó atormentándola.

—Tienes la peor opinión de mí, ¿no es cierto, Fanny? Para ti no soy más que un desalmado. Quizá tengas razón, quizá he perdido todo derecho de recibir amor, incluso el de una mujer caprichosa como Melanie Cavendish, pero al menos he aprendido que no tiene sentido buscar consuelo en el lugar equivocado. Y eso es algo que tú estás a punto de hacer casándote con un hijo de puta que a las primeras de cambio te pondrá en el lugar donde considera que debes estar.

Ella apretó los labios, esos labios que ya no volvería a besar nunca más.

—Everett no es quien tú crees.

—¿Lo amas?

—Estoy tan cerca de amarlo como de olvidarme de ti.

—Entonces está claro que jamás lo tolerarás —ella no lo contradijo. Tan solo se quedó observándolo horrorizada—. Estás cometiendo el peor error de tu vida, Fanny Thorton. Pero dejaré que tú misma lo descubras. No me quedaré para decirte «te lo dije».

—Gabriel...

Él ignoró ese débil llamado, ni siquiera le miró a los ojos, y caminó directo a la puerta. Había tomado una decisión y pensaba ejecutarla lo antes posible.

—Me alegra que consiguieras lo que tanto anhelas —le dijo desde la puerta, como única despedida—. Ruego porque no dejes nunca que nadie te lo arrebatte.

Dejó la habitación y después la casa de los Lynch con paso apremiante, sin percatarse de que Fanny aun le llamaba. Se dirigió hasta su hotel sin pensar en otra cosa que la carta que debía escribir y para la que Fanny le había abierto camino.

No había nada más que hacer. No se le ocurría otra manera de continuar.

Al llegar a su habitación, tomó una hoja y su plumilla y escribió unas pocas líneas que decretaban su irrefrenable destino.

Fanny se pasó toda una semana confinada a su habitación, el tiempo justo que restaba para el inicio de las vacaciones de pascua. Así como se pasaba horas enteras pensando en sus clases perdidas y tratando de leer, pensaba en Gabriel y en aquella catastrófica despedida; en su beso y en aquellas palabras

tan hirientes que le había escupido.

¿Era cierto que él y Melanie se habían separado? ¿Y que no venía un hijo en camino como Everett le había asegurado? ¿Acaso él era libre otra vez?

Las preguntas zumbaban en su mente y desdibujaban las líneas del libro que se empeñaba en leer. No podía negarlo, ella también había soltado un par de barbaridades; se había atrevido a formar juicios, a señalar a su padre y a él mismo... ¿Qué sabía ella sobre una existencia en ruinas? Su vida, aunque nada perfecta, había sido plena, incluso afortunada. Tenía el amor de sus padres, de sus amigas, tenía el dinero que hacía falta para costear sus anhelados estudios y la visión necesaria para diseñar una vida según sus deseos. ¿Qué sabía Fanny Thorton sobre venganza?

Incluso le había mentado, y lo había hecho soportando un dolor inenarrable. Pero ella solo deseaba hacer lo correcto. Alejarlo de Melanie y su hijo sería empeorar las cosas y, dejar que él le buscara teniendo una familia a la cual responder, una bajeza. Todo lo que ella pretendía era ser justa, aunque le ardiera el alma. Y, ¿por qué no admitirlo? También deseaba castigarlo.

Pero él le había mirado con tanta dureza que se había espantado. Maldito fuera su pie, que no le sirvió para seguirlo y pedirle más explicaciones. Si tan solo hubiera alcanzado a decirle que su compromiso con Everett era una farsa...

El asueto de pascua era la primera ocasión que Fanny tendría de viajar a Londres desde el inicio de las clases. Su padre, a quien había puesto al corriente del accidente, llegó a buscarla para llevarla a casa. Durante el breve trayecto en tren se pusieron al día en todos los asuntos; Fanny le habló de la majestuosa Trinity College, de sus clases, de la biblioteca Wren, y como era de esperarse, habló y habló hasta que su padre empezó a cabecear.

Más tarde estaba de nuevo en casa, y el abrazo de su madre la reconfortó. Cecelia no perdió la oportunidad para reñirla un poco por su descuido, pero después se dedicó a mimarla y a brindarle los más amorosos cuidados para su recuperación.

Al día siguiente recibió una adorable visita, la de su amiga Harmony, la duquesa de Waldegrave. Desafortunadamente, Harmony no traía buenas noticias. Con lágrimas en los ojos le contó que lord Sebastian Allington, el marido de su querida amiga Esther, había fallecido en extrañas circunstancias.

—Oh, por Dios, ¡tengo que verla! —exclamó compungida después de escuchar el triste relato de su amiga.

No podía imaginar la pena de Esther, que llevaba menos de dos años de matrimonio con aquel caballero que ella había encontrado tan lleno de vida, idealista y bondadoso. Perder a su marido, al hombre de su vida, tendría que haber sido devastador. No, tendría que haber sido la muerte, se dijo con el pecho doliéndole.

—La veremos, cariño —musitó Harmony mientras le mesaba el cabello—. Iremos juntas, pero luego que te hayas quitado esa escayola.

Fanny miró su bota blanca y pensó en Gabriel, que la había esculpido con sus manos; aquellas manos tan ágiles, tan beatíficas, que habían sido dotadas con el don de curar... y ella ni siquiera le había agradecido.

Un extraño pensamiento la surcó y detonó en ella un temor absurdo.

No quería perder a Gabriel. No quería morir sin volver a verlo.

—Querida, ¿qué sucede?

—Nada... no me sucede nada... —carraspeó y trató de regresar a su estupor.

—¿Qué demonios, Fanny Thorton? —gruñó Harmony, tomándola del antebrazo. Desde hacía rato, la duquesa le observaba perspicaz—. ¡Y un cuerno que no te sucede nada! Vas a contarme ahora mismo qué te sucedió en Cambridge y por qué tienes esa cara de funeral, incluso desde antes que te hablara del pobre lord Sebastian.

Le hizo bien hablar, incluso le hizo bien llorar.

Fanny hizo lo que su amiga le pedía y se pasó la tarde contándole cuánto había cambiado su vida desde aquella noche en Whitechapel, cuando Gabriel llegó herido a la medicatura, hasta aquella mañana húmeda en que se había despedido de ella. Después de escuchar su propia historia, apenas podía creérsela. No sabía cómo demonios había pasado de ser la menos visible de su grupo de amigas a toda una muchachita dramática, la protagonista de una de esas novelas que su amiga Sally Withfield disfrutaba leer.

Elevó el rostro para medir la reacción de su amiga, tras soltarle toda la historia. Temía que Harmony le recriminara no haber sido sincera con ella

desde un principio. Ésta, para su alivio, había adoptado un mohín de ternura.

—No... lo conozco pero me da la impresión de ser un hombre muy... temperamental. Aunque, alguien que ha pasado por lo que él debe haber desarrollado una fibra para defenderse, y también para luchar por lo que quiere, aunque no siempre pelee limpio.

—No tienes ni idea —suspiró ella después de sonarse la nariz—. No es un hombre común. Es un genio. Es el médico más compasivo, gentil y dedicado que he conocido en toda mi vida. Y también el más necio, orgulloso y... —sollozó.

—Lo amas... aunque yo lo odio por hacerte pasar por esto.

—Lo amo más de lo que él merece. No tengo idea si lo que dice sobre su matrimonio es cierto.

—¿Y si lo es? ¿Lo buscarías? ¿Te atreverías a perdonarlo y a aceptarlo?

—Buena pregunta, excelencia —suspiró—. Pero no lo sé.

—Bien, creo es hora de compartir algo contigo —dijo su amiga con toda pompa—. Devlin y yo visitamos Devonshire House hace dos semanas, apenas supimos de su estado de salud. Por suerte, Devonshire respeta demasiado a Waldegrave como para ignorar su solicitud, así que hizo una excepción y nos recibió... Yo no entré a verlo, pero Devlin sí lo hizo. Conversó con él... y me contó que, si bien su estado sigue siendo delicado, lo notaba más animado...

—¡Oh, santo cielo, Harmony! ¡Me alegra tanto oír eso!

—... y todo gracias a que su hija Melanie está de vuelta en casa —la joven se quedó lívida y con los ojos pedía más información—. Como lo oyes. Melanie está de nuevo en Devonshire House y no parece que el escándalo le haya hecho reflexionar. Al contrario, creo que ahora se cree muy osada y mundana, incluso parece orgullosa de su aventura —tomó una bocanada de aire—. Aunque confieso que sentí ganas de lanzarla por la terraza cuando le vi tratando de coquetear con mi marido en la primera oportunidad... me alegró que hubiera vuelto. Ningún cristiano merece un castigo tan inhumano como estar casado con esa tonta petulante, así que también me alegré por él cuando me enteré de que el matrimonio entre ellos fue anulado. Desde luego, no sabía entonces que el hombre al que maldecían por haber deshonrado a la pequeña Melanie era justamente el dueño del corazón de mi amiga.

—¿Y no sabes si está ella...?

Harmony torció el gesto.

—Si lo está no debió haber cabalgado toda la mañana. Ni siquiera ella es tan tonta para eso —Fanny soltó el aire que no era consciente de estar reteniendo. ¿Cómo cambiaba toda aquella información su decisión?—. La escuché riendo con una de sus amigas. No sabes las cosas tan horribles que decían —frunció el ceño, tratando de recordar—. Algo como que la muerte se había llevado en buena hora a ese horrible vejestorio... no sé de quién hablaba ese par de demonios, pero se me erizó el pellejo.

Fanny boqueó como pez.

—Yo sí sé de quién hablaban —dijo sin aliento, recordando de pronto el parche negro en el brazo de Gabriel, el cual había ignorado por completo—. Del padre de Gabriel.

—Por Dios...

—Él no me lo dijo —dejó caer la cara entre sus manos—. No dejé que me lo contara, Harmony. Él era la única persona que Gabriel tenía en el mundo y lo perdió.

La duquesa reflexionó por un momento.

—Quizá por eso se deshizo tan pronto de Melanie —la consoló mientras ella lloraba en su regazo—. ¿Para qué iba a seguir casado con ella si no tenía que agrandar a su padre exhibiendo a la hija de su enemigo? Es retorcido lo que hizo pero, al menos terminó las cosas de la manera más decente que podía, ¿no?

Fanny no contestó. Seguía llorando a mares.

—Harmony, le mentí. Le dije que iba a casarme con Everett.

Echó una mirada al ramo de rosas rosadas que su pretendiente le había hecho llegar junto con una tarjeta donde solicitaba una visita. Fanny la había ignorado.

—Cariño, pero dile la verdad y fin del asunto.

—Es que no lo entiendes. Me dijo que no lo volvería a ver. Lo dijo en serio, lo sentí en su voz, en la forma cómo me miró —chasqueó la lengua—. Quise ser rebelde, firme en cada una de mis palabras, pero cuando me miró de

esa forma... reculé. Intenté llamarle, pero no se volvió en ningún momento. Creo que me dijo adiós para siempre.

—Si hay amor no hay adiós para siempre que valga, créeme. Ahora levántate, Stephanie, porque vamos a buscar a tu hombre.



## Capítulo 17

Harmony le ayudó a dar con la dirección de la propiedad de los Windham en Londres. Desafortunadamente, éste no fue un dato útil al momento de ubicar a Gabriel. La mansión familiar en Belgrave Square se hallaba abandonada y en un estado deplorable; parecía que nadie había vivido allí en una década, o al menos eso dijo el lacayo que la duquesa había enviado a hacer las averiguaciones pertinentes.

Por otro lado estaba Woodward Place, la finca en Yorkshire, que Fanny suponía era el lugar en donde había vivido Gabriel con su padre —y donde había llevado a Melanie Cavendish tras su escandaloso matrimonio—, así que no podía haber otro lugar mejor donde buscarle.

Era una lástima que ella no pudiera moverse e ir a verle, se dijo mirando la molesta bota de escayola, aprensándole el pie como un grillete. Sin la ayuda de sus padres o de Peggy era incapaz de llegar más allá del pasillo y mucho menos andar escaleras abajo. Maldiciendo su torpeza por enésima vez, se determinó a escribirle una carta a Gabriel, rogando que ésta pudiera llegar pronto a sus manos.

En ella no develó ninguna intención, tan solo se limitó a pedirle que volvieran a verse en Cambridge, por cuanto ella debía volver al siguiente día para reincorporarse a la universidad. Fue una carta amistosa, quizá un poco fría, pero la única clase de carta que podía permitirse con él, de momento. Ya habría tiempo para aclarar las cosas.

«Menudas vacaciones de Pascua», se dijo resoplando mientras miraba el sobre cerrado en sus manos. Aquella mañana ni siquiera había podido visitar a su amiga Esther, que se había marchado inesperadamente a la finca familiar en el campo tras la muerte de su esposo. Al menos le escribió una carta asegurándole que, no bien estuviera librada de la escayola hallaría el modo de ir a verla.

Tras entregarle la correspondencia a Peggy, su madre tocó la puerta de la recámara. Fanny le invitó a pasar y la obsequió con una sonrisa.

—¿Cómo va todo, cariño?

De entrada notó que el humor de Cecelia se había avivado de forma curiosa. La señora Thorton destacaba por sostener un sempiterno ceño fruncido, o a lo sumo una expresión neutral, pero en esta ocasión traía las mejillas sonrosadas y sus ojos, de un azul muy claro, brillaban con un júbilo que le era desconocido.

—Me siento presa, mamá —miró su bota, enfurruñada e impotente—. No veo la hora de que me libren de este yugo.

—Ay, cariño. Ya sanarás por completo —tomó asiento frente a ella y esbozó una gran sonrisa, desestimando cualquier preocupación—. En cierto modo es bueno que te hayas quedado en casa estos días. Con plena movilidad ya estarías fuera de aquí, con tus amigas o en la clínica del doctor Travis, como si no fuera suficiente que te hayas ido a estudiar a una gran universidad, tan lejos de tu familia.

—Madre, Esther perdió a su marido hace unos días; ha de estar devastada. Me habría gustado acompañarla.

—Lo harás después —dijo haciendo un ademán que a Fanny le molestó—. Ahora es una viuda, y eso significa que saldrá poco de casa. No tendrá otra cosa que hacer además de recibir visitas y leer algunos salmos.

Tomó aire y procuró serenarse. A veces su madre podía hacer comentarios de lo más crueles sin ni siquiera enterarse, pero ella ya estaba cansada de censurarla.

Fanny detuvo su mirada en ella, ansiosa de saber qué se traía Cecelia entre manos.

—Estás de buen humor.

La otra le guiñó el ojo.

—Cuando sepas quien ha venido a verte tú también lo estarás.

Ella se mantuvo imperturbable mientras barajaba las infinitas posibilidades. Por la residencia de los Thorton había desfilado toda una runfla de galanes, acompañados por sus madres o padres, que Cecelia se había empeñado en presentarle cuando estaba dedicada activamente a la tarea de buscarle marido. La joven recordaba que cada uno de aquellos caballeretes había resultado más arrogante que el anterior, por ello los había atendido educadamente y luego despachado como si fuesen el lechero o el vendedor de

productos de limpieza, para consternación de su madre. Fanny estaba crispada ante la idea de que ella hubiera retomado su campaña.

—Yo no recuerdo haber invitado a nadie.

—Este caballero llegó sin invitación, lo cual es inaceptable, pero ha demostrado tener modales tan exquisitos que tu padre y yo hemos pasado por alto ese pequeñísimo detalle.

La alusión a su padre le hizo abrir la boca como pez. ¿Acaso Cecelia habría logrado involucrarlo en sus locuras?

—Madre, ¿quién rayos está allá abajo? —bramó.

—Antes de que me acuses —fingió sentirse ofendida—, te advierto que no se trata de ninguno de los hijos de mis amigas, a los que has dejado muy claro que no desposarías ni aunque tuvieran corona. Este caballero parece ser más digno de ti, debo reconocerlo, y no solo porque se trata de un médico... —el corazón de Fanny dio un vuelco al tiempo que su madre sonreía, habiendo cumplido el cometido de llamar su atención.

—Madre... ¿de qué médico estás hablando?

—El médico que te ha colocado esa escayola de la que tanto te quejas ha venido a ver cómo estás, pequeña. No me digas que no es una estupenda noticia.

La joven tuvo la sensación de que, después de pasar días sin ser capaz de respirar, podía hacerlo al fin.

*Gabriel.* Gabriel estaba ahí, en su casa. Se había lamentado por no saber dónde encontrarle, pero él mismo había venido a ella. La había buscado.

—Te he dicho que te alegrarías.

—Pero... ¿cómo? —jadeó mientras se ponía de pie con dificultad.

Su madre corrió a ayudarlo.

—¡Acaba de llegar! Y, madre mía, es tan joven y guapo —chilló al tiempo que le sacaba color a las mejillas de su hija a punta de pellizcos—. Por su forma de hablar y maneras, apuesto a que procede de una excelente familia. Oh, ¡Dios quiera que sea rico también! Es rico, ¿verdad? ¡Santo cielo, Fanny, creo oír campanas de boda, corazón mío!

Al cabo de unos minutos descendió sujeta de Cecelia y de Peggy. Su corazón latía agitadamente y sentía la boca seca con cada peldaño que dejaba atrás. Cuando arribaron al *parlour*, vio a su padre sentado en uno de los sillones del recibidor y a su invitado, de espaldas a ella, situado en el sofá. No bien le escucharon llegar, los dos hombres se pusieron de pie.

Su sorpresa se transformó en decepción al ver a Everett en vez de a Gabriel. El rubio médico iba ataviado en una chaqueta azul aterciopelada, el mismo color de los pantalones, y un chaleco color crema bordado. Al cuello llevaba anudada una regia corbata azul y le pareció ver un par de mancuernillas de oro en los puños de camisa.

Fanny le lanzó una mirada de confusión que pronto se tornó en reproche. Ella no le había invitado a venir, le había pedido que se quedara al margen, ¿por qué demonios había desestimado entonces su deseo? ¿A qué estaba jugando?

Los siguientes cuarenta minutos transcurrieron a través de una charla superflua que le hizo sentir terriblemente incómoda, amén de su desencanto. Cecelia no dejaba de deshacerse en atenciones para el invitado y éste respondía con la clase de loas pensadas para derretir a la madre de una muchacha casadera. Para disgusto de Fanny, Clive también parecía cautivado por la veta ceremoniosa de lord Everett, que hablaba de su ingreso al Colegio de Cirujanos de la Universidad de Londres y de su trabajo en el prestigioso Hospital Archway, regentado por su tío, el honorable cirujano de la reina Victoria, Cornelius Sinclair.

Cecelia estaba extasiada ante semejante despliegue de aptitud y de contactos, que Fanny comenzaba a encontrar detestable. Entonces recordó haberle hablado a su madre alguna vez de aquel brillante médico que al igual que ella estaba invitado a Chatsworth, y de lo mucho que esperaba agradecerle. Cecelia, naturalmente, había hecho cuentas al ver llegar a Everett. Debía de creer que él era ese médico...

Y él se había aprovechado de la situación.

—Milord... ¿y dice usted que su padre es un conde? —inquirió Cecelia mirándole tras el borde de la taza de té.

—Un marqués, madame, el marqués de Rochfort.

—¡Oh!

La mujer casi lloró de dicha, lo que llenó de consternación a su hija, que se mordía la lengua para no decepcionarla diciéndole que Everett solo sería marqués el día que su padre y su hermano mayor fallecieran.

El señor Thorton también le hacía ávidas preguntas y le observaba con la aprobación que no le había mostrado a ninguno de sus pretendientes en el pasado. Fanny empezaba a hiperventilar en respuesta. Si Everett mencionaba que le había pedido su mano en matrimonio... si solicitaba la aprobación de su padre para llevar sus intenciones más allá... dudaba fervientemente que éstos se opusieran.

—¿Podríamos lord Everett y yo tener una charla a solas, padre? —Soltó con brusquedad, interrumpiendo un relato de Cecelia sobre las primeras vacaciones familiares a Brighton que había escuchado al menos dos mil veces —. Si no les molesta.

Aunque su madre puso mala cara, terminó dando su consentimiento. El señor Thorton no dijo nada al respecto; se puso de pie y se llevó a su esposa. Fanny procuró calmarse mientras sus padres y la silenciosa Peggy se marchaban escaleras arriba.

—¿Por qué estás aquí, Everett? —le susurró, furiosa.

—Me preocupo por ti —respondió él con dulzura—. No respondiste a mi nota, quería saber si todo iba bien con tu pie herido. ¿Cuánto resta para retirarte la bota? ¿Una semana? ¿Diez días?

—Tú deberías saberlo —dijo sarcástica, cruzándose de brazos—. Fuiste quien me la puso, ¿no es así?

Everett soltó una risita culpable.

—Tu madre confundió las cosas; me pareció inapropiado contrariarla. Es una mujer muy incisiva, pero creo que le he caído bien. Y tu padre es un buen hombre... apuesto a que ambos estarán de acuerdo en tenerme como yerno...

—¡No! No tienes derecho a venir a mi casa sin invitación y...

—Y ganarme el afecto de tus padres —completó él en una leve pero contundente acusación—. Fanny, no consigo entender tu egoísmo. Yo te amo, quiero hacerte mi esposa y lo único que percibo de ti es una determinación irracional de mantenerme lejos de tu vida. ¿Cuántas veces debo repetirte que yo no soy una amenaza para tu carrera?

—Creí que habíamos hablado de esto, creí que estábamos de acuerdo.

—Sí, por supuesto, cariño. Solo que me gustaría modificar ese acuerdo. Me parece desigual e injusto. ¿O es que acaso hay otro hombre que ha capturado tu interés? —Ella le observó lívida, con la sensación de que el color en su rostro la delataba—. Lo siento mucho, no quise ofenderte con mis insinuaciones.

Fanny apartó sus ojos de él. Se sentía miserable. No debería continuar alimentando las esperanzas de Everett cuando había decidido buscar a Gabriel, pero decididamente no era el momento de hablar de aquel asunto.

—No lo has hecho.

—Ni siquiera cruzó por mi mente que una acción tan inocente como presentarme en tu casa para conocer tu estado de salud pudiera causar tanto revuelo.

—Everett, estoy bien, pero por favor, hablemos en Cambridge —echó una mirada nerviosa hacia las escaleras—. Mis padres tienden a malinterpretar las cosas y no quiero confundirlos. A mi madre especialmente.

—Bien. Procuraré comportarme como un amigo distante en adelante —dijo con resignación—. Me sorprende que tu madre me haya atribuido el trabajo de escayolar tu pie, lo que me lleva a preguntarte cómo te hiciste esa fractura y quién te curó.

—Ya te dije que venía de Girton y me sorprendió la lluvia. Resbalé y caí.

—¿Quién te escayoló el pie?

Ante la mirada inquisidora del médico, Fanny no acertó a hacer otra cosa que soltar la verdad.

—Fue Gabriel Seymour.

El rostro de Everett adoptó un severo y oscuro rictus. De no haber sido por el lugar y la circunstancia, Fanny estaba segura de que habría montado cólera.

—Maldito sea... ¿estaba rondándote? —masculló.

—¡No estaba rondándome! Simplemente apareció cuando yo necesitaba un médico.

—No puedo creer que ese miserable haya decidido mostrar la cara después de lo que sucedió. Mira que aparecer en Cambridge.

—Everett, lo que debe importar es que Melanie regresó a casa y que la salud del duque está mejorando. ¿No es eso lo que tanto queríamos?

Él le devolvió una mirada calculadora.

—¿Cómo sabes eso? ¿Te lo dijo él?

—Me lo dijo la duquesa de Waldegrave; ella y su marido han constatado personalmente la mejoría de Devonshire, y la presencia de Melanie en Londres. Al parecer se han separado y el matrimonio ha sido anulado. Ella no está embarazada —Everett guardó un silencio meditabundo. No estaba precisamente sorprendido, pero tampoco parecía muy feliz ante su revelación. Fanny sospechaba que la noticia lo había decepcionado, pero no tanto como el hecho de que ella estuviera enterada—. ¿Qué sucede? Creí que una noticia como esa te confortaría. Devonshire sanará y su hija está con él.

—Ya estaba al tanto de eso. James me lo hizo saber.

—Entonces, estarás de acuerdo conmigo en que, exceptuando los daños morales, todo terminó de la mejor manera. ¿No es así?

Everett pareció meditar su respuesta mientras se mesaba el cabello compulsivamente, le observó de un modo extraño, sus ojos surcados por una emoción que no supo leer. Al final dijo, esbozando una sonrisa que no le llegó a los ojos:

—Desde luego que estoy de acuerdo.

Esa noche, Everett se quedó a cenar por insistencia de Cecelia, y no hubo nada que Fanny pudiese hacer para impedirlo. Durante las dos horas que prosiguieron, no escuchó más que alabanzas para el médico. La joven se preguntó cómo rayos iba a deshacer la ilusión que su madre empezaba a tejer, la de convertir a aquel caballero encantador, rico y de buena familia en el marido de su hija.

Cuando finalmente se marchó, Cecelia comenzó a flotar por la casa, presa de un trance fantasioso en el que daba por hecho que Fanny y lord Everett Sinclair pasarían por la vicaría antes que terminara el año.

Gracias al cielo, las vacaciones llegaron a su fin y Fanny regresó a la universidad. Se marchó de la ciudad con el sinsabor de no haber visto a

Gabriel, o al menos saber dónde estaba, y aquello le pesaba en el pecho como un bloque de granito. La ausencia de noticias era descorazonadora y le llenaba la cabeza de ideas dolorosas que detonaban su temor. ¿Y si había abandonado el país? ¿Y si no pensaba regresar nunca más?

¿Y si ella no volvía a verlo?

«Me iré tan lejos que quizá ya nunca escuche de mí otra vez».

El retumbo de esas palabras, pronunciadas con amargura, le produjo un repentino escalofrío, mezcla de temor y arrepentimiento. Se las había dicho cuando ella necesitaba que lo hiciera, pero ahora lo único que podía hacerla feliz era que volviera. Era una esperanza deficiente, pero solo le quedaba rogar para que hubiera recibido su carta, que perdonara sus agravios y le encontrase otra vez en Cambridge.

Los días pasaron y Gabriel no respondía a sus cartas; ni a la enviada inicialmente ni a la segunda, que había garabateado nada más llegar a la universidad, presa de la incertidumbre y la ansiedad. Estaba devastada y sus esperanzas comenzaban a flaquear.

Harmony en Londres tampoco había hecho progresos. El lacayo que había enviado a Yorkshire —haciéndose pasar por un paciente— había vuelto con las manos vacías, esgrimiendo que en Woodward Park solo quedaban los sirvientes, que ignoraban por completo el paradero del nuevo conde. Al menos, el avisado muchacho les había sonsacado que el padre de Gabriel, como ella lo sospechaba, había fallecido hacía pocas semanas y que su esposa había abandonado la propiedad poco después.

Luego tendría que pedirle perdón por cometer tantos abusos, pero ahora... ahora ninguna artimaña le parecía demasiado baja con tal de encontrarle.

El día que le correspondía acudir al hospital para retirarse la escayola, llegó por su cuenta, con la única ayuda del par de muletas. El Hospital de Addenbrooke funcionaba en un antiguo edificio de piedra gris en la concurrida calle Trumpington; de allí entraban y salían médicos y estudiantes a toda hora, siendo ésta una institución de enseñanza que servía a todos los *colleges* de medicina de la universidad. Fanny disfrutaba asistir a clases en Addenbrooke, porque podía dar fe de la existencia de otras mujeres cursando la carrera, incluso de profesoras, solo que en grados superiores, y demasiado ocupadas



como para entablar amistad con una estudiante de primer año.

La joven avanzó más allá de la verja y a través del camino de grava. La gente circulaba por allí aquejada; algunos en sillas de ruedas; otros, arrastrados por algún pariente.

Fanny avistó con curiosidad la presencia de una tienda de lona instalada muy cerca de la entrada del edificio. Una bandera de Inglaterra, junto a las de dos *colleges* de la universidad, estaban desplegadas, una novedad respecto a su última visita. Se acercó curiosa, para echar un vistazo.

Allí, un par de estudiantes del segundo año se ubicaban tras un mostrador improvisado donde reposaban un bloc de notas, un lápiz y una montaña de volantes. Los jóvenes miraban ávidamente alrededor, estirando sus cuellos y girando sus cabezas, como si valoraran el gentío a fin de dar con alguna presencia interesante. Hasta ahora nadie parecía llenar las expectativas del par.

Un letrero escrito con tinta, colgado debajo de las banderas, ponía: *Salvemos a nuestros valientes soldados en Sudán. Inscríbese como médico o enfermero voluntario.* Los llamados repentinos de los jóvenes, dirigidos a un grupillo de estudiantes que se aproximaban desde la calle, le hicieron ver que estaban reclutando personal para ir a la guerra.

—¡Ayuda a Inglaterra! ¡No dejes morir a nuestros compatriotas en el desierto! —gritaban.

La convocatoria no estaba resultando efectiva pues, la hoja estaba en blanco, y los encargados del mostrador empezaban a mostrarse frustrados y aburridos. Nadie parecía lo bastante valiente como para ayudar a los soldados ingleses en el desierto.

Fanny recordó a John Radford, el ahora corresponsal del *Times* en Sudán y su corazón se encogió. Ya debería de estar en tierras africanas.

Una enfermera la condujo a un consultorio ubicado en la planta principal. El hospital era amplio, luminoso y de techos altos; la gente circulaba frenéticamente por entre sus anchos corredores, de paredes mitad blancas, mitad paneladas en madera. Enfermeras vistiendo prístinos atuendos iban de aquí para allá, cargando carpetas o trasladando instrumentos. Los aromas familiares a medicamento la invadieron, y aunque la gente común solía evitarlos, considerándolos de mal augurio, ella los percibía como parte

ineludible de su vida, de su profesión, por cuanto le fascinaban.

Llegadas al estrecho consultorio, Fanny tomó asiento con la ayuda de la enfermera, que rápidamente se vio obligada a retornar a sus otras labores.

Por desgracia, pasó allí más tiempo del que anticipó, al punto que creyó que la mujer se había olvidado de ella. Se suponía que el médico encargado vendría a examinarla y a retirar la escayola, con lo que Fanny se vería librada de aquella molesta pero temporal extensión de su cuerpo.

Cuando se disponía a ponerse de pie para tomar sus muletas y buscar a la enfermera, la puerta del consultorio se abrió. Un caballero vestido con una bata médica se dejó ver bajo el dintel; su rostro denotaba extrañeza ante la presencia de Fanny, por lo que, por un segundo, dudó si entrar.

—¡Válgame, Dios, muchacha! ¿Quién la ha dejado aquí?

—La enfermera —se encogió de hombros—. Supongo que se olvidó de mí.

El médico cerró la puerta y la obsequió con una sonrisa de cortesía profesional. Era un hombre maduro y de estatura mediana; usaba un bigote amarillo que se curvaba graciosamente hacia arriba y una perilla, como la de un chivo. Sus ojos, aunque de un gris invernal, transmitían calidez.

—Quizá deberías regresar mañana. Cobley se ha marchado hace un momento, tuvo una emergencia y no sé cuánto le tomará.

—¡No puedo esperar! ¡Ya usé esto por demasiado tiempo! —elevó su pie, mostrando la bota de escayola con la que ya no podía convivir un minuto más—. Es una tortura ir a clases con el pie escayolado, doctor. ¡Ayúdeme usted! ¡Retírela!

—Veamos —la examinó—. ¿Has cumplido el tiempo?

—Lo he hecho, y con gran dificultad —resopló.

—Pues... solo había venido a dejar mi bata, pero supongo que puedo ayudarle con esto.

—Se lo agradezco mucho —soltó aliviada—. Soy Fanny Thorton, por cierto.

—Mucho gusto, señorita Thorton, soy el doctor Livesey.

Livesey era un médico muy gentil y profesional, y su apellido le resultaba

conocido, pero aun no había descubierto la razón. Después de romper cuidadosamente la escayola con una pequeña sierra, dejó el pie descubierto. La interrogó sobre el origen de la lesión y las rutinas de cuidado que había seguido. De igual modo le recordó los cuidados que debía guardar a partir de ahora. Aunque tenía la piel áspera y escamosa, estaba feliz de verse liberada de su grillete, y sin duda se sentía mucho mejor.

—¿Hace mucho que trabaja en el hospital? —inquirió, decidida a descubrir por qué el nombre de Livesey le resonaba tanto en la cabeza.

—Veintitrés años, ya ni sé si eso es mucho o poco —dijo el hombre distraídamente mientras tanteaba el pie de su paciente—. ¿Esto te duele?

—No.

—¿Y esto?

—No.

Livesey asintió conforme.

—Parece que has sanado bien.

—Se lo he dicho. Esa cosa no ha hecho más que estorbarme.

—Entonces eres una estudiante. ¿Puedo preguntar qué estudias?

—Medicina en Trinity College.

Livesey le miró, impresionado.

—Caray. Eso es estupendo.

—Los otros alumnos no piensan lo mismo.

—No los culpo.

La muchacha se quedó boquiabierta.

—¿Cómo dice?

—Tu presencia en Cambridge solo puede significar dos cosas: que tu padre es muy poderoso o que eres el doble de lista que cualquiera de nosotros.

—Bien, digamos que mi padre no es nada poderoso —compuso una expresión incrédula—. ¿No sería al revés la cuestión? Si fuera muy lista me echarían al río Cam, solo para no tener que admitir que lo soy.

—No, querida, en realidad te hemos admitido porque te necesitamos, aunque nos ofenda tu idoneidad —apretó los labios para sofrenar una sonrisa—. Las damas que logran sortear las barreras que se ponen al principio del camino suelen esforzarse más porque no tienen otra alternativa. Esa es la mejor prueba de coraje. Si quisieran un paseo en bote irían al río, pero aquí se viene a sudar. Ponte de pie y camina.

Fanny obedeció.

—No me diga —se burló—. Ahora resulta que toda esta animadversión no es más que una prueba. Aunque estoy de acuerdo con usted en algo. He sufrido desde el día en que llegué, he tolerado que me miren con burla y hasta que me amenacen adolescentes peleoneros, pero no cambiaría esto por nada del mundo —masculló mientras iba y venía a lo largo de la pequeña habitación—. ¡Iría al frente si eso garantizara mi continuidad en la universidad!

—No lo diga muy fuerte, señorita Thorton. Podrían escucharla los del Ministerio de Guerra y la reclutarían sin mediar palabra. ¿Percibe algún dolor? ¿Alguna molestia?

—No, pero tendré que volver a acostumbrarme al suelo y a mis propios pies —confesó mirándoselos—. No muchos quieren ir de voluntarios a Sudán, ¿verdad?

—¿Quién querría ir a ese caldero de infieles? ¡Ni los soldados! Los pobres que envían allí son cipayos de las colonias, acostumbrados a pasar menesteres en tierras hostiles. Los militares ingleses no ponen un pie en África si pueden evitarlo... y los médicos, pues, uno que otro lo hace por deseo de aventura, incluso para cambiar de aires. Claro que al volver a casa el ímpetu llega tan mermado como las fuerzas.

—¿Y cómo harán para lograr que haya médicos dispuestos?

—La universidad está tratando de captar a estudiantes de los últimos años para enviarlos lo antes posible. Ofrecen una buena paga y créditos extras, pero no ha resultado. Nadie está dispuesto a rifar el pellejo.

—¿Pero no es esa nuestra labor? Ir adonde se nos necesite, salvar vidas...

—Esa es una verdad tan grande como una catedral —suspiró—. Así que eso responde a tu pregunta. Se trata de deber y no de intención... y en algunos casos de desesperanza.

—¿Desesperanza? —preguntó mientras se calzaba el zapato.

—Mi talentoso ayudante, por ejemplo. Tenía una carrera brillante; iba a ingresar a la *École de Chirurgie* en París, y de la noche a la mañana decidió que quería zarpar con el nuevo contingente militar para meterse de cabeza en Jartum. ¿Te imaginas? Ha de ser como el infierno en la tierra. Pero yo estoy convencido de que su decisión se debe a que su padre falleció, amén de la separación de su esposa —Livesey dejó escapar un suspiro descorazonado y Fanny pudo percibir en sus ojos un dolor sincero—. Eso es algo que me entristece hasta lo más hondo, porque Gabriel es absolutamente talentoso, pero desgraciadamente ha perdido las ganas de vivir. Creo que su propósito lo ha abandonado.

Se dio cuenta de que había dejado de respirar porque su garganta y pulmones ardían, implorando el oxígeno. Sus ojos percibían tan solo una bruma cegadora más allá de las lágrimas que habían anegado sus ojos. Fanny sacudió la cabeza, como si ello pudiera asegurarle que Livesey no estaba hablando de *su* Gabriel.

Por supuesto, entendió finalmente. Livesey, era su mentor.

«Me iré tan lejos que quizá ya nunca escuche de mí otra vez».

Aquellas palabras cobraron un horrendo sentido, la golpearon como un tren fuera de control, pero dejándola suficientemente consciente para actuar en consecuencia.

Gabriel había ido a la guerra, a una guerra que ya había cobrado suficientes vidas británicas. En aquel momento su corazón sufrió un quiebre doloroso, como si una parte de sí hubiera sido brutalmente desprendida con un objeto filoso.

—¿Le sucede algo? ¿Es su pie? —Livesey estaba alarmado por su reacción que variaba entre el llanto y una cadena de jadeos descontrolados.

—¿Me está hablando de Gabriel Seymour? —preguntó a su vez con la voz rota, aunque era consciente de que la respuesta era afirmativa.

—¡Del mismo! —confirmó el médico arrugando el entrecejo al tiempo que estudiaba a la llorosa joven bajo una nueva luz—. Veo que le estima mucho. Traté de disuadirlo, no por cobardía sino por cautela, ¡por sentido común!

—¿Adónde fue? —quiso saber con el rostro enrojecido, anegado en

lágrimas.

—A Southampton, desde allí es donde zarpan los vapores hacia Alejandría y El Cairo... y luego supongo que a Sudán. Me habló de una misión médica a cargo del capitán doctor Yaxley, de la Marina Real Británica.

—¿Cuándo se irán?

—No lo sé —Livesey sacudió la cabeza, triste e impotente—. La última vez que lo vi fue hace unas semanas. Supongo que... Es posible que ya esté en camino.

La sola idea de perder a Gabriel, de no verle más, la impulsó a tomar una decisión tan rápida como contundente.

—Dios mío... debo ir allá.

Se puso de pie, tomó su sombrero del perchero, pero no se molestó en recoger las muletas; ya no las necesitaba después de todo. Se sentía lista para buscarle, para traerle a rastras si era necesario.

—Tenga cuidado, señorita Thorton —fue lo último que escuchó antes de cerrar la puerta tras ella.

El camino hacia la casa de los Lynch, ubicada a unas pocas calles, se le hizo eterno. Fanny era consciente de que debía apoyar el pie con cuidado, de lo contrario su recuperación total se dilataría, pero la impaciencia que gobernaba su ser la impelía a emprender una carrera desesperada, aun sobre su propio bienestar.

Las calles a su alrededor se tornaban borrosas y confusas, igual que los carruajes y bicicletas que transitaban cerca de allí. El mundo se le había transformado en una masa sin forma a la que se sentía ajena. Ahora que entendía lo cerca que estaba de perder a Gabriel, de no volver a verle nunca más, fue dolorosamente consciente de cuánto le amaba. Se preguntó cómo es que había sido capaz de despacharlo aquella mañana, de dónde había sacado la fuerza; ahora mismo le parecía imposible que su existencia continuara si él no era parte de ella, aun con sus defectos, con los errores que había condenado duramente. Ahora mismo no pensaba en ellos; ahora mismo el orgullo, el sentido del deber y de lo correcto al que tanto se había adherido, se desvanecían en la balanza donde antes habían dominado por su extraordinario

peso.

Llegada a su residencia estudiantil, Tracy la recibió con una sonrisa al verla haciendo uso pleno de sus extremidades. Fanny le devolvió la sonrisa con dificultad y por primera vez en semanas ascendió las escaleras sin ayuda. Los señores Lynch, como cada tarde, estaban al frente de la fábrica de manteca.

El primer impulso fue hacer una pequeña maleta. *¡Pos supuesto!...* Si pudiera llegar a Southampton antes del miércoles quizá alcanzaría a hablar con él. Pero, ¿y si ya había partido, como presumía Livesey? Sacudió la cabeza para alejar las imágenes de él en territorio de guerra, sorteando las balas, trabajando entre el fuego cruzado para atender a los heridos, con el peligro de terminar él mismo herido o muerto... pero el miedo le estrujaba las entrañas, la doblaba implacablemente. Fanny sacó fuerzas de su propia angustia y se obligó a mantenerse en pie.

Cuando la valija estuvo casi lista, escuchó que la puerta de la casa se abría. Una voz masculina, escaleras abajo, murmuraba frases que no conseguía entender, ni le importaban pues su objetivo de marcharse ocupaba toda su atención. Al rato, Tracy apareció en su recámara con un mensaje.

—Señorita, lord Everett vino a verla.

La joven maldijo entre dientes. Si había un momento inoportuno para discutir con Everett lo que tenía previsto, era precisamente aquel. No tenía tiempo ni cabeza para atender a una conversación que comprometería aún más su paz pero, así las cosas, no parecía haber ninguna alternativa.

—Bajaré enseguida —se obligó a decir.

Tracy asintió al tiempo que notaba la valija abierta sobre su cama.

—¿La señorita se va de viaje?

—Sí. ¿De casualidad sabes a qué hora sale el próximo tren hacia el sur?

—No tengo ni idea, señorita. ¿Quiere que vaya a preguntar a la estación?

—¡Sí! Es decir, si eso no te causa ningún inconveniente...

—¡Ninguno! ¡A esta hora no tengo nada que hacer!

Qué suerte que la muchacha fuera tan solícita.

—¡Muchas gracias, Tracy! —Rebuscó entre sus cosas hasta dar con la bolsita de terciopelo donde guardaba el dinero. De ahí extrajo unas monedas que le tendió a la doncella—. Cuando lo sepas, necesito que compres un boleto a Southampton para hoy mismo. No me importa la hora. Debo irme hoy, ¿entendiste?

La otra afirmó con la cabeza empuñando las monedas.

—Oh, pero se quedará usted sola con su invitado.

—Estaré bien. No hay cuidado. Solo... no lo comentes con los señores.

—Está bien señorita.

—Buenos días, Everett.

Él la recibió poniéndose de pie, sus ojos recorriéndola con regocijo.

—La criada salió disparada a la calle —comentó con una sonrisa sardónica—. Ni siquiera me ofreció una taza de té.

—Lo siento —ella se acercó, logrando desviar a su mejilla un beso que iba dirigido a su boca. Everett se puso tenso al percibir aquella distancia—. Llevaba prisa. Fue a hacer un encargo pero no tardará en volver.

—Entonces estamos solos —reconoció con un leve brillo en los ojos.

Fanny rehuyó a su mirada. Era extraño darse cuenta de que las atenciones que antes disfrutaba ahora solo le incomodaban. Necesitaba cerrar aquel asunto cuanto antes; no era justo para ninguno de los dos darle largas.

—No es apropiado, lo sé. Pero Tracy no estará mucho tiempo fuera —repitió sin darse cuenta.

Tomaron asiento.

—Es bueno verte sin esas incómodas muletas. ¿Te sientes bien?

—Perfectamente —respondió sucintamente.

—Sigues molesta conmigo, no importa que me haya disculpado cientos de veces.

—Everett...

—Entiendo tu consternación pero, Fanny, no dejes que este incidente nos



aleje —se inclinó hacia adelante en el sillón, mirándole con seriedad—. Sabes que nuestro destino es estar juntos. Somos perfectos el uno para el otro; no lo echas a perder.

Ella le observó escéptica.

—¿Por qué somos perfectos el uno para el otro?

Él rio por lo bajo con su pregunta.

—Pues... tenemos nuestras carreras en común. ¿Te parece poca cosa? Jamás nos faltará de qué hablar cuando estemos casados. Sé que disfrutas de mi compañía, de mis besos, aunque últimamente te portas muy esquiva.

—Sabes que jamás me dejarías trabajar —decidió ser directa—. Admítelo.

Everett se sorprendió ante aquella contundente afirmación y por un momento permaneció en silencio. Al cabo de un minuto se puso de pie y tomó asiento junto a ella, sosteniéndola de la mano.

—Sabes que no necesitas hacer tal cosa. Pero si deseas trabajar, podrás... siempre que sea en un ambiente seguro para ti, siempre que no estés expuesta a las enfermedades y a otros peligros —ella torció el gesto por toda respuesta. Aunque no lo habían discutido, sospechaba que esa sería su respuesta—. Fanny, ¿qué clase de esposo sería si no me preocupara por mi mujer? Es lo que haría hasta el hombre menos letrado. Me moriría si te ocurriera algo malo. Tengo pensado, quizás dentro de unos años, asociarme con mi tío y comprar un edificio en alguna zona exclusiva de la ciudad para fundar un hospital privado. Será un buen lugar para ti, una vez que te recibas. Nadie se atreverá a dudar de tu competencia ni rechazará tus atenciones siendo la esposa de una de los socios.

Fanny se quedó de piedra. La forma en que Everett creía haber resuelto su vida le provocaba escalofríos. Reconoció que en el fondo, aquel siempre había sido su deseo, mantenerla en un solo sitio, bajo su vigilancia. Para otras mujeres aquel sitio era el hogar, para ella sería un hospital para ricos.

—¿Y qué pasa si no acepto?

—¿Por qué no habrías de hacerlo?

—¡Porque yo quiero elegir donde quiero estar!

Su pretendiente parpadeó repetidamente.

—Bien, lo harás...

—¡Everett no me engañes! —Se levantó bruscamente del sofá—. ¡Y no te engañes a ti mismo! No eres esa clase de hombre. Para ti, como para el resto de la gente el matrimonio es una relación de poder, y lo entiendo, pero yo me resisto a someter mi vida a eso. No es lo que quiero. Sé que voy en contracorriente pero ¡no me importa!

—Haces que una vida conmigo suene como una condena —dijo ofendido, mientras se ponía de pie—. ¿Acaso piensas que yo seré una especie de carcelero para ti?

—Lo serás, aunque no lo pretendas —musitó tristemente—. Yo ya elegí por sobre todos los convencionalismos que conozco, incluso antes de conocerte. Lo hice el mismo día en que decidí convertirme en médico. Si un día creo conveniente irme a la selva amazónica a curar nativos o a la India a aprender métodos de curación alternativos no quiero que nadie me lo prohíba.

—¿No deseas importarle a nadie?

—Quiero importarle tanto a alguien que pueda dejarme tomar mis propias decisiones. Hasta ahora solo mi padre ha entendido esa necesidad. Everett, lo que espero que comprendas es que yo no puedo ser una buena esposa para ti. No quiero que me procures un lugar seguro para trabajar; no quiero que adquieras una responsabilidad conmigo; no quiero trabajar en un hospital regentado por ti. ¡Eso no me hará feliz y estoy segura de que a ti tampoco!

—¿Y qué es lo que te hará feliz entonces? ¿Estar el resto de tu vida por tu cuenta? ¿O encontrar un marido que acepte todas tus condiciones sin decir una palabra?

Ella se lo pensó un segundo.

—Eso ya lo veré.

—¡Mentira! —Su grito estremeció el *parlour* de los señores Lynch, haciendo que los pájaros de la gran jaula aletearan nerviosos. Fanny soltó un jadeo de susto. Jamás había escuchado a Everett gritar de ese modo—. Estás buscando el modo de escabullirte para buscar a Seymour... o quizá deba decir, al nuevo lord Windham —la joven no ocultó su sorpresa, lo que causó en él una amarga sonrisa—. Sí, James me ha contado todo al fin. Y estaba

esperando que tú también conocieras la historia que nunca compartiste conmigo. Ahora ese malnacido ha venido a Cambridge a contarte que está otra vez libre y no quieres perder la ocasión de juntarte con él.

—Everett, no...

—Todo este tiempo me has mantenido engañado —gruñó apretando la mandíbula—. Me hiciste creer que solo era cuestión de tiempo para que formalizáramos nuestra unión y ahora me sales con esto. ¡Eres una hipócrita, Fanny!

—¡Lo siento! ¡Lamento haberte ofendido, lamento haberte hecho perder el tiempo! Pero no puedo casarme contigo.

—No es suficiente que lo sientas. No admitiré que me cambies a mí, al hijo de un marqués, a un médico de impoluta reputación, por esa sabandija.

Fanny miró la puerta de entrada. Tracy ya debería estar de vuelta, pensó nerviosa.

—Él no tiene que ver con mi decisión.

—Pues, esa decisión coincide con su aparición aquí, en Cambridge, así que no me culpes por poner en duda tu palabra —había adoptado una actitud intimidatoria que no reconocía en él. Su mirada se había vuelto fría y sus ademanes, toscos—. Cómo lamento haberte sobrestimado, Fanny Thorton. Nos hiciste creer a todos que eras una mujer distinta, con cerebro, con ideas, con palabra... pero hasta ahora no has demostrado nada de eso. Por el contrario, a la menor oportunidad te has mostrado tal cual eres; impulsiva y esclava de tus deseos. Y lo peor de todo es que ha sido obra de ese hijo de puta del que tanto hemos despotricado por lo que le hizo a los Cavendish.

—No nos corresponde hablar de eso.

—Deseabas ser tú a quien él arrastrara consigo, pero él escogió a la más joven y tonta. Aunque tú le habrías seguido igual, ¿no es así?

—Everett, no sigas.

—¿Te excita que Seymour se robe a las mujeres inocentes y las deshonre? —escupió aquello mientras le tomaba con fuerza de los antebrazos—. ¿Es la clase de cosas sucias con las que fantasean las damiselas estudiosas?

—¡No... Everett! ¡Me haces daño!

—Confíesalo.

—Tú no eres así, eres incapaz de lastimar a alguien. Eres un médico.

—¿Qué crees que pasará si me presento mañana en casa de tus padres y les pido tu mano? ¿Crees que se resistirán a que un hombre de buena familia despose a su hija loca y descarriada? Terminarán venerándome solo por tener la intención de salvarte de una vida de vergüenza. Estoy seguro que hasta tu padre me lo agradecería.

—Tú no conoces a mi familia. En cuanto les cuente cómo me has tratado mi padre te pondrá su pistola en la sien —mintió, porque su padre jamás había tolerado las armas.

Al fin la soltó, y el dolor le permitió ser consciente de cuán fuerte la había estado sujetando el brazo. Everett se rio de ella.

—No eres tan buena como crees.

—Siento haberte hecho pasar por esto. En verdad lo siento, Everett. Pero no quiero que me busques nunca más. Ojalá nunca hubiera respondido a tus cartas.

—Ojalá yo no te hubiera ayudado —Fanny le miró sin comprender lo que decía—. No creerás que fue el duque de Devonshire quien te admitió en la universidad después de revisar tus impresionantes credenciales, ¿verdad?

—¿Qué es lo que estás diciendo?

—Alguien del consejo le debía un favor a mi tío y yo le pedí que lo utilizara para ti. Estás en Cambridge por mí, Fanny...

—No te creo —jadeó desconcertada.

—Yo quise complacerte. Llegué a la conclusión de que si te daba lo que más querías en el mundo estarías más dispuesta, más feliz.

—¿Y por qué jamás lo mencionaste?

—Sabía que no te agradaría que te ayudase. Además, apostaba a que durarías menos que una barra de manteca al sol, en parte por la dificultad, y en otra porque sé que los otros alumnos suelen ser implacables hasta lograr que las damitas como tú abandonen el barco. Creí que cuando te sintieras fracasada vendrías a mí, pero no me la dejaste fácil.

*No. No es verdad*, pensaba ella mientras sacudía ferozmente la cabeza, lo que a él le causaba una amarga diversión.

—Me creerás cuando llegue tu carta de expulsión —continuó Everett con altivez—, porque así como te ayudé a entrar, puedo hacer que te echen a patadas.

El alma se le cayó a los pies. Ante eso no tenía defensas, ni siquiera palabras. Fanny experimentó un dolor indecible en el sitio del corazón; un dolor conocido, pero diez veces peor, porque esta vez ya se había hecho la idea de que podría conseguir lo que tanto anhelaba, porque dependía de su propio esfuerzo.

¿Entonces todo era así de simple? ¿Iba a ser echada de su amada universidad? ¿Se vería en la obligación de abandonar sus estudios en Trinity College?

Everett percibió su desazón y continuó azuzándola sin piedad.

—A menos que reconsideres lo del matrimonio... —la sola mención de semejante idea, le revolvió las tripas—. Si te olvidas de Gabriel Seymour y te quedas conmigo tendrás todo lo que siempre has querido: ser parte de una honorable casa de estudios, una carrera brillante, y podrás hacer felices a tus padres... sobre todo a tu madre. Solo tienes que convertirte en mi esposa.

Le echó una mirada colérica que daba por descontado aquella elección.

—Olvídalo —susurró—. Vete, Everett.

El aludido le dirigió una última mirada de advertencia.

—Fanny, ten presente que cuando cruce esa maldita puerta todos tus sueños se harán añicos. Jamás volverás a poner un pie en Cambridge. Me encargaré de que ninguna universidad o ningún hospital en el país te admita, ni siquiera para estudiar enfermería.

La joven se envaró todo lo que pudo, aunque por dentro estaba abatida, como un barco con las velas caídas en plena tormenta.

—Has aprendido mucho de tu padre —dijo con serenidad, haciendo alusión a la propia vida de Everett—. Jamás me casaré contigo, aunque Gabriel no existiera, aunque tuviera la intención de casarme... porque jamás lo haría con un cobarde como tú.

La mandíbula de Everett crujió, sus ojos oscurecidos por un brote de furia. Dio un paso iracundo hacia Fanny que la hizo retroceder.

Y fue entonces cuando la puerta principal se abrió y Tracy entró a trompicones.

Al presenciar la escena la muchacha se detuvo, sin saber que hacer, y bajó la mirada. A todas luces, ni siquiera comprendía muy bien lo que sucedía allí.

Everett regresó su mirada a Fanny.

—Te arrepentirás de esto —dijo entre dientes.

Tomó su sombrero y se marchó de allí, no sin antes azotar la puerta.

## Capítulo 18

Fanny permaneció unos minutos agazapada en el sofá, demasiado impactada por el giro que habían tomado las cosas durante las últimas horas como para llorar siquiera. Tracy necesitó zarandearla un poco para ayudarla a recuperarse pues, parecía que hubiera caído en un ligero trance.

—Señorita, aquí está su boleto —le entregó el trozo de papel, que ella recibió con la torpeza de alguien que aun no consigue recobrase de una tremenda impresión—. El tren sale a las once y media. Había una fila enorme frente a la taquilla; creí que no encontraría lugar, pero tuve suerte —frunció el ceño al constatar su falta de reacción—. Señorita Fanny, ¿le sucede algo? ¿Le hizo algo ese hombre?

—No, no —meneó la cabeza, más para sacudirse el sopor que para negar—. Te lo agradezco mucho, Tracy.

El viaje nocturno, lejos de ayudarle a despejar la mente, la sumió en una tristeza soporífera. Fanny comenzó a aceptar dolorosamente el hecho de que lord Everett Sinclair tenía el poder para desbaratar sus sueños, que así como había metido las manos para que admitiesen su solicitud en Cambridge podía lograr que la expulsaran.

Lo que más le había dolido era su confesión de que estaba esperando a que fracasara, como si éste fuera un hecho inevitable. No le tenía fe; nunca se la tuvo. ¿Cómo iba a tenérsela? Si desde el mismo instante en que le conoció se determinó a recordarle que ella estaba en el lugar equivocado, persiguiendo un sueño que le quedaba grande.

Lord Everett Sinclair no era mejor que Gabriel, reconoció.

*Gabriel*. Estaba consciente de que solo le encontraría si la suerte estaba de su lado. Contaba con muy pocos datos que le llevaran hasta él, y la posibilidad de que ya hubiera dejado a Inglaterra era descorazonadora. Aun así, no dudó en hacer aquel viaje. Si no lo intentaba al menos se arrepentiría el resto de su vida, porque quizá estaba hablando muy en serio cuando le dijo que jamás volvería a escuchar de él.

Por suerte, había tenido tiempo de escribir una nota a los señores Lynch

para justificar su ausencia; había urdido una mentira que le serviría por unos días, y en cuanto a la universidad... Dios sabía si Everett lograría su cometido de promover su expulsión.

El viaje, de más de ciento veinte kilómetros, terminó adormeciéndola en un tramo indeterminado. Cuando volvió a abrir los ojos, horas después, el tren bordeaba la costa sur bajo un rojizo amanecer. Fanny percibió un aroma a salitre, el graznido de las gaviotas, el sonido de las olas rompiéndose contra los riscos y del vaivén metálico del tren aproximándose a su destino.

Seguidamente, el silbido de la locomotora alertó a los pasajeros y le hizo despegar la espalda del asiento de segunda clase. Por la ventanilla comenzaron a asomar las siluetas de grandes barcos, clípers, paquebotes y embarcaciones de velas. Fanny se maravilló ante las dimensiones de un vapor atracado en el puerto; otro a su lado, aun más imponente, tenía el tamaño de un castillo.

En pocos minutos los pasajeros empezaron a apearse del tren. Afuera, una multitud se preparaba para abordar; la mayoría, viajeros que recién desembarcaban de oriente o de América. Luego estaban las mercancías extranjeras que serían llevadas a destino y que esperaban en una larga fila de vagones previamente preparados para ser enganchados al ferrocarril.

Southampton era una ciudad portuaria con una frenética actividad comercial, una de las tres más importantes de Inglaterra, y ahora podía constatar que el título no le había sido legado en vano.

Una vez fuera de la estación, Fanny se vio a sí misma con su valija de cuero en una mano y el parasol en la otra, preguntándose qué debía hacer a continuación, a dónde debía buscar. Lo primero que le vino a la mente fue caminar hasta el puerto, que se extendía a una relativamente corta distancia, y preguntar dónde se aprovisionaban los barcos que salían hacia África.

A pesar de la hora tan temprana, las calles lucían abarrotadas de gente; los comerciantes comenzaban a abrir sus negocios, los mercados de pescadería sacaban sus mercancías y los trabajadores del gigantesco puerto se enrumbaban hacia los *docks*. En su trayecto, Fanny divisó una iglesia con campanario pegada a un cementerio, protegido a su vez por una verja, y una hilera de casas blancas. Una mujer recogía la ropa seca de un tendedero mientras otra barría su porche con una vieja escoba.



Cuando estaba próxima a arribar al puerto, un grupo de niños sucios y desarrapados aparecieron de detrás de un muro. Debido a su aspecto tan decadente, Fanny supuso que se trataba de mendigos. Uno de ellos, no mayor de siete años se detuvo frente a ella con la mano extendida. Entonces se detuvo pues, aquel muchacho le recordaba a los de Whitechapel, los mismos a los que inyectaba o a los que les daba el jarabe para los parásitos.

No se resistió a aquella mirada inocente y hambrienta; dejó la valija en el suelo y sacó la bolsita del dinero. Extrajo una moneda y se la tendió al niño con una sonrisa. Pero su reacción no fue lo estaba esperando. En lugar de coger la moneda, el chico echó una mirada detrás de ella; en seguida se lanzó a correr hacia las callejuelas de las que había salido, seguido de los otros niños, mientras Fanny se volvía con alarma.

Tras ella había dos muchachos más grandes cuyas miradas estaban lejos de ser inocentes. Uno de ellos se hizo con la valija mientras el otro le hacía una señal para que no gritase. Introdujo la mano en el bolsillo de su pantalón, donde asomaba la cache de una navaja. Fanny entendió el mensaje y, tragando saliva, se obligó a permanecer inmóvil. Al final, el muchacho que le había mostrado el arma le arrancó también el pequeño bolso con todo su dinero; los dos se marcharon por la misma callejuela que el niño más pequeño.

Cuando la joven consiguió reaccionar, miró a su alrededor clamando por ayuda; algunos transeúntes y empleados de establecimientos cercanos habían sido testigos del hecho, sin embargo nadie hizo nada, nadie dijo nada. Todo el mundo parecía estar habituado a que, ocasionalmente, un rapaz ladronzuelo brotara de aquella boca de lobo para saltarle encima a un viajero incauto. Incluso hubo quien la culpara por haber cometido la estupidez de detenerse a dar dinero a aquellos pillos.

La frustración hizo mella en su ánimo, ya vapuleado por la ansiedad y la sensación de vulnerabilidad que le produjo hallarse sin equipaje ni dinero en una ciudad desconocida. Aunque llegó a creer que su mejor alternativa era regresar a la estación, algo dentro de ella, una necesidad más poderosa, la impulsó hacia el puerto. No iba a marcharse de Southampton sin haber averiguado el paradero de Gabriel.

Sin nada más que perder, se encaminó nuevamente hacia el puerto, llevando tan solo el parasol consigo.

Un hombre vestido con uniforme de una compañía naviera le señaló los

fondeaderos más alejados donde, aseguró, estaban alojados los buques que partían hacia Alejandría.

A pesar de su desazón, Fanny observó admirada el gigantesco puerto. Algunas embarcaciones tenían dimensiones impresionantes. Como jamás había viajado en un barco a vapor, se preguntó cómo sería la experiencia de surcar los mares en aquellas enormes naves. Se distrajo imaginando las cuantiosas provisiones, las miles de toneladas de combustible mineral para rodar las máquinas de vapor y proporcionar luz y calor a la nave. Las vistas del océano, igualmente, debían de ser sobrecogedoras desde allí.

A un lado del puerto divisó las industrias, que enviaban tropeles de humo al cielo, las grúas empleadas para trasladar las mercancías a las bodegas de los barcos y, junto a éstas, las locomotoras que cargaban y descargaban otras para su transporte por tierra.

Fue cuando el sol se acercaba a su cénit que arribó al muelle que el empleado le había indicado. Observó los edificios de las empresas navieras y a sus empleados entrando y saliendo en medio de un trajín. Una larga fila de hombres ruidosos, que aguardaban para ser contratados como tripulantes de los próximos barcos a zarpar, le vieron pasar con atención. Algunos le lanzaron miradas insolentes; otros, piropos grotescos que ella quiso ignorar avanzando mucho más rápido. Pero no lo suficiente.

En un abrir y cerrar de ojos se vio rodeada por tres de aquellos hombres. Y entonces la sensación de indefensión, de ahogo y de pánico que la había atacado poco antes se acentuó. La muchacha cerró su parasol, lo blandió como un arma y con ella amenazó a los hombres; los ojos desorbitados y los músculos tensos, atentos para defenderse de cualquier agresión que aquellas bestias osaran cometer contra ella.

Una vez más, la reacción que esperaba no llegó. Los hombres se miraron entre sí, desconcertados, tras contemplar aquel curioso cuadro: una muchachita de ciudad convencida de que podría darles una paliza a tres marineros fortachones usando un soso parasol de encaje. Toda la tripulación estalló en risas. Y fueron risas descaradas que la hicieron sentir como una caricatura ridícula.

Fanny aprovechó el jaleo para echar a correr, aunque sabía que no debía, por su pie recién recuperado. Incluso mientras se alejaba escuchó las carcajadas, pero en ningún momento se detuvo, ni miró atrás; no fueran

aquellos desarraigados a perseguirla.

Se detuvo frente a un edificio de ladrillos. Por desgracia no había a quien pedirle orientación, así que se resguardó bajo una pequeña marquesina mientras se le ocurría algún plan.

¿Cómo iba a volver a Cambridge? Si todo aquel osado plan fracasaba, ¿qué iba a hacer después? ¿Y si Gabriel ya estaba en Sudán?

Entonces, cuando creyó sentirse más desorientada que nunca, le pareció ver más adelante a un grupo de mujeres con blancos atuendos. ¡Enfermeras! Entonces fue tras ellas sin pensarlo. Las tres mujeres se dirigían a una bodega tan grande como las que había visto antes, solo que allí no parecía haber mercancías.

Frente a la bodega estaban concentrados hombres vestidos con uniformes militares color beis, que acababan de romper filas por orden de su superior. Los soldados se movían con resolución y fuerza, clavando sus pesadas botas negras sobre un suelo de madera. Ninguno le prestó atención cuando quiso acercarse a hacer una pregunta.

Decidió entonces seguir a las enfermeras al interior de la bodega.

Una vez adentro se topó de frente con más uniformados. Dos en especial llamaron su atención pues estaban sentados tras un pequeño escritorio. Uno de ellos apuntaba en una hoja de papel los datos de los hombres y mujeres formados en una fila muchísimo menos extensa que la de la tripulación. Aquello le hizo recordar a los estudiantes que inscribían voluntarios frente al Hospital de Addenbrooke. Quizá aquellas personas fueran de los pocos médicos y enfermeras dispuestos a embarcarse a Sudán.

La muchacha se acercó al escritorio para hablar con uno de los militares, pero fue rudamente conminada a formarse. A regañadientes, se movió hasta el final de la línea, lo que le permitió escuchar algunas conversaciones sueltas. La gente que estaba formada hablaba sobre el vapor *Lady Loch*, que había partido hacia Alejandría la mañana anterior con ciento cincuenta voluntarios de distintos hospitales del país.

Fanny experimentó un violento escalofrío que le bajaba por la columna vertebral cuando llegó su turno de hablar con el militar. Se trataba de un hombre joven y moreno, con la piel cuarteada y la mirada endurecida. Parecía entretenido masticando lo que parecía un trozo de corcho o algo similar.

—Nombre —rugió detrás del escritorio sin siquiera mirarle a los ojos.

—Quiero hablar con el capitán doctor Yaxley —fue su tajante petición.

El hombre le miró con insolencia.

—¿Quién le busca?

—Mi nombre es Stephanie Thorton.

—¿Es usted enfermera?

Estuvo a punto de negar, pero consideró una respuesta más inteligente.

—Sí —el militar apuntó su nombre en la hoja, lo que le hizo fruncir el ceño—. ¿Dónde está Yaxley? —miró a todas partes, como si pudiera distinguirlo entre la gente.

—Se ha ido a Alejandría en el *Lady Loch* —masculló.

El otro uniformado, pelirrojo y cubierto de manchas de sol, la recorrió con la mirada y soltó una risita odiosa.

—Pero si está buscando un sustituto, yo estoy bien dispuesto.

—¿Y qué me dice de Gabriel Windham? —Quiso saber, ignorando la grosera proposición—. Es médico y es parte de su equipo. ¿También se fue? Quizá todavía esté aquí, en Southampton...

—Toda su gente se fue con él —la interrumpió el hombre, impasible—. No queda nadie.

Aquello la golpeó con más fuerza de lo que había anticipado. Santo Dios, se había ido, comprendió con la garganta constreñida y un golpeteo incesante en el pecho. Hizo un inútil esfuerzo por contener el llanto que la sorprendió allí mismo. Muy en el fondo había guardado la esperanza de que Gabriel estuviera allí.

Se había ido creyendo que ella lo odiaba, que iba a casarse con Everett y que deseaba no volver a verlo nunca más. Tres infamias, una más atroz que la otra.

—¿Está seguro? —preguntó con voz trémula, enjugándose las lágrimas.

—Si tanto le importaba debió haber venido hace veinticuatro horas —dijo mientras, con fastidio, tachaba su nombre de la lista.

—Descuide, milady —balbució el otro—. Estará bien cuidado en el camino; en el *Lady Loch* venían unas lindas enfermeras de Liverpool que seguro no le harán perder la práctica... ¿entiende a lo que me refiero?

—Pero... ¿hay alguien más con quien pueda hablar?

—Ya se lo he dicho —rugió el moreno.

—¡Entonces apúnteme para el próximo barco! —dijo en un impulso desesperado.

El pelirrojo no disimuló su incredulidad; terminó burlándose de ella, como si la creyera demasiado frágil, demasiado poca cosa para una misión tan importante.

—Váyase a casa, señorita —gruñó el oficial a cargo, desprovisto de humor. Su mirada reflejaba la dureza de alguien que se ha curtido en un campo de batalla—. La guerra no es para niñitas lloronas.

Aquello la indignó, zarandó su orgullo y esparció sal en su herida. Lo último que deseaba era quedarse a discutir con aquellos horribles hombres y que le vieran llorar, así que optó por alejarse. Estaba claro que no tenía nada que hacer allí; Gabriel se había marchado deseando poner distancia entre los dos, deseando olvidarla. De seguro odiaría verle llegar a Egipto para buscarle.

La idea le rompió el corazón, si no lo había hecho todavía toda aquella desastrosa aventura. Se alejó de la bodega con la cabeza gacha.

Al menos se llevaría alguna indicación para enviarle una carta, pensó de pronto. Afuera habló con un joven y amable enfermero que se ofreció a entregarle una misiva a Gabriel, aunque aseguró no saber quién era él. Fanny consiguió quien le diera papel y pluma y trazó unas pocas líneas, las únicas que podía permitirse.

*Querido Gabriel,*

*Lo he intentado. Aunque he llegado demasiado tarde, he venido a decirte que te amo y que en Cambridge no he hecho más que mentirte estúpidamente. Ojalá puedas perdonarme algún día.*

*Por favor, vuelve con vida, aunque esa vida no la compartas conmigo.*

*Tuya siempre,  
Fanny*

Tras entregar la nota al muchacho se marchó del puerto arrastrando los pies.

Mientras remontaba el camino hacia la estación de Southampton Central, Fanny fue consciente de un intenso dolor en el pie. No era nada comparado con su pecho, que parecía desangrarse al respirar, o al recordar sus esperanzas destrozadas, pero tuvo que detenerse, sabedora de que si se forzaba demasiado, recaería.

Se sentó a descansar sobre el escalón de entrada de un negocio de pan. Miró al cielo, notando sin aspaviento los nubarrones que lo surcaban; muy pronto llovería. A lo lejos, el mar era una franja azul grisácea que se elevaba sobre los edificios. El mismo mar que se había llevado lejos a su amor y que no sabía si lo regresaría.

*Gabriel.* Cuántos horrores inenarrables verían sus ojos en la guerra; cuántas vidas pendiendo de un hijo. ¿Cuántas de esas vidas lograría él salvar? Se preguntó si correría peligro y una punzada feroz en el pecho le dijo que así era. Él, al igual que John Radford, estaba al margen de la lucha, pero ninguno era intocable, por muy nobles que fueran sus quehaceres. Le pidió a Dios con todas sus fuerzas que los mantuviera vivos.

Después de un rato, se levantó sin fuerzas. Debía alcanzar la estación, debía hallar el modo de volver a Cambridge, donde la esperaba otra clase de problemas, y era su obligación hacer frente con valentía a todo lo que se avecinaba.

Entonces, cuando se disponía a avanzar hacia la estación, atisbó a lo lejos al niño mendigo al que había querido obsequiarle una moneda, antes de que aquel par de adolescentes la despojara de sus cosas. Fanny se escondió de prisa tras un buzón de correo. Achicando los ojos reparó en que, junto al muchacho, había una niña más grande. Colgando de su antebrazo y con sobrada coquetería, llevaba una pequeña bolsa de terciopelo que le resultaba familiar. *Su bolso.*

La joven soltó un respingo de indignación. Era de suponer que todos

aquellos rapaces estuvieran confabulados para cometer fechorías. Se sintió como una auténtica estúpida pues, ya tenía que haber aprendido cómo funcionaban las cosas gracias a su pasantía por Whitechapel, donde las cosas no eran distintas, se recriminó.

Miró al par con creciente ansiedad. ¿Sería capaz de convencer a aquellos niños de ayudarle? No tenía esperanzas de recuperar el dinero, pero si pudiera al menos hacerse con sus documentos se daría por satisfecha.

Los pequeños siguieron caminando hasta doblar una esquina. Sin tiempo para pensar en un plan concreto, Fanny salió de su escondite para seguirlos. Caminó con sigilo, con los ojos puestos en aquellos chiquillos por quienes sintió pena; tan pequeños y ya estaban relacionados con una banda de malhechores.

La calle que habían tomado era estrecha y maloliente, cruzada de pared a pared por tenderos colmados de ropa. Fanny se la imaginó como la guarida de todos los maleantes de Southampton, y un escalofrío la recorrió. Dudó si continuar avanzando pues, aquella podía ser la peor idea que hubiera tenido jamás... pero, ¿cómo rayos iba a regresar a Cambridge sin su documentación? Tenía que intentarlo, se dijo mientras caminaba por la calzada.

Sin imaginar que eran seguidos de cerca, los niños desaparecieron tras una puerta. Fanny se acercó al lugar en silencio, rogando para que el resto del grupillo de rapaces no la estuviera esperando en su guarida, dispuestos a robarle hasta los zapatos. Se detuvo frente al lugar donde los niños habían entrado, al tiempo que su corazón se detenía.

Era una casa pequeña y ruinoso, de apenas dos ventanucos y una puerta azul desvencijada y descolorida. La joven la observó con una atención de la que era inconsciente, porque de pronto una explosión de pensamientos anegó su mente. Se detuvo un segundo para separarlos y analizarlos, sin perder de vista la inscripción fuera de la puerta, la que revelaba qué se hacía allí.

De pronto, el bolsito perdido, sus documentos personales, su valija robada y el hecho de que se hallaba varada en aquella ciudad desconocida y sin dinero, carecían de importancia. Cuando la muchacha atravesó aquella puerta lo hizo con un brote de osadía, y también de fe. Una fe que desafiaba todo razonamiento.

Y entonces, dentro, se encontró con un conjunto de seis o siete niños a los

que un anciano trataba de disciplinar. Dos de ellos, naturalmente, eran los pequeños mendigos que tenían sus cosas. Del otro lado, una muchacha pelirroja y muy delgada intercambiaba palabras en voz baja con un par de adultos de aspecto enfermizo.

No bien le vio llegar, el anciano la obsequió con una sonrisa. Los dos pequeños ladronzuelos, en cambio, abrieron los ojos como platos y echaron a correr hacia la calle.

El viejo les soltó una regañina pues, habían estado a punto de atropellarlo, pero luego se sacudió el malhumor y volvió la vista hacia la recién llegada.

—Buenas tardes, señorita. ¿Viene usted a ver al médico? —Fanny le miró como si le hubiera hablado en una lengua desconocida, pero terminó asintiendo con la cabeza. El anciano, de anteojos y cabello plateado engominado, le sonrió—. Siéntese, por favor. Tendrá que esperar un poco, pero valdrá la pena.

Ella obedeció.

El siguiente lapso de tiempo fue indeterminado y, al mismo tiempo, interminable. Fanny golpeteó el suelo con el pie, escudriñó cada grieta de los muros, de los viejos cuadros de paisajes deslucidos, colgados al descuido en la habitación, se alisó la falda hasta que la tela le quemó las palmas de las manos. Escuchaba las conversaciones de los otros pacientes, que entraban nerviosos y, al cabo de un rato, salían en calma, con un frasco de remedio en la mano.

La muchacha pelirroja se le acercó para preguntarle qué le aquejaba y ella le contó de su tobillo recién recuperado de una fractura pero dolorido debido a su imprudencia. Rosie, así se llamaba, le sonrió y le dijo que todo iría bien.

Era extraño para Fanny estar de aquel lado, el de los pacientes, cuando casi siempre había sido ella quien brindaba consuelo. Rosie le recordó a ella misma.

Los niños estaban inquietos, y cada tanto, Rosie los reñía para que volviesen a su silla o para que guardaran silencio. Al cabo de un momento, el anciano regresó consternado, quejándose porque no había hallado a los niños que habían escapado del lugar como caballos desbocados. Al final le echó la culpa a los nervios infantiles ante la perspectiva del ver al doctor y juró que los arrastraría de algún modo.



Y entonces, la puerta del consultorio se abrió. Una voz suave y confortadora brotó desde adentro para dar unas breves instrucciones a Rosie. Fanny cerró los ojos, permaneció atarida en su silla, conteniendo la respiración ante el sonido de aquella voz tan deliciosamente familiar. Ahora sabía que su corazón no se había equivocado, que había llegado allí por una razón y que ella le conocía lo bastante bien como para saber que, el primer lugar donde debería buscarle era una medicatura para gente pobre y necesitada.

La voz cesó abruptamente, como si se hubiera distraído con algo... o alguien.

¿La habría visto? ¿Y si su presencia suponía un incordio? ¿Y si la rechazaba?

—¡Oh! Doctor Windham —apuntó Rosie de pronto—, había olvidado decirle que tiene usted otra paciente.

Fanny contuvo el aliento y levantó la mirada... Le vio allí, finalmente.

Gabriel estaba inmóvil junto a la puerta, sus ojos azules, variando entre incrédulos y aturridos, la escudriñaron con rapidez. Debía de estar preguntándose qué hacía ella allí y por qué, después de haberlo echado de su vida, ahora se presentaba en Southampton. El miedo se apoderó de ella brevemente aunque, al mismo tiempo, por sus venas fluía la excitación, la dicha del encuentro, y sabía que no soportaría el rechazo.

—La veré ahora mismo —zanjó él, sin aliento.

Fanny se levantó de su silla, rozando al pasar con la mirada del médico, aun colmada de asombro, y se adentró en el pequeño consultorio.

Aquel era todavía más humilde que el de Whitechapel o cualquiera que hubiera visto, equipado con nada más que una silla, un perchero y un camastro. La joven esbozó una sonrisa colmada de melancolía: sobre el camastro había, por supuesto, una lata de dulces.

Detrás de ella escuchó un sucinto intercambio de palabras y después, la puerta que se cerraba junto al chasquido del pestillo. La hora de la verdad había llegado.

Gabriel descubrió que las manos le temblaban cuando cerró la puerta. Rara vez le ocurrían esas cosas y se maldijo por ello, tanto como por el vergonzoso hecho de que no conseguía articular palabra. Pero al menos reconoció que su reacción no era para menos. Jamás hubiera soñado con que Fanny Thorton pudiese aparecerse justo allí, de ese modo, justo en aquel momento.

Era una extraña sorpresa, un golpe a su corazón moribundo, que ya no se atrevía a albergar ninguna esperanza o pensar en algo que no fuera su profesión, que lo había llevado al extremo de unirse al batallón de Yaxley. Por eso, su reacción inicial fue tratar de mostrarse inmovible ante ella, aunque se le fuera la vida en aquel esfuerzo.

Se aclaró la garganta.

Fanny se giró para mirarlo, con lo que él pudo estudiarla mejor. Estaba hermosa con su atuendo de viaje color chocolate, con encajes blancos en el cuello de la camisa y los puños. Llevaba el cabello recogido pero algo revuelto bajo su sombrero adornado con diminutas flores. Se veía cansada, quizá un poco adolorida, por ello su primera reacción fue mirar sus pies con preocupación.

—Veo que ya no tienes tu escayola.

—¡No! —Lo interrumpió ella con la voz rota—. ¡No hagas eso!

Gabriel apretó los labios.

—¿Qué es lo que no debo hacer?

—¡Tratarme como a una de tus pacientes! —gimió—. No he venido a que me digas qué necesito tomar, o a que me sermonees por haberme echado a correr hasta aquí no bien me retiraron la maldita escayola que me pusiste.

—¿Y a qué has venido entonces, Fanny? —quiso saber, acercándose con lentitud.

Ella se tomó su tiempo para responder, y con cada segundo que transcurría él sentía que lo torturaba; le clavaba mil espinas en el pecho. Se lo merecía, pensó. Él le había dado el poder para hacerlo, le había puesto en sus manos el arma para destruirlo, y ella seguía usándola con feroz destreza, sin importarle que ya le hubiera vencido.

—Vine... —musitó—. Vine a decirte que siento mucho la muerte de tu

padre.

¿Y cómo rayos lo sabía ella? ¿Se lo habría dicho Melanie?

No. No era posible.

—¿Eso es todo? —preguntó, inexpresivo.

Podía pedirle que se marchara, pero ello sería traicionarse a sí mismo, porque todo lo que deseaba era que se quedara, que lo abrazara, que dijera las palabras que deseaba oír con desesperación. Las palabras que lo liberarían finalmente.

Ella negó con la cabeza.

—Ese día en Cambridge... No es verdad lo que dije.

—Dijiste mil cosas ese día —se cruzó de brazos y la observó atento.

—No creo que hayas perdido tu alma —susurró—. Hace falta estar ciego para no ver lo que haces por estas personas. Tu alma está aquí, Gabriel. No quise decirte todas esas mentiras horribles. No las merecías. Lo siento... lo siento mucho.

—Eres muy amable, Fanny —habló como si lo que hubiera dicho no le importara, aunque así era. No era todo lo deseaba escuchar—. No tenías que viajar ciento veinte kilómetros para decirme eso. Ahora, haz el favor de dejarme ver ese pie.

Ella se enfurruñó, pero al final se sentó sobre el camastro y se quitó el botín y la media. Parecía a punto de decir algo, pero era como si no se atreviera. Gabriel se sentó en la única silla disponible y tomó entre sus manos el tobillo. No consiguió evitar que aquella sedosa piel le quemara y le empujara a evocar íntimos e inoportunos recuerdos. Moría por poner allí un beso, por deslizar una caricia...

Si bien el hueso había sanado, ahora mismo el tobillo lucía inflamado. Frunció el ceño, dispuesto a reclamarle por haber cometido la estupidez de viajar hasta allá, en lugar de cuidarse, pero ella ahogó todas sus protestas con un atropellado discurso.

—Livesey me quitó la escayola... y me dijo donde hallarte —esbozó una sonrisa triste, al tiempo que sus ojos oscuros, frenéticos, dejaban caer un par de lágrimas—. ¿No te parece extraño? Mi mentor te contó que yo estaba en

Cambridge... y el tuyo me dijo que habías venido a Southampton. Dijo que te habías unido al grupo del capitán doctor Yaxley, que estabas a punto de viajar a Egipto y después a la guerra en Sudán. ¿Es verdad eso?

Él le lanzó una mirada huraña. Así que había sido ese viejo entrometido quien lo había delatado.

—Livesey no tenía por qué contarte eso —masculló.

—Santo Dios, Gabriel, ¡la guerra en Sudán! ¿Te das cuenta de lo peligroso que es? ¿Qué es lo que te propones? ¿Quieres morir...?

—Fanny, soy un médico. Debo ir adonde se me necesite. Pocos están dispuestos a embarcarse a Sudán para ayudar a esos hombres, pero alguien tiene que hacerlo. Los soldados mueren de mengua, la mayoría por heridas mal tratadas y enfermedades. Las amputaciones se practican alegremente porque al parecer es más rápido arrancar un miembro que curarlo. Los médicos de allá son vergonzosamente limitados, tienen el conocimiento de hace tres décadas...

—Pero si te ocurriera algo... —sollozó, impotente, mientras le tomaba del brazo con desmedida fuerza—. ¡Gabriel, podrías morir! Y yo no lo soportaría.

Él compuso una expresión seria. La proximidad entre ambos, ahora que ella lo tenía sujeto, era torturadora.

—Fanny, ya tienes lo que siempre has soñado —susurró, dejando de lado su cinismo habitual, aquel maldito rasgo que se había vuelto parte de él a fuerza de repetición—; estás en Cambridge, te espera un futuro de puertas abiertas, te pretende un reputado médico que, aunque estoy convencido de que es un bastardo infame que no te merece, eso no significa nada si tú lo eliges por sobre mí.

—Pero yo no lo he elegido.

Gabriel frunció el ceño.

—Estás comprometida —la acusó.

—No, no es así —dejó caer la mirada.

*¿Qué?*

Soltó con cuidado su pie y tomó sus hombros, obligándola a mirarle. ¿Hablaban en serio o solo pretendía engatusarlo para que renunciase a Sudán?

Gabriel empezó a sospechar que ella, en un ataque de culpa, solo pretendía asegurar su integridad y que luego de cumplir su cometido, se daría media vuelta para regresar a Cambridge y a los brazos de Sinclair. Después de todo, aquel cretino arrogante podía ofrecerle lo que él no; una vida sin manchas, sin el desprestigio que él se había ganado a fuerza de deshonrar a la hija del duque de Devonshire. Aquello, estaba convencido, lo perseguiría para siempre, aunque el duque aun no hubiera intentado nada para desquitarse.

—¡Deja de jugar conmigo, Fanny! —exigió con un gruñido agónico.

—¡Te estoy diciendo la verdad! Fue lo que se me ocurrió para hacer que te fueras, para que volvieras con Melanie... y con tu hijo —apartó los ojos fugazmente y se mordió el labio inferior para contener el llanto. Al menos a él le causaba alivio que estuviera enterada de que no había ningún hijo—. Quería odiarte por lo que hiciste, por todo el daño que ocasionaste, por haber escogido tu venganza antes que a mí. ¡Sí! Quizá suene egoísta y vanidosa —se enjugó furiosamente las lágrimas—, pero habría deseado que me eligieras, que me amaras tanto que olvidaras todo lo que Devonshire le hizo a tu familia. Pero no fue así. ¡Te fuiste con ella! Y yo nunca conseguí odiarte como debí haber hecho, Gabriel. Aun con todo lo que sucedió no he dejado de amarte un solo segundo.

Él pestañeó, asombrado, conmovido. Le amaba, lo había dicho al fin. Su dicha no tenía ningún precedente; lo abrumó de tal modo que tuvo que tragar saliva un par de veces antes de contestarle.

—Fanny, yo también te amo —confesó—. Dejarte aquella noche fue lo más difícil que he hecho, aun no sé cómo no te seguí. Pero ahora lo veo todo con mayor claridad... Debí haberlo hecho, debí haberte elegido.

El sonido de la puerta los arrancó de aquella abstracción mutua. Gabriel susurró una maldición. Se levantó de la silla, quitó el pestillo y abrió.

Era el padre Bothy, que traía a dos enfurruñados niños asidos de las manos. A todas luces, los chicos estaban ahí a la fuerza.

—Siento interrumpir, doctor Windham —masculló el anciano—, pero Wendell y Christy tienen algo que decirle a la señorita, ¿no es verdad? —les dedicó a cada uno una mirada conminatoria—. ¡Vamos!

Gabriel no entendía nada. Miró a los niños alternativamente y luego a Fanny, que se puso de pie de inmediato. Christy entró en el consultorio, se zafó

un bolsito de terciopelo que traía envuelto en el antebrazo y se lo entregó a la joven.

—Lo sentimos, señorita —musitó.

—Sí, lo sentimos —completó Wendell con un encogimiento de hombros—. Billy nos dijo que si no le ayudábamos a robarle sus cosas nos daría una tunda. ¿Qué habría hecho usted para evitarse una tunda del chico más grande y malo de Southampton?

—Lo mismo, probablemente —dijo ella con una apagada sonrisa.

—¿Lo ve, padre Bothy? —Christy miró al anciano—. Si ella nos perdona, ¿por qué no habría de perdonarnos *Jefús*?

El anciano esbozó un gesto de sufrimiento, se santiguó y después le apuntó con un dedo reprobatorio.

—El domingo los espero en el confesionario, ¡a los dos! Y no quiero que lleguen tarde, ¿entendido? —Los niños asintieron sin mascullar palabra. Miró entonces a Fanny con gesto aprensivo—. Lamento mucho todo esto. Son niños huérfanos y aunque me esfuerzo cada día todavía no consigo que distingan entre el bien y el mal. Le aseguro que hallaremos su valija. Y en cuanto al dinero...

—Oh, no —soltó ella—. Descuide, padre. Lo único que me importaba recuperar eran mis documentos de viaje. Se lo agradezco mucho.

—Pero, señorita...

—Oh —reaccionó Gabriel, que había estado observando el intercambio como un desconcertado espectador—. Mil disculpas. Padre Bothy, la señorita Fanny Thorton, estudiante de medicina en Trinity College. Fanny, el padre Bothy es el director del orfanato de Southampton.

—Es un placer conocerla, señorita Thorton.

—Padre, estos niños no han pasado por el reconocimiento, ¿o me equivoco? —inquirió ella.

—Pues, no se equivoca. Son los últimos que me quedan —dijo Bothy mientras despelucaba a Wendell—, pero entiendo que el doctor Windham debe irse a descansar. Mañana zarpará en el *Cerberus* rumbo a Alejandría. No queremos abusar de su amabilidad.

—Padre, ya se lo dije: no me iré hasta que el último niño sea visto.

—¡Y yo tampoco! —concedió Fanny con una sonrisa.

## Capítulo 19

Cuando terminaron con los niños, Gabriel hizo pasar al padre Bothy y luego a Rosie, que resultó ser la muchacha más antigua de todo el orfanato. La jornada no terminaría hasta que el último de ellos pasara por su reconocimiento.

Fanny le sirvió como enfermera, igual que en otros tiempos, y mientras volvían a trabajar codo a codo, de vez en cuando se lanzaban miradas cargadas de significado. Quedaba tanto de qué hablar. Todavía estaba el hecho de que Gabriel insistía en embarcarse a Sudán, y cada vez que Fanny pensaba en aquello sentía escalofríos.

Finalmente dejaron la pequeña medicatura y se despidieron del padre Bothy y de Rosie. No bien salieron a las calles húmedas, sobre las que había caído una ligera llovizna, Fanny sufrió un leve mareo. Gabriel la interrogó y descubrió que llevaba casi veinticuatro horas sin probar alimento. De inmediato la llevó hasta su posada, situada a unas pocas calles del puerto.

El lugar era pequeño y de buen gusto. Había ahí un restaurante muy bonito, iluminado por lámparas de gas situadas en las paredes y velas insertadas en hermosas botellas antiguas en el centro de cada mesa. En aquel momento, estaba a rebosar de ruidosos y alegres comensales, viajeros americanos en tránsito en su mayoría, animados por el vino y la música que un violinista había empezado a tocar.

Por sugerencia de Gabriel, Fanny pidió el tradicional bacalao asado con alcaparras y una guarnición de patatas al horno, mientras que él probó la merluza. Acompañaron la orden con un par de heladas cervezas de barril. Ella estaba tan hambrienta y concentrada en la comida que no reparó en que él se había dedicado a mirarla, casi sin tocar su propio plato, y a sonreírle de tanto en tanto.

—¿Qué te causa tanta gracia? —preguntó con fingido enojo—. ¿Que un montón de niños me quitara mis cosas y me dejara en la ruina?

—No. Estoy decidiendo qué pensar respecto a tu decisión de perseguirlos.

—Bueno, pude encontrarte, así que —masticó un trocito de patata— no fue



tan mala decisión arriesgarme. Llegué hasta el destacamento del puerto, me dijeron que Yaxley y su gente se habían marchado a Alejandría en el *Lady Loch*; estaba a punto de regresar a la estación hasta que los niños me trajeron a esa medicatura y... algo me dijo que el doctor Gabriel Windham jamás se resistiría a pasar por un lugar como ese a ofrecer sus maravillosos servicios. Te quedaste en Southampton por esos niños, ¿verdad?

—Eran demasiados y no podía atenderlos a todos en dos días —le dio un trago a su jarra de cerveza—. Pero mañana zarpa el *Cerberus* y voy a embarcarme. No hay más barcos hasta el domingo, así que, lo mejor es que me vaya —Fanny procuró ocultar su desencanto. Se dio cuenta, por su gesto, de que Gabriel prefería poner de lado el tema, al menos de momento—. ¿Cómo va Trinity College?

Ella soltó un amargo suspiro. Avergonzada, le contó su última conversación con Everett, sus acusaciones y las amenazas que le había lanzado.

—Eso es ridículo —apretó los puños sobre la mesa—. Sinclair no puede hacer nada para conseguir que te expulsen. Solo cometiendo un grave acto de indisciplina o comprometiendo la integridad de otro alumno el consejo llegaría a una decisión como esa —Fanny consideró todo aquello y decidió que tenía mucho sentido, por fortuna—. Solo intentaba manipularte. Es un bastardo sin corazón que solo piensa en sí mismo.

—Ahora que lo veo en fío pienso que tienes razón, pero de todos modos me he ganado un enemigo.

—Maldito idiota... —masculló él—. Si llego a verlo cumpliré mi amenaza de romperle la crisma.

A ella se le había formado un nudo en la garganta cuando cayó en la cuenta de que ahora lord Everett Sinclair, al igual que Albion Lehenard y su pequeña corte de imbéciles, se volvería una piedra en su zapato. ¡Cómo los detestaba! Sobre todo a Everett, que la había decepcionado de todas las formas posibles.

—Tú me advertiste sobre él —reconoció pesarosa—. Y yo no te hice caso. Tenía que haberte dejado hablar ese día que fuiste a Cambridge por mí. Tenía que haberte creído.

«De lo contrario, no estarías a punto de marcharte a la guerra», pensó, pero no se atrevió a decirlo en voz alta.

—Fanny, ya nada de eso importa —tomó su mano sobre la mesa, y sus ojos, ahora oscuros por el efecto de las luces y sombras del comedor, brillaron intensamente. Ella sintió un remolino de emociones pinchándola. Cómo deseaba abrazarlo—. Te aseguro que seguirás en Cambridge. A esta altura, los profesores deben de considerarte una de las mejores adquisiciones. No te dejarán ir tan fácilmente.

Ella le obsequió con una sonrisa melancólica.

—Siempre me has tenido fe.

—Y tú no has defraudado esa fe.

Fanny enlazó los dedos con los suyos. Estudió sus bellos rasgos bajo las luces del ruidoso restaurante. Le había crecido una barba castaña que endurecía su mandíbula y el cabello estaba un poco más largo de lo que recordaba. Lo amaba tanto, lo admiraba más. Era un hombre fascinante; era todo lo que ella jamás se había atrevido a desear; el amor al que se había visto obligada a renunciar para alcanzar otra clase de sueños. Pero ahora mismo no se sentía dispuesta a dejarlo ir.

Entonces, las risas desaforadas de los americanos, la música del violinista y el tintín de las copas y platos de los otros comensales dejaron de existir. Y fue como si se hubieran quedado solos en aquel concurrido restaurante de Southampton, mirándose largamente, casi sin parpadear.

—Me habría gustado apoyarte cuando falleció tu padre.

El rostro de Gabriel se tiñó de tristeza.

—Fue un alivio para él —dijo y, por el modo en que suspiró, Fanny tuvo la sensación de que necesitaba hablar de ello—. Estaba muy delicado y ya no podíamos hacer nada por él, ni las drogas más fuertes que existen ni yo. Al final rechazó todo, creo que estaba cansado.

—¿Sufrió?

—Siempre fue así —guardó silencio un instante y tomó otro sorbo de cerveza—. En cierta forma me alegra que él se haya ido, porque lo hizo creyendo que yo accedería a todas sus peticiones, como concebir un hijo con Melanie, criarlo para que odiase a su abuelo materno e incluso convencerla a ella de que su padre era un desgraciado —Fanny sofrenó un respingo de horror al oír aquello. ¡Cuánto odio! Y Gabriel había vivido inmerso en él por muchos

años—. Todo era una maldita locura... pero a veces pienso que si tú no hubieras aparecido yo habría terminado haciéndolo. Habría convertido esa vileza en mi única razón de ser. Me habría contagiado irremediabilmente del odio de mi padre y quizá habría terminado como él.

Ella sacudió la cabeza, esforzándose en negar aquel hecho que la asustaba.

—La promesa que me hiciste de esperarme un año me ayudó a mantenerme cuerdo en medio de esa insensatez, Fanny. Me dio la certeza de que cuando acabara todo aquel infierno me esperaba algo bueno. Me mostraste la puerta de salida. De no haber sido por ti, esta tortura podía haberse tornado interminable.

Fanny tomó su mano con más fuerza. No era capaz de hablar, las lágrimas no derramadas le habían cerrado la garganta.

—Faltó poco para que Melanie y yo nos matáramos el uno al otro — continuó él—. Cuando lord Windham murió, ella se entusiasmó porque pensó que él era el único impedimento para irnos a vivir Francia. Admito que eso fue lo que le hice creer. Entonces decidí revelarle la razón por la que la seduje en Chatsworth House. Le hablé de los planes que mi padre y yo habíamos urdido para vengarnos de Devonshire, y le dije que ya yo no los llevaría a cabo, que lo mejor que podíamos hacer era separarnos. Le pedí perdón, pero ella no me creyó —dejó escapar una risa amarga y se revolvió el cabello—. No me creyó una palabra sobre la venganza de los Windham, Fanny. Pensó que todo era un invento para abandonarla por otra mujer.

Fanny entornó los ojos con extrañeza.

—Pero, ¿no regresó a Londres por su padre enfermo?

—La salud de Devonshire jamás le importó, de otra manera se habría marchado mucho antes. Regresó a su casa solo porque no tuvo otra opción.

Fanny cerró los ojos con fuerza; el egoísmo de Melanie Cavendish no dejaba de sorprenderla, de espeluznarla. Y aquella era, supuestamente, la esperanza de que el pobre duque se recuperara. Dios lo ayudara.

—Vaya tarea que la que tu padre te legó —repuso con tristeza—. Gracias a Dios ella jamás quedó encinta...

—Fanny, ¿cómo pudiste siquiera pensar que yo podría elegirla sobre ti? — se inclinó hacia adelante; sus ojos, dos llamas azules que despuntaban en

aquella tórrida estancia—. Te he deseado cada segundo que hemos estado separados, he odiado a mi padre por haberme hecho parte de esto, por alejarme de ti. Me rebelé el día que él quiso imponerme seguir al lado de Melanie, porque aquello significaba que no podría regresar para buscarte. Eres todo lo que quiero, y volvería a pasar por todo eso... solo para tenerte de vuelta.

—No hace falta, mi amor —sollozó al tiempo pestañeaba para frenar las lágrimas—. Siempre me he empeñado en creer que no tengo por qué seguir a un hombre, jamás he querido hacerlo... pero felizmente tú vas al mismo lugar que yo, y quiero ir de tu mano.

Y así, de pronto, fue consciente del ruido alrededor, de la molesta presencia de los otros clientes. Deseaba estar a solas con él, consolarlo como debía, demostrarle lo mucho que le había echado de menos. Ansiaba besarlo, retozar con él en la oscuridad...

La respiración de Gabriel se volvió pesada, su pecho subía y bajaba con un compás que era reflejo de suyo. Sus ojos la acechaban, como a una deliciosa presa, y le miraron de un modo que, en otro momento de su vida, habría encontrado obsceno. Ahora mismo, sin embargo, le parecía la muestra de aquiescencia que su propio ser estaba esperando, casi sin aliento. Fanny se mordió el labio inferior, como si con eso pudiese refrenar el intenso burbujeo que se producía en su vientre.

De pronto, él sacó dinero de su bolsillo y lo dejó descuidadamente sobre la mesa.

—Salgamos de aquí —jadeó levantándose, sin dejar de tomarle de la mano.

Abriéndose paso entre la gente abandonaron el comedor. La música altisonante, las risas y las conversaciones animadas por el alcohol eran persistentes, pero Fanny solo podía escuchar su propio corazón golpeteando en sus sienes, en su pecho, en su bajo vientre; la sangre rugiendo; la piel sensible, pidiendo a gritos la caricia íntima de aquel hombre. La anticipación se apoderó de ella, ¿o era mejor dejar de usar atavíos y llamarlo simplemente *deseo*?

Se aferró a su mano mientras ascendían por una estrecha escalera de madera, situada al final del comedor. Detrás de ellos habían quedado las miradas, las voces, el mundo ajeno a ellos, al que habían dado la espalda para

refugiarse en su propia burbuja.

Entonces él se detuvo, como si no soportase la idea de seguir prolongando el momento de tenerla en sus brazos. La atrajo hasta él y la besó con ansias, con desenfreno y necesidad, como si en un solo intento pudiera compensarla por todos aquellos besos de los que la privó en sus meses de ausencia.

Fanny lo recibió con el mismo ímpetu. Le rodeó la nuca con las manos, aceptó cada una de las estocadas de su lengua como golpes necesarios para acallar sus propias ganas. Su barba, al contacto con la piel, le producía una sensación novedosa, adictiva. Le revolvió el cabello, dejó que aplastara su cuerpo contra el muro y se sumergió en aquel contacto por interminables horas había anhelado.

No se percataron de que por las escaleras de la posada continuaban subiendo y bajando huéspedes, hasta que una risita femenina los sacó de su desmesurado intercambio. Gabriel soltó a Fanny en un esfuerzo infructuoso por preservar el decoro, pero a todas luces era muy tarde. La risa provenía de una dama rubia y joven, ataviada con un elegante vestido de noche. La mujer venía tomada del brazo del que parecía ser su amante y al pasar a su lado les dedicó una mirada traviesa.

Cuando la pareja desapareció de camino al vestíbulo, Fanny y Gabriel intercambiaron una mirada fugaz; la de ella era sensual y divertida, pero la de él seguía siendo apremiante, cargada de una necesidad un tanto oscura.

Siguieron avanzando con prisa hasta el primer piso, donde se divisaba una hilera de puertas en un corredor iluminado por lámparas de pared. Él sacó una llave del bolsillo de su pantalón y abrió la cerradura de una de las puertas.

La habitación en cuestión estaba en penumbras, y olía a limpio y a lavanda. Las débiles luces de una farola de gas penetraban desde la calle por el cristal de la ventana, proyectándose apenas sobre la cama blanca y los muros. Se adentraron a ese espacio íntimo y silencioso que los arropó, no bien la puerta estuvo asegurada.

Ninguno de los dos se molestó en encender las luces; continuaron besándose en aquella parcial oscuridad, explorándose a sus anchas. Los besos de Gabriel se volvieron más urgentes, más profundos, lo mismo que sus manos, que acunaron sus pechos y los masajearon con calibrada intensidad. Fanny se estremeció y quiso devolverle el favor de alguna manera. Usó sus

manos para recorrer el vientre del médico, plano y sólido, hasta llegar muy abajo, donde podía evidenciar el tamaño de su deseo. La palma de la mano entró en contacto con una rígida protuberancia que le arrancó a él un sonoro jadeo.

Usando su musculoso cuerpo, Gabriel la aprisionó contra la pared; uno de sus brazos le rodeaba la cintura posesivamente y el otro estaba rígido, con la mano sosteniendo su rostro. Como si ella tuviera intenciones de ir a alguna parte, pensó sonriendo para sus adentros. Aunque no podía mirarlo en aquella luctuosa cercanía, sentía la llama de su mirada, el calor que se desprendía de él.

—Fanny, hoy no puedo ser tierno contigo... —fue un gruñido desesperado que envolvía una súplica.

Sabedora de a lo que él se refería, asintió con la cabeza. Lo quería de cualquier forma posible. ¡No! Lo necesitaba, y estaba dispuesta a recibirlo como fuera.

—Confío en ti —susurró.

Él soltó el aire contenido, y se arrojó de nuevo sobre su boca. Jamás la había besado con tanta fiereza, como si quisiera devorarla viva, y ella jamás había estado tan complacida y hechizada.

Gabriel deshizo los botoncitos de la chaqueta de viaje y se la sacó con cierta rudeza, igual que la blusa. Siguió después con la falda, que bajó apresuradamente mientras le acariciaba sobre la tela de los pololos. Besaba cada espacio de piel que quedaba al descubierto, acariciaba cada curva y recoveco, y ella le recompensaba con suspiros. La joven se las apañó para arrancarle la ropa hasta solo dejarle los pantalones a medio desabrochar. Él detuvo sus intenciones y se afanó en despojarla del corsé y la camisola, con una eficiencia que habría dejado boquiabierta a cualquier doncella personal.

Y así, Fanny quedó descalza, con la espalda pegada al muro, vistiendo nada más que los pololos. Aunque ella hubiera querido regodearse arañando el espléndido pecho de Gabriel, él no se lo permitió pues, inclinó la cabeza y atrapó uno de sus pezones con la boca.

Fanny arqueó la espalda, transida por un relámpago de placer que se apoderó de todas sus terminaciones nerviosas. Sintió su lengua moverse con determinación y una destreza que sin duda era producto de un admirable

conocimiento de la anatomía femenina. Se quedó un rato sujeta a sus hombros, disfrutando de aquella caricia cálida y húmeda.

Al cabo de un segundo, Gabriel la arrastró hasta el lecho. La dejó sobre las fragantes sábanas mientras la cubría con cuerpo. Los dos se fundieron en un constreñido abrazo mientras se besaban con ardor, las bocas chocando entre sí, las lenguas saqueándose y a la vez bailando un cadencioso ritmo, las pieles frotándose y saciándose mutuamente. Cada jadeo, cada gemido y suspiro reflejaban la dicha de cada uno, su urgencia por entregarse y de tomar todo lo que podían obtener del otro.

Fanny sintió las manos de su amante deshacer las cintas de los pololos y bajarlos con relativa rudeza por sus caderas hasta despojarla de ellos. Se había quedado enteramente desnuda ante él, por lo que sonrió con descaro femenino. Pero Gabriel no le devolvió la sonrisa, estaba excesivamente abrumado por la lujuria como para demostrar diversión. En cambio, sus ojos brillaron depredadores y se posaron en su lugar más íntimo, el lugar donde más lo deseaba. Seguidamente, dejó caer allí su boca.

Ella inspiró muy fuerte cuando aquella sensación, la de la boca masculina besando profundamente sus carnes más sensibles, la fustigó. Dobló las rodillas y se asió con fuerza a las sábanas mientras la lengua de Gabriel se ensañaba con su entrepierna, húmeda y pulsátil. La invasión, insolente y dulce al mismo tiempo, la llevó al límite con una facilidad que le hizo sentir como una mujer desvergonzada.

Aun no se había recuperado del todo cuando observó a Gabriel, que se puso de pie para deshacerse de los pantalones con denodada urgencia. En su segundo estaba desnudo sobre ella, dispuesto a dejarse de juegos y tomar lo que tanto deseaba. Fanny se abrió para él, dejó que se acomodara entre sus piernas, tembloroso y rígido por la tortuosa excitación que lo gobernaba. Él le rodeó las caderas con sus manos de cirujano y las sujetó con fuerza. Dos certeros movimientos bastaron para que su miembro se hundiera hasta el fondo; y fue entonces cuando Fanny entendió cuánto había esperado él por ese momento: lo mismo que lo había añorado ella.

Gabriel comenzó entonces una danza salvaje en sus entrañas. Con movimientos rítmicos y poderosos la embestía, y cada vez que lo hacía, ella dejaba escapar un jadeo descontrolado, fruto del más inenarrable gozo. Mientras se regodeaba en las exquisitas sensaciones, Fanny se maravilló ante

tanta energía. Era un vendaval, pensó mientras le miraba a contraluz; su cuerpo era una silueta oscura y poderosa cerniéndose sobre ella, concediéndole el más fenomenal de los placeres.

Fanny se dijo entonces que aquel momento parecía ser adecuado para decirle lo que había estado dando vueltas en su cabeza desde aquella mañana.

—Gabriel...

—¿Huh? —siseó sin dejar de empujar dentro de ella, espoleado por su propia pasión.

—Voy a ir contigo.

No consiguió leer la expresión de su rostro, pero de algún modo supo que aquello era lo último que esperaba escuchar. Aun así, no había desacelerado ni una pizca su lujuriosa intrusión. Le habría gustado mirar sus ojos, leer su impresión, pero la oscuridad en aquel ángulo era casi absoluta.

«Por favor, no digas que no», rogaba Fanny en el silencio de sus pensamientos. «No vuelvas a apartarte de mí».

Y la ansiedad se apoderó de ella al punto que le parecía estar conteniendo la respiración de nuevo hasta que él dijera algo.

—De acuerdo —gruñó Gabriel al fin.

Entonces aquella aquiescencia selló su irremisible unión, le puso nombre y escenario al futuro que comenzaban juntos, aunque de momento le pareciera temible e incierto. Fanny sonrió en la oscuridad, porque tuvo la certeza de que juntos eran invencibles, de que cada uno cuidaría del otro y así nunca más estarían solos.

Después de eso, el clímax los atrapó a los dos, arrojándolos a un abismo. El cuerpo de Fanny se curvó de placer, y sus manos arañaron compulsivamente la espalda de Gabriel, buscando un soporte seguro bajo aquella tormenta. Él convulsionó mientras se vaciaba dentro de ella, repitiendo en su oído dulces incoherencias. Tras esto, cayó laxo y jadeante sobre su cuerpo.

Se abrazaron hasta que los dos fueron una maraña de piel sudorosa sin principio ni fin, dos respiraciones agitadas, una el reflejo de la otra.

Fanny apoyó la cabeza sobre el pecho masculino, bruñido por el sudor y la luz mortecina que se colaba en la habitación desde la calle; él le rodeó la



espalda con el brazo, dejando caer una caricia a lo largo de su columna vertebral.

—Así que... Sudán.

—Quizá no sea el viaje de tus sueños —suspiró él al cabo de un momento. Su voz había adquirido un matiz remolón—, pero te permitirá ver el mundo tal como es.

—No voy en busca de aventura. También deseo ayudar a esos soldados; Livesey me dijo que no cuentan con suficientes voluntarios porque nadie quiere ir a África. Nos necesitan. Y, por supuesto, tengo que cuidarte.

Él se rio.

—¿Cuidarme?

—Desde luego —bostezó al tiempo que buscaba un lugar en el hueco de su costado para quedarse dormida—. Te conozco bien y sé que te echarás en hombros a todo el ejército británico si hace falta. Alguien tiene que salvarte a ti.

El *Cerberus* soltó amarres y se enrumbó hacia Alejandría la mañana siguiente. Fanny nunca olvidaría aquel cuadro: una pequeña multitud se congregaba en el puerto; las mujeres lanzaban besos a sus esposos; los niños agitaban las manos para decir hasta pronto a sus padres. Una comitiva del orfanato de Southampton, liderada por el padre Bothy, había acudido para despedir a Fanny y a Gabriel, y también para entregar a la joven su valija recuperada. Las despedidas de último minuto fueron ahogadas por el silbido que anunciaba la partida del vapor.

Por fortuna, la joven había tenido ocasión de escribir una carta a la universidad, notificando que se había alistado para viajar a Sudán con la misión de apoyo a las tropas británicas y egipcias. Allí mismo, en el puerto, coincidió con un representante de Cambridge, que había venido con la intención de acompañar a los pocos voluntarios que se enfilaron en la llamada Campaña de Sudán.

También les escribió a sus padres, aunque aquella carta le costó más trabajo. No supo cómo empezar, ni como terminar. Solo se limitó a decirles que sentía preocuparlos tanto y haber elegido aquel camino que estaba lejos de

ser el de una señorita común y corriente; les dijo que les amaba infinitamente y se sentía afortunada de tenerlos. Y concluyó asegurándoles que todo iría bien. Después de todo, se trataba de una misión muy corta, con lo que pronto se hallaría de nuevo en Inglaterra y en una pieza.

El trayecto hasta Alejandría por el Mediterráneo fue de seis días, justo el tiempo que necesitó el tobillo de Fanny para acabar de sanar; los cuidados de Gabriel habían sido efectivos, por lo que pronto se halló nuevamente lista para asumir cualquier desafío. En ese tiempo, además, consiguió hacer amistad con las enfermeras enviadas desde distintos hospitales del país, con los miembros de la Cruz Roja y con otras damas de su edad que sencillamente no podían creer adónde se dirigía.

Una vez avistaron tierras egipcias, Fanny se quedó boquiabierta ante la maravillosa ciudad mercante de Alejandría, atiborrada de barcos fondeados en el puerto y de faros, molinos de viento y palmeras en sus desérticas orillas.

El desembarque fue lento y engorroso pues, las autoridades tardaron en verificar los documentos de identificación y certificados de salud de los pasajeros. Pese a ser parte de una misión de Estado, el voluntariado británico, compuesto por médicos, enfermeras y personal militar, no gozó de ningún salvoconducto. Luego tuvieron que esperar horas a que todas las mercancías y suministros médicos fueran descargados y revisados; éstos habían sido almacenados negligentemente junto con fruslerías de familias británicas que viajaban por puro deseo de aventura. Se pudo ver a los empleados del puerto, raquíuticos y de piel oscura, descender una y otra vez, llevando en hombros pianos de cola, bañeras portátiles, bibliotecas completas, cabeceros de cama y todos los utensilios inimaginables para una sofisticada vida en el desierto.

La primera noche pernoctaron en aquella ciudad de edificios grises, rodeada de desiertos que parecían sumirla doscientos años atrás en el tiempo. El personal se quedó en un pequeño hotel, y Fanny, después de seis días, pudo compartir la cama con Gabriel. En el barco, la joven se había quedado en un estrecho camarote con otras enfermeras y, durante el día, tanto ella como Gabriel habían estado muy comprometidos atendiendo las instrucciones del coronel Fellows y los jefes de la guarnición, que a bien se tomaron el tiempo para explicar a todos los presentes la situación en Sudán.

Esa noche se amaron sin cortapisas, aprovechando que el resto del equipo se hallaba congregado en el comedor, en una especie de recepción dedicada a

agasajar a los miembros de la misión. Gabriel la retuvo en su habitación, la besó afanosamente y le levantó las faldas a toda prisa para después hundirse en su interior con una intensidad que la hizo delirar y gemir hasta derramar un par de lágrimas de placer. Más tarde, aparecieron simultáneamente, pero cada uno por su lado, en el atestado comedor. Ambos lucían sonrojados y sus miradas vidriosas, satisfechas. Ni el más despistado de los presentes fue ajeno al hecho de que aquella adorable parejita había estado intercambiando amorosas atenciones en la intimidad.

La conversación durante la sobremesa giró en torno a la presencia de los británicos comandados por el general Gordon en Sudán. Gordon, que había arribado a Jartum hacía un mes, lo había hecho con la misión de evacuar a los residentes británicos que deseaban dejar el país, pero que habían quedado atrapados en medio del fuego. Los nuevos médicos eran piezas importantes para atender a los soldados británicos y egipcios que se hallaban peleando en las ciudades cercanas a Jartum para llevarlos a salvo a casa. En unos cuantos días pisarían suelo sudanés y desde allí, de acuerdo a una planificación previa, la pequeña hueste de médicos y enfermeras voluntarias se uniría a la guarnición militar, que los repartiría en Omdurmán, Tokar, El Obeid y otras ciudades en conflicto. A Fanny y a Gabriel les correspondía quedarse en Jartum.

Al día siguiente, el viaje continuó y se extendió por diez días más. Fanny contuvo el aliento cuando el *dahabié* llamado *Telahwiya* —una curiosa embarcación que los llevaría a Sudán— se internó en el majestuoso río Nilo. Un horizonte de aguas plateadas y de verdes ribetes, preñados de vegetación, se mostró frente a sus ojos. Era un caudal recio, imponente, mágico. Su amiga Harmony le había descrito la experiencia de viajar a través del Nilo, pero al parecer se había quedado corta. Hasta ese momento, Fanny no había visto nada comparable, un lugar donde el cielo se confundía con el agua, como si no fuera más que un espejo gigantesco puesto de cara al sol.

Río abajo, la orilla se transformaba con el paso de los días; en vez de una exuberante vegetación, ahora se observaban suelos areniscos y estructuras como castillos de arena y piedras. El viento estival batía las palmeras con un apacible vaivén y favorecía la navegación por el tranquilo afluente. Fanny y Gabriel se dieron licencia para disfrutar de aquella vista juntos.

Cuando se preparaban para atracar en el sencillo puerto Jartum, en la

confluencia del Nilo Blanco y el Nilo Azul, el capitán del *dahabié*, atisbó un par de canoas que se acercaban muy de prisa hacia ellos. Los hombres que las abordaban les hicieron señas denodadas, que llamaron la atención del resto de la tripulación y de los pasajeros.

Gabriel frunció el ceño y echó un vistazo a los dos cañoneros que escoltaban la embarcación; nadie parecía ver ningún peligro. El capitán frenó la marcha de los rotores por orden del coronel Fellows.

El jefe de la misión fue quien se dirigió a los barqueros, que resultaron ser dos soldados egipcios y dos británicos. Los hombres se cuadraron al notar los galones de coronel. Fellows, un hombre de mediana estatura y apariencia engañosamente inofensiva, era el tipo de individuo del que cualquiera huiría despavorido en una pelea, si tan solo le conociera un poco.

—¿Cuál es la prisa, caballeros? —les habló desde la proa.

—Coronel —le saludó uno de los británicos—. Es un alivio verles con vida. Hemos intentado contactarle estos últimos días.

—¿Cómo es eso posible? En ninguna de nuestras paradas me han entregado algún cable de la guarnición.

—Lo sé, señor. Me temo que la línea telegráfica ha sido cortada por los rebeldes y el tráfico del Nilo, interrumpido, pero supongo que eso ha sucedido después de que el *Telahwiya* se internara en aguas sudanesas. Es un verdadero milagro que hayan llegado hasta aquí sin contratiempos.

—¿Qué sucede, soldado?

—Los hombres del *Mahdi* han engrosado sus filas con miembros de aldeas de todo Sudán. Han sitiado Jartum y atacado salvajemente otras ciudades. Son muchos, coronel Fellows, más que nosotros, incluso que los egipcios. Deben dirigirse a Omdurmán en este instante, con nosotros. Allá estarán seguros.

—¿Dónde está Gordon?

—Atrincherado en Jartum, señor —los respingos de horror y aflicción se elevaron. Gabriel abrazó a Fanny, que se había llevado las manos al rostro—. La ciudad entera está siendo asediada por los rebeldes. Si hubieran llegado hace dos días, quizá usted y su gente también lo estuvieran.

Las otras enfermeras se miraban los rostros, horrorizadas, porque aquello

ponía de manifiesto que la misión había tomado otro rumbo.

—Capitán —soltó Fellows—, nos dirigiremos a Omdurmán.

El *Telahwiya* atracó en el puerto de Omdurmán en medio de una nube de tensión, la de los pasajeros y la de los militares que los recibieron.

La señorita Larson, una simpática enfermera de Sussex con la que Fanny había mantenido interesantísimas charlas sobre procedimientos médicos, había sufrido un ataque de pánico; otra, la señora Tinne, lloraba a lágrima viva ante la tentativa de quedarse en Sudán un tiempo indeterminado.

Fellows corrió a reunirse con los jefes de la estación para recabar más información mientras que el personal médico había sido enviado a las dependencias que ocuparían, unos barracones cerca del centro de la ciudad propiedad de la antigua gobernación de Sudán. Un ejército de camellos y mulas esperaba para llevarlos.

—Fanny, lo lamento tanto —Gabriel la tomó del brazo con una rudeza que delataba su preocupación, la misma que oprimía al resto de los médicos—. Esto no tenía que haber pasado.

Ella le miró, dividiéndose entre el asombro y enfado.

—Pero si esto no ha sido tu culpa.

—¿Cómo no? —gruñó—. ¡Yo permití que vinieras! ¡Debí negarme, maldita sea! Si hubiera sido sensato te habría puesto en el primer tren a Cambridge en vez de traerte a este hoyo del demonio.

—Gabriel, por el amor de Dios, vamos a estar bien —repuso con una tranquilidad que a ella misma le sorprendía, pero había descubierto que en aquellas circunstancias uno de los dos debía ser fuerte. En ese momento le tocaba a ella—. Esto pasará. Las tropas harán lo suyo y nosotros lo que nos corresponde. Volveremos a casa... juntos y a salvo.

—Pero es peligroso... si algo te llega a pasar por mi culpa...

—No —puso un dedo en sus labios para callarle—. No, mi amor. Somos médicos, y vamos a ayudar a mucha gente a salvarse. Estamos aquí por una razón. Yo tengo fe de que esto acabará. Tengo fe.

Él la miró intensamente. No supo qué vio en sus ojos, pero lo que fuera

pareció apaciguarlo, gracias a Dios. Fanny rehuyó a su mirada, porque no deseaba que interceptara una sola brizna de duda. Cuánto agradecía su dedicación, su compasión, esas virtudes lo habían salvado de embarcarse en el *Lady Loch* y seguramente terminar en Jartum, sitiado por aquella horda de rebeldes que amenazaban la vida de Gordon y sus hombres. Aquello la llenaba de esperanza.

Los camellos esperaban, así que uno de los mozos encargados de trasladarlos le ofreció una mano para ayudarla a subir. Fanny la aceptó, pensando con tristeza que en otra ocasión estaría admirada y un poco asustada ante la tentativa de viajar a lomos de un curioso animal como aquel. Trepó con un movimiento casi automático y siguió las instrucciones del muchacho moreno oscuro, que chapuceaba el inglés.

Pocos minutos después partieron hacia los barracones a través del desierto. La hermosura del paisaje se desdibujó ante la tentativa del peligro, del miedo a lo que sucedería después. Fanny, protegida por un sombrero de paja que alguien le había prestado, miró hacia adelante y se repitió hasta el cansancio que aquello pasaría.

Se repitió a sí misma, como una letanía, lo que había dicho a Gabriel.

«Yo tengo fe».

## Capítulo 20

*Afuera de Tokar, Sudán  
Verano de 1884*

Cuatro meses. Ese era el tiempo transcurrido desde que pisaron suelo africano por primera vez. Cuatro meses en los que habían visto mil diferentes clases de heridas, vísceras esparcidas fuera de sus cuerpos, enfermedades a las que no sabían cómo llamar y hombres llorando como bebés, presas del dolor más desgarrador que un ser humano podía experimentar. De puertas adentro, el infierno tenía otros visos.

La misión médica se asentaba en un puesto de primeros auxilios situado a una distancia estratégica del campo de batalla; desde allí podían escuchar las detonaciones de los cañones, la lucha encarnizada, el rugido de la tierra bajo toda la feroz marea. Esperar. Aquella era la única constante mientras la lucha se desarrollaba. Esperar y mirarse a los ojos entre sí, sabedores de lo que estaba por venir. Los instrumentos dispuestos sobre la mesa, las camillas preparadas fuera de la tienda, las manos limpias, los ojos bien abiertos para valorar cada situación, tomar decisiones y actuar.

Aquella noche en Tokar las cosas no fueron diferentes. Ante la caída casi total de las tropas asignadas allá, el grupo de Omdurmán debió dirigirse a atender a los heridos que seguían defendiendo la ciudad. Fanny estaba inclinada sobre una de las camillas, ocupada por un muchacho que se recuperaba de una afección en los pies, algo llamado «pie de trinchera», que había pillado tras pasar demasiado tiempo en un agujero inundado y repleto de los cadáveres de sus compañeros. La joven le tomó la temperatura y se complació de comprobar que ya no tenía fiebre.

Había visto morir a muchos hombres, soldados que llegaban a su mesa ciegos, sordos, desprovistos de algún miembro, sentenciados por alguna herida fatal o simplemente sin signos vitales. Si no hubiera sido por los que sí había logrado ayudar y salvar, aquella se habría convertido en la experiencia más traumática de toda su vida.

Echó un vistazo a Gabriel y le encontró mirándole; ella le brindó una pequeña sonrisa que pretendía infundirle ánimo y esperaba que también pudiera revelarle cuánto le amaba. Aquellos meses habían sido duros para los

dos, pero también los había formado como médicos, como seres humanos. La experiencia los había unido.

Al cabo de un momento comenzó la frenética llegada de los heridos. Los camilleros descargaron una decena de cuerpos sobre las mesas; hombres ensangrentados, inconscientes, otros que hubieran preferido estarlo, exhibiendo heridas espantosas. Gritos, llanto, maldiciones, órdenes militares lanzadas furiosamente que se cruzaban con las que rugían docenas de médicos a sus enfermeras.

Fanny se dispuso a romper los pantalones de uno de los heridos, un hombre de contextura robusta que había sido atacado con una cimitarra, y mientras lo atendía con la ayuda otra enfermera, entraban más y más camilleros con nuevos pacientes. De pronto, la tienda estuvo llena, y ella estaba segura de que afuera había hileras de heridos tendidos sobre la arena, esperando a ser atendidos. El soldado que se recuperaba de su pie de trinchera fue movido hacia otro lugar, por cuanto el catre que ocupaba se necesitaba para atender a otro herido de gravedad.

Fanny miró a Gabriel, quien estaba a cargo de un caso más difícil: un soldado que presentaba una herida descomunal en el rostro. Un estremecimiento la recorrió.

Al principio no le había resultado fácil asimilar todo aquello. Fanny cometía errores, como la estudiante que era, pero el más común era el de involucrarse con el dolor de sus pacientes, llorar con ellos y romperse cuando no podía hacer nada para salvarlos. Las otras enfermeras mostraban un cariz mucho más adusto ante el sufrimiento ajeno, y ello les permitía actuar desde la razón y no desde los sentimientos. Algunas de esas curtidas mujeres, que habían estado en el frente en incontables ocasiones, la felicitaban por su destreza y conocimiento, y otras la reñían por su fragilidad o por el hecho de que se oponía cuando dejaban de suministrarles la medicación a algunos pacientes para no derrocharla en alguien que evidentemente no duraría mucho.

Ella se sentía incapaz de no sentir como si estuviera en la piel de aquellos pobres hombres, o eso le sucedió las primeras semanas, porque más tarde descubrió que aquella frialdad no era más que la consecuencia de la fortaleza y el autodomínio de un verdadero profesional, y que se adquiría con la práctica. Para entonces, ya había visto suficientes casos que comenzaban a curtirle el pellejo.



—¡Y todo por la arrogancia de Gordon! —escupió el mayor Parrish mientras la enfermera Tinne le cambiaba el vendaje de una herida menor en el hombro—. Si tan solo hubiera seguido las órdenes de Gladstone ya estaríamos en Inglaterra bebiendo cerveza y comiendo algo más de conservas. ¿Qué hombre en su sano juicio desafía a ese lunático del *Madhi* con un ejército de egipcios holgazanes, pasando por encima de sus superiores? —Bufó en voz baja, con la mirada perdida—. ¿Acaso pensaba que era posible negociar con alguien que dice ser el enviado de Alá para expulsar a los impíos? A ese hombre no le interesa repartir tierras o hacer fortuna. ¡Qué va! Esa gente se cree ungida por su dios para gobernar. ¿Cómo se le persuade a un fanático religioso? Y lo peor es que cada vez hay más lunáticos como él que creen en su discurso y le siguen con fervor.

—¿Alguna noticia de Londres, mayor? —quiso saber una enfermera a la que todos llamaban simplemente Molly.

—Ninguna que sepamos —Parrish dio un sorbo a su petaca de alcohol.

—Se han olvidado de nosotros —musitó otra.

—Eso me temo —le dijo, aunque parecía que se lo decía más a sí mismo.

Fanny, que limpiaba los instrumentos intercambió una mirada tensa con Gabriel. Éste se hallaba al cuidado de un capitán en estado de inconsciencia al que le habían extraído varias balas. El médico no se inmutó ante el comentario del mayor.

Tal como lo había dicho Parrish, el general Gordon, líder del ejército británico en Sudán, había decidido por su cuenta convertir una misión de evacuación en una agresiva campaña para expulsar a las fuerzas del *Madhi*. Londres no estaba contento al respecto y tampoco daba señales de querer ayudar a los británicos atrapados en aquella irreflexiva intentona.

En aquel momento, Fellows descorrió la cortina y se introdujo en la tienda que servía de hospital. Parrish se irguió *ipso facto* y a juzgar por el semblante nervioso, el joven temía que su superior hubiera escuchado sus pesimistas perspectivas.

—Caballeros, señoritas... —el coronel se dirigió al personal médico—. Me disgusta tener que interrumpir sus nobles labores, así que seré muy breve. Mañana emprendemos una nueva misión. Esta vez llegaremos al otro lado del río.

—¿Al otro lado, señor? —repitió la enfermera Larson con los ojos desorbitados—. ¿A Jartum?

—Ciertamente. Ha llegado una carta desde el atrincheramiento, parece que la comida se les está terminando, lo mismo que el agua y las municiones; hay un brote de cólera y disentería, algunos hombres están desahuciados. Otros... han perdido la razón a causa de la tremenda presión. En fin, la situación es penosa y exige de nuestra intervención inmediata. Llevaremos insumos a Gordon y a sus hombres, y si Dios nos lo permite, nos traeremos a algunos heridos para tratarlos aquí.

—Pero, ¿cómo? —quiso saber el avezado cirujano Graham Murray.

—Tomaremos el mismo camino que el emisario que nos hizo entrega de la carta —concedió Gordon—. Al parecer es una vía segura mediante la cual se puede ingresar y salir de Jartum sin ser vistos. Necesito tres médicos y tres enfermeras.

—¡Esto no tiene sentido, coronel! —retrucó el otro con su fragoso acento escocés—. ¿Nos arriesgará para salvar la vida de hombres que quizá no sobrevivan al cólera y a la disentería? Somos más útiles vivos, ¿sabe?

—Escuche, Murray —Fellows mostró los dientes—. Nosotros podríamos correr con la misma suerte que la gente de Jartum y Tokar en cualquier momento, así que cierre la boca y colabore. Gordon es nuestro general y no lo dejaremos a su suerte mientras tengamos medios para ayudar. Usted irá primero —le señaló furiosamente con el dedo. Murray apretó los dientes—. ¡Y Clayton! ¡Y también Windham!

Fanny se preguntó cómo demonios había conseguido mantenerse estática después de haber oído que Gabriel también iría. Lo observó rápidamente, tenía los brazos cruzados al pecho y sostenía una expresión adusta. Esta vez él no le devolvió la mirada.

—Entonces deberá darnos unas armas —fue todo lo que dijo y los demás médicos y enfermeras le miraron como si se hubiese vuelto loco.

—¿Sabe disparar un arma, doctor Cambridge? —preguntó el coronel con un deje de incredulidad que le supo a burla.

—No sería tan tonto para pedírsela si no supiera usarla, Fellows.

—Cuenta con ella, entonces —asintió, satisfecho. Y volvió a dirigirse al

grupo antes de abandonar la tienda—. Nos veremos al amanecer para las instrucciones.

Cuando la jornada acabó y se hizo lo humanamente posible por cada hombre que necesitaba atención médica, Fanny se unió al grupo que ofrecía el reporte a los jefes de la guarnición. Se cuantificaron las bajas, el número de hombres con vida y la gravedad de las lesiones. Éstos serían trasladados al día siguiente a Omdurmán, donde podrían ser tratados en las instalaciones del ejército.

Había sido otra noche en la que el fin del conflicto lucía lejano. Pero esta vez un peso extra había caído sobre la cabeza de Fanny, aquella temible misión que había sido encomendada a Gabriel y a otros dos médicos. Las enfermeras habían sido seleccionadas por Murray, y en la lista no figuraba su nombre, lo cual lamentó pues, había querido ofrecerse. Por desgracia, solo había lugar para tres y los cambios no estaban contemplados. No había modo que ella le acompañara.

Por primera vez en cuatro meses se separarían.

—¿Cómo es que sabes usar un arma de combate?

Fanny se sentó a su lado en la arena. Era noche cerrada, y el campamento estaba a oscuras y en silencio. A lo lejos, los carbones de las fogatas extintas aun brillaban con un ligero resplandor dorado. El cielo era un manto negro donde asomaban unas tímidas estrellas, y el desierto alrededor de ellos, vasto y lóbrego.

—Yaxley y su padre me enseñaron, un verano que pasé en su finca de Dorchester —dijo Gabriel tras darle una calada a su cigarro—. Su padre es un veterano de la guerra maorí, perdió las piernas luego de que un nativo le clavara dos lanzas. Pero su espíritu nunca decayó. Don y yo éramos compañeros del *college* hasta que se marchó al ejército, como era su deseo desde pequeño, luego terminó la carrera en un hospital. Son personas a las que estimo mucho. Hicieron que mi vida fuera más sencilla.

—Ya lo recuerdo —sonrió—. Tienes amigos, solo que pocos.

Él la miró burlón, o eso imaginó, porque ahí afuera estaba muy oscuro.

—La relación entre Don y el general es estupenda. Con frecuencia

envidiaba a mi amigo, porque era la clase de relación que yo hubiera querido tener con mi padre.

—Me gustaría mucho conocerlos —se hizo un silencio casi rotundo; un viento helado se coló entre ellos—. ¿Crees que Yaxley esté en Jartum?

—Eso espero, Fanny. Debo ir allá y comprobarlo.

Ella jamás hubiera imaginado que el desierto podía ser tan frío de noche, lo había comprobado hacía tiempo, pero lo que le hacía temblar hasta agitarle los huesos en aquel momento era la idea de que Gabriel dejara el campamento y que no regresara nunca más. Se le hizo un nudo en la garganta; no se atrevía a oponerse. Era su deber.

—Ten cuidado, te lo ruego... —se le quebró la voz ligeramente, aunque había intentado con denuedo sonar firme y segura.

Gabriel apagó el cigarro contra la arena. Se acercó a ella.

—Fanny, la única cosa que jamás me perdonaría es arruinar esto que tú y yo tenemos.

Le rodeó los hombros con el brazo y la atrajo con aire posesivo. Se fundió en ella con un beso lento y suave, pero desbordado de pasión, pleno de calidez. Estremeciéndose, Fanny se aferró a él, sintiendo cómo la sangre comenzaba a arderle con violencia, al tiempo que sus temores revoloteaban alrededor de ellos.

Debía admitirlo, estaba aterrada. Si había pasado por todo aquello sin proferir un solo lamento era porque Gabriel estaba junto a ella, porque sentía que ambos eran más fuertes juntos y que sin importar el tamaño del desafío, podrían sortearlo si se tenían el uno al otro.

Sabía que la gente en Jartum lo necesitaba, que su compromiso era indefectible, que un buen amigo suyo podía estar al borde la muerte, y aun sufría horrores al tener que dejarle ir. Su lado calculadoramente femenino le pedía engatusarle, le suplicaba que le envolviese con dulces artimañas para forzarlo a claudicar, pero la parte racional de su ser se imponía para dejarle ir y cumplir con el trabajo de un verdadero médico. Lo último que deseaba era decepcionarlo con sus objeciones y que creyese que era una mujer débil... una mujer que había perdido la fe.

—No te preocupes por mí —le decía entre beso y beso.

—¿Cómo puedes pedirme eso? Cada segundo lejos de ti será una agonía, Gabriel Windham. Si llega a pasarte algo... —no fue capaz de continuar.

—Fanny, volveré —sus manos le sostuvieron la mandíbula con calibrada firmeza; le miró en la oscuridad, aunque ella solo podía ver su silueta oscura recortada contra el cielo estrellado—. Volveré aunque tenga que batirme con todo el *mahdiya*.

—Eso no depende de ti. Jartum está sitiada por miles de hombres.

—Mi amor, tu fe es lo que me ha dado fuerzas —musitó contra sus labios, derramando una exquisita tibieza que ejercía en ella un efecto tranquilizador—. Volveré a salvo, y nos iremos a casa juntos para ser felices. ¿Crees que me iría de este mundo sin hacerte mi esposa?

El corazón de Fanny se detuvo una milésima de segundo, y cuando echó a andar de nuevo, lo hizo alborozadamente, tan de prisa que creyó que se desmayaría de un momento a otro. ¿Había dicho «esposa»?

—¿Qué? —susurró.

—Stephanie Thorton —comenzó a decir con voz solemne, tomando su mano temblorosa—, aquí en el inhóspito pero tan apropiado como cualquier otro lugar del mundo, desierto de Sudán, quiero suplicarte, por el bien de mi alma, que me hagas el honor de convertirte en mi esposa.

Ella hizo un par de intentos por responder, pero había perdido la voz producto de su inconmensurable entusiasmo; el amor brotaba de sus poros como una cascada infinita e incontenible ante aquellas hermosas palabras.

Una mujer como ella, rebelde por naturaleza y con aspiraciones muy inusuales, repelía las propuestas matrimoniales, huía de ellas como si de la peste se tratase, pero en aquel minuto se sintió como la jovencita más enamorada de la tierra, y comprendió que el destino había sido benévolo con ella porque la había cruzado con el único hombre en la tierra al que podía gritarle *sí* desde el corazón, con el único hombre que esperaba de la vida lo mismo que ella.

En ese momento solo acertó a echarse a los brazos de su amado para besarlo con frenesí, esperando que él entendiese que aquella era la respuesta que no podían formar sus labios. Él respondió del mismo modo, envolviéndole el cuerpo en sus brazos y acariciándola. La acomodó a horcajadas sobre él y

la presionó sobre su erección al tiempo que la devoraba con besos profundos.

En una maniobra ágil y sorprendentemente rápida, la despojó de su ropa interior, y después se quedó desnudo debajo de ella. Fanny soltó un gritito de placer cuando la tomó por las caderas y atrajo con decisión, empalándola.

Ambos sabía que era una colosal travesura hacer el amor ahí en el desierto, a pocos metros de los guardias que debían de tener los ojos abiertos ante una temida pero posible incursión del ejército del *Madhi*, pero a ninguno le importó ser descubiertos. Se deseaban con locura. Y necesitaban sellar el pacto del compromiso de algún modo.

—Te amo —decía Fanny mientras se movía suavemente sobre él. Gabriel guiando sus caderas con gentil sensualidad—. Quiero ser tu esposa, así que vuelve.

—Te amo —fue su lacónica respuesta.

Después de eso, el orgasmo fue inevitable. Se sacudieron enérgicamente mientras el gozo más extraordinario se volcaba sobre ellos y sus jadeos atravesaban el desierto como una tormenta de arena.

La misión partió al amanecer.

Aquellas fueron las horas más angustiosas que Fanny había vivido en toda su vida, y así las recordaría hasta el final de sus días. Habían regresado a Omdurmán para trasladar a los heridos a los barracones militares donde el personal médico disponible les ayudaría a recobrar. El viaje desde Tokar fue incómodo para todos, especialmente para los heridos, que habían sido instalados en *howdhas* sobre los camellos.

Fanny miró atrás con ansiedad. Gabriel había de quedarse en el campamento con Fellows y el resto del contingente que buscaría ingresar a Jartum esa misma noche. Durante todo el camino oró obstinadamente por él, por el éxito de la misión y porque el conflicto terminara. Al cabo de unos minutos fue consciente de que su prometido se había quedado atrás. Jamás se sintió más lejos de casa en toda su vida. La visión del desierto se le había desdibujado debido a las lágrimas que le escocían en los ojos.

Llegados a Omdurmán, horas después, les esperaba una buena noticia: los egipcios habían retomado el control del río Nilo. Eso significaba que podían

volver a navegar hacia Alejandría y El Cairo sin ningún peligro. Fanny juntó las manos y elevó una plegaria de agradecimiento, igual que el resto de las enfermeras. El momento de volver a casa había llegado pues, otra misión médica estaba pronta a zarpar hacia Omdurmán para sustituir a la actual.

Durante el día intentó no pensar en la misión de Jartum, pero fue inútil. Dedicó más horas de lo usual a atender a los enfermos y heridos, conversó con ellos, como solía hacerlo con los pacientes que esperaban fuera de la consulta del doctor Travis en Whitechapel, y les preguntó sobre sus familias como una manera de recordarles todo lo bueno que les esperaba en casa cuando aquella pesadilla terminara. Ellos se emocionaban al hablar de sus hijos y esposas... los más jóvenes le contaban de alguna enamorada que habían dejado agitando la mano en un puerto lejano o de algún proyecto que siempre quisieron llevar a cabo cuando dejaran el ejército.

Aquellas conversaciones les daban esperanzas y, de algún modo, influenciaba su pronta recuperación. Fanny había entendido que la fe, la ilusión por el futuro, por el amor, podía obrar milagros en la gente.

Horas después, caminaba con desasosiego por los toscos corredores de la instalación militar. Intentaba ahuyentar las imágenes de Gabriel colándose hasta la ciudad de Jartum junto con un grupillo de soldados, médicos y enfermeras comandados por el coronel Fellows, porque de solo verlas en su cabeza, el estómago se le contraía. Nadie podía saber cuándo conseguirían volver, así que nadie les esperaba... solo ella, que no dejaba de mirar por los postigos de la ventana. «Por favor, aparece. Aparece pronto». Pero solo podía atisbar interminables franjas pardas contrastando con un cielo azul, el desierto haciendo honor a aquella misma palabra, porque nadie a lo lejos aparecía, ni un camello, ni un soldado, ni el amor de su vida.

Y así pasaron dos, tres, cuatro días.

Y al quinto se vio venir un contingente descendiendo a toda velocidad por las dunas de Omdurmán. Fanny se hallaba en el hospital, y fue alertada por Debbie, una de las enfermeras. Antes de que la joven terminara de avisarle, ella ya se había echado a correr hasta la planta baja del edificio, su pecho convertido en una rígida sucesión de latidos de temor y esperanza que se sucedían. Los camilleros corrieron para recibir a los hombres que venían en hombros de otros, y a los que se tambaleaban sobre los *howdhas*. Con presteza, los hombres rescatados fueron llevados hasta el hospital.

—¿Qué sucedió? —preguntó el capitán Child entre gritos.

—¡Nos atacaron! —rugió un oficial cubierto de pólvora y sangre tras dejar un cuerpo jadeante sobre una camilla—. Embarcábamos de regreso cuando una lluvia de balas nos cayó, señor. Fellows cayó muerto en el río; de inmediato nos metimos en las canoas y comenzamos a remar para salvar el pellejo.

—No eran muchos —explicó otro que, aunque sucio y enrojecido por el sol parecía ileso—, pero dispararon desde una colina y apenas pudimos defendernos.

—Con las prisas no vimos quién cayó detrás de nosotros —completó el primero—. Solo remamos, señor. Remamos como si el diablo viniera tras nosotros.

Fanny miró a un lado y a otro. Gabriel no estaba por ningún lado, reconoció con escozor. Contuvo un sollozo y procuró centrarse en el herido que le habían dejado en su mesa, pero necesitó sacudir la cabeza un par de veces para deshacerse del estupor. Aquellos hombres dijeron que habían vuelto incompletos. Y Fellows estaba muerto.

Entonces, cuando al fin enfocó el rostro de su paciente, no lo pudo creer.

—Fanny —jadeó él en un estado soporífero—. ¿Eres tú?

La joven se paralizó mientras miraba incrédula el cuerpo consumido que tenía delante. La impresión fue tanta que se tambaleó de dolor, pero se resistió a exhibir en su rostro el más mínimo asomo de él.

—*John...* —musitó.

—Diantre... Jamás creí encontrarte aquí —dijo apenas su amigo, el flamante corresponsal del *Times* en la guerra de Sudán—. Creí que este lugar te asustaba.

—Me asusta —asintió con tristeza—, pero vine a ayudar.

Le apartó la mano del abdomen y le revisó la herida debajo del vendaje. También entonces debió fingir despreocupación ante aquella zanja sangrante y profunda. La joven se limitó a brindarle una sonrisa de ánimo y procedió a hacer su trabajo. John Radford había resultado herido en la refriega del río.

Horas después, Fanny seguía sin saber nada de Gabriel. Dejó a John en el



hospital, bajo los efectos de la clorodina, y salió afuera a preguntar por el médico. Nadie le había visto desde que embarcaran apresuradamente en el Nilo bajo una lluvia de balas. No obstante, habían intentado consolarla narrándole sus proezas en Jartum. Le hablaron de los enfermos a los que había ayudado, las heridas que había conseguido curar y que nadie más había podido, incluso le contaron que había ayudado a Murray a intervenir a un soldado egipcio cuyo rostro había quedado deforme tras una explosión. El soldado, con la cara cubierta de vendas, se recuperaba ahora a pocos metros de allí, pero sus salvadores no habían conseguido llegar a la estación de Omdurmán.

Fanny no reaccionaba ante aquello, ni siquiera escuchaba. Su mundo se había oscurecido miserablemente, igual que sus sentidos. Gabriel no había vuelto, se había quedado a la orilla del río... quizá había corrido con la misma suerte que Fellows.

*¡No!*, gritó en su interior mientras un tormento se apoderaba de cada pulgada de su ser. Tenía que estar vivo, en alguna parte, se repetía incansablemente. El llanto no tardó en aparecer y las fuerzas le fallaron. Se había quedado sola, sentada sobre una ruda banca en mitad del área militar, llorando desconsoladamente por Gabriel.

Pasaron las horas, y aunque hubiera deseado quedarse llorando, debía seguir con su ronda. Regresó al hospital cuando ya era de noche, y para entonces se sentía como un fantasma vagando por los barracones.

John estaba dormido, así que le dejó descansar mientras echaba otro vistazo fuera del puesto militar, más allá de las murallas de la ciudad. Todo estaba en calma, y ni un cuerpo aparecía a lo lejos. Tan solo las palmeras se agitaban mecidas por el viento.

El pecho le dolió.

—Has llorado —observó John con voz tenue.

—No lo puedo evitar —dijo Fanny mientras barría con un rastro de lágrimas—. Creo que soy demasiado cobarde para la guerra.

—No digas eso. Te recuerdo como una mujer muy resuelta.

—Pienso que todos tenemos un límite.

—Vi a Seymour allá en Jartum. Se portó como un campeón, ¿sabes?

Atendió a varios hombres que estaban sufriendo y les devolvió la vida —su mirada se perdió, como si recordara algo—. Me gustaría retirar lo que dije alguna vez, en aquel baile en Londres, ¿recuerdas? Que uno no debería dejarse atender por él. La verdad es que es un médico excelente. ¿Está por ahí? ¿Puedes decirle que venga? —Fanny sacudió la cabeza, su rostro se descompuso de tristeza y él supo leerlo—. Oh, lo siento mucho...

—John, debes descansar. El médico de guardia vendrá a verte en un momento.

—Escucha, Fanny —su rostro se contrajo, acongojado, y el llanto también anegó sus bellas facciones—. Sé que no saldré de esta. Quiero pedirte un favor muy especial. Dale eso a Rupert —señaló un polvoriento cuaderno de entre la pila de cosas que había junto a su catre y ella lo tomó—. Es mi diario personal de todo el viaje. Quiero que él lo tenga, quiero que lea todo lo que escribí para él... Todas las noches que pensé que iba a morir allí, entre los enfermos de cólera o atravesado por la espada de un sudanés solo saboreaba sus recuerdos. Lo deseaba. Pensaba cuánto me hubiera gustado estar en casa, tomando un té entre sus brazos, mirando la lluvia. Ahora nada de eso sucederá jamás. Y es mi culpa, Fanny. Yo lo arruiné todo.

Fanny le miró a través de un velo de nuevas lágrimas.

—John... —mesó cariñosamente sus rizos, ahora de un rojo apagado.

—A pesar de todas las veces que quiso hacerme entrar en razón siempre tuve esta idea loca de venir a África. Creí que ello le traería prestigio a mi profesión, ¡gloria! —resopló amargamente, y Fanny le secó las lágrimas con su manga—. Ahora sé que debí haberme negado, que mi único deber era hacerle caso a mi corazón.

—No fue tu culpa.

—Entrégaselo, te lo ruego —cerró los ojos.

—Lo tendrá en sus manos. Te lo prometo.

—Y si no es mucho pedir, Fanny... —sollozó de un modo que le hizo arder el corazón—. Dile también que lo amo.

—Se lo diré —se le quebró la voz.

Tomó su mano con fuerza y él sonrió, aun en medio del llanto.

La joven sabía que no tenía tiempo de lamentarse. De nuevo debió levantarse y seguir adelante pues, a su alrededor, otras camas ocupadas por pacientes aquejados, clamaban por su atención. La vida continuaba, aunque en su interior estuviera hecha polvo.

Vio a los pacientes uno a uno y se limitó a cumplir con su deber de revisar heridas, cambiar vendas, tomar la temperatura y suministrar las dosis de medicamento. No tuvo fuerzas, sin embargo, para hablar y repartir esperanza entre ellos, no se sentía capaz. Su propia esperanza estaba seriamente resquebrajada.

Escuchó a las otras enfermeras murmurar que en los próximos días saldría un *dahabié* hacia el puerto de Alejandría, pero ningún entusiasmo alteró sus facciones.

Llegó el amanecer, y con él los suaves grises desaparecieron para dar cabida a un cielo repleto de franjas doradas y azules que brotaban desde una colina parda. Fanny se sentó en la arena, ajena a aquel colorido horizonte y suspiró dolorosamente. Había llorado suficiente y se sentía seca; los párpados inflamados, la nariz roja y los labios secos y resquebrajados. Ni siquiera le importaba que hubiera salido al férvido sol africano sin llevar sombrero. Estaba desecha y ya nada podía empeorar las cosas.

¿Dónde estás, Gabriel? ¿Estás aun con vida, mi amor? Se preguntaba en su fuero mientras escudriñaba obcecadamente el desierto.

Los militares habían iniciado una búsqueda, habían llegado hasta el lugar que los sobrevivientes señalaron como el escenario de la refriega y habían hallado los cuerpos del doctor Murray, de la enfermera Molly y de los militares, pero no había rastros de Gabriel, ni del coronel Fellows. Child, que había asumido el mando en ausencia de su superior, presumió que el río había arrastrado los cuerpos desaparecidos. Iniciar otra búsqueda para recuperar cadáveres era, según había decretado, una osadía, dada la peligrosidad de la zona.

Aunado a esto, se había anunciado la salida del primer *dahabié* a Alejandría. Las fuerzas de Omdurmán estaban por recibir nuevos refuerzos, aunque nada significativos para enfrentar a las fuerzas del *Madhi* que sitiaban Jartum por lo que, estaba segura, la gente continuaría muriendo y el conflicto

continuaría al rojo vivo por mucho tiempo más.

«Gabriel, por favor»... sollozó. «Aparece. Te amo. No me pidas que renuncie».

Hablaba al desierto, le pedía que se lo devolviera, pero éste en su inclemente arrogancia, no le contestaba.

Cuando regresó para ver a John, a quien el médico de turno le había dejado de prestar atención por tratarse de un «caso perdido», Fanny le tomó de la mano. A diferencia de hacía un par de horas, estaba helado y sus uñas ligeramente amarillas. Su rostro, inexpresivo y pacífico le hizo arrugar el ceño con inquietud.

La joven llevó sus dedos hasta la vena situada en su cuello y dejó escapar un sollozo al notar el más completo silencio. Se había ido.

—Vuela en paz, mi querido John —dijo estrechando sus manos tras pronunciar una oración en su nombre—. Vuela en paz, amigo.

Entonces se vino abajo.

¡Santo cielo! John no merecía un final tan triste y trágico. Era un buen muchacho, valiente y sensible. Y pensar que Gabriel también podía haber corrido con esa suerte, se dijo hipando por el llanto que intentaba tragarse con todas sus fuerzas. La perspectiva de que él hubiera muerto solo en el desierto, a manos de esos horribles hombres, le hería de un modo físico, le provocaba arcadas y una desesperación sin nombre. Ella no había estado allí para cuidar de él en sus últimas instancias.

Se sentó en el suelo, junto al catre de su amigo fallecido, y se llevó las manos al rostro dejando que el llanto se apoderara de ella sin más resistencia. Le importaba un comino que las otras enfermeras le vieran y le censuraran por su extrema fragilidad.

Lloró por Gabriel, por John y por todos los muertos que había visto, por todos quienes habían sufrido en aquella tierra dejada de la mano de Dios. Oró fervientemente, como jamás lo había hecho, juntando las manos y cerrando los ojos, deseando que todo terminara pronto, que los soldados pudieran regresar a casa y abrazar a sus familias.

No supo cuánto tiempo estuvo así, pero al cabo de un momento escuchó un barullo que la extrajo ligeramente de su embebecimiento. Pasos sobre el suelo de linóleo y voces agitadas. Fanny detuvo sus plegarias, pero no se levantó del suelo, ni siquiera abrió sus ojos. Solo cuando el ruido se hizo más potente y cercano se atrevió a despegar los párpados hinchados, húmedos y doloridos y a levantar la cabeza.

Estirando el cuello fue testigo del momento preciso en que un hombre, vestido con uniforme militar sucio de pólvora, lodo y sangre, entraba por las puertas dobles del hospital cargando consigo un cuerpo inconsciente. El velo de lágrimas que aun anegaba sus ojos le impidió mirar bien. Fanny parpadeó para deshacerse de su llanto, se limpió los ojos con las mangas y entornó los ojos con fuerza. El militar depositó el herido sobre una camilla alejada. Fue allí adonde ella miró en primera instancia, mientras se ponía de pie con una dolorosa esperanza oprimiéndole el pecho.

No era Gabriel, reconoció con la ilusión maltrecha, apaleada hasta la muerte; de hecho, era un hombre que jamás había visto. Estaba con vida, gracias a Dios, pero ello no le impidió suspirar de pena y decepción.

Dos enfermeras aparecieron y se ocuparon diligentemente del nuevo herido. Escuchó cuando una de ellas le llamó «capitán Yaxley» y le dijo que todo iría bien ahora.

Pero entonces, Fanny se dio cuenta de que el militar se había quedado estático y le miraba fijamente, habiéndose olvidado del cuerpo que acababa de dejar. Ella fue al encuentro de aquellos ojos... y allí, entre la sangre seca, la pólvora y el barro que se le adhería a la piel, reconoció un par de ojos azules descollando por sobre todo lo demás. La vivacidad de aquella mirada, segura, fuerte, imbatible y que tantas veces le había hecho sentir orgullosa, ahora le hizo temblar las piernas.

Su corazón dio un latido que la devolvió al mundo de los vivos y sus pulmones se dieron licencia para volver a respirar sin que le resultara doloroso. Su asombro, ¡y su alivio! eran demasiados como para correr a sus brazos o para sonreír siquiera. Estaba sumida en un sopor que reñía con su propia felicidad.

Todo lo que Fanny acertó a hacer fue caminar hacia él, y él imitó su acción. En algún momento del camino se encontraron y se detuvieron frente a frente, mirándose a los ojos intensamente. Aquel intercambio fue tan íntimo, tan

elocuente y significativo, que ni siquiera fue preciso que se fundieran en un abrazo, o que sus labios se tocaran.

Sus miradas encerraban complicidad, entrega, deseo y un amor que habría conseguido salir ileso si le obligasen a atravesar todos y cada uno de los círculos del infierno... y que luego de hacerlo habría salido renacido.

Ella le recorrió con los ojos desorbitados. Llevaba puesto un uniforme militar y estaba tan sucio que apenas había podido reconocerlo.

—¿Estás bien? —preguntó él con ansiedad.

Fanny frunció el ceño con reproche, pero por dentro se sentía henchida de amor.

—¿Que si estoy bien? Has sido tú quien ha vuelto de la tumba.

Él negó con la cabeza.

—Ya no pienso fallarte nunca más, milady. Aquí estoy.

Ella hizo un puchero, y las lágrimas volvieron a aparecer, así que él la abrazó al fin. Dejó que el fuerte abrazo de su adorado doctor Gabriel Windham la arropara, que le susurrara que la amaba y que le asegurara que todo estaría bien.

## Epílogo

Resultó que Gabriel y Donald, fusil en mano, habían repelido con valor el ataque de los hombres del *Madhi*. Habían cubierto a los demás mientras huían en canoas a través del Nilo, sin ser conscientes de que ellos mismos se quedaban sin oportunidad de embarcar. Al final, Don fue herido y Gabriel se hizo cargo de él con los escasos suministros que llevaba consigo. La pequeña horda había sido extinta o bien, los pocos sobrevivientes se habían visto en la necesidad de retroceder.

Luego de comprobar la muerte de Fellows y de otros miembros de la misión, Gabriel cargó a su amigo, sabedor de que era cuestión de tiempo para que un nuevo contingente de hombres comenzara a disparar hacia ellos, y lo arrastró hasta una zona de palmeras donde le inyectó morfina, le dio un poco de agua y le trató superficialmente la herida. La primera comisión de búsqueda no los había hallado, pero una segunda, que había salido de Omdurmán aquella misma noche por petición del capitán Child, había llegado más allá de la orilla opuesta del río y había logrado su cometido.

Y ahora Gabriel estaba allí, a salvo, narrando la historia junto al achispado capitán Yaxley, que llevaba el muslo izquierdo envuelto en una venda, ya fuera de peligro. Los otros médicos, incluso los militares lo habían felicitado por su valor. A Dios gracias había aprendido a usar un rifle Remington en unas vacaciones de verano, pensó Fanny con una sonrisa exultante.

El último contingente de revelo llegó dos semanas después, solo entonces Fanny y Gabriel decidieron partir hacia el puerto de Alejandría, y después a casa. El conflicto en Sudán continuaba, Gordon y sus hombres seguían atrincherados en Jartum, pero no había nada que hacer por el momento. El parlamento debía autorizar y enviar todo un ejército para enfrentar a los miles de rebeldes que asediaban la ciudad, pero ni siquiera habían tomado una decisión al respecto, lo que todos juzgaban como una canallada.

Un mes después de haber dejado atrás las áridas tierras africanas, llegaron a Londres a través del Támesis. El vapor atracó en el Royal Victoria, donde los padres de Fanny —que habían sido avisados de su llegada a través de un telegrama enviado desde Alejandría— le estaban esperando. Los señores

Thorton no sabían si abrazarla y llenarla de besos o matarla por haberles sometido a semejante tormento, el de marcharse a la guerra por meses y mantenerlos en la más dolorosa zozobra, sin saber por lo menos si seguía con vida. Fanny les pidió perdón y les abrazó con lágrimas en los ojos.

Seguidamente, les presentó a lord Windham. Gabriel no pudo evitar notar la mirada de confusión y desconfianza que los padres de Fanny le dirigieron, aun así se mostró obsequioso. Después de todo, eran sus futuros suegros.

Al día siguiente estaba invitado a cenar en la residencia Thorton. Se apareció en la puerta a la hora pautada, vestido de punta en blanco y dispuesto a derrochar su encanto; pero no la clase de encanto estudiado que llegó a emplear para envolver a las personas en el pasado sino el verdadero, el que había transmitido esperanza y seguridad a sus pacientes y del que Fanny había quedado irremediabilmente prendada.

En las dos horas que duró la cena, el médico resistió valientemente la interpelación del señor Thorton, que no estaba nada contento ante la idea que su hija hubiera pasado meses en tierras tan inhóspitas y peligrosas, aunque fuera salvando vidas de soldados británicos. Además, la presencia de aquel caballero educado, de mirada audaz y resuelta —que le revelaba que estaba acostumbrado a obtener todo aquello que se proponía— le permitía adivinar lo que estaba por venir. Su hija lo había descrito poco menos virtuoso que un santo, y ello era toda una novedad dado que Fanny apenas notaba las virtudes de sus pretendientes. Cecelia había mostrado sus reservas en un principio, pero luego, ¡cómo no! había terminado rendida a los pies del encantador conde de Windham, de su trabajo como médico, de las anécdotas de valor en el frente que Fanny había relatado con aquella emotividad con visos de teatralidad, pero sobre todo de cómo miraba aquel hombre a su hija, con esa devoción tan patente, con ese amor incuestionable.

Llegada la hora de la sobremesa, Windham y Thorton se marcharon a la biblioteca, y fue allí donde Gabriel pidió la mano de Fanny. A él le habría gustado hacerla su esposa en el barco de camino a Londres, aprovechando que un capellán había abordado en Plymouth, pero aquello no habría sido justo con ella. Fanny merecía una espléndida ceremonia, lucir un hermoso un vestido, caminar del brazo de su padre y contar con la presencia de sus queridas amigas.

Era una suerte que el duque de Devonshire hubiera conseguido anular su



matrimonio con Melanie en los meses anteriores, habiendo captado el cabo suelto que él había dejado con toda intención, sabedor de que aquello sería su tabla de salvación en un futuro cercano: había firmado el acta como *Seymour*, en lugar de como *Windham*.

—Bien —había murmurado el señor Thorton, burlón, después de oír el sincero discurso en el que Gabriel ponía de manifiesto sus sentimientos por Fanny, pero que también revelaba un pasado difícil que quizá no le ayudara a obtener la aquiescencia de su suegro—, imagino que aunque me negara a dar mi bendición, mi hija encontraría el modo de salirse con la suya, como siempre hace.

—En eso nos parecemos mucho, señor —había respondido el médico con firmeza.

Cuando abandonaron la biblioteca, Fanny y Gabriel ya estaban oficialmente comprometidos. Clive no necesitaba preguntar a su hija; era evidente que la muchacha estaba loca por aquel caballero, y si ella le había elegido, estaba seguro de que Windham estaba a la altura. La señora Thorton, por su parte, lloró de emoción. No era para menos, su sueño también se había cumplido.

Al día siguiente, la joven se preparó para cumplir la promesa que había hecho a John Radford en su lecho de muerte. Se dirigió al bonito edificio residencial en Bond Street, donde estaba situado el piso que su amigo había compartido con Rupert Marsden, y le entregó al físico el diario íntimo. Rupert estaba desconsolado, pero agradeció con una sonrisa triste la buena voluntad de la muchacha. Tomaron el té, hablaron de sus carreras y de la gran pérdida para el mundo del periodismo que suponía la partida del obstinado y optimista John Radford. Más tarde Fanny se marchó, no sin antes despedirse de Rupert con un emotivo abrazo.

Días más tarde recibió una carta de la universidad. Aunque al principio temía que fuera una notificación de expulsión promovida por el canalla de lord Everett Sinclair, comprobó con alivio que se trataba de una felicitación por su admirable labor como enfermera voluntaria en la Campaña de Sudán. Las autoridades le agradecían sus servicios y le notificaban que, si así lo deseaba, podía tomarse un año sabático para reponer fuerzas. Al fin y al cabo, su plaza le estaría esperando el año entrante. Fanny les respondió con un sincero agradecimiento, pero también les dejó claro que de ninguna manera esperaba un año para retomar las clases. Su regreso a Trinity College estaba pautado

para el siguiente periodo, que iniciaba en un par de meses.

La boda había sido fijada para finales de verano. En medio de la agitación de los preparativos, Fanny lamentó que su buena amiga Esther no pudiera estar presente en la ceremonia pues, su periodo de luto le impedía abandonar la propiedad de los Allington. La viuda, sin embargo, le envió una amorosa carta y un obsequio de bodas junto con sus más sinceros deseos de felicidad. Fanny sonrió con nostalgia al leerla.

Sally y Harmony, por su parte, se portaron como unas excepcionales madrinas, dispuestas a resolver todos los detalles que surgían, tratándose de una boda con tan poco preaviso. La duquesa de Waldegrave insistió pertinazmente en que la ceremonia se realizara en los hermosos jardines de su mansión de Waldegrave Terrace, en Hampstead Heath, que eran la devoción de Fanny. A ella le fascinó la idea. Gabriel no tuvo mucho que decir al respecto pues, nadie le preguntó su opinión.

Aquella mañana fue absolutamente perfecta. El cielo sobre Hampstead Heath lucía azul y despejado, y los jardines de la propiedad ducal, repletos de la más idílica flora veraniega, que parecía haber renovado a consciencia sus colores para lucir acordes con la ocasión.

Fanny estaba radiante con su vestido Worth de seda color crema, las faldas ligeramente acampanadas, salpicadas de pequeñas perlas, y mangas de tres cuartos que asemejaban los pétalos abiertos de una rosa. Gabriel lucía increíblemente atractivo con su levita gris y corbata blanca.

Los familiares y allegados de Fanny estuvieron allí para compartir tamaña felicidad. Harmony y Sally con sus sonrisas frenéticas de emoción, igual que la de Aneska von Vetsera, que para entonces se hallaba en Londres disfrutando de una temporada de descanso. La joven húngara le miró con ternura mientras caminaba entre dos filas de invitados del brazo del señor Thorton. Fanny le sonrió mientras caminaba sobre una alfombra cubierta de pétalos de rosa.

Los seres queridos de Gabriel también habían acudido, tal era el caso del capitán doctor Yaxley, quien ya estaba recuperado de su herida, su prometida, a quien habían conocido allí mismo, y su padre, el alegre y vivaracho general. El doctor Livesey y su esposa también estaban allí para compartir su alegría.

Días antes, el prestigioso cirujano le reveló a Gabriel que había sido nombrado director del Hospital de Addenbrooke y que lo requería de

inmediato a sus órdenes. Aunque Gabriel se había mostrado reacio, Livesey no cejó en su intento de convencerlo. Para entonces se había conocido la noticia de que Devonshire había renunciado como canciller de Cambridge y que su lugar había sido ocupado por el vicescanciller, a quien le importaba un comino que lord Windham tuviera una rencilla con el duque. Al final, Livesey, apoyado por Fanny, le convenció de que aquel era su lugar. Gabriel se dio cuenta de que estaban en lo cierto. Él nunca había querido abandonar aquel lugar donde había aprendido tanto, y donde se seguiría formando.

Los novios se dedicaron miradas de devoción cuando se encontraron de frente en el pequeño altar fijado frente la pérgola del jardín, adornado con cascadas de sedas y rosas trepadoras. Tras pronunciar unos sencillos votos, intercambiaron las alianzas de oro y el reverendo los declaró marido y mujer.

Fue un momento perfecto, que Fanny atesoraría para siempre, lo mismo que Gabriel, que por primera vez en muchos años se sentía realmente feliz.

Atrás habían quedado las personas que habían amenazado su felicidad, como lord Everett Sinclair, de quien Fanny no había vuelto escuchar. A pesar de la forma cruel cómo le trató, ella le deseaba lo mejor, igual que a lady Melanie, de quien sí tenía noticias. Harmony y Sally le contaron que la hija del duque había vuelto a prometerse a lord Walrond pero éste, en poco tiempo, había roto el compromiso para ir tras la bella y madura dependiente de una tienda de alfombras de la ciudad. Cuando lo supo, Melanie enfermó de ira al punto de hacer añicos su habitación, y aunque le exigió a su padre que hiciera pagar a ese «canalla» por semejante ofensa, el duque, ya recuperado de su enfermedad, le mandó a cerrar el pico y decretó el fin de todos sus privilegios.

Tras compartir con los invitados y sus orgullosos padres un suculento almuerzo, Fanny y Gabriel se marcharon a su viaje de bodas. El destino fue, por insistencia de ella, Woodward Park pues, anhelaba conocer el lugar donde él había crecido.

Gabriel complació a su antojadiza esposa y la llevó hasta la gigantesca y ruinosa mansión, donde los empleados la recibieron un tanto confundidos, en tanto su patrón parecía empeñado en traer una esposa en cada viaje. Ella les dedicó sonrisas gentiles y sinceras, a diferencia de la odiosa lady Melanie, que ni siquiera les dirigía la palabra; entonces todos ellos tuvieron la certeza de que aquella belleza alegre, quien además sabía curar, como su esposo, era la perfecta, única y definitiva lady Windham.

Se quedaron en Dewsbury unas semanas antes de volver a Cambridge, dado que Fanny debía retomar sus clases en Trinity College, y Gabriel, su trabajo como médico en el Hospital de Addenbrooke.

Mientras saboreaba la felicidad de estar junto a la mujer de sus sueños, Gabriel empezó a pensar en sus nuevas responsabilidades como conde de Windham. Como su padre ya no estaba, las decisiones quedaban en sus manos, y aquello significaba que, lo que siempre había deseado hacer con la vieja y caótica empresa de explotación de carbón ya nadie se lo podía impedir. Después de meditarlo junto a su esposa, escribió a los antiguos socios de su padre, pidió información sobre sus acciones, contrató a un nuevo administrador y comenzó a tejer algunas ideas que seguramente tardarían en tomar forma, pero que de momento necesitaban de un impulso importante.

Naturalmente, no tenía pensado dejar su trabajo de médico, que era su pasión, para empezar a comportarse como un hombre de negocios —ya encontraría a quien legarle aquel trabajo—, pero se negaba rotundamente a que el patrimonio familiar continuara hundiéndose. Con su esposa tomada de la mano y frente a la tumba de su padre, Gabriel decretó que la actitud de dejadez y de luto perenne que había hundido a los Windham por años se terminaba para siempre, y se prometió que a partir de ese momento su familia vería mejores tiempos.

—¿Te gusta?

—Más que eso. ¡Me fascina!

—Si la quieres es nuestra —rio Gabriel mientras le rodeaba los hombros con los brazos—. Encontraré la manera de que el dueño me la venda.

Fanny lo arrastró dentro de la magnífica casa de piedra y techos de pizarra, rodeada de jardines y situada en una de las idílicas aldeas cercanas a la ciudad de Cambridge.

Por dentro lucía tan bien como por fuera, con todo su mobiliario de buen gusto, que había sido cuidadosamente escogido por la esposa del propietario.

—Es... perfecta.

—Nuestro refugio universitario —murmuró su esposo. Se acercó y puso un beso en sus labios, que ella disfrutó con fruición. Cuánto disfrutaba de aquella

cercanía, aquellos momentos que componían su presente—. Los Lynch estarán decepcionados de perderte, pero yo estaré feliz de tenerte solo para mí.

—No te apures, Windham... —le dedicó una sonrisa enigmática mientras seguía envuelta en sus brazos.

—Bueno, tienes razón —convino él torciendo el gesto—. Tendré que compartirme con esos monstruosos textos de medicina que creí que ya me habían sacado suficientes jaquecas en el pasado, y con la universidad... y los pacientes.

Ella dejó escapar un suspiro.

—La universidad espera mucho de mí. Siempre es así, ¿no? —se encogió de hombros inocentemente—. A las mujeres se nos exige más que a ustedes.

—Pues... sí, eso creo. Me conformaré con que me dejes despertar contigo y en las noches te acurruques junto a mí. Espero que no sea mucho pedir. ¿Lo es?

Fanny le dedicó una sonrisa.

—Gabriel, desde que llegué a Cambridge he sido una alumna poco convencional —dijo solemnemente, lo que a él le hizo fruncir el ceño—. Soy mujer, gozo de la libertad de vivir fuera de las residencias universitarias... no quiero imaginar qué pensarán los otros alumnos cuando me vean llegar con un vientre enorme.

La respuesta de él fue relajar los brazos alrededor de ella, dar un paso atrás y mirar su estómago, todavía plano bajo el entallado vestido de viaje. Seguidamente volvió a observarla; su rostro había adoptado una seriedad religada con ilusión.

—No me digas.

—¡Sí, mi amor! —susurró ella con los ojos brillantes de emoción, del más desmedido amor—. Tu heredero está en camino, y al parecer su mamá deberá hacer más méritos para ganarse el respeto de los otros universitarios.

—¡Al carajo! Si a alguien le molesta que mi rechoncha esposa se pasee por Trinity College que me avise y lo mandaré a cortar en pedacitos.

La elevó en un atolondrado abrazo y le dio unas cuantas vueltas en el aire. Una vez la puso otra vez en el suelo le dijo muy serio:

—Pedirás un permiso cuando el embarazo esté avanzado, y no quiero tener que discutir eso contigo, ¿entendido?

—Desde luego que pediré un permiso, Windham —se llevó las manos a la cadera—. No tengo intenciones de dar a luz en el anfiteatro, a la vista de cuarenta pares de ojos.

—¡Bien!

—Oh, Dios —suspiró ella entre risas y la más desbordante alegría—. Me pregunto si terminaré esta carrera antes del siglo XX.

*FIN*



## Sobre la autora

Alexandra Risley nació en Venezuela, en 1982. Es licenciada en comunicación social (mención periodismo) graduada en 2004 en la Universidad Fermín Toro. Trabajó como periodista y jefe de información de distintos medios de comunicación hasta el año 2009, cuando se marcha a estudiar a la ciudad de Londres. Es en ese viaje donde encuentra la oportunidad perfecta para darle forma a su más grande sueño: convertirse en escritora.

Ha publicado siete novelas: *El pianista recostado en el opio* (Editorial Vestales, 2012), *Victory* (Editorial Vestales, 2013), *Bajo el cielo de Cawnpore* (Editorial Vestales, 2014), *El reino de las almas robadas* (Plataforma Neo, 2015), *El deseo de Harmony* (2015), *El bosque de Laurel* (2016) y *Un verano en Chatsworth* (2017)

En la actualidad, Alexandra vive en Caracas y junto a su esposo, el conferencista José Jacinto Muñoz, dirige una compañía llamada Gravita Comunicaciones, dedicada a capacitar a empresas en temas de crecimiento personal y profesional.